

Jack London

Colmillo Blanco

Editado por LIBROdot.com

© 2002 – Copyright http://www.librodot.com
Todos los Derechos Reservados

PRIMERA PARTE

LO SALVAJE

I

La pista de la carne

A un lado y a otro del helado cauce se erguía un oscuro bosque de abetos de ceñudo aspecto. Hacía poco que el viento había despojado a los árboles de la capa de hielo que los cubría y, en medio de la escasa claridad, que se iba debilitando por momentos, parecían inclinarse unos hacia otros, negros y siniestros. Reinaba un profundo silencio en toda la vasta extensión de aquella tierra. Era la desolación misma, sin vida, sin movimiento, tan solitaria y fría que ni siquiera bastaría decir, para describirla, que su esencia era la tristeza. En ella había sus asomos de risa; pero de una risa más terrible que todas las tristezas..., una risa sin alegría, como el sonreír de una esfinge, tan fría como el hielo y con algo de la severa dureza de lo infalible. Era la magistral e inefable sabiduría de la eternidad riéndose de lo fútil de la vida y del esfuerzo que supone. Era el bárbaro y salvaje desierto, aquel desierto de corazón helado, propio de los países del norte.

Pero, a pesar de todo, allí había vida; lo que significaba, sin duda, todo un reto. Por la pendiente del helado cauce bajaba penosamente una hilera de perros que parecían más bien lobos. La escarcha cubría un hirsuto* pelaje. El aliento se les helaba en el aire en cuanto salía de su boca, era despedido hacia atrás en vaporosa espuma hasta posarse en sus pies, en donde se cristalizaba. Los perros llevaban sendos jaeces* de cuerpo, como tirantes, que los mantenían unidos a un trineo que arrastraban. El vehículo, especie de narria*, había sido construido de recias cortezas de abedul, carecía de cuchillas o patines, y toda su superficie inferior descansaba sobre la nieve. La parte delantera del trineo estaba vuelta hacia arriba, a fin de que pudiera penetrar por la gran ola de nieve blanda que le dificultaba el paso. Atada fuertemente sobre el trineo, se veía una caja estrecha y larga, rectangular. Había también otros objetos: mantas, una gran hacha, una cafetera y una sartén; pero lo que ocupaba la mayor parte del sitio disponible, destacándose sobre todo lo demás, era la caja estrecha y larga, de forma rectangular.

Delante de los perros, calzando anchos y blandos zapatos de pelo para la nieve, avanzaba trabajosamente un hombre. Detrás del trineo iba otro. Dentro, en la caja, iba un tercero para quien todo esfuerzo había ya terminado: una víctima de aquel salvaje desierto, un vencido que no se movería ni lucharía ya más, aplastado, aniquilado por él. Al desierto no suele gustarle el movimiento. Toma como una ofensa la vida, porque vida es movimiento, y él tiende siempre a destruirlo. Hiela el agua para no dejarla correr hacia el mar; les roba la savia a los árboles - hasta helarles el potente corazón; y con mayor ferocidad, y por más terrible modo aún, anonada y obliga a someterse al hombre. Al hombre, que es lo más inquieto que la vida ofrece, siempre en rebelión, justamente en contra de la idea de que todo movimiento acaba con la cesación del mismo.

Pero allí, al frente de la zaga, como escolta, audaces, indomables, caminaban trabajosamente los dos hombres que no habían muerto aún. Pieles y cueros blandos cubrían sus cuerpos. Tenían pestañas, mejillas y labios tan cubiertos de cristales de hielo,

producidos por su helada respiración, que era imposible distinguirles la cara. Esto les daba el aspecto de enmascarados duendes, de enterradores de un mundo de espectros en el entierro de uno de los suyos. Pero, pese a las apariencias, eran hombres que penetraban en la tierra donde todo es desolación, mofa sarcástica y silencio; aventureros novatos enfrascados en una colosal empresa. Se introducían a viva fuerza en un mundo poderosísimo, tan remoto, tan ajeno a ellos y tan sin pulso como las profundidades del espacio. Avanzaban sin hablar, economizando el aliento para mantener las funciones del cuerpo. Por todos lados reinaba el silencio, casi podían palpar su presencia. Afectaba su mente como las innumerables atmósferas que pesan sobre el buzo, en lo hondo de las aguas, afectan su cuerpo. Los aplastaba materialmente bajo la pesadumbre de la extensión sin fin, de inexorables fallos. Los anonadaba hasta reducirlos al último rincón de su mente, prensada para que de ella se escurrieran, como de los racimos el zumo, todo el falso ardor, la exaltación y las indebidas presunciones del alma humana; hasta lograr que se sintieran muy limitados e insignificantes, unas simples manchitas, unos átomos, moviéndose con débil maña y escasa discreción en el drama externo e interno de los ciegos y enormes elementos y fuerzas naturales. Pasó una hora y luego otra. Menguaba, cada vez más rápidamente, la pálida luz del día, corto y sin sol, cuando en medio del aire en reposo resonó un grito débil y lejano. Se remontó primero con rápido impulso hasta llegar a la nota más alta, donde se afirmó vibrante para ir bajando después lentamente hasta dejar de oírse. Aquello hubiera podido ser el lamento de un alma en pena, de no haber en el triste grito cierta ferocidad, cierta hambrienta vehemencia. El hombre que iba al frente del trineo volvió la cabeza y cruzó la mirada con el que iba detrás. Por encima de la estrecha caja rectangular, ambos cambiaron una señal de asentimiento.

Entonces se oyó un segundo grito que pareció elevarse en el aire perforando aquel silencio con la sutil penetración de una aguja. Los dos hombres comprendieron de dónde partía el sonido. Venía de allá atrás, de algún sitio en la nevada extensión que acababan de atravesar. Un tercer grito, contestación a los anteriores, resonó también en la misma dirección, pero más a la izquierda del segundo.

-Nos persiguen, Bill -dijo el hombre que iba delante del vehículo.

Su voz sonó ronca, como algo que no parecía humano, y era evidente el esfuerzo que realizó para hablar.

-La carne escasea -contestó su compañero-. Desde hace días no he visto ni un rastro de conejo.

No dijeron nada más, aunque siguieron con el oído atento a los gritos de caza que continuaban resonando allá lejos, a su espalda.

Como había oscurecido ya por completo, desviaron los perros hacia un grupo de abetos al borde del cauce, y allí acamparon. El ataúd, colocado junto al fuego, servía de asiento y de mesa. Los perros lobo, agrupados al otro lado de la hoguera, gruñían y se peleaban, pero sin mostrar el menor deseo de perderse entre la oscuridad.

-Me parece, Henry, que es digno de tomar en cuenta eso de que se hayan quedado tan cerca de nosotros -comentó Bill.

Henry, en cuclillas junto a la lumbre y apoyando la cafetera con un pedazo de hielo, asintió con la cabeza. No añadió una palabra hasta que se sentó sobre el ataúd y empezó a comer.

-Saben que si se apartan, pueden acabar sin su pellejo -contestó entonces-. Prefieren comer de lo nuestro a ser comidos. Ya saben ellos lo que hacen, ya.

Bill movió dubitativamente la cabeza y objetó:

-¡Oh, no sé! ¡No sé!

Su compañero lo miró con aire de curiosidad.

-Esta es la primera vez que te oigo dudar de su instinto.

-Henry -replicó el otro, mascando obstinadamente las habas que comía-, ¿te has fijado, por casualidad, en el modo que se revolvían los perros cuando les daba yo la comida?

-Sí, alborotaban más que de costumbre -contestó el interpelado.

-¿Cuántos perros tenemos, Henry?

-Seis.

-Bueno, Henry... -Bill se interrumpió un momento, como para dar mayor fuerza y énfasis a sus palabras-. Como íbamos diciendo, Henry, tenemos seis perros. Seis pescados saqué yo del saco. Le fui dando uno a cada perro, pero al llegar al último, no me quedaba ya pescado para él.

-Es que contaste mal.

-Seis perros tenemos -insistió el otro tranquilamente-. Seis eran los pescados que yo saqué. *Oreja Cortada* se quedó sin el suyo. Volví al saco, cogí otro y se lo di.

-Pues no tenemos más que seis perros.

-Henry -continuó Bill como si tal cosa-, no diré yo que fueran todos perros; pero eran siete los que engulleron los pescados.

Henry dejó de comer para echar una mirada por encima de la lumbre y contar los perros.

-Lo que es ahora, no hay más que seis -dijo.

-Yo vi al otro huir a través de la nieve -anunció Bill fríamente, pero con toda seguridad-. Yo vi siete.

Henry lo miró con lástima, diciéndole:

-¡Lo que yo me voy a alegrar cuando hayamos llegado al fin de este viaje...!

-¿Qué quieres decir con eso? -preguntó Bill.

-Pues quise decir que esta carga que llevamos te ha puesto ya tan nervioso que empiezas a ver visiones.

-También a mí se me ocurrió la idea -contestó gravemente Bill-. Y por eso, cuando lo vi correr por la nieve, me acerqué y observé las huellas. Entonces conté los perros y aún

había seis. En la nieve han quedado todavía las pisadas. ¿Quieres verlas? Yo te las enseñaré.

Henry no contestó y siguió mascando en silencio, hasta que, terminada la comida, tomó una taza de café. Se secó la boca con el dorso de la mano y dijo:

-Pues entonces, tú crees que era... -un prolongado aullido, tan feroz como triste y que partía de aquellas tenebrosas profundidades, vino a interrumpirle. Lo escuchó un momento y luego terminó la frase diciendo-: Uno de esos -al tiempo que acompañaba las palabras con un movimiento de la mano, señalando al sitio de donde el aullido provenía.

Bill asintió con la cabeza.

Yo me inclinaría a creer esto antes que otra cosa -indicó-. Tú mismo observaste la barahúnda que armaron los perros.

Como un aullido sucedía a otro, el silencio de antes se había convertido en un vocerío de casa de locos. De todas partes se elevaban los gritos, y de tal modo impresionó aquello a los perros, que se apretaban, aterrorizados, unos contra otros, tan cerca de la lumbre que el pelo se les chamuscaba. Bill echó algo más de leña al fuego antes de encender la pipa.

-Me parece que no las tienes todas contigo -observó su compañero.

-Henry... -y aquí le dio Bill una chupada a la pipa, muy meditabundo, antes de seguir adelante-. Henry, estaba pensando en la condenada suerte que ha tenido ese y no llegaremos nunca a tener nosotros -al decirlo, señalaba con el pulgar al que iba en el ataúd que les servía de asiento-. Lo que es cuando tú y yo nos muramos, Henry, podremos darnos por satisfechos con que haya bastantes piedras sobre nuestro esqueleto para evitar que los perros nos desentierren.

-Pero es que nosotros no tenemos familia ni dinero y demás, como tiene él -objetó Henry--. Estos entierros a larga distancia son un lujo que ni tú ni yo podemos pagar, verdaderamente.

-Lo que no me cabe a mí en la cabeza, Henry, es que a un muchacho como ese, que era lord o cosa por el estilo en su país, y que nunca tuvo que preocuparse de provisiones, ni de mantas, ni de todas esas cosas, se le antojara venir a estas malditas tierras que son el fin del mundo... Eso es lo que no acabo de comprender.

-Y que si hubiera sabido quedarse en casa, bien podía haberse muerto de puro viejo -contestó Henry, compartiendo la opinión del otro.

Bill abrió la boca para hablar, pero se quedó sin hacerlo. En vez de ello, señaló hacia aquel espeso muro de sombras que parecía oprimirlos por todos lados. No se distinguía en la profunda oscuridad ninguna forma, pero sí un par de ojos que relucían como ascuas. Pronto, Henry indicó con un movimiento de la cabeza un segundo par, y luego un tercero. En torno al campamento se había ido formando un círculo de relucientes ojos.

De vez en cuando, uno de aquellos se movía, o bien desaparecía para volver a aparecer después.

La intranquilidad de los perros había ido en aumento y huían, presa de repentino terror, hacia el lado del fuego donde estaban los hombres, entre cuyas piernas se arrastraban. En

medio del tumulto, uno de los perros cayó rodando al borde mismo de la hoguera, aullando de dolor y de miedo, mientras el aire olía a pelo quemado. El barullo hizo que el círculo de ojos se moviera con inquietud durante un momento y que se retirara algo; pero volvió a la misma posición de antes en cuanto los perros se apaciguaron.

-Henry, ¡qué desgracia que tengamos tan pocas municiones!

Bill había acabado de fumar su pipa y estaba ayudando a su compañero a tender las pieles y las mantas sobre las ramas de abeto que habían esparcido en la nieve antes de cenar. Henry gruñó y comenzó a desatarse los peludos zapatos.

-¿Cuántos cartuchos dijiste que te quedaban?

-Tres -fue la contestación-. Y ojalá fueran trescientos. Entonces verían esos condenados para qué me iban a servir.

Amenazó con el puño y lleno de coraje a aquellos ojos que brillaban en la oscuridad y comenzó a acercar con cuidado a la lumbre sus zapatos para que se secaran.

-Lo que yo quisiera es que esta racha de frío se acabara -continuó-. Llevamos ya dos semanas de estar a veinte grados bajo cero. Y lo que también quisiera es no haber emprendido nunca este viaje, Henry. Las cosas tienen mal aspecto. No las tengo todas conmigo, la verdad. Y puesto ya a pedir, lo que desearía es que hubiéramos terminado de una vez con todo esto, y estuviésemos ya sentados tú y yo junto al fuego en Fuerte Macgurry, jugando a las cartas: eso es lo que yo quisiera.

Henry volvió a contestar con un gruñido y se arrastró para acostarse. Dormitaba ya cuando le despertó la voz de su compañero.

-Oye, Henry: a aquel otro que se acercó y cogió el pescado, ¿por qué no se le echaron encima los perros? Eso me está atormentando la cabeza.

-Sí, y demasiado dura ya la manía, Bill -contestó el otro medio dormido-. Nunca te vi de este modo. Hazme el favor de callar y duerme, que cuando llegue la mañana te habrá ya pasado todo. Es que estás mal del estómago: eso es lo que tienes.

Los dos hombres se durmieron, respirando pesadamente, uno al lado del otro y cubiertos con los mismos abrigos. El fuego de la hoguera fue amortiguándose y el círculo de ojos brillantes que la rodeaba se fue cerrando. Los perros se apiñaron atemorizados, gruñendo de cuando en cuando amenazadoramente, al ver que algún par de aquellos ojos se acercaba demasiado. De pronto, fue tal el ruido que armaron, que Bill se despertó. Salió del lecho cautelosamente, como si no quisiera despertar a su compañero, y echó más leña al fuego. En cuanto se alzaron las llamas, el círculo de ojos se fue retirando. Miró él, como por casualidad, a los apiñados perros. Se restregó los ojos y volvió a mirarlos con mayor atención. Después se arrastró hacia el montón de mantas.

-¡Henry! -llamó-. ¡Henry!

Este lanzó una especie de gemido al despertarse y preguntó:

-¿Qué ocurre ahora?

-Nada..., que ya vuelve a haber siete. Acabo de contarlos.

Henry se limitó a manifestar con otro gruñido que quedaba enterado, y al momento, vencido de nuevo por el sueño, roncaba ya.

Quien primero se despertó a la mañana siguiente fue él, que llamó a su compañero para que se levantara. Faltaban tres horas para que se hiciera de día, a pesar de ser ya las seis de la mañana, y en medio de la oscuridad, Henry comenzó a preparar el desayuno, mientras Bill enrollaba las mantas y dejaba listo el trineo para enganchar.

-Oye, Henry -preguntó de pronto-, ¿cuántos perros dijiste que teníamos?

-Seis.

-Pues no, señor -exclamó triunfalmente Bill.

-¿Otra vez siete?

-No, cinco. Uno ha desaparecido.

-¡Diablos! -gritó furioso Henry, abandonando sus quehaceres para ir a contar los perros.

-Tienes razón, Bill -confesó-. El *Gordito* se ha marchado.

-Se apartó un poco, y ha desaparecido para siempre.

-No es fácil que volvamos a verlo. De fijo que se lo han engullido vivo. Apostaría cualquier cosa a que aún gruñía cuando se lo tragaron. ¡El diablo se los lleve!

-¡Perro tonto! ¡Siempre fue así!

-Pero por tonto que fuera, no debía haberlo sido hasta el punto de ir a suicidarse de ese modo -miró a los demás perros del trineo con ojos escudriñadores que parecieron juzgar en un momento los rasgos más salientes de cada animal-. Apuesto -añadió- a que ninguno de estos haría lo que él ha hecho.

-Ni a garrotazos se apartaban estos de la lumbre -dijo Bill, asintiendo a aquellas palabras-. Siempre me pareció que el *Gordito* no andaba bien de la cabeza.

Y ese fue el epitafio* que inspiró la muerte de un perro en aquellas tierras del norte...; menos corto, por cierto, que el de no pocos hombres.

II

La loba

Tras desayunar y atar al trineo el ligero equipo, los viajeros volvieron la espalda al agradable fuego y se lanzaron a la plena oscuridad. Inmediatamente comenzaron a oírse aullidos impregnados de ferocidad y de tristeza, aullidos que, a través de las tinieblas y del frío, se llamaban y se contestaban unos a otros. Cesó toda conversación. La luz del día no apareció hasta las nueve. Hacia el sur, el cielo adquirió un color rosa pálido al llegar al mediodía, marcando el punto donde la redondez de la Tierra se interponía entre el sol meridiano y el mundo septentrional*. Pero aquel rosado color desapareció muy pronto. La grisácea luz del día que quedó entonces duró hasta las tres, hora en que

también desapareció repentinamente, y él manto de la noche ártica descendió, envolviendo la solitaria y silenciosa tierra.

Al llegar la oscuridad, aquellos gritos de caza que se oían a derecha e izquierda y hacia atrás fueron acercándose..., y tan cerca resonaron, que más de una vez una ráfaga de miedo hizo presa de los cansados perros, que se atropellaron con terror.

Aquello ocurrió una vez más mientras Bill y Henry ponían orden en la traílla*, y el primero dijo:

-¡Ojalá levanten de una vez alguna pieza, vayan tras ella y nos dejen en paz!

-Ataca los nervios oírlos -observó Henry, asintiendo a lo dicho por su compañero.

No hablaron nada más hasta llegar al sitio donde acamparon de nuevo. Henry estaba agachado, añadiendo pedazos de hielo a la olla en que hervían las habas, cuando se sobresaltó al oír el ruido de un golpe, una exclamación de Bill y un agudo gruñido de dolor que partía del grupo de los perros. Se enderezó a tiempo para ver desaparecer un negro y confuso bulto que cruzaba entre la nieve y se perdía en la oscuridad. Luego vio a Bill, de pie en medio de los perros, entre triunfante y acobardado, sosteniendo en una mano un grueso garrote y en la otra la cola y parte del cuerpo de un salmón curado al sol.

-Se me ha llevado la mitad -dijo-, pero al menos he podido darle un buen porrazo. ¿No oíste el chillido?

-¿Y cómo era? -preguntó Henry.

-No pude distinguirlo bien. Pero tenía cuatro patas, boca y pelo, y en todo se parecía a un perro.

-Debe de ser un lobo domesticado..., supongo.

-Pues bien domesticado ha de estar el maldito, sea lo que sea, para venir aquí a la hora de comer y llevarse una ración de pescado.

Aquella noche, cuando acabaron de cenar y sentados sobre la caja rectangular fumaban sus pipas, el círculo de ojos brillantes se acercó mucho más que anteriormente.

-¿Por qué no levantarán esos una manada de antas* o cualquier otra cosa y se irán tras ella, dejándonos tranquilos? -dijo Bill.

Henry asintió con una especie de gruñido en cuya entonación había algo que no era solo aprobación, y durante un cuarto de hora siguieron sentados y sin decir palabra. Henry miraba la lumbre fijamente, y Bill, aquel círculo de ojos que relucían en la oscuridad más allá de las llamas de la hoguera.

-¡Ojalá estuviéramos ya camino de Macgurry! -volvió a empezar el segundo.

-¡Cállate de una vez y deja de refunfuñar y molestarme! -exclamó enojado Henry-. Tú estás mal del estómago. Eso es lo que tienes. Trágate una cucharada de soda y verás cómo se te endulza el carácter y tu compañía resulta más agradable.

Al llegar la mañana, a Henry le despertaron todo un torrente de blasfemias que brotaban de la boca de Bill. Se apoyó sobre el codo para mirar a su compañero, que

estaba de pie entre los perros, junto al fuego, al que había añadido más leña, con los brazos en alto en actitud indignada, y torcido el gesto de pura cólera.

-¡Hola...! ¿Qué te pasa ahora? -le gritó Henry.

-Que el *Rana* se ha ido.

-No puede ser.

-Te digo que sí.

Henry saltó de entre las mantas y se dirigió hacia los perros. Los contó con cuidado y unió sus maldiciones a las de Bill contra aquel poder de la vida salvaje que acababa de robarles otro perro.

-El *Rana* era el más fuerte de la traílla -afirmó Bill.

-Y este sí que no tenía un pelo de tonto -añadió Henry.

Y tales palabras fueron el segundo epitafio pronunciado en el espacio de dos días.

El desayuno resultó triste, y los cuatro perros que quedaban fueron enganchados al trineo. El día era una repetición de los anteriores. Los hombres se afanaron en caminar sin hablar sobre la tierra pelada. Nada interrumpía el silencio, excepto los aullidos de sus perseguidores, que, invisibles, iban siempre detrás de ellos. Al hacerse de noche, a media tarde, los gritos resonaron más cerca, según la costumbre, y el miedo volvió a apoderarse de los perros, que se alborotaban enredando los tiros y aumentando la depresión de los hombres.

-A ver si así os quedáis sujetos, ¡estúpidos! -dijo satisfecho Bill aquella noche, plantándose muy erguido después de terminar su tarea. Henry dejó lo que estaba cocinando para ver de qué se trataba. Su compañero no solo había atado a los perros, sino que lo hizo como suelen hacerlo los indios: con palos. A cada perro le había anudado una correa al cuello. A esta, y tan cerca del cuello que el animal no podía clavar allí los dientes, había atado un grueso palo de un metro o metro y medio de largo. El otro extremo del mismo quedaba asegurado, por medio de otra correa, a una estaca clavada en el suelo. Así el perro no podía ir royendo, hasta cortarla, la correa que estaba fija al primer extremo del palo.

Henry aprobó lo hecho con un movimiento de cabeza.

-Es lo único capaz de sujetar a *Oreja Cortada* --dijo-. Sus dientes cortan la correa como un cuchillo y casi con igual rapidez. Así, por la mañana no volverá a faltarnos ningún perro.

Apuesto lo que quieras a que no -replicó Bill-. Si falta uno, me quedo yo sin café.

-Ellos saben que no estamos suficientemente preparados para matarlos -observó Henry, al llegar la hora de acostarse, señalando al círculo de relucientes ojos que les tenían puesto cerco-. Si pudiéramos mandarles un par de balas, nos mirarían con más respeto. Cada noche se acercan un poco más. Apártate algo de la lumbre para ver mejor y mira... ¡allí! ¿Ves aquel?

Durante cierto tiempo, los hombres se entretuvieron en observar el movimiento de confusos bultos casi al borde mismo de la hoguera. Mirando un rato fijamente a un par de

aquellos ojos que brillaban entre las sombras, la forma del animal iba tomando cuerpo lentamente, y a veces hasta llegaban a verlo moverse.

Un ruido que partió del grupo de los perros llamó la atención de los dos hombres. *Oreja Cortada* lanzaba repetidos y breves quejidos, embistiendo cuanto le permitía el palo que lo sujetaba, hacia la oscuridad, y desistiendo de ello, de cuando en cuando, para atacar furiosamente a dentelladas el palo mismo.

-¡Mira, Bill! -dijo Henry en voz baja.

Iluminado por la hoguera, cuya luz le daba de lleno, se deslizaba cautelosamente un animal parecido a un perro. Se movía con cierta rara mezcla de recelo y de audacia, observaba con cuidado a los, hombres pero concentraba principalmente la atención en los canes. *Oreja Cortada* se lanzó, todo lo que el palo le permitía, hacia el intruso, dando un ansioso quejido.

-Ese estúpido de *Oreja Cortada* no parece estar muy asustado -susurró Bill.

-Se trata de una loba -le contestó Henry del mismo modo-. Eso explica que el *Gordito* y el *Rana* se fueran. Ella es el señuelo* de la manada. Sirve para atraer al perro, y luego se le echan todos encima y lo devoran.

La leña de la hoguera dio un chasquido. Uno de los troncos cayó rodando con estrépito y chisporroteo. Al oír el ruido, el raro animal saltó hacia atrás, desapareciendo en la oscuridad.

-Henry, he pensado una cosa -anunció Bill.

-¿Qué has pensado?

-Pues que a este fue al que le di yo el garrotazo.

-No me cabe la menor duda -repuso Henry.

-Y de paso quiero que conste también -continuó Hill- que eso de que este animal esté tan familiarizado con las hogueras de los campamentos es algo sospechoso e inmoral.

-La verdad es que sabe más de lo que cualquier lobo que se respete un poco debe saber -continuó Henry-. Un lobo que sabe cuándo ha de venir aquí para encontrar comiendo a la traílla tiene cierta experiencia.

-El viejo Villan tuvo una vez un perro que se escapó y se fue con los lobos -iba diciendo Bill como si estuviera hablando solo-. Puedo afirmarlo con seguridad. Lo separé de la manada de un balazo, en un prado donde van a pacer las antas más allá de Little Stick. Y Villan lloró entonces como una criatura. Tres años había estado sin verlo, según dijo. Todo ese tiempo estuvo con los lobos.

-Me parece que has dado en el clavo, Bill. En realidad, ese lobo es un perro, y muchas veces ha comido pescado antes de ahora, recibiéndolo de manos de algún hombre.

-Y si se presenta la ocasión, este lobo, que no es lobo, sino perro, no será pronto más que un montón de carne -afirmó Bill-. No podemos permitirnos el lujo de perder más animales que los que hemos perdido.

-¡Pero si no tienes más que tres cartuchos! -objetó Henry.

-Esperaré hasta que el tiro sea seguro -fue la contestación que obtuvo.

Por la mañana, Henry renovó el fuego y preparó el desayuno; le acompañaban los ronquidos de su compañero. -Dormías tan a pierna suelta que no quise cometer la crueldad de despertarte antes -le dijo Henry al llamarle para que fuera a desayunar.

Bill empezó a comer, somnoliento aún. Observó que su taza estaba vacía y comenzó a buscar la cafetera. Pero esta estaba fuera del alcance de su mano y al lado mismo de Henry.

-Oye, Henry -le dijo como riñéndole suavemente-, ¿no te has olvidado de algo?

Miró este a un lado y a otro, buscando con gran cuidado, y movió negativamente la cabeza. Bill le tendió entonces su taza vacía.

-No hay café para ti -le anunció Henry.

-¿Se ha acabado?

-No.

-¿Crees que no me conviene para la digestión?

-No.

De pronto, la sangre se le subió a Bill a la cabeza y le coloreó fuertemente el rostro.

-Pues entonces ya estás tardando demasiado en darme alguna explicación -dijo.

-El *Zancudo* se ha ido -le contestó Henry.

Sin precipitarse, con aire de persona que admite con resignación una desgracia, Bill volvió la cabeza y, desde el sitio donde estaba sentado, contó los perros con cuidado.

-¿Cómo fue? -preguntó con apatía.

Henry se encogió de hombros.

-No sé. La única posibilidad es que *Oreja Cortada* le haya roído las correas y lo haya dejado suelto. Él mismo no podía hacerlo: eso con seguridad.

-¡Mal bicho! -Bill hablaba grave y lentamente, sin dar rienda suelta a toda la rabia que le devoraba-. ¡Claro! Como no pudo desatarse él mismo, se decidió a hacerlo con el Zancudo.

-¡Bueno! Ese ha acabado de padecer. Me parece que a estas horas estará ya digerido y dando vueltas por ahí, repartido en veinte vientres de otros tantos lobos -ese fue el epitafio que Henry dedicó al último de los perros que habían perdido-. Toma café, Bill -añadió.

Pero Bill movió la cabeza negativamente.

-Toma, hombre -insistió Henry levantando la cafetera.

Bill retiró su taza vacía.

-Que me ahorquen -dijo- si lo tomo. Dije que me quedaría sin él si se perdía otro perro, y no lo quiero.

-Mira que está riquísimo... -indicó el otro para tentarle.

Pero Bill era terco, y tragó el desayuno en seco, ayudándose solo con el buen golpe de maldiciones murmuradas a media voz contra *Oreja Cortada* por la mala partida con que acababa de obsequiarlos librando al otro perro.

-Lo que es esta noche, los ato a distancia para que no puedan acercarse uno a otro -aseguró Bill mientras los dos hombres volvían a reanudar su camino.

Habían andado poco menos de cien metros cuando Henry, que iba delante, se agachó y recogió algo con lo que había tropezado. En la oscuridad no podía verlo, pero supo lo que era por el tacto. Lo arrojó hacia atrás, de modo que primero dio contra el trineo y luego saltó hasta los peludos zapatos de Bill.

-Podría ser que te hiciera falta -dijo.

Bill lanzó una exclamación. Era lo único que había quedado del *Zancudo*: el palo que sirvió para atarlo.

-Se lo comieron con piel y todo -fue su comentario-. El palo está tan limpio y desnudo como si no se hubiera tocado. Se han comido hasta las correas de los extremos. Están hambrientos, los malditos, y me parece que tendremos ocasión de saberlo tú y yo antes de que terminemos este viaje.

Henry se rió con aire de desafío.

-Los lobos no me han seguido nunca hasta ahora -dijo-; pero por cosas peores he pasado sin que perdiera por ello la salud. Se necesita algo más que un puñado de esa peste de animales para acabar con este tu afectísimo servidor, Bill, hijo mío.

-No sé, no sé -murmuró Bill con expresión siniestra.

-Bueno, pues ya lo sabrás cuando lleguemos a Macgurry. -No me entusiasma mucho esto -insistió Bill.

-Lo que te pasa es que estás muy pálido y necesitas quinina* -replicó en tono enigmático Henry-. Voy a darte una buena dosis en cuanto lleguemos a Macgurry.

Bill manifestó, refunfuñando, su disconformidad con el diagnóstico, y luego se quedó callado. El día resultaba como todos los demás. Llegó la claridad a las nueve. A las doce, el lado del horizonte se coloreó un poco al influjo del invisible sol, y luego comenzó la gris frialdad de la tarde que debía hundirse en la noche tres horas después.

A continuación de aquel vano esfuerzo del sol para mostrarse, sacó Bill el rifle de entre las correas que lo sujetaban al trineo y dijo:

-Tú sigue, Henry, que yo voy a ver... lo que voy a ver.

-Mejor sería que no te separaras del trineo -le objetó su compañero-. No tienes más que tres cartuchos, y nadie sabe lo que puede ocurrir.

-¿Quién es ahora el gruñón, tú o yo? -preguntó triunfalmente Bill.

Henry no contestó y continuó solo, aunque no sin lanzar frecuentes miradas de ansiedad hacia atrás, hacia la gris soledad por donde acababa de perderse su

compañero. Una hora después, gracias a haber tomado por el atajo las curvas que el trineo tuvo que describir, llegó Bill.

Andan esparcidos y en un amplio radio -dijo-. Al mismo tiempo que nos siguen, van al ojeo de alguna pieza que puedan levantar. ¡Claro! De nosotros están seguros, pero saben que han de esperar aún. Mientras tanto, se contentarán con cualquier cosa de la que puedan echar mano. -Querrás decir que se figuran estar seguros de nosotros. Supongo que no habrán probado bocado en algunas semanas, excepto lo que les han proporcionado el *Gordito,* el *Rana* y el *Zancudo,* y son ellos tantos que no les tocaría mucho a cada uno. Están tan flacos que sus costillas parecen un enrejado y el vientre se les ha subido hasta plegárseles al espinazo. Están furiosos, te lo aseguro. Acabarán por volverse rabiosos, y entonces, ¡mucho ojo!

Tres minutos después, Henry, que iba ahora detrás del trineo, lanzó un sordo silbido de alerta. Bill se volvió y miró, después de lo cual paró los perros silenciosamente. A reta guardia, desde la última curva que habían dejado y siguiendo sus mismos pasos, visible por completo y sin recatarse lo más mínimo, iba trotando, como escapado, un animal peludo. Seguía el rastro con el hocico. Tenía un trote especial. Parecía que se deslizara y adelantaba sin el menor esfuerzo. Cuando ellos se paraban, se detenía él también, levantando la cabeza y mirándolos fijamente, venteando con ahínco para estudiarlos por medio del olfato.

-Es la loba -dijo Bill.

Los perros se habían echado en la nieve y, dejándolos, Bill retrocedió para unirse a su amigo al lado del trineo. Juntos observaban vigilantes el extraño animal que había estado persiguiéndolos durante días enteros y al que se debía ya la pérdida de la mitad de la traílla.

Después de examinarlos con todo cuidado, trotó algo más, unos cuantos pasos. Repitió lo mismo varias veces hasta que al fin quedó ya a unos pocos centenares de metros. Entonces se paró, con la cabeza enhiesta, junto a unos abetos, y mirando y olfateando, estudió el equipo de los hombres, que lo observaban también. Los contemplaba de un modo raro, pensativo, al estilo de como suelen hacerlo los perros; pero en todo aquel interés, en toda aquella atención, no había nada de la perruna afectuosidad. Era producto del hambre, y resultaba tan cruel como sus propios colmillos, tan sin piedad como el hielo.

Para ser un lobo, resultaba muy grande. Era uno de los mayores ejemplares de su raza.

-Lo menos tiene cerca de cuatro palmos* de alto -comentó Henry-. Y apuesto a que no anda muy lejos del metro y medio de largo.

-¡Qué color más raro para un lobo! -observó Bill-. Es la primera vez que veo un lobo rojo. Casi me parece de color canela.

No era ciertamente así. Su pelaje resultaba, en realidad, el de un verdadero lobo. El color dominante era el gris, pero mezclado con un matiz rojo pálido, un matiz engañador que tan pronto aparecía como desaparecía, que semejaba más bien una ilusión óptica, pues a veces era gris claro y a veces surgían en él reflejos de un rojo vago, inclasificable entre los colores acostumbrados del lobo.

-Todo su aspecto es el de un indómito perrazo de trineo -afirmó Bill-. No me extrañaría que empezara a mover la cola.

-¡Hola, salvaje! -le gritó-. Ven aquí, tú, como te llames.

-No te teme ni pizca -dijo Henry, riéndose.

Bill le amenazó con la mano, riñéndole a gritos; pero el animal no dio muestras de atemorizarse lo más mínimo. La única alteración que en él notaron fue que se puso más alerta que nunca. Los miraba con aquella despiadada atención hija del hambre. Ellos eran carne, y él estaba hambriento; su deseo hubiera sido echárseles encima y devorarlos, si se hubiese atrevido a hacerlo.

-Mira, Henry -dijo Bill, bajando inconscientemente la voz hasta que parecía un susurro, porque a ello le impulsaba la idea que se le había ocurrido-, tenemos tres cartuchos, pero el tiro es blanco seguro. Imposible errarlo. Se nos ha llevado a tres de nuestros perros, y hora es ya de que esto se acabe. ¿Qué te parece?

Henry asintió, como dándole permiso. Bill sacó el rifle de entre las correas del trineo cautelosamente. Iba a echárselo a la cara; pero no llegó a apoyarse la culata en el hombro. En el mismo instante, la loba dio un salto hacia un lado, apartándose del camino, y desapareció tras un grupo de abetos.

Los dos hombres se quedaron mirándose. Henry se contentó con silbar significativamente.

-¡Debía haberlo pensado! -exclamó Bill, reprendiéndose a sí mismo mientras colocaba el rifle en su sitio.

-¡Claro! Un lobo que es bastante listo para mezclarse con los perros a la hora de la comida ha de saber para qué sirven las armas de fuego. Créeme, Henry, y no lo dudes: ese animal es la causa de todo lo que nos pasa. Si no fuera por él, por esa loba, aún tendríamos nuestros seis perros, en vez de los tres que nos quedan. Y no lo dudes tampoco: yo voy a acabar con ella. Sabe demasiado para que se deje tirar a pecho descubierto, pero la cazaré al acecho. Caerá en la emboscada o dejaría yo de ser quien soy.

-No te apartes mucho al intentarlo -le previno su compañero-. Si a la manada se le antoja tomarte por su cuenta, los tres cartuchos te servirán de tan poco como tres voces que dieras en el mismo infierno. Esos condenados animales están hambrientos, y si les da por perseguirte, acaban contigo, Bill. Aquella noche, los dos amigos acamparon temprano. Tres perros no podían arrastrar el trineo tan aprisa ni durante tantas horas como cuando eran seis, y daban ya claras señales de estar rendidos. Los hombres se acostaron pronto, después de cuidar Bill de que los perros quedaran atados y a distancia uno de otro para que no pudieran roer las correas del vecino. Pero los lobos iban atreviéndose a acercarse, y más de una vez despertaron a nuestros viajeros. Tan cerca los tenían, que los perros comenzaron a mostrarse locos de terror, y fue necesario ir renovando y aumentando de cuando en cuando el fuego de la hoguera, a fin de mantener a aquellos merodeadores a mayor y más segura distancia.

-Varias veces he oído contar a los marineros cómo los tiburones siguen a los barcos -observó Bill al volver, arrastrándose, a echarse en las mantas, después de una de estas ocasiones en que fue preciso añadir leña a la hoguera.

-¡Bueno...! Pues los lobos son los tiburones de la tierra. Ellos saben mucho mejor que nosotros lo que hacen, y si siguen nuestra pista de este modo, no será para que el ejercicio les conserve la salud. Acabarán por apoderarse de nosotros. Seguro que nos cazan, Henry.

-Lo que es a ti, te tienen medio cogido desde el momento en que hablas así. Cuando un hombre dice que lo van a devorar, ya está andada la mitad del camino que conduce a ello. Y tú estás medio devorado. Solo por hablar tanto de lo que nos va a pasar.

-De hombres más fuertes que tú y yo han dado ellos cuenta -replicó Bill.

-¡Basta! ¡Cállate ya de una vez y no estés siempre gruñendo! No haces más que freírme la sangre y molestarme. Henry se volvió enfurecido, pero sorprendido de que Bill no le contestara de igual modo. No solía ser esta su costumbre, porque al oír que le hablaban con dureza siempre salía de tino.

Henry se quedó largo tiempo pensando en esto antes de que llegara a dormirse del todo, y mientras los párpados se le cerraban y se iba quedando traspuesto, no podía apartar esta idea de su mente:

«No hay duda de que Bill tiene una murria* fenomenal. Tendré que dedicarme mañana a animarle un poco.»

III

El aullido del hambre

El día comenzó prósperamente. No habían perdido ningún perro más durante la noche, y se lanzaron al trillado sendero, y con él al silencio, a la oscuridad y al frío, con ánimo bastante tranquilo. Bill parecía haberse olvidado ya de sus pronósticos de la víspera, y hasta acogió con sardónicas burlas a los perros cuando estos, al llegar el mediodía, volcaron el trineo en un punto del camino en que el paso era difícil.

Se armó un lío que nada tenía de agradable. El trineo boca abajo metido entre el tronco de un árbol y una enorme roca, y ellos viéndose obligados a desenganchar los perros para poner orden en aquel enredo. Se hallaban los dos hombres encorvados sobre el vehículo, forcejeando para colocarlo bien, cuando Henry observó que *Oreja Cortada* se escurría hacia un lado con intención de marcharse.

-¡Eh, tú!, ¿adónde vas? -le gritó, llamándole por su nombre, enderezándose y volviéndose hacia el perro.

Pero *Oreja Cortada* salió escapado a través de la nieve, dejando tras sí las huellas que marcaban su fuga... Y allí, en la nieve, donde estaba el otro rastro que habían dejado ellos a su espalda, se hallaba la loba esperando al nuevo fugitivo. A medida que el perro se iba acercando, se volvía cauteloso. Fue deteniendo la carrera hasta convertirla en una serie de pasos cortos y vigilantes, ansiosamente. Pareció que la loba le sonreía. El perro la miraba

con cieno cuidado y como dudando, pero enseñándole los dientes de un modo más bien insinuante que amenazador. La loba dio hacia él algunos pasos, como jugando, y se paró.

Oreja Cortada se acercó a ella cautelosamente, aún ojo avizor, enderezadas la cola y las orejas y alta la cabeza.

El perro trató de aproximar su hocico al de ella; pero la hembra retrocedió entre traviesa y esquiva. Cada avance de él iba seguido del correspondiente retroceso de ella. Paso a paso fue apartándolo de la protección que podía prestarle la compañía humana. Una de estas veces, como si una vaga sospecha o aprensión hubiera cruzado por el cerebro del animal, volvió la cabeza y miró hacia atrás, hacia el volcado trineo, sus compañeros de tiro y los dos hombres que lo estaban llamando.

Pero sea la que fuera la idea que empezaba a tomar forma en su cabeza, se borró cuando la loba avanzó hacia él. Se olisquearon un brevísimo instante, y luego la hembra volvió a adoptar su esquivo sistema de retirada al verse requerida de nuevo.

Mientras tanto, Bill había pensado en la posibilidad de utilizar el rifle, pero con el vuelco se había quedado debajo del trineo, y antes de que lo hubiesen levantado, *Oreja Cortada y* la loba estaban demasiado cerca ya uno de otro y a sobrada distancia de los hombres para que cualquiera se arriesgara a disparar.

El perro comprendió su error demasiado tarde. Antes de que nuestros hombres se percataran de la causa que a ello le movía, lo vieron volverse en redondo y empezar a correr en busca de su compañía. Entonces vieron una docena de lobos flacos y grises que se acercaban en ángulo recto al camino trillado y le cerraban la retirada. Inmediatamente, toda la esquivez y travesura de la loba desaparecieron como por encanto. Dando un gruñido y un salto, se lanzó sobre *Oreja Cortada.* Este le dio un empujón con el hombro para apartarse. Veía la retirada cortada, pero persistió aún en el propósito de volver donde estaba el trineo, así que cambió de dirección intentando dar un rodeo. A cada momento aparecían más lobos que tomaban parte en su caza. En cuanto a la loba, se hallaba a la distancia de un salto detrás de *Oreja Cortada y* se preparaba al ataque.

-¿Adónde vas? -preguntó de pronto Henry, poniendo la mano sobre el brazo de su compañero.

Bill le apartó de una sacudida.

-Eso no lo aguanto -exclamó-. No van a quitarnos ni uno más de nuestros perros si yo puedo impedirlo.

Rifle en mano, se hundió en el bosque bajo que bordeaba el sendero. Su intención era evidente. Tomando el trineo como centro del círculo que iba trazando *Oreja Cortada,* se proponía penetrar en este círculo en un punto en que pudiera ganar por la mano a sus perseguidores. Con su rifle y a plena luz del día, era muy posible que pudiera amedrentar a los lobos y salvar al perro.

-¡Oye, Bill! -le gritó Henry-. ¡Cuidado! ¡No te arriesgues mucho!

Luego se sentó en el trineo y se quedó vigilando. No podía hacer nada más. Bill se había perdido ya de vista; pero, de cuando en cuando, apareciendo y desapareciendo entre las matas y los esparcidos grupos de abetos, se podía ver a *Oreja Cortada.* Henry lo dio ya por perdido. Parecía que el propio perro estaba seguro del peligro en que se hallaba;

pero corría trazando un círculo muy grande, extenso, mientras que el de la manada resultaba interno y muy corto. Era inútil pensar que *Oreja Cortada* pudiera dejar atrás a sus perseguidores de tal modo que, cortando por delante de su círculo, llegara a ponerse a salvo junto al trineo.

Las dos líneas distintas se acercaban rápidamente a un punto determinado. Henry adivinaba que allá entre la nieve, tras una cortina de árboles y de matojos, que le impedía verlo, la manada, *Oreja Cortada* y Bill iban a encontrarse. Con gran rapidez, precipitándose las cosas mucho más de lo que él creía, ocurrió lo que esperaba. Oyó un disparo, luego dos más, en rápida sucesión, y se cercioró de que Bill había ya gastado todas sus municiones. Después oyó todo un tumulto de gruñidos. Reconoció la voz de *Oreja Cortada* en un alarido de dolor y de miedo y oyó el lamento de un lobo herido. Y nada más. El gruñir y el aullar cesaron. Volvió a reinar el silencio sobre la solitaria tierra.

Se quedó largo tiempo sentado sobre el trineo. No había necesidad de que fuera a ver lo ocurrido. Lo sabía tan bien como si se hubieran desarrollado los acontecimientos ante su vista. Hubo un momento en que se levantó sobresaltado y empuñó a toda prisa el hacha que sacó de entre las correas que la ataban. Pero la mayor parte del tiempo permaneció sentado y ansiosamente pensativo, mientras los dos perros que quedaban se acurrucaban temblorosamente a sus pies.

Al fin, se levantó extenuado, como si toda fuerza de resistencia hubiera huido ya de su cuerpo, y procedió a enganchar los perros al trineo. Se pasó una cuerda por el hombro, un tirante más para uso humano, y ayudó a los perros a arrastrar el trineo. No avanzó mucho en su camino. A las primeras señales de que iba a oscurecer, se apresuró a acampar, procurándose la más abundante provisión de leña que le fue posible. Dio de comer a los perros, cenó y se hizo la cama, lo más próxima al fuego que pudo.

Pero no consiguió disfrutar del sueño con tranquilidad. Antes de que sus ojos se cerraran, los lobos se habían acercado ya tanto que el peligro era inminente. No se necesitaba es forzar la vista para distinguirlos. Allí estaban, en torno a él y a la lumbre, formando estrecho círculo, sentándose sobre las patas traseras, arrastrándose, avanzando o retrocediendo furtivamente. Algunos hasta dormían. De cuando en cuando los veía enroscados sobre la nieve como perros, disfrutando de un sueño que a él se le negaba.

Mantuvo bien encendida la hoguera, porque bien sabía que aquel era el único obstáculo que se interponía entre su propia carne y aquellos colmillos de fiera hambrienta. Los dos perros no se apartaban de su compañía, uno a cada lado apoyándose contra él como en demanda de protección, dando quejidos y a veces gruñendo desesperadamente, cuando algún lobo se acercaba demasiado. En tales momentos, todo el círculo acababa por agitarse, los lobos se ponían en pie e intentaban avanzar en masa, y todo un coro de gruñidos y aullidos se elevaba en torno al hombre. Luego, el círculo volvía a echarse sobre la nieve, y de cuando en cuando, alguno de los lobos reanudaba su interrumpido dormitar.

Pero el constante círculo tendía continuamente a irse acercando. Poco a poco, pulgada* a pulgada, arrastrándose primero un lobo y luego otro, se iba cerrando hasta ser cada vez mas estrecho, hasta que las fieras quedaban ya a tan poca distancia que con un salto hubieran podido salvarla. Entonces, el hombre cogía tizones y los arrojaba en medio de la manada. Invariablemente, esto hacía que los lobos se retiraran precipitadamente, dando

aullidos de rabia y gruñendo asustados cuando algún tizón, bien dirigido hacia el blanco, chamuscaba a alguna de las fieras más atrevidas.

Al llegar la mañana, el hombre estaba macilento, extenuado, con los ojos hundidos por la falta de sueño. Preparó el desayuno en plena oscuridad, y a las nueve, cuando, al llegar la luz del día, los lobos se retiraron, puso en práctica un plan que había trazado durante las largas horas de la noche. Cortó renuevos* de los árboles e hizo con ellos un andamio de travesaños que dejó atados muy altos a los enhiestos troncos. Luego, usando como cuerda elevadora las ligaduras del trineo y con ayuda de los perros, alzó el ataúd y lo fue subiendo hasta dejarlo colocado sobre el andamio.

A Bill lo han cogido ya, y tal vez conmigo harán lo mismo; pero lo que es a ti, de fijo que no te cogerán nunca, joven -dijo dirigiéndose al cadáver al que acababa de dar por sepulcro los árboles.

Después de esto, emprendió la marcha por el sendero. El aligerado trineo saltaba detrás de los perros, que tiraban ahora con ganas, porque también ellos comprendían que su salvación dependía de que pudieran llegar a Fuerte Macgurry. Los lobos continuaban en su persecución de un modo más franco y abierto, trotando tranquilamente detrás y puestos en hilera a cada lado de la pista, con las rojas lenguas colgando y las ondulantes costillas mostrándose a cada movimiento. Tan flacos estaban que no eran más que meras bolsas de piel estiradas sobre un armazón óseo, con cuerdas por músculos; tan flacos, que pasó por la mente de Henry la idea de que era una maravilla que pudieran sostenerse en pie y no cayeran desplomados sobre la nieve.

No se atrevió nuestro viajero a seguir andando hasta que oscureciera. Al mediodía, el sol no solo animó con sus cálidos tonos el horizonte meridional, sino que hasta llegó a mostrar su borde superior, pálido y dorado, por encima de la línea que marcaba el comienzo del firmamento. El hombre lo consideró como una buena señal. Los días se alargaban. Volvía el sol. Pero cuando desapareció la alegría de su luz, se apresuró a acampar. Quedaban aún muchas horas de gris claridad diurna y de sombrío crepúsculo, y las aprovechó cortando una enorme cantidad de leña.

Con la noche llegaron los horrores. Los hambrientos lobos se hacían cada vez más atrevidos, y el sueño rendía a Henry. Dormitó algo contra su propia voluntad, acurrucado al amor de la lumbre con las mantas echadas sobre los hombros, el hacha entre las rodillas y a cada lado un perro que se apretujaba contra su cuerpo. Se despertó una vez y vio, a menos de cuatro metros de distancia, un enorme lobo gris, uno de los mayores de la manada. Y aún más: en el momento en que miraba, la fiera estiró el cuerpo deliberadamente. Lo hizo del perezoso modo en que suelen hacerlo los perros, bostezando casi en su misma cara y mirándolo con cierto aire de posesión, como si verdaderamente él no fuera más que una comida que se ha aplazado, pero que no se tardará mucho en engullir.

Esa certidumbre la demostraba la manada entera. No bajarían de veinte los lobos que contó, que le miraban fija y codiciosamente o que dormían con toda calma sobre la nieve. Le recordaban a una multitud de niños reunidos alrededor de la mesa de un festín y esperando permiso para empezar a comer. Y él constituía la comida. ¿Cómo y cuándo empezarían el banquete?

Mientras iba amontonando leña sobre la hoguera, se percató de que sentía un cariño por su propio cuerpo que nunca había experimentado antes. Observó el movimiento de sus músculos y le interesó el ingenioso mecanismo de sus dedos. A la luz de la hoguera los encorvó lenta y repetidamente, primero de uno en uno, luego todos a la vez, abriendo o cerrando la mano rápidamente. Se fijó en la formación de las uñas y pinchó los pulpejos* de los dedos con fuerza y después suavemente, estudiando, al hacerlo, las sensaciones que sus nervios experimentaban. Todo le tenía fascinado, y descubrió que amaba de pronto aquella refinada carne suya de mecanismo tan hermoso, suave y delicado. Luego lanzó una temerosa mirada al círculo de lobos que le rodeaba en actitud de expectativa y, al duro choque de la realidad, vio que aquel cuerpo maravilloso, aquella carne viva, no era más que comida. Solo era la presa para saciar la voracidad de aquellas fieras, cuyos colmillos le desgarrarían para que sirviera de sustento, como las antas y los conejos habían sido varias veces el suyo.

Salió del sopor de aquella especie de pesadilla para hallarse con la rojiza loba delante. No estaba a mayor distancia que unos dos metros, sentada en la nieve y mirándole fijamente. Los dos perros gruñían o lanzaban gañidos a sus pies, pero ella ni siquiera les hacía caso. A quien miraba era al hombre, y por un momento sostuvo este la mirada. Nada de amenazador se descubría en la loba. Se limitaba a mirar, fija y seriamente; pero bien sabía él que tan grande como aquella seriedad era su inspiradora, el hambre. El hombre representaba el alimento esperado, y a su vista, en la loba se excitaban las sensaciones del gusto. El animal abrió la boca babeando, porque la saliva se le escurría, y se relamió con anticipado deleite.

Un convulsivo terror se apoderó del hombre. Precipitadamente, fue a coger un tizón para arrojárselo. Pero en el instante mismo en que la abierta mano iba a ponerse encima y antes de que pudiera cerrarla, la loba ya había retrocedido de un salto y se había puesto a salvo, lo que daba a entender que estaba acostumbrada a que la amenazaran con tirarle cosas. Al saltar, gruñó enseñando los blancos colmillos hasta la encía; de pronto desapareció su aire serio de antes, para ser sustituido por otro tan maligno y feroz que le hizo estremecerse. Henry contempló la mano que empuñaba el tizón, notando la delicadeza de los dedos que lo oprimían y lo bien que se ajustaba a las desigualdades que ofrecía la superficie del áspero leño, se enroscaba alrededor y se retiraba automáticamente del sitio que quemaba la piel, para asir otro en que el calor fuera más soportable. Al instante imaginó que aquellos mismos dedos, tan delicados y sensibles, serían destrozados por los blanquísimos dientes de la loba. Nunca había sentido tanto cariño por su cuerpo como desde que tan insegura veía su conservación.

Toda la noche estuvo luchando por mantener a distancia la manada, gracias al llamear de los tizones que les arrojaba. Si contra su voluntad le vencía el sueño un momento, el gimotear y el gruñir de los perros le despertaba al instante. Llegó la mañana, pero por primera vez la luz del día no hizo que los lobos se esparcieran alejándose. Inútilmente estuvo esperando el hombre que se fueran. Allí permanecieron, en círculo siempre, en torno a él y a la lumbre, mostrando una arrogancia posesoria que le hizo perder todo el valor que la luz del día había despertado en él.

Intentó con un desesperado esfuerzo salir de allí empujando el trineo. Pero en el mismo momento en que se apartó de la protección de la hoguera, saltó hacia él el más atrevido de los lobos, aunque se quedó corto, errando el golpe. El hombre se salvó con otro salto

hacia atrás, y las quijadas* de la fiera se cerraron a cosa de un palmo de distancia del muslo en que creyó hacer presa. El resto de la manada se disponía ya a echársele encima, y solo arrojando a diestro y siniestro cuantas encendidas astillas pudo, logró hacer retroceder a los lobos a respetuosa distancia.

Incluso en medio de la claridad del día, no se atrevió ya a apartarse de la lumbre para ir a cortar más leña con que renovar su provisión. A unos seis metros había un abeto muerto cuyo enorme tronco veía erguirse. Medio día pasó extendiendo la hoguera hasta hacerla llegar a él, y teniendo siempre a mano media docena de troncos encendidos para arrojarlos contra sus enemigos. Una vez consiguió llegar al árbol, observó atentamente el bosque que lo rodeaba, quería que el árbol cayera en la dirección en que más abundaba la leña.

La noche que siguió fue una repetición de la anterior, exceptuando el hecho de que la necesidad de dormir iba siendo para él cada vez más avasalladora. El gruñir de sus perros no servía para mantenerlo despierto. Por otra parte, el sonido no paraba un momento, y para sus embotados sentidos era igual que aumentara o disminuyera de tono o intensidad. De pronto se despertó sobresaltado. La loba se hallaba a menos de un metro de distancia. Mecánicamente,_ como a quemarropa y sin soltar el tizón llameante, se lo metió por la boca, que tenía abierta y gruñendo. La fiera saltó para apartarse, aullando de dolor, y mientras él gozaba al aspirar el aire impregnado de olor de carne y pelo quemados, la vigilaba atentamente viéndola sacudir la cabeza y quejarse furiosa a algunos metros de distancia.

Pero esta vez, antes de que volviera a vencerle el sueño, se ató una tea ardiendo en la mano derecha. Solo hacía unos minutos que se le habían cerrado los ojos, cuando le despertó el olor producido por la llama que le quemaba la carne. Durante horas enteras se aferró a la práctica de este procedimiento. Cada vez que se despertaba de este modo, se apresuraba a ahuyentar a los lobos arrojándoles encendidas ramas, añadía leña a la hoguera y disponía convenientemente sobre su mano la tea. Todo marchó como él deseaba, hasta que la ató mal y, a poco de cerrársele los ojos, se le cayó de la mano.

Al dormirse, soñó. Creyó hallarse en Fuerte Macgurry. La temperatura de la estancia era tibia, se encontraba muy a gusto y jugaba a las cartas con el agente encargado de la factoría*. También le pareció que los lobos habían sitiado el fuerte. Estaban aullando a las puertas del mismo, y de cuando en cuando, él y el agente suspendían unos momentos el juego para ponerse a escuchar y reírse de los vanos esfuerzos de aquellas fieras que intentaban entrar. Pero tan raro era el sueño que, de pronto, se oía un estallido y la puerta saltaba hecha pedazos. Ya estaba viendo a los lobos entrando como una oleada en la gran sala donde se hacía toda la vida del fuerte. En línea recta y arrastrándose, avanzaban hacia él y hacia el agente. Desde que saltó la puerta, el ruido que producían los aullidos había aumentado de un modo tremendo. Este estrépito era lo que se le hacía insoportable. En el sueño, las imágenes se confundían ya con otras; pero, a través de todo, el ruido, el vocerío aquel iba siguiéndole; persistían los aullidos.

Y entonces se despertó y se encontró con que estos eran muy reales: los lobos los producían al echársele encima. Lo rodeaban ya, atacándolo. Uno le había clavado los dientes en un brazo. Instintivamente, el hombre saltó a la hoguera, y al saltar sintió sobre una pierna el tajo terrible de unos dientes que le arrancaban la carne. Enseguida empezó

la lucha por en medio del fuego. Los gruesos mitones* que usaba Henry protegían de momento sus manos, y así empezó a lanzar ascuas al aire en todas direcciones, hasta que la hoguera parecía más bien un volcán en erupción.

Pero no podía durar esto mucho tiempo. Con el ardor de la lumbre, la cara se le llenaba de ampollas, tenía quemadas cejas y pestañas, y los pies le abrasaban de modo insoportable. Con un trozo de rama ardiendo en cada mano, saltó al borde de la hoguera. Los lobos se habían visto obligados a retirarse. Por todos los lados donde habían caído las ascuas, se oía el chirriar de la nieve en que ardían, y a cada momento, alguno de los lobos que retrocedía anunciaba con un desesperado salto, acompañado de quejidos y de furioso gruñir, que acababa de pisar una de aquellas ascuas.

Lanzando aún tizones a sus más cercanos enemigos, el hombre arrojó sobre la nieve sus mitones, en los que había prendido el fuego, y pateó sobre la fría superficie para refrescar sus abrasados pies. Entonces echó de menos a los dos perros, y comprendió que habían tenido el mismo fin que sus otros compañeros.

El *Gordito* había sido el primero, y él probablemente sería el último manjar en alguno de los próximos días. Lo estaba presintiendo, horrorizado.

-¡No me habéis cogido aún, no! -gritó como un loco, amenazando con el puño a las hambrientas fieras. Y al sonido de su propia voz, todo el círculo se agitó, se oyó un gruñido general y la loba se adelantó a través de la nieve. Cuando estuvo cerca de él, se puso a mirarle con aquella seriedad suya, hija del hambre.

El hombre se decidió a trabajar en la realización de una nueva idea que se le había ocurrido. Extendió la hoguera hasta formar con ella un amplio círculo. Dentro del mismo se acurrucó él y se puso debajo toda la ropa con la que contaba para protegerse de la nieve derretida. Cuando desapareció tras el amparo de las llamas, la manada entera se acercó con curiosidad hasta el borde de la lumbre para averiguar qué había sido de él. Hasta entonces se les había impedido estar al amor del fuego, pero ahora podían establecerse allí en estrecho círculo, como si fueran perros, parpadeando o con repetidos guiños, bostezando y estirándose mientras sus flacos cuerpos participaban del grato y desacostumbrado calor. Luego, la loba se sentó sobre sus patas traseras, levantó el hocico apuntándolo a una estrella y comenzó a aullar. Uno por uno fueron imitándola el resto de los lobos, hasta que toda la manada, en la misma posición que ella había adoptado, sentada sobre sus patas y el hocico señalando al cielo, lanzó al aire el aullido del hambre.

Llegó la hora del alba y, con ella, la luz diurna. La hoguera seguía ardiendo, pero tímidamente. Se había acabado la leña y era necesario procurarse más. El hombre intentó salir de su círculo de llamas, pero los lobos se lanzaron a su encuentro. Su defensa por medio de los ardientes tizones los obligó a saltar a un lado; pero ya no retrocedían. Cuanto hizo para lograrlo resultó en vano. Por fin se dio por vencido y, tropezando, volvió a meterse en su círculo de fuego. Entonces, uno de los lobos saltó hacia él, erró el golpe y cayó de cuatro patas en medio de la lumbre. Dio un alarido de terror que acabó en gruñido y se apresuró a retroceder para ir a refrescar sus patas en la nieve.

El hombre se sentó sobre sus mantas, agachado, con todo el cuerpo hacia delante, los hombros caídos, sin fuerza, y la cabeza apoyada en las rodillas. Todo indicaba que al fin renunciaba a la lucha. De cuando en cuando, levantaba la cabeza para observar cómo la

hoguera iba bajando, consumiéndose. El círculo de llamas se iba dividiendo ya en segmentos con aberturas entre ellos. Estas iban haciéndose cada vez mayores, y los segmentos disminuían.

-Me parece que ahora sí que podéis venir y apoderaros de mí en cualquier momento -murmuró-. Pero, suceda lo que suceda, voy a dormir.

Hubo un instante en que se despertó, y en una de las aberturas del círculo vio a la loba que le estaba mirando.

Se volvió a dormir y a despertarse, poco después, aunque a él le pareció que debían de haber transcurrido horas enteras. Se había realizado un misterioso cambio, tan misterioso que la impresión le hizo abrir más que nunca los ojos. Algo había ocurrido. Al principio no acababa de comprenderlo, pero al fin se dio cuenta de lo que era. Los lobos ya no estaban allí. No quedaba de ellos más que sus huellas impresas en la nieve, que indicaban lo cerca que habían estado de él. El sueño volvía a rendirle; la cabeza se le caía, sin que pudiera evitarlo, sobre las rodillas, cuando con un repentino sobresalto se desveló de nuevo.

Se oían gritos humanos, traqueteo de trineos, crujir de guarniciones y ansiosos latidos de los perros que luchaban por arrastrarlos. Eran cuatro los trineos que avanzaban desde el cauce del río, allá entre los árboles. Media docena de hombres se habían juntado ya alrededor del que estaba agachado en el centro de la moribunda hoguera, sacudiéndolo y obligándolo a salir de su modorra. Él les miró como si estuviera ebrio y masculló de un modo raro, soñoliento aún, estas palabras:

-La loba roja... Se metía entre los perros a la hora de darles su ración... Primero se la comía ella. Luego se comió a los perros... Y finalmente a Bill...

-¿Dónde está lord Alfred? -le gritó junto al oído uno de los hombres, al mismo tiempo que lo sacudía bruscamente.

Él movió lentamente la cabeza en ademán negativo y dijo:

-No, a él no se lo comió... Él descansa izado allá en un árbol del último sitio en que acampé.

-¿Muerto?

Y en su ataúd -contestó Henry.

Forcejeó con aire petulante hasta zafarse de la mano con que le tenía cogido el hombro el que hacía las preguntas, y murmuró:

-¡Ea, déjeme tranquilo...! Estoy rendido... Buenas noches, señores.

Sus ojos parpadearon un poco y se cerraron. Incluso mientras le colocaban más cómodamente sobre el montón de mantas, resonaban sus ronquidos en el aire helado.

Pero otro ruido se oyó también. Lejos, a gran distancia, apagado, resonaba el aullido de la hambrienta manada, que comenzaba a seguir la pista de otra caza, de otra carne distinta de la del hombre que acababa de escapársele.

SEGUNDA PARTE

NACIDO EN LO SALVAJE

1

La batalla de los colmillos

La loba fue la primera que, antes que los demás, se percató de que se oían voces de hombres y latir de perros de trineo, y ella fue también la primera en abandonar de un salto al hombre que los lobos tenían prisionero dentro de su propio círculo de moribundas llamas. A la manada le dolía abandonar la presa que veía ya acorralada, y se quedó rezongando unos minutos para asegurarse de que no era injustificada la alarma, hasta que al fin emprendió la huida siguiendo las huellas de la loba.

Al frente de la manada corría un gran lobo gris; era uno de sus varios jefes. Concretamente, el que los dirigía a todos impulsándolos a ir pisándole los talones a la fugitiva. Él era quien gruñía a los lobatos amonestándolos o les lanzaba una dentellada cuando ambiciosamente pretendían adelantarle. Y él fue el que apretó el paso cuando vio que la loba comenzaba a trotar lentamente a través de la nieve.

Ella se puso poco a poco a su lado como si ese fuera el sitio que le correspondía, y ajustó entonces su paso al de la manada. Él no le gruñía ni le enseñaba los dientes cuando, al dar un salto, resultaba que se le había adelantado. Al contrario, parecía muy bien dispuesto en su favor; tanto, que a la hembra le desagradaba, pues, tendiendo él a correr muy cerca, cuando se le acercaba demasiado, era ella la que gruñía y le enseñaba los dientes. Y no se limitaba a eso solo, sino que más de una vez le lanzó una dentellada en el hombro. Cuando eso ocurría, él no mostraba el menor enojo. Se limitaba a dar un salto, apartándose a un lado, y a correr en línea recta como con un cierto embarazo y saltando torpemente, bien parecido, en el porte que adoptaba y en la conducta, a un avergonzado zagal aldeano.

Esto la perturbaba en su dirección de la manada; pero también sufría otras molestias. Si a un lado le tenía a él, al otro corría un enorme lobo viejo de entrecano pelaje, cuyas cicatrices daban fe de las numerosas batallas en que había intervenido. Iba siempre a su derecha, seguramente porque no tenía más que un solo ojo, y este era el izquierdo. También él sentía afición a acercársele, a virar hacia ella, hasta que con el hocico, cruzado de profundas señales, conseguía tocarle el cuerpo, el hombro o el cuello. Lo mismo que con el compañero que tenía a la izquierda, rechazaba ella con los dientes tales atenciones; pero cuando estas se las prodigaban ambos lobos a la vez, se veía bruscamente empujada, no teniendo más remedio que repartir rápidos mordiscos a diestro y siniestro para apartar a los dos cortejadores, mantener la emprendida carrera al frente de la manada y ver, con precisión, el camino por donde debía poner los pies. En tales ocasiones, sus dos compañeros regañaban a la vez y se mostraban los dientes amenazadoramente. Poco les hubiera costado enzarzarse en una lucha, pero hasta el

cortejar y el saldar sus cuentas como rivales podía sufrir aplazamiento cuando apremiaba otra necesidad mayor: el hambre de toda la manada.

Cada vez que el lobo viejo se veía rechazado y debía alejarse de aquel objeto de sus deseos que tan buenos dientes tenía, chocaba con otro lobo de unos tres años que corría junto a su lado derecho, que era precisamente el de su ojo ciego. Este lobezno había alcanzado ya todo su desarrollo, y teniendo en cuenta el estado de debilidad y de hambre de toda la manada, podía decirse que poseía más vigor y mayores ánimos que la mayoría de los otros. Sin embargo, corría conservando siempre la cabeza al mismo nivel del hombro del lobo tuerto, que le aventajaba en años. Si alguna vez -aunque era poco frecuente- se aventuraba a adelantarlo, un gruñido y un mordisco lo obligaban a volver al lugar que le correspondía. En todo caso, de vez en cuando se quedaba algo rezagado y se metía entre el jefe anciano y la loba. Esto ocasionaba un doble y hasta un triple disgusto. Cuando ella gruñía para manifestar su desagrado, el jefe viejo se volvía rápidamente contra el lobato para castigarlo. Algunas veces, la hembra misma lo ayudaba. Y otras, hasta el otro jefe joven giraba en redondo para tomar parte en el castigo.

En tales ocasiones, el lobato se encontraba con seis hileras de salvajes dientes que lo amenazan. Se detenía precipitadamente, se apoyaba sobre los cuartos traseros, afirmaba las tiesas patas delanteras y resistía el ataque, bien abiertas las fauces y erizados los pelos del cuello. Esta confusión que se originaba en el frente de la manada traía consigo otra en los lobos que venían detrás. Chocaban estos con el lobato y expresaban su disgusto dándole fuertes mordiscos en las patas posteriores y en los lados. Él mismo se buscaba daños y molestias, porque la falta de comida y el mal humor corrían parejos en todos; pero con la fe ilimitada propia de la juventud, se empeñaba en repetir la misma maniobra a cada paso, aunque nunca consiguiera otra cosa que continuas derrotas.

De haber tenido a mano el alimento necesario, el amor y las luchas hubieran ido juntos, y la formación a que se sujetaba la manada hubiese quedado deshecha. Pero la situación de esta era desesperada. El hambre, largo tiempo sostenido, la tenía en un estado de excesiva demacración. Ya ni corría siquiera con la velocidad acostumbrada. Los lobos zagueros, los que cojeando seguían a los demás, eran los más débiles, los muy jóvenes o los muy viejos. Al frente iban los más fuertes. Pero todos ellos parecían esqueletos. Sin embargo, excepción hecha de los que cojeaban, no era fácil adivinar en ellos el esfuerzo ni el cansancio, a juzgar por sus movimientos. Aquellos músculos, que semejaban cuerdas, eran fuente inextinguible de energía. Tras la contracción de uno de aquellos resortes acerados venía otra, y otra, y otra, y así continuaban sin que pareciera tener fin.

Los lobos corrieron muchos kilómetros aquel día. Corrieron toda la noche, y el día siguiente continuaron corriendo. Corrían sobre la superficie de un mundo helado y muerto. No había en él vida que se moviera. Los únicos que se movían a través de aquella vasta inercia eran ellos. Ellos estaban vivos e iban en busca de otros seres vivientes para devorarlos y continuar así viviendo.

Cruzaron grandes llanuras y se dedicaron al ojeo de una docena de arroyos en una comarca llena de hondonadas, antes de que vieran recompensado su trabajo. Al fin dieron con algunas antas. La primera que hallaron fue una especie de buey de gran tamaño. Suponía carne en abundancia y vida, no guardadas y protegidas ambas por misteriosas hogueras ni por voladores proyectiles que lanzaban llamas. Las pezuñas partidas y las

astas en forma de pala las conocían ya bien, y así prescindieron entonces de su acostumbrada paciencia y cautela en la caza. La lucha fue corta y feroz. El gran buey fue atacado por todos los lados. Abrió en canal a muchos o les partió el cráneo con hábiles patadas de sus grandes cascos. Los aplastó o los despedazó con sus enormes astas. Revolcándolos en la lucha, los pateó hasta hundirlos en la nieve. Pero al fin fue dominado, y se desplomó con la loba cogida a su cuello, que esta desgarraba furiosamente, y clavados los dientes de otros muchos en diez sitios de su cuerpo. Lo devoraron vivo, antes de que él cesara su lucha por defenderse y dejara de causarles daño.

Ya tenían carne abundante. El buey pesaba más de ochocientas libras*, con lo que tocaban a unas veinte libras de carne para cada uno de los cuarenta y tantos lobos de la manada. Pero si era prodigiosa su resistencia al ayuno, prodigioso era también lo que podían llegar a comer, y pronto no quedaron más que unos cuantos huesos esparcidos de aquel espléndido animal que unas horas antes había hecho frente a la manada de lobos.

Llegó el momento del descanso y del sueño. Lleno ya el estómago, las riñas y peleas comenzaron entre los machos más jóvenes, continuando durante los pocos días que la manada aún siguió unida. El hambre había terminado. Los lobos se hallaban ahora en el país de la caza, y, aunque aún se dedicaron a buscarla agrupados, cazaban con más cautela, acorralando pesadas hembras o viejos y enfermos machos que se separaban de los reducidos rebaños de antas que encontraban.

Llegó un día, en aquella tierra de la abundancia, en que la manada se dividió en dos y cada una tomó una dirección distinta. La loba, que llevaba a su izquierda al jefe más joven y a su derecha al viejo tuerto, condujo a su mitad hacia el río Mackenzie*, y lo cruzaron después hasta llegar al país de los lagos, situado en la parte del este. Todos los días, este resto de la manada iba disminuyendo. De dos en dos, un macho y una hembra, los lobos iban desertando. De cuando en cuando, un macho solitario era arrojado a dentelladas por sus rivales. Al fin, solo cuatro quedaron: la loba, el jefe, el tuerto y el ambicioso lobato de tres años.

A la loba se le había puesto ahora un genio feroz. En sus tres seguidores podían verse las señales que dejaron sus dientes. Y sin embargo, nunca le contestaban igual, jamás se defendían atacándola. Se volvían de espaldas ante sus más furiosas arremetidas, y moviendo la cola y con lentos y cortos pasos, se le acercaban tratando de aplacar su ira.

Con ella todo era suavidad; sin embargo, los machos mostraban su fiereza entre ellos. El lobato presumía demasiado de su ferocidad. Cogió una vez al viejo tuerto por el lado en que no veía y le desgarró la oreja hasta dejarla convertida en una serie de cintas. Como el canoso viejo no podía ver más que por un lado, acudió para defenderse a la experiencia de sus largos años. El ojo perdido y las cicatrices que cruzaban su hocico podían dar fe de la calidad de esta experiencia. Habían triunfado ya en demasiadas lides para que ni por un momento dudara acerca de lo que debía hacer entonces.

La batalla comenzó franca y lealmente, pero no terminó con la misma lealtad. No cabe asegurar cuál hubiera sido, en otro caso, el resultado, porque el tercer lobo se unió al más viejo y, juntos los dos jefes, el de más edad y el más joven, atacaron al ambicioso lobato hasta acabar con él. Fue acosado sin piedad, y por ambos lados a la vez, por los terribles dientes de los qué hasta entonces habían sido sus compañeros. Olvidados quedaron ya los días en que cazaron juntos, las piezas que habían derribado y el hambre que habían

padecido. Todo ello pertenecía al pasado. El asunto que ahora les preocupaba era el amor, y este asunto era mucho más duro y cruel que el de procurarse comida.

Y entretanto, la loba, la causante de todo, estaba sentada sobre sus cuartos traseros tranquilamente y observaba lo que ocurría. Hasta estaba contenta. Aquel era su día -y no hubiera podido decir otro tanto con mucha frecuencia. Los pelos se erizaban, los colmillos chocaban unos contra otros o abrían y desgarraban la sumisa carne, solo porque los lobos se disputaban su posesión.

Y en aquella amorosa pendencia, el lobato de tres años, que realizaba su primera aventura, perdió la vida. A cada lado de su exánime cuerpo quedaban en pie sus dos rivales. Miraban de hito en hito a la loba, que seguía sentada sobre la nieve y sonreía. Pero el jefe más viejo era docto, muy docto, en materias de amor, igual que en las batallas. El jefe joven volvió un momento la cabeza para lamer una herida que tenía junto a la espalda. La curva de su cuello quedaba por completo frente a su rival. Con su único ojo, vio el viejo que aquella era la ocasión oportuna. Se lanzó a fondo y clavó en él sus colmillos. Fue una dentellada sostenida, prolongada, que desgarraba, y lo más profunda posible. Al rajar la carne, rompió, al fin, la gran vena del cuello. Entonces se apartó de un salto.

El jefe más joven lanzó un terrible gruñido; pero quedó cortado a la mitad por el cosquilleo de una tos que le ahogaba. Desangrándose y tosiendo, herido ya de muerte, se arrojó contra el viejo y luchó con él mientras iba perdiendo la vida, mientras las patas le flaqueaban y se oscurecía la luz de sus empañados ojos, haciéndose cada vez más cortos sus saltos y menor el alcance de los golpes que dirigía a su contrario.

Y durante toda esta escena, la loba continuaba sentada sobre sus patas posteriores sonriendo. Se sentía vagamente halagada por aquella batalla, porque ese era el modo de hacer el amor en aquel mundo salvaje, la tragedia sexual en plena naturaleza, que en realidad era solo tragedia para los que morían. Para los supervivientes significaba la mera realización de un hecho, de una hazaña.

Cuando el jefe más joven quedó tendido y sin movimiento sobre la nieve, el *Tuerto* se dirigió con majestuoso paso al encuentro de la loba. Todo su porte era una mezcla de triunfo y de cautela. Evidentemente, esperaba que sería rechazado, y también fue evidente su sorpresa cuando vio que ella no le mostraba los dientes con rabiosa expresión. Por primera vez lo recibió amablemente. Tras mutuos olfateos del hocico, hasta le permitió saltar y juguetear con ella, como si ambos no fueran más que dos cachorros. Y él, por su parte, a pesar de todos sus pelos canos, de su discreción y experiencia, se portó como si fuera tal cachorro y hasta exageró algo la nota.

Olvidados quedaban ya los vencidos rivales y la historia de amor escrita con sangre sobre la nieve. Olvidados, excepto en una ocasión: cuando el *Tuerto* se paró un momento para lamer las heridas que le molestaban. Entonces se esbozó en sus labios un gruñido; se le erizaron los pelos del cuello y de los hombros; hizo un movimiento como si fuera a agacharse para saltar y hacer presa en alguien, y sus uñas se clavaron espasmódicamente como para mejor afirmar el pie. Pero se desvaneció todo como por encanto un momento después, cuando dio un salto y se juntó de nuevo con la loba, la cual, esquiva, le llevó a la carrera a través del bosque.

Después de esto, corrieron uno al lado del otro como buenos amigos que han llegado a ponerse de acuerdo. Transcurrieron los días y juntos se quedaron, cazando y dividiendo la comida entre los dos. Después de algún tiempo comenzó la loba a inquietarse. Parecía andar en busca de algo que no podía hallar. Sentía una atracción especial por cuantos hoyos descubría bajo los árboles caídos, y dedicaba gran parte del día a ir olfateando las más anchas quebraduras de las rocas en las que se amontonaba la nieve y las cavernas que quedaban al amparo de los bancos más salientes. Al viejo *Tuerto* no le interesaba nada de esto lo mas mínimo; pero la seguía bonachonamente y, cuando sus investigaciones en ciertos sitios se prolongaban más que de costumbre, se echaba, esperando que terminara y pudiesen continuar su camino.

No se quedaron en un mismo sitio, sino que cruzaron todo el país hasta llegar de nuevo al río Mackenzie, por el que fueron descendiendo poco a poco, dejándolo con frecuencia para cazar junto a los arroyos afluentes del mismo; pero volviendo siempre a él. Se encontraban a veces con otros lobos, que iban generalmente por parejas; pero no se establecía entre ellos comunicación amistosa -parecía que no la deseaban ni manifestaban la menor alegría por el encuentro, ni tampoco inclinación a reconstruir la disuelta manada-. Diferentes veces tropezaron también con lobos solitarios. Siempre eran machos y mostraban gran empeño en juntarse con el *Tuerto y su* compañera. El lobo se oponía violentamente, y cuando la pareja, bien apretados uno contra otro y erizando los pelos, les enseñaban los dientes, todos los solitarios aspirantes volvían la espalda y seguían su camino tan solos como antes.

Una noche de luna, corriendo por el callado bosque, el *Tuerto* se paró de pronto. Levantó el hocico, puso tiesa la cola y olfateó con ansia el aire. Alzó también una pata, al estilo de lo que suelen hacer los perros. Había algo que no le satisfacía y continuó venteando, esforzándose por entender de qué era anuncio lo que él sentía. Un momentáneo y descuidado olfateo había, por el contrario, dejado tranquila a su compañera, la cual siguió trotando para infundirle confianza. Aunque él la siguiera, se manifestaba dudoso, y no pudo abstenerse de parar nuevamente un rato para estudiar más detenidamente lo que juzgaba aviso de algo.

Ella se arrastró cautelosamente hasta el borde de un vasto y abierto espacio que quedaba entre los árboles. Durante cierto tiempo permaneció allí sola. Luego, el *Tuerto,* arrastrándose también, deslizándose, con todos sus sentidos alerta, con los pelos erizados irradiando un recelo infinito, se unió a ella. Se quedaron uno al lado del otro, en acecho, escuchando atentamente y olfateando siempre.

A sus oídos llegaron los rumores de perros que riñen, gritos guturales de hombres, voces chillonas de mujeres que reprenden y, de pronto, el penetrante quejido de una criatura. Excepción hecha de los enormes bultos de las chozas construidas con pieles, bien poco era lo que se veía, como no fueran las llamas de una hoguera cuyos contornos interrumpían los movimientos de cuerpos que iban y venían y el humo que se elevaba lentamente por el aire en calma. Pero al agudo olfato de los lobos llegaron los mil y un olores de un campamento indio, que revelaban cosas bastante incomprensibles para el *Tuerto;* aunque la loba conocía bastante en sus pormenores más insignificantes. Se sintió extrañamente agitada, y olfateó una y otra vez con creciente deleite. Él, en cambio, reveló su temor y se preparó a huir. Se volvió y le tocó el cuello con el hocico como con tranquilizador ademán, mirando después nuevamente al campamento. Cierta pensativa

seriedad desusada hasta entonces apareció en su cara; pero no era la seriedad del hambre. Sentía el vivísimo anhelo de adelantarse, de acercarse al fuego que allí ardía, de reñir con aquellos perros y de evitar los pies de aquellos hombres haciéndolos tropezar al escaparse.

El *Tuerto* se movía a su lado con impaciencia, cuando de pronto volvió a apoderarse de la hembra aquella inquietud de antes y experimentó de nuevo la misma urgente necesidad de encontrar lo que andaba siempre buscando. Se volvió, pues, en redondo y se puso a trotar hacia el bosque de donde había venido, con gran contento del *Tuerto,* que le tomó un rato la delantera hasta que se internaron un buen trozo bajo el cobijo de los árboles.

Mientras se deslizaban a la luz de la luna, tan calladamente como si fueran dos sombras, descubrieron las huellas de unas pisadas en una quiebra por donde pasaba un sendero. Inmediatamente, ambos hocicos se bajaron para seguir el rastro. Las huellas eran muy recientes. El *Tuerto* corría por delante cautelosamente, y tras él, pisándole los talones, seguía su compañera. Sobre la nieve iban quedando las anchas y cubiertas marcas de las robustas patas de los lobos, que, al tocarla, lo hacían tan suavemente como si fueran de terciopelo. El *Tuerto* se percató de que se distinguía el confuso movimiento de algo blanco en medio de toda aquella blancura. Si hasta entonces su modo de correr había sido mucho más rápido de lo que hubiera podido suponerse, no era nada en comparación con la velocidad que adquirió desde aquellos momentos. Ante él saltaba la confusa mancha blanca que había descubierto.

Corría la pareja por una especie de callejón a cuyos lados se apiñaban multitud de abetos jóvenes. Entre los árboles se divisaba la boca del callejón que daba a un claro del bosque iluminado por la luna. El *Tuerto* iba rápidamente examinando la flotante forma blanca. Se le acercaba a saltos espaciados. Ya estaba a punto de caer sobre ella. Un salto más y le clavaría los dientes. Pero ese salto no llegó a darlo. Allá en la nieve, muy alto, se elevaba el bulto blanco, que resultó ser un conejo vivo que pataleaba y daba continuos brincos, ejecutando una danza fantástica en el aire, sin tocar el suelo ni una sola vez.

El *Tuerto* dio un salto hacia atrás repentinamente intimidado, y se agachó luego muy encogido sobre la nieve, gruñendo amenazadoramente a aquella horripilante cosa que no llegaba a comprender. Pero la loba siguió adelante con la mayor frialdad y saltó enseguida para coger al conejo bailarín. También ella se elevó cuanto pudo, pero no lo suficiente para apresarlo, y sus mandíbulas se cerraron sin apoderarse de nada, produciendo los dientes, al chocar, un ruido que parecía metálico. Dio enseguida otro salto, y otro y otro.

Su compañero había abandonado su posición agachada y la estaba contemplando. Se mostró entonces enojado por los repetidos fracasos, e, imitándola, saltó también con extraordinario empuje hacia lo alto. Sus dientes se clavaron al fin sobre el conejo y lo arrastró consigo al suelo. Pero al mismo tiempo se produjo a su lado un movimiento acompañado de un sospechoso crujido, y sus asombrados ojos vieron un renuevo de abeto que se encorvaba sobre él y le daba un golpe. Abrió entonces la boca soltando la presa y retrocedió de un salto para huir de aquel extraño peligro, mostrando los dientes y gruñendo profundamente, con todos los pelos erizados de rabia y de miedo. Y en aquel momento, el abeto joven se enderezó otra vez y el conejo volvió a elevarse, bailoteando nuevamente en el aire.

La loba estaba furiosa. Clavó los dientes en un hombro de su compañero para demostrarle su reprobación, y él, azorado, no sabiendo a qué era debido el nuevo castigo, respondió ferozmente al ataque. Más asustado aún que antes, le abrió a la loba una ancha herida en un lado del hocico. Que él no se dejara castigar de aquel modo sin atreverse a demostrar su enojo, era cosa igualmente inesperada para ella, y así se arrojó sobre el lobo con gruñidos de indignación. Hasta entonces no se dio cuenta el *Tuerto* de la equivocación sufrida, y trató de aplacar la ira de su compañera. Pero ella siguió castigándolo hasta que se acabaron todos los intentos de aplacarla. El lobo se hizo un ovillo y comenzó a dar vueltas con la rapidez de un torbellino, cuidando de conservar la cabeza bien apartada de aquellos dientes que se iban clavando en sus hombros.

Entretanto, el conejo seguía bailoteando en el aire, encima de ellos. La loba se sentó en la nieve, y el *Tuerto,* temiéndola más entonces a ella que al misterioso abeto, volvió a saltar para apoderarse del conejo. Se cayó al suelo con el conejo entre los dientes y su único ojo no apartó la vista del arbolillo. Como antes, el abeto lo siguió hasta el suelo en su descenso. El animal se agachó esperando el golpe que parecía inminente. Se le erizaron los pelos pero no soltó el conejo. Aquella vez el golpe no llegó a ser una realidad. El renuevo se quedó encorvado encima de él. Cuando el lobo se movía, el árbol se movía también, y al verlo, la fiera le gruñó entre los apretados dientes. Cuando uno permanecía quieto, hacía lo mismo el otro, y así el *Tuerto* dedujo que lo mejor y más seguro para él era, que continuara quieto. Sin embargo, el saborcillo de la sangre del conejo, que sentía en la boca, era agradabilísimo.

Su compañera fue la que le sacó de las dudas en que se hallaba metido. Le quitó el conejo, y mientras el renuevo se inclinaba balanceándose amenazadoramente sobre ella, la loba decapitó de un mordisco al animalillo con toda tranquilidad. En el acto, el abeto se enderezó con violencia, sin ocasionar ya más molestias, quedándose en la digna posición perpendicular que le tenía asignada la naturaleza. Entonces la loba y el *Tuerto* devoraron la pieza de caza que el misterioso abeto había cogido, como trampa, en provecho de ellos dos, que así saciaron su apetito con aquel manjar tan sabroso.

Había otras quiebras del terreno y estrechos pasos semejantes en los que también se veían conejos colgados en el aire, y la pareja de lobos fue explorando todos los sitios en que se hallaban, abriendo la marcha la loba y siguiéndola el *Tuerto,* que lo observaba todo con cuidado, para ir aprendiendo el método que había que seguir para robar lazos y trampas, conocimiento que estaba destinado a servirle de mucho en el porvenir.

II

El cubil

Durante dos días, la loba y el *Tuerto* estuvieron dando vueltas por las proximidades del campamento indio. A él le molestaba aquello y le infundía recelo; sin embargo, su compañera lo hallaba muy atractivo y no mostraba el menor deseo de alejarse. Pero cuando una mañana resonó en el aire un disparo de un rifle que partía de un sitio muy cercano y una bala fue a aplastarse contra el tronco de un árbol a algunos centímetros de distancia de la cabeza del *Tuerto,* no dudaron ya más ni uno ni otra y

salieron a galope, un galope tendido de enorme velocidad, que pronto puso por medio unos cuantos kilómetros entre ellos y el peligro.

No fueron a parar muy lejos, sin embargo: solo a la distancia de un par de días de viaje. La necesidad que sentía la loba de encontrar lo que siempre estaba buscando había llegado a ser imperiosa. Estaba ya tan gruesa que no podía correr más que despacio. Una vez, al perseguir a un conejo, que en cualquier otra ocasión hubiera cazado con facilidad, tuvo que abandonar la persecución y echarse para descansar. El *Tuerto* fue entonces a su lado; pero al tocarla suavemente con el hocico, ella le mordió tan brusca y furiosamente que debió retroceder dando tumbos del modo más ridículo, para huir de los dientes de su compañera.

Esta tenía el genio peor que nunca; en cambio, se mostraba él más paciente y solícito que en ninguna otra ocasión. Al fin la loba halló lo que iba buscando. Fue a unos cuantos kilómetros de la parte superior de un arroyo que en verano desembocaba en el río Mackenzie; pero que entonces estaba helado, no solo en su superficie, sino desde ella hasta su pedregoso fondo, convertido en blanca y dura masa desde el nacimiento a la desembocadura. Iba la loba trotando pesadamente, muy cansada, a bastante distancia de su compañero, que llevaba la delantera, cuando llegó al alto banco de arcilla que dominaba el cauce. Cambió el rumbo y trotó hacia allí. El chorrear de las aguas que provenían de las tormentas primaverales y de los deshielos había minado la base del banco, dejando convertido en covacha lo que antes fue una estrecha grieta.

La loba se paró frente a la boca de la cueva y examinó con cuidado el ribazo* que quedaba encima. Luego, a uno y otro lado recorrió la base del mismo hasta donde la parte más prominente de él se destacaba sobre la suave línea del paisaje. Volviendo a la covacha, se metió en la estrecha boca. Al principio se vio obligada a avanzar agachándose; pero luego las paredes interiores se fueron ensanchando y elevándose hasta constituir un breve recinto de más de metro y medio de diámetro. Casi tocaba el techo con la cabeza, pero el sitio era seco y lo halló acogedor. Lo estudió todo minuciosamente, mientras el *Tuerto,* que había vuelto atrás para acompañarla, se quedaba a la entrada y la observaba pacientemente. Ella bajó la cabeza, con el hocico señalando a un punto del suelo muy cerca de sus apiñados pies, y en torno a este punto comentó a dar repetidas vueltas, hasta que al fin, con una especie de gruñido que algo tenía de cansado suspiro, enroscó allí el cuerpo, dobló las piernas y se dejó caer, con la cabeza en dirección a la entrada. El *Tuerto,* con las orejas tiesas y demostrando su interés, le sonreía, y al mismo tiempo, destacándose contra la blanca luz del exterior, ella podía ver cómo la poblada cola del lobo se balanceaba con amistosa y bonachona expresión. Y las orejas de la hembra, con un movimiento lleno de grato abandono, se bajaron hacia atrás hasta que sus afiladas puntas se aplanaron sobre la cabeza por un momento, mientras la boca se abría y la lengua colgaba de ella tranquila y pacíficamente. Con todo aquello, la loba expresaba que se hallaba contenta y satisfecha.

En cuanto al *Tuerto, lo* que él sentía era hambre. Aunque se echó a la entrada de la cueva y durmió, su sueño fue ligero. Se despertaba continuamente, enderezando las orejas al mirar hacia aquel mundo exterior tan claro y límpido, en que el sol de abril brillaba sobre la nieve. Mientras dormitaba, oía quedamente los débiles rumores de escondidas chorreras que el agua había formado, y entonces se levantaba y se ponía a escuchar con la mayor atención. El sol había vuelto, y todo aquel mundo de las tierras

boreales*, que despertaba ahora, parecía reclamarlo a él. La vida resurgía y se animaba. La sensación de la primavera flotaba en el ambiente; la sensación de la vida nueva que crecía bajo la nieve; de la savia ascendiendo a los árboles; de los capullos rompiendo los grilletes del hielo.

El lobo lanzaba ansiosas miradas a su compañera, pero ella no demostraba el menor deseo de moverse. Miró luego hacia fuera, y media docena de verderones* de las nieves pasaron en aquel momento por su campo de visión. Iba a levantarse, pero volvió los ojos a su compañera y, quedándose como antes, comenzó nuevamente a dormitar. Un zumbido llegó á sus oídos. Una o dos veces se sacudió el hocico con las patas. Luego se despertó. El zumbido provenía de un solitario mosquito que estaba dando vueltas en torno a su nariz. Era un mosquito grande, completamente desarrollado, que tras estar en algún tocón helado todo el invierno, ahora, con el deshielo, volvía a aparecer a la luz del sol. La fiera no pudo resistirse ya más a los repetidos llamamientos del mundo. Además, sentía hambre.

Se arrastró hacia su compañera y trató de persuadirla de que se levantara. Pero ella le gruñó, así que él solo se dirigió a la alegre luz del sol y se encontró con que la capa de nieve que pisaba era blanda y la marcha difícil. Remontó el helado cauce del arroyo, en el que la nieve, sombreada por los árboles, era aún dura y cristalina. Estuvo ausente ocho horas y volvió en plena oscuridad, más hambriento que cuando se marchó. Había hallado caza, pero no pudo apoderarse de ella. Hundiéndose y revolcándose en el fango de la capa de nieve que se derretía, había tenido que contemplar cómo los conejos se le escapaban deslizándose por ella con la misma facilidad y ligereza de siempre.

Se quedó parado ante la boca de la covacha con cierto repentino recelo. Del interior salían unos raros y débiles sonidos. No los producía su compañera, y, sin embargo, le parecían vaga y remotamente conocidos. Se arrastró vientre a tierra, penetrando con gran cautela, y fue recibido por la loba con un gruñido que era una amonestación. La aceptó sin perturbarse, aunque obedeció, quedándose a cierta distancia; pero siguió manifestando interés por los otros ruidos, continuos sollozos y desacostumbrados susurros.

Su compañera le mandó alejarse, muy irritada, y él, enroscando el cuerpo, se puso a dormir a la entrada. Cuando llegó la mañana y una luz opaca comenzó a penetrar en la cueva, volvió a buscar la fuente de todos aquellos rumores que vaga y remotamente conocía. Hubo entonces una nota nueva en el gruñido que le dirigió su compañera: era una nota de celos, y así tuvo el buen cuidado de quedarse a respetuosa distancia. A pesar de ello, descubrió, bajo las patas de la loba y alineados a lo largo de su cuerpo, cinco raros montoncillos de carne llenos de vida; pero muy débiles y torpes, gimiendo continuamente y con los ojitos cerrados a la luz. El *Tuerto* se quedó sorprendido. No era aquella la primera vez en su larga y triunfante existencia que tal cosa le había ocurrido. En verdad, la había visto ya muchas veces, y, sin embargo, cada una constituía para él una nueva sorpresa.

Su compañera lo miraba con ansiedad. A cada momento se la oía refunfuñar, y si él se acercaba demasiado, resonaba entonces en la cueva un alto y rabioso gruñido. No era que a ella le hubiera ocurrido nunca, no; pero el instinto, la secreta experiencia de

todas las madres de lobos, le hacía recordar que existían padres que se habían comido a su propia recién nacida e indefensa prole. Por eso sentía un temor incontrastable que la obligaba a impedir que el *Tuerto* examinara muy de cerca a los cachorrillos que eran hijos suyos.

Pero no había para ellos el menor peligro. El *Tuerto* no sentía más que un impulso que era, a su vez, otro instinto heredero de todos los padres de lobos. No se metió a examinarlo ni a discutirlo. Lo llevaba en la sangre, en el fondo de su naturaleza, y era la cosa más natural del mundo que lo obedeciera, volviéndoles la espalda a sus recién nacidos hijos, y se marchara de la cueva trotando en busca de la acostumbrada pista, de la carne de que habitualmente vivía.

A ocho o nueve kilómetros del cubil, el arroyo se bifurcaba, dirigiéndose ambas bifurcaciones hacia los montes, en ángulo recto. Siguiendo la de la izquierda, dio con un rastro fresco, reciente. Lo olfateó, y tan reciente lo halló, en efecto, que se agachó con rapidez mirando en dirección al sitio donde desaparecía. Entonces volvió deliberadamente y tomó la bifurcación de la derecha. La huella era mucho mayor que la que dejaban sus propias pezuñas, y por ello comprendió perfectamente que, en el seguimiento de una pista así, poca sería la carne que pudiera él procurarse.

A más de medio kilómetro del nuevo camino que acababa de emprender, su fino oído distinguió el ruido de unos dientes que roían algo. Se puso a rondar la pieza de caza y descubrió que era un puerco espín que, puesto sobre dos patas contra un árbol, intentaba arrancar con los dientes un trozo de corteza. El *Tuerto* se le acercó con gran cuidado, pero sin esperanzas. Conocía la especie, aunque nunca la había hallado en un lugar tan hacia el norte como aquel, y nunca tampoco en toda su larga existencia había conseguido que un puerco espín le proporcionara una verdadera comida. Pero desde larga fecha tenía aprendido que el azar, la oportuna casualidad, era algo con lo cual había que contar, y siguió acercándose. No era posible predecir lo que sucedería, porque, con todo lo dotado de vida, las cosas ocurrían siempre, por una razón u otra, de modo distinto.

El puerco espín se hizo una bola, lanzando como rayos en todas direcciones sus afiladas púas, que hacían imposible todo ataque. En sus juveniles años, el *Tuerto* se había acercado para olfatearla a una de esas bolas aparentemente inerte, y recibió de pronto en plena cara el latigazo que le dio su cola. Una de las púas se la llevó clavada en el hocico, y allí se quedó durante algunas semanas inflamándose y escociéndole como una llama que se lo quemaba, hasta que al fin se cayó por sí sola. Así pues, se echó ahora el lobo cómodamente en acecho, con la nariz a palmo y medio de distancia de la línea que podía seguir en su ataque la cola del puerco espín. De tal suerte se quedó esperando completamente inmóvil. Nadie podía decir lo que pasaría, y siempre podría ser algo favorable. Era probable que al erizo se le ocurriera desenroscarse, y entonces sería el momento oportuno para clavarle rápida y calladamente la terrible garra en el vientre.

Pero al cabo de media hora, el lobo se levantó, gruñéndole con rabia a la inmóvil bola, y se marchó trotando. Demasiadas veces había perdido el tiempo esperando que otros de aquellos animales se desenroscaran, para que siguiera ahora en su inútil acecho. Continuó, pues, remontando la bifurcación derecha del arroyo. El día transcurría sin que nada viniera a hacer fructuosa su caza.

Su instinto paternal, ya despierto en él, le apremiaba sin embargo a encontrar algo, a encontrar carne. Por la tarde se enredó en la caza de una perdiz de las nieves. Salía él de una espesura cuando se halló cara a cara con la poco perspicaz ave. Estaba echada sobre un leño a cosa de palmo y medio de distancia del hocico del lobo. Ambos se vieron al mismo tiempo. El ave dio un salto, asustada, para volar: pero él le echó la garra y del golpe la lanzó al suelo, arrojándose luego encima y cogiéndola entre los dientes, cuando ella, huyendo por la nieve, trataba de levantar el vuelo. Al hundirse sus dientes en la blanda carne y en los frágiles huesecillos, comenzó, como era natural, a comer; pero acordándose luego de lo que en aquel momento olvidaba, se volvió en redondo por el mismo camino llevando en la boca la perdiz blanca.

Kilómetro y medio más arriba de donde el arroyo se bifurcaba, y mientras iba corriendo con su acostumbrada y suave ligereza, pareciendo más bien una sombra que se deslizara en continua y cautelosa vigilancia de cada nuevo aspecto que ofrecía su camino, se halló con más recientes señales de aquellas anchas huellas que ya había descubierto en las primeras horas de la mañana. Como el rastro continuaba por donde él mismo iba, fue siguiéndolo, preparándose para encontrar la pieza que lo había producido, al dar la vuelta a cualquiera de los recodos que formaban el arroyo.

Asomó la cabeza por la esquina de una roca donde empezaba uno de esos recodos excepcionalmente vasto, y su penetrante vista se percató de algo que le obligó a agacharse rápidamente. Era el animal del cual provenían aquellas huellas: una enorme hembra de lince. Estaba echada, en acecho, de igual modo que había estado él antes: frente a un puerco espín convertido en bola de erizadas púas. Si antes parecía el lobo una sombra, se convirtió luego en un espectro, en la apariencia de una hembra, al irse arrastrando y trazando círculos hasta quedar bien a sotavento* y bastante cerca de aquel par de inmóviles animales.

Se echó en la nieve colocando a su vera el ave que había cazado, y, con penetrantes ojos que atravesaban la pinocha* de un abeto bajo, se puso a contemplar aquel drama de la vida que ante él se desarrollaba: el lince esperando y el puerco espín esperando también; cada uno atento a su propia existencia; y lo curioso de esta especie de juego era que el camino de la vida para el uno consistía en comerse al otro, mientras que para este estribaba precisamente en no ser comido. Entretanto, el *Tuerto,* el lobo que acechaba oculto, representaba allí su papel, esperando que algún raro capricho de la suerte le ayudara a procurarse la carne que le era necesaria para vivir.

Transcurrió media hora, hasta una hora, y nada ocurría. La bola de erizadas púas lo mismo podía haber sido una piedra, a juzgar por su inmovilidad; el lince parecía helado y hecho en mármol, y el lobo lo mismo hubiese podido estar muerto. Y sin embargo, en los tres animales la vida había llegado a una tensión casi dolorosa, y apenas en alguna otra ocasión les había ocurrido estar tan vivos como en aquella, en que más bien parecían petrificados.

El *Tuerto* se movió ligeramente y con creciente ansiedad. Algo ocurrió entonces. El puerco espín había decidido que su enemigo se había ido. Lentamente, con gran cautela, comenzaba a desenroscar aquella bola que constituía su impenetrable armadura. No sentía ni el temblor de las dudosas esperanzas. Poco a poco, la erizada bola se iba estirando y enderezándose. El *Tuerto,* que lo observaba, sintió de pronto que la boca se le

hacía agua y que babeaba involuntariamente, excitado por aquella carne viva que se ofrecía a su vista como un exquisito manjar.

No había aún acabado de desenroscarse del todo cuando el puerco espín descubrió a su enemiga. En aquel momento lo atacó la hembra de lince. El golpe que le asestó fue como un rayo. La garra encorvada, como la de un ave de rapiña, se clavó bajo el vientre del animal y con un movimiento de retroceso desgarró por completo la carne. Si el puerco espín no hubiera estado a medio desenroscar, o no hubiera descubierto a su enemiga una fracción de segundo antes de que le fuera asestado el golpe, la pata aquella habría herido sin recibir el menor daño, pero ahora, un movimiento de lado de la cola la llenó de afiladas púas al ser retirada.

Todo había ocurrido casi a la vez: el ataque, el contraataque, el grito de agonía del puerco espín y el chillido del gran felino, arrancado a este tanto por el dolor como por la sorpresa. El *Tuerto* casi se levantó impulsado por la excitación que sentía, tiesas las orejas, tiesa y tendida la cola que le temblaba. La ira se sobrepuso a todo lo demás en el lince hembra. De un furioso salto se arrojó sobre lo que había herido. Pero el puerco espín, chillando y gruñendo, con el cuerpo medio abierto y tratando de enroscarse débilmente para formar la bola que era su protección, sacudió de nuevo la cola, y de nuevo también se oyó el alarido de dolor y de asombro del felino. Enseguida retrocedió dando bufidos, estornudando, con la nariz cubierta de púas, como un monstruoso *acerico**. Se esforzó en limpiarla de aquellos dolorosos dardos con las garras, revolcó el hocico en la nieve, lo restregó contra renuevos y ramas; y todo esto, saltando continuamente, de frente, de lado, en todas las posiciones, en un frenesí de dolor y de miedo.

No cesaba de estornudar, y, con aquella especie de *raigón** que tenía por rabo, se esforzaba en sacudirse con rápidos y violentos latigazos. Dejó al fin de cometer más grotescas rarezas y se quedó algo más apaciguada por unos minutos. El *Tuerto* la estaba observando. Y hasta no pudo reprimir un movimiento de sobresalto y que se le erizaran los pelos del lomo involuntariamente, cuando vio que de pronto daba un inesperado salto en el aire, al propio tiempo que lanzaba un prolongado y terrible chillido. Después salió disparada por el camino que él conocía dando saltos y chillando de nuevo a cada brinco.

Hasta que los gritos del felino, tras irse debilitando con la distancia, dejaron de oírse por completo, el *Tuerto* no se atrevió a adelantarse. Andaba con tal cuidado y suavidad como si toda la superficie de la nieve estuviera alfombrada de púas de puerco espín, erizadas y a punto de clavarse en las partes blandas de sus pies.

Al ver que se aproximaba, el puerco espín lo recibió con un furioso chillido y castañeteo de sus largos dientes. Había conseguido al fin enroscarse nuevamente hasta formar una bola; pero no era ya tan apretada como antes. Sus músculos estaban muy heridos para ello. Había quedado casi abierto en canal y continuaba sangrando abundantemente.

El *Tuerto* socavó en algunos sitios la nieve empapada en sangre, la mascó, la saboreó y acabó por tragársela. Esto le sirvió de aperitivo, y su hambre creció con ello extraordinariamente; pero era demasiado viejo y experto para olvidarse de toda prudencia. Esperó. Se echó y esperó, mientras el puerco espín rechinaba los dientes y alteraba los gruñidos y los sollozos con breves y penetrantes chillidos. Al cabo de un rato

notó que las púas se iban inclinando hacia el suelo y que se iniciaba un temblor en el animal. El temblor cesó de pronto. Le siguió un castañeteo final de los dientes que parecía un reto. Luego, las púas fueron bajándose aún más, desfalleció el cuerpo y ya no se movió.

Encogida la pata y no sin cierto temor, el *Tuerto* tocó al puerco espín, lo estiró todo lo largo que era y lo puso boca arriba. No ocurrió nada. Indudablemente, estaba muerto. Se quedó observándolo un rato con gran atención, lo cogió entre los dientes con no menor cuidado y fue arroyo abajo, sosteniendo en parte, y en parte arrastrando, al puerco espín, torcida hacia un lado la cabeza para no pisar aquella espinosa masa. De pronto, se acordó de algo, dejó caer la carga y regresó trotando al lugar en que había dejado la perdiz de las nieves. No dudó un momento. Comprendía claramente lo que debía hacer y lo puso en práctica comiéndose rápidamente el ave. Luego se volvió y fue a recoger la otra pieza.

Cuando arrastró hasta el interior de la cueva el botín de aquel día de caza, la loba lo examinó, volvió hacia él el hocico y le lamió ligeramente el cuello. Pero un momento después lo estaba ya sacando de allí, lejos de los cachorros, con un gruñido que era menos áspero que de costumbre y que más tenía de disculpa que de amenaza. El miedo instintivo que le inspiraba el padre de sus hijos empezaba a disminuir. Él se portaba como debía portarse un padre que fuera lobo, no manifestando en lo más mínimo el limpio deseo de devorar aquellos tiernos seres que había traído al mundo.

III

El cachorro gris

Resultaba diferente se sus hermanos y hermanas. El pelo de estos acusaba ya aquel matiz rojizo heredado de su madre la loba, mientras que él era el único que se parecía a su padre.

Era el cachorrillo gris de la manada. Representaba el lobo de pura cepa: en realidad, la imagen misma del *Tuerto,* en lo físico, con la única excepción de que él tenía dos ojos y su padre sólo uno.

No hacía mucho que los del cachorro gris se habían abierto a la luz, cuando ya veían con toda claridad. Y mientras estaban aún cerrados, tanteaba, paladeaba y olía. A sus dos hermanos y a sus otras tantas hermanas los conocía perfectamente. Había empezado a retozar con ellos débil y torpemente, y hasta puede decirse que a reñir, pues en su tierna garganta vibraba a veces un singular ruido como de carraspera -precursor del gruñido futuro- cuando estaba encolerizado. Y mucho antes de abrir los ojos conocía ya por el tacto, por el gusto y por el olfato a su madre. Ella tenía una lengua suave, acariciadora, que era como un calmante cuando se la pasaba por el delicado cuerpecillo, y le impulsaba a él a acurrucarse bien apretado contra el otro cuerpo, dormitando o durmiéndose del todo.

La mayor parte del primer mes de su vida la había pasado así, durmiendo; pero ahora, que veía bien, se quedaba despierto mucho más rato e iba aprendiendo a conocer su

mundo mucho mejor. El mundo era lóbrego; pero él no lo había descubierto puesto que no sabía que existiera otro mejor. No gozaba más que de una luz opaca, pero sus ojos no habían tenido que acostumbrarse a otra. Su mundo era pequeñísimo. No tenía otros límites que las paredes del cubil. Pero como ignoraba todo acerca del ancho mundo que quedaba fuera, nunca sintió la opresión de los estrechos confines a que estaba reducida su existencia.

Sin embargo, muy pronto descubrió que una de aquellas paredes resultaba diferente de las demás. Era la boca de la cueva y el manantial de donde provenía la luz. Y averiguó esta diferencia mucho antes de que tuviera ideas propias y voliciones conscientes. Había constituido para él una atracción irresistible aun antes de que sus ojos se abrieran y pudiese mirar hacia allí. La claridad daba sobre sus cerrados párpados, y los ojos y los nervios ópticos habían vibrado en chispazos de luz de cálidos tonos y singularmente agradables. La vida de su cuerpo y de cada fibra del mismo, la vida que era como su propia sustancia corporal había deseado con ahínco esa luz y lo impulsaba hacia ella, de igual suerte que las sabias combinaciones químicas de una planta impulsan a esta hacia el sol.

Al principio, antes de que comenzara a alborear su vida consciente, él se había acercado, arrastrándose, a la boca de la covacha. Y en ello había unanimidad con sus hermanos y hermanas. Nunca, en aquel período, se arrastró ni uno de ellos hacia los oscuros rincones de la pared posterior. La luz los atraía como si fueran plantas; la química de la vida, de la que eran ellos el compuesto, pedía luz como una necesidad del ser, y sus diminutos cuerpecillos de juguete se deslizaban ciegamente, mejor químicamente, hacia ella.

Más tarde, cuando cada uno de ellos había ido desarrollando ya su personalidad y llegaron a tener conciencia de sus impulsos y anhelos, la atracción de la luz aumentó. Continuamente bregaban por llegar a ella, y su madre tenía que retirarlos hacia el interior una y otra vez.

De aquella manera precisamente, el cachorro gris se enteró de otros de los maternos atributos, distintos de aquella lengua tan suave y tan calmante de la que hemos hablado. En su incesante arrastrarse hacia la luz, descubrió que su madre poseía también una nariz que con un duro golpecito sabía administrarle un ligero castigo, y más adelante, que tenía una pata que lo aplastaba contra el suelo y lo hacía rodar luego repetidas veces con rápidos y bien calculados empujones. Así se enteró de que había cosas que hacían daño, y aprendió con ello a evitar dicho daño; en primer lugar, no incurriendo en el peligro de recibirlo, y en segundo, una vez que se había hecho acreedor al castigo, hurtando el cuerpo y retrocediendo. Eran estas ya acciones conscientes, resultado de las primeras ideas generales acerca del mundo. Antes se retiraba automáticamente de lo que le causaba dolor o molestia, como se había arrastrado, automáticamente también, hacia la luz. Después se retiraba ya de lo que le causaba daño porque sabía, había llegado a comprender, que el daño era aquello.

El cachorrillo resultaba feroz. Y sus hermanos y hermanas no le iban a la zaga. Era de esperar. Al fin y al cabo, eran animales carnívoros, de casta acostumbrada a matar para tener carne y devorarla. Solo de ella vivían sus padres. La leche que mamó al comenzar su vida era producto, transformación directa de carne, y ahora, cuando el cachorro

contaba un mes, cuando no había transcurrido más que una semana desde que se abrieron sus ojos, empezaba ya él mismo a comer también carne, medio digerida por la loba y ofrecida después a sus cinco hijos, que pretendían mamar con demasiada frecuencia.

Pero de todos ellos, el peor era él. Ninguno lo aventajaba en el fuerte tono de aquella especie de incipiente gruñido que emitían. Sus rabietas superaban siempre en mucho, por lo terribles, a las de los demás. Él fue el primero que aprendió a hacer rodar por el suelo a sus hermanos, de un zarpazo hábilmente dado; el que primero clavó los dientes en la oreja de uno de los otros y tiró de lo lindo hasta arrancarle un pedazo, gruñendo, mientras, entre los apretados dientes. Y en fin, él fue el que más trabajo le dio a la madre para evitar que toda la camada se le fuera a la boca de la cueva.

La fascinación que la luz ejercía en el cachorro gris fue aumentando de día en día. Continuamente andaba en busca de aventuras en el espacio de un metro que lo separaba de la entrada de la covacha, y continuamente había que retirarlo de nuevo. Solo que él ignoraba que aquello fuera una entrada. Ni siquiera sabía que hubiera algo de tal nombre que sirviera para pasar de un sitio a otro. No conocía ningún otro lugar más que aquel, y mucho menos que hubiera un modo de penetrar allí. Así, la entrada de la cueva no era para él más que otra pared..., una pared de luz. A semejanza de lo que el sol era para el que vivía fuera de allí, así aquel muro luminoso era para él el sol de un mundo. Le atraía como una vela encendida atrae a una mariposa nocturna. No cesaba de esforzarse en alcanzarla. La vida, que tan rápidamente se desarrollaba en él, lo impulsaba hacia la luz, sabiendo que allí estaba la salida, el camino que debía pisar. Pero él mismo no sabía nada de todo esto, ni siquiera que lo exterior existiese.

Ocurría una cosa rara con aquel muro de luz. Observaba él que su padre -pues había llegado ya a reconocer a su padre como a otro habitante del mundo, como a un ser semejante a su madre, que dormía cerca de la luz y traía carne para comer- tenía la costumbre de penetrar en el distante muro blanco y desaparecer por él. El lobato gris no comprendía aquello. Aunque su madre nunca le hubiera permitido acercarse a lo que él juzgaba pared, se había aproximado a las demás, encontrando siempre una dura obstrucción de dolorosas consecuencias para su tierno hocico. Aquello dolía, y así, tras diversas tentativas, decidió no intentar penetrar por las paredes. Sin detenerse a pensar en ello, dio por cosa averiguada que el desaparecer a través de un muro era algo característico y privativo de su padre, como la leche y la carne medio digerida eran rasgos típicos de su madre.

En realidad, el cachorrillo no era muy propenso a pensar, o al menos a aquel modo de pensar que es habitual en los hombres. Su cerebro prefería para él otros oscuros caminos. Y sin embargo, las conclusiones a que llegaba eran tan claras y terminantes como las de los hombres mismos. Practicaba el sistema de aceptar las cosas sin preguntar el porqué y para qué. Nunca le preocupó el averiguar la razón de que una cosa ocurriera. Con saber cómo ocurría le bastaba. Así, cuando se golpeó la nariz varias veces contra la pared del fondo de la cueva, dio por decidido que él no podía pasar a través de los muros y desaparecer. De la misma manera admitió, en cambio, que su padre podía hacerlo; pero sin que le atormentara el deseo de averiguar a qué se debía esta diferencia entre los dos. La lógica y la física no figuraban en el caudal de sus conocimientos.

Como la mayor parte de los seres salvajes, no tardó en padecer hambre. Llegó un tiempo en que no solo cesó el suministro de carne, sino que hasta ni de los pechos de su madre brotaba la leche. Al principio, los lobeznos se limitaban a gimotear, a quejarse; pero por lo general lo que hacían era dormir. Al cabo de poco tiempo se hallaban ya en un estado comatoso debido al hambre. Se acabaron las riñas, las rabietas y los intentos de gruñir; cesaron los conatos de acercarse al consabido muro blanco en busca de aventuras. Los lobatos dormían mientras la lucecilla de su vida temblaba y se extinguía.

El Tuerto estaba desesperado. Se dedicaba a batir el monte continuamente y en todas direcciones, durmiendo pocas veces en el cubil, en el que la desdicha y la tristeza imperaban ahora. Hasta la loba abandonó la camada saliendo en busca de carne. En los primeros días de la vida de sus hijos, el Tuerto había vuelto diversas veces al campamento indio para robar los conejos que caían en las trampas; pero con el deshielo, que dejó libres los arroyos, los indios habían levantado sus chozas, y aquel medio de procurarse provisiones se acabó para él.

Cuando el lobato gris pudo salir de aquel estado comatoso, volviendo a la vida y mostrando una vez más su interés por el muro de luz que tan lejano le parecía, se halló con que la población de aquel mundo suyo se había reducido mucho. Solo una hermana le quedaba. Los demás habían desaparecido.

Y cuando se encontró más fuerte, se vio obligado a jugar solo, porque la hermana no levantaba ya cabeza ni se movía. El cuerpecillo de él se iba redondeando con la carne que comía; pero para ella era ya demasiado tarde. No hacía más que dormir, convertida en débil esqueleto cubierto de piel, en que la llama de la vida ardía cada vez más baja hasta que al fin se apagó.

Luego llegó un día en que el lobato gris no vio más a su padre apareciendo o desapareciendo a través del muro de luz, ni echado, durmiendo en la entrada de la cueva. Ocurrió esto al final de una segunda temporada de hambre, menos dura que la primera. La loba sabía por qué razón no volvió más el Tuerto, pero no existía medio de explicarle al cachorro lo que ella misma había visto. Cazando sola en busca de carne, en la parte superior de la bifurcación del arroyo en que vivía el lince, había seguido la pista reciente del *Tuerto,* que solo databa del día anterior. Y allí, al final del rastro, lo halló, o mejor dicho, halló lo que de él quedaba. Se veían numerosas señales de batalla y de la retirada del lince a su cubil, no sin haber obtenido la victoria. Antes de marcharse, la loba había encontrado este cubil; pero por las señales comprendió que el lince estaba dentro y no se atrevió a aventurarse. Después de esto, cuando la loba cazaba, evitaba siempre aquella bifurcación izquierda del arroyo, porque sabía que en el cubil del lince había una camada de pequeñuelos, y que la madre era de genio feroz y una terrible luchadora. Para media docena de lobos no era nada el acorralar a uno de aquellos felinos hasta llegar a obligarlo a que se subiera a un árbol, furioso y con el pelo erizado; pero era muy distinto que un lobo solo tuviera que habérselas con él..., sobre todo sabiendo que tenía detrás a sus hijuelos hambrientos.

Pero la vida salvaje tiene sus exigencias, y la maternidad, siempre protectora allí y fuera de allí, también. Así, llegaría un tiempo en que la loba, sacrificándose por el cachorro gris, se arriesgaría a volver a aquel lugar donde entre las rocas tenía su cubil el lince, y desafiaría la ira del mismo.

IV

La muralla del mundo

Al llegar la época en que su madre comenzó a dejar abandonada la cueva para ir de caza, el cachorro había ya aprendido la ley que le prohibía acercarse a la entrada. Fue su madre la que le enseñó esta ley por medio de hocicadas y zarpazos, pero también en él mismo se fue desarrollando el instinto del miedo. Nunca, en su breve vida en la covacha, había hallado nada que pudiera inspirárselo, y, sin embargo, lo sentía. Le fue transmitido sin duda por herencia de remotos antepasados como algo característico de miles y miles de vidas anteriores. Llegó a él directamente por el *Tuerto y* la loba; pero ellos, a su vez, lo obtuvieron de generaciones enteras de lobos, desaparecidas ya. ¡El miedo! El legado del desierto, al cual no hay animal que pueda sustraerse ni cambiarlo por la sopa boba de la domesticidad.

Así pues, el lobato conocía ya el miedo, aunque no supiera en qué consistía en esencia. Probablemente lo consideraba como una de las restricciones maternales de la vida. Porque de que estas existían sí que estaba enterado. El hambre era para él algo bien conocido, y cuando no podía satisfacerla, se hallaba ante una de esas restricciones. La dura obstrucción de las paredes en la cueva, el rápido golpecito de la nariz de su madre o el otro, más duro, con que lo aplastaba su pata contra el suelo; las hambres ya mencionadas, que fueron muchas, le habían convencido de que no todo era libertad en el mundo, de que la vida tenía sus limitaciones, y estas eran leyes. Al obedecerlas, uno quedaba indemne de todo daño y tendía a procurarse la felicidad.

Él no razonaba de este modo, que es el que suelen emplear los hombres. Se limitaba a clasificar las cosas en dos grupos: el de las que dañan y el de las que no. Y siguiendo tal clasificación, evitaba las primeras, que suponían limitaciones y restricciones a fin de gozar de las satisfacciones de la vida. Así ocurrió que, obedeciendo la ley dictada por su madre y la otra que es hija de aquella cosa innominada e inexplicable que es el miedo, se mantuvo apartado de la boca de la cueva. Continuaba siendo para él un surco de luz. Cuando se hallaba ausente su madre, dormía la mayor parte del tiempo, y durante los intervalos en que estaba despierto, se mantenía muy quieto y callado, suprimiendo el gimoteo que pugnaba en su garganta por hacer ruido.

Una vez, mientras estaba echado y despierto, oyó un raro sonido en el muro blanco. No sabía que era producido por un glotón que estaba fuera, en pie, temblando de miedo y audacia al mismo tiempo y olfateando para averiguar el contenido de la cueva. El cachorro sabía únicamente que el rumor producido era raro, algo que él no había clasificado aún y, por tanto, algo desconocido y terrible, porque lo desconocido era uno de los principales elementos que constituían el miedo.

Al lobezno se le erizó el pelo de la espalda, pero se mantuvo silencioso. ¿Cómo podía saber él que, ante aquello que estaba olfateando allá fuera, era muy justificado que sus pelos se erizaran? El hecho no era hijo de sus conocimientos, sino simplemente la visible expresión del terror que sentía y para cuya explicación no hallaba ningún antecedente en su vida.

Pero el miedo iba acompañado de otro instinto: tenía que esconderse. El cachorro estaba atemorizado, pero seguía inmóvil, sin producir el menor ruido, como si estuviera helado, petrificado, muerto según todas las apariencias. Cuando llegó su madre, gruñendo al olfatear las huellas del glotón, entró de un salto en la cueva, lo lamió y hociqueó con más vehemencia de lo acostumbrado y con mayor afecto. Y el lobezno comprendió entonces que, sin saber cómo, se había librado de un gran peligro.

Otras fuerzas operaban en el cachorro, y la mayor de ellas era el crecimiento. El instinto y la ley le exigían la obediencia. El crecimiento, por el contrario, lo impulsaba a desobedecer. Su madre y el miedo lo apartaban del muro blanco. Pero el crecimiento es la vida, y la vida está destinada a buscar siempre la luz. No había, pues, posibilidad de ponerle diques a aquella marea que iba subiendo... subiendo a cada bocado de carne que engullía, cada vez que respiraba. Al fin, un día, el miedo y la obediencia fueron barridos por la oleada invasora, y el cachorro se dirigió, tambaleándose y arrastrándose, hacia la entrada.

Al revés de lo que le ocurría con las demás paredes que le eran conocidas, aquella parecía retroceder a medida que él se acercaba. No encontró ninguna superficie dura que chocara con su tierna naricilla, que él iba adelantando en un tanteo constante. La sustancia de que estaba constituido el muro parecía tan penetrable y dócil como la luz, aunque a sus ojos tuviera aquello una apariencia dura. Así pues, entró en lo que antes no había sido para él más que una pared y se bañó en la sustancia que lo componía.

Era para desconcertar a cualquiera. Su cuerpo se arrastraba a través de algo sólido. Y a cada paso, la luz se hacía más clara. El miedo lo impulsó a retroceder; pero la otra fuerza, la que le daba su crecimiento, lo obligó a ir hacia delante. De pronto se halló en la boca misma de la cueva. Aquella pared dentro de la cual creía encontrarse saltó de pronto, ante sus ojos maravillados, a una distancia inconmensurable. La luz se había vuelto tan brillante que le impresionaba dolorosamente. Quedó deslumbrado. Al propio tiempo se sintió mareado por la tremenda extensión del espacio que tenía ante él. Automáticamente, su vista se iba adaptando a la claridad, iba enfocando los objetos que estaban a mayor distancia de la acostumbrada. Si al principio le pareció que la pared saltaba más allá de su campo visual, volvía ahora a verla, pero muy lejana. También había cambiado su aspecto. Ahora era un muro abigarrado, compuesto de árboles que bordeaban un arroyo, el opuesto monte que se elevaba por encima de los árboles y el cielo que dominaba el monte.

Se apoderó de él un miedo horrible. Aquello era una parte más de lo terriblemente desconocido. Se agachó en el borde mismo de la entrada y miró hacia el vasto mundo. Lo temía porque le era desconocido y, sin duda, hostil. Se le erizó el pelo de la espalda y encogió los labios débilmente en un conato de gruñido que él hubiera deseado que fuera feroz, aterrador. A pesar de su pequeñez y del temor que experimentaba aquel gruñido, constituía todo un reto y una amenaza al mundo.

No ocurrió nada. Siguió observando, y el mismo interés que puso en ello le hizo olvidarse de gruñir de nuevo. También se olvidó de todo temor. Aquella vez, la fuerza del crecimiento se había impuesto al miedo, convirtiéndose, al fin, en oscuridad. El cachorro comenzó a fijarse en todo lo que lo rodeaba: una parte del arroyo cuya corriente brillaba al sol; el pino tronchado por el viento que se mantenía aún al borde del ribazo mismo, que

subía hasta donde él se hallaba y se interrumpía de pronto a medio metro de la boca de la cueva en que estaba agachado. Pero el lobezno gris siempre había vivido en suelo llano. Jamás sintió hasta entonces el dolor que produce una caída. Incluso ignoraba lo que podía ser. Así se atrevió a echar a andar dando un paso en el aire. Pero sus patas posteriores se apoyaban aún en la entrada de la covacha, y lo que hizo fue irse de cabeza hacia abajo. La tierra le dio tal golpe en el hocico que le arrancó un gruñido. Luego comenzó a rodar por el ribazo. El terror que se apoderó de él fue indescriptible. Al fin había caído en las garras de lo desconocido y allí se mantenía esperando aún daños más terribles. El poder del crecimiento había sido vencido esta vez por el miedo, y el lobato chilló y gimoteó, atemorizado como un cachorrillo recién nacido.

Bien diferente era su posición de aquella en la que, helado de terror, seguía agachado mientras lo desconocido lo acechaba de lejos. Ahora lo tenía ya cogido fuertemente. De nada le serviría guardar silencio. Por otra parte, lo que sentía no era ya simplemente el miedo de antes, sino verdadero horror convulsivo.

Pero el ribazo se había vuelto menos pendiente, y su base estaba cubierta de hierba. Disminuyó la velocidad de la caída. Cuando al fin el lobato se detuvo, lanzó un último aullido de agonía, al que siguió un largo y lloroso lamento. Además, y como la cosa más natural del mundo -durante su vida había procedido mil veces a otros tantos aseos semejantes-, comenzó a lamerse para quitarse de encima la arcilla seca que manchaba su piel.

Después se sentó sobre las patas posteriores y observó a su alrededor como lo hará el primer hombre que logre poner su pie sobre el planeta Marte. El cachorro acababa de atravesar la muralla del mundo, había escapado de las garras de lo desconocido y estaba completamente ileso. Pero el primer hombre que pise el planeta Marte no se hallará, sin duda, tan fuera de su centro como lo estaba él. Sin el menor conocimiento previo, sin saber que tal cosa podía existir, se halló de pronto convertido en el explorador de un mundo totalmente nuevo.

Ahora que lo desconocido, lo terriblemente desconocido, acababa de dejarlo libre, no se acordaba ya de los terrores pasados. No sentía más que una gran curiosidad hacia todas las cosas que lo rodeaban. Examinó la hierba que crecía a sus pies; el musgo que descubrió más allá; el seco tronco del pino tronchado que se elevaba al borde de un claro entre los árboles. Una ardilla que correteaba chocó con él y lo asustó. Se acurrucó enseguida y le gruñó. Pero la ardilla también recibió un susto considerable. Se subió al árbol inmediatamente y, desde aquella respetable distancia, le contestó furiosa.

Esto contribuyó a dar ánimos al lobezno, y aunque el pájaro carpintero que encontró luego no dejó de sobresaltarle, siguió confiadamente su camino. Tanta era su confianza, que al hallarse con otro pájaro de regular tamaño que tuvo el atrevimiento de acercarse a saltos, le echó la zarpa con ganas de jugar. El resultado fue un fuerte picotazo en la nariz que le hizo acurrucarse y chillar. El ruido produjo tal efecto en el pájaro, que levantó el vuelo huyendo del peligro.

El cachorro iba aprendiendo. Su inteligencia, envuelta aún en nieblas, había formado ya una clasificación inconsciente. Existían cosas de dos clases: unas vivas y otras que no lo estaban. También averiguó que tenía que andar ojo alerta con las cosas vivas. Las otras estaban siempre quietas en un mismo sitio; pero las vivas se movían, y nunca se tenía la

seguridad de lo que harían. Lo que de ellas podía esperarse era precisamente lo inesperado, y era necesario estar prevenido.

Andaba muy torpemente, chocaba por todas partes con palos y maleza. A lo mejor, una ramilla que él creía que estaba muy lejos se doblaba al cabo de un instante y le sacudía el hocico o las costillas. En el suelo había también grandes desigualdades. A veces daba un paso demasiado largo y se caía de hocicos. Otras, el paso era corto, y el golpe lo recibía en los pies. Había también guijarros y pedruscos que daban media vuelta en cuanto él los pisaba; y de ello dedujo que las cosas que no estaban vivas no gozaban siempre de aquel perfecto equilibrio que había en su cueva, y también que las más pequeñas de ellas se caían o se tambaleaban con más facilidad que las grandes. Pero con cada contratiempo aprendía algo. Cuanto más andaba, mejor lo iba haciendo. Iba aprendiendo a calcular los movimientos de sus propios músculos; a saber lo que era o no era capaz de hacer; a medir las distancias entre los objetos y entre estos y él mismo.

La suerte lo protegió como suele hacer con los novatos. Había nacido carnívoro y debía procurarse el alimento por medio de la caza, aunque él no lo supiera. Y fue precisamente a caer sobre la carne en su primera correría por el mundo. El azar, el puro azar, lo llevó a encontrarse con un recóndito nido de perdices blancas. Mejor dicho: se cayó dentro. Intentaba caminar por el derribado tronco de un pino. La carcomida corteza se le hundió bajo los pies y, dando un desesperado gañido, fue rodando por la curva del tronco y se cayó entre las ramas y hojas de unas matas hasta tocar el suelo. Se levantó en medio de siete diminutos perdigones*.

Estos se alborotaron. Armaron tanto ruido que al principio les tuvo miedo. Luego observó su pequeñez y fue cobrando ánimo. Se movían. A uno le puso la pata encima y los movimientos no hicieron más que acelerarse. Aquello le encantó y lo encontró divertidísimo. Olfateó al perdigón. Lo cogió después con la boca. La pobre avecilla se agitaba y le hacía cosquillas en la lengua. Al mismo tiempo, el lobezno notó la sensación de hambre. Sus quijadas se cerraron. Crujieron los frágiles huesecillos de la víctima y por la boca del lobezno corrió la sangre. El sabor era agradable. Aquello era carne, justo lo que su madre le daba, solo que la tenía viva entre sus dientes, y por tanto era mejor. Así pues, se comió al perdigón. Y no paró hasta que no quedó nada de él. Entonces se relamió las fauces, como le había visto hacer a su madre, y salió de las matas arrastrándose.

Tropezó enseguida con un verdadero torbellino de plumas, se quedó confundido y ciego por el ímpetu de la acometida y por los furiosos aletazos que recibía. Escondió la cabeza entre las patas y prorrumpió en gruñidos. La madre de los perdigones estaba furiosa. Entonces, él se enojó también. Se levantó gruñendo y contestó al ataque a zarpazos. Sus finos dientecillos se hundieron en una de las alas del ave, tiró de ella y desgarró cuanto pudo. La perdiz se defendió dándole repetidos golpes con el ala que le quedaba libre. Aquella fue la primera batalla del cachorro. Se sentía tan orgulloso de ello que se olvidó por completo del temor a lo desconocido y hasta de lo que era el miedo. Luchaba, luchaba con algo vivo que podía destrozar y que le contestaba a golpes. Además, aquello era carne, y en él se despertó el deseo de matar. Ya antes había destruido cosas vivas pero pequeñas; ahora destrozaría una de las mayores. Tan atareado y tan feliz se sentía que ni se daba cuenta de su misma felicidad. Temblaba de alegría al ver que iba penetrando triunfante por senderos nuevos para él y mucho más importantes de los que ya conocía.

Siguió con los dientes clavados en el ala y, sin soltar la presa, gruñó una vez más. La perdiz lo arrastró entonces fuera de las matas. Cuando se volvió e intentó llevarla de nuevo hacia ellas para protegerse, fue él quien la apartó de allí de un tirón y la obligó a salir del campo abierto. Y entretanto, su presa armaba el mayor ruido que podía, no cesaba de golpearle con el ala que le quedaba libre, y a su alrededor las blancas plumas flotaban en el aire como si fueran copos de nieve. La excitación del lobezno era tremenda. Bullía en él toda la sangre de su raza luchadora. Aquello era realmente vivir, aunque él lo ignoraba hasta entonces. Estaba representando el papel que le correspondía en el mundo, aquel para el cual fue creado: el de un carnívoro que tiene que luchar, sostener una batalla, para obtener su carne. Justificaba su razón de ser, y no hay cosa que aventaje a esto, porque la vida llega a su más alto punto cuando realiza, con todas las fuerzas de que se es capaz, aquello para lo cual se le dieron cuantos medios necesitaba.

Al cabo de un rato, la perdiz dejó de luchar. Él continuaba teniéndola cogida por el ala, y ambos se hallaban tendidos en el suelo y mirándose. El ave le dio un picotazo en la nariz, y ya sabía él por su anterior aventura lo que esto duele. Parpadeó pero siguió sin soltarla. Volvió a picotearle ella, y entonces el parpadeo fue pronto sustituido por los gemidos. Trató de apartarse del ave retrocediendo, sin pensar en que, por el mero hecho de no soltar su presa, la arrastraba consigo al recular. Una verdadera lluvia de picotazos cayó sobre su propia nariz, muy maltrecha ya. La marejada que hervía en su sangre sufrió un bajón tremendo, y el lobezno abandonó la presa, dio media vuelta y puso pies en polvorosa, a través de un claro del bosque, ignominiosamente derrotado.

Se tendió a descansar al otro lado del claro, cerca de un borde de arbustos, con la lengua colgando, anhelante el pecho, dolorida aún la nariz y continuando por tal causa el gimoteo. Pero mientras estaba echado, experimentó de pronto la impresión de que algo terrible lo amenazaba. El terror a lo desconocido volvió a apoderarse de él, y encogido, acurrucándose, buscó instintivamente el amparo de la maleza. Al momento se sintió azotado por una ráfaga de aire, y un gran cuerpo alado voló siniestro sobre él y pasó en silencio. Un halcón descendiendo como una flecha desde el espacio azul acababa de errar el golpe que contra él iba dirigido y que a punto estuvo de que acertara.

Mientras el lobato se quedaba echado entre las matas y mirando a todos lados con azoramiento, la perdiz madre, al otro lado del claro del bosque, revoloteaba agitadamente fuera del nido destruido. La pérdida sufrida la hacía indiferente a todo lo demás, y por ello no se fijó en aquella flecha con alas que cruzaba el espacio. Pero el lobato pudo ver, y el verlo le sirvió de aviso y de lección, cómo calaba de nuevo el halcón. Observó el breve roce que producía en el cuerpo de la perdiz, lo que le arrancó a esta un ronco alarido, y luego vio cómo se elevaba nuevamente el ave de rapiña, perdiéndose en el azul del cielo y llevando consigo a su presa.

Mucho tiempo transcurrió antes de que el cachorro abandonara el amparo de la maleza. Había aprendido grandes cosas. Las cosas vivas eran carne. Servían para comer y sabían bien. Asimismo, las mayores de ellas, cuando tenían el tamaño suficiente, podían causar daño. Era preferible comerse las pequeñas como los perdigones, y no meterse con las mayores como las perdices madres. Sin embargo, le aguijoneaba el ambicioso y ruin deseo de sostener otras batallas con aquella perdiz, solo que no podía ser porque a aquella se la había llevado el halcón. Pero acaso hubiera otras. Iría a ver si encontraba alguna.

Bajó por un cerro hasta un arroyo. Nunca había visto antes el agua. Parecía que allí podía afirmarse bien el pie. La superficie era lisa, sin desigualdades. Fue a pisarla audazmente, y se hundió, lloriqueando de miedo, en los brazos de lo desconocido. Aquello estaba muy frío, y el cachorro boqueó, resollando precipitadamente. Entonces fue el agua la que llegó hasta sus pulmones, en vez del aire que, en circunstancias normales, acompañaba constantemente el acto de la respiración.

El ahogo que sintió al momento fue para él como las ansias de la muerte. Y la muerte, verdaderamente, es lo que le pareció que significaba. No la conocía de un modo real mente consciente, pero, como todo animal salvaje, poseía el instinto de la muerte. Se le presentaba como el mayor de los daños posibles. Era la esencia misma de lo desconocido; la suma de los terrores que él causaba; la culminante, la inconmensurable catástrofe que podía ocurrirle, acerca de la cual nada sabía en concreto, aunque todo fuera de temer.

Volvió a la superficie y el aire refrescó su abierta boca. No se hundió ya más. Como si fuera en él costumbre de largo tiempo establecida, alargó las patas, comenzó a golpear con ellas el agua y, en suma, a nadar. La orilla más cercana distaba de él menos de un metro, pero como había vuelto a la superficie del agua de espaldas a ella, lo primero que vieron sus ojos fue la orilla opuesta, e inmediatamente nadó hacia allí. El arroyo no era grande, pero en su centro se hacía mas profundo, formando una lengua cuyo fondo estaría a unos cinco o seis metros. A la mitad, la corriente arrebató al lobezno llevándolo consigo hacia el sitio donde terminaba la laguna y el agua corría con fuerza, como una catarata en miniatura. Si antes estaba quieta, ahora se había alborotado de pronto. Era imposible nadar allí. Unas veces el cachorro se iba al fondo y otras flotaba en la superficie. Tanto en uno como en otro caso, el agua lo sacudía violentamente, haciéndolo girar sobre sí mismo o lanzándolo contra alguna roca. Y a cada choque, el lobato daba un gañido. Su curso podía seguirse contando el número de estos, pues cada uno representaba una roca de las que iba encontrando.

Más abajo de aquella corriente venía otra laguna, y allí el reflujo lo llevó suavemente a la orilla y lo depositó con igual suavidad sobre un lecho de guijarros. Loco de alegría, se arrastró por ellos hasta salir por completo del arroyo, y se echó sobre la tierra. Acababa de aprender algo más acerca del mundo. El agua no era una cosa viva; pero se movía. También parecía muy sólida, tan sólida como la tierra, pero carecía por completo de solidez. La consecuencia que dedujo fue que las apariencias de las cosas engañan a veces. Aquel miedo que él sentía hacia lo desconocido era el recelo que había heredado de sus antepasados, y esta desconfianza quedaba ahora robustecida por la experiencia. En adelante, cuando se tratara de juzgar las cosas, no se fiaría él así como así por su apariencia; hasta que no conociera bien en qué consistía realmente su naturaleza.

Otra aventura le esperaba aquel día. Había recordado que en el mundo estaba también su madre. Y entonces empezó a sentir que la necesitaba más que todas las cosas de este mundo. No solo su cuerpo estaba fatigado por las aventuras que había ya corrido, sino que hasta su cerebro sentía igual cansancio. Jamás había trabajado tanto como aquel día. Además, tenía sueño. Así pues, se puso en marcha en busca de la cueva y de su madre, sintiéndose invadido por una opresiva impresión de soledad y de impotencia. Se arrastraba entre unos arbustos cuando oyó un grito agudo, terrorífico. Algo amarillento pasó como un rayo delante de sus ojos. Era una comadreja* que huía de él precipitadamente. Como se trataba de una cosa viva de diminuto tamaño, no se asustó.

Luego, casi a sus pies, vio algo vivo también, pero más diminuto aún, pues solo medía unas pocas pulgadas: una comadreja muy joven que, a semejanza de él, se había lanzado con patente desobediencia a correr aventuras. El animalito trató de retroceder.

El lobato lo revolcó de un zarpazo, arrancándole un raro y desagradable chillido. Un momento después, aquella cosa amarillenta, veloz como el rayo, volvía a aparecer ante los ojos del cachorro. Este oyó de nuevo el grito terrorífico, y en el mismo instante recibió un duro golpe en un lado del cuello y sintió cómo se hundían en su propia carne los agudos dientes de la comadreja madre.

Mientras él latía y gimoteaba, forcejeando y retrocediendo a la vez, vio cómo ella saltaba sobre su pequeñuelo y, cogiéndolo, se lo llevaba a esconderlo entre la cercana y apiñada maleza. La herida que aquellos dientes habían producido al lobezno le dolía aún; pero más le dolía la herida que acababa de recibir en su amor propio, y así se sentó en el suelo lloriqueando débilmente. ¡Una bestezuela tan chiquita y, sin embargo, tan feroz! Aún le quedaba a él por aprender que, a pesar de lo escaso de su tamaño y de su peso, la comadreja era uno de los más fieros, vengativos y terribles de cuantos animales matan en los sitios salvajes y desiertos. Pero pronto pudo adquirir por experiencia una parte de esos conocimientos.

Estaba aún lloriqueando y gimiendo cuando la comadreja madre volvió a aparecer en escena. No lo embistió esta vez, pues su pequeñuelo se hallaba ya a salvo. Se acercó más cautelosamente, y el cachorro pudo observar entonces su delgado y serpentino cuerpo, su cabeza erguida, vivaracha y digna también de ser comparada a la de una serpiente. Su agudo y amenazador grito erizó todos los pelos del lomo del lobato, aunque él le contestara también gruñendo con aire de amenaza. Ella se acercó cada vez más. Dio un salto, más rápido que la inexperta vista de su enemigo, y el delgado y amarillento cuerpo desapareció por un momento del campo de visión del cachorro. Un instante después la tenía encima, sobre su cuello, con los dientes hundidos en su peluda piel y en su carne.

Al principio, él se limitó a gruñir y a luchar con ella; pero como el lobato era tan joven y aquel el primer día que pasaba realmente en el mundo, su gruñir se fue convirtiendo en gemido y su lucha en conato de huida. La comadreja no soltó ni un momento su presa. Allí se quedó colgando del cuello, y esforzándose en hundir más y más los dientes hasta que llegaran a la gran vena en que hervía la sangre de la cual dependía la vida del cachorro. La comadreja era una gran bebedora de sangre, y su mayor placer consistía en beberla desde la fuente misma de la vida.

El lobezno gris hubiera muerto indefectiblemente, y no habría ya posibilidad de escribir historia alguna acerca de él, si no se hubiera presentado entonces, saltando a través de la espesura, la loba, su madre. La comadreja soltó al cachorro al verla y se lanzó como un rayo a la garganta de su nueva enemiga, errando el golpe pero quedando cogida de una quijada, en vez de lograr lo que quería. La loba sacudió la cabeza con el rápido movimiento del que hace restallar un látigo, desgarrando el sitio en que había hecho presa la comadreja y lanzándola por los aires a regular altura. Y mientras estaba en el aire, se cerró sobre el delgado y amarillento cuerpo la boca de la loba y la comadreja murió entre sus dientes.

El cachorro recibió entonces las mayores muestras de afecto de su madre. La alegría de esta al encontrarlo aún superaba a la de él al verse hallado. Hociqueó y acarició a su

pequeño lamiéndole las heridas que le había causado la comadreja. Luego, entre la madre y el hijo se comieron a la terrible bebedora de sangre. Después fueron a la cueva y se durmieron.

V

La ley de la carne

El cachorro iba desarrollándose rápidamente. Descansó durante dos días y luego se arriesgó a salir nuevamente de la cueva. En esa ocasión se encontró con la comadreja pequeñuela cuya madre había él ayudado a devorar, y tuvo buen cuidado de que la hija siguiera el mismo camino. Pero en esta correría no se perdió como en la otra. Cuando se halló muy fatigado, supo volver a su covacha y dormir en ella. Y después de esto, no hubo día en que no saliera de su escondrijo y fuese extendiendo más su radio de acción.

Comenzó por medir bien sus fuerzas y su inherente debilidad, procurando ser audaz o cauto según le conviniese en el momento oportuno. Lo que creyó más práctico fue mostrarse cauto siempre, exceptuando solo aquellos raros momentos en que, seguro de su propia intrepidez, se dejaba llevar por pasajeras rabietas o codiciosos impulsos.

Se ponía hecho una furia cada vez que tropezaba con alguna perdiz de las nieves que andaba perdida. No dejó nunca de contestar airado y ferozmente a la charla de aquella misma ardilla que encontró antes en el derribado pino. Solía enfurecerse también hasta lo indecible al encontrarse con cualquier pájaro de la misma especie de aquel que se había tomado la libertad de darle un picotazo en la nariz, cosa que no olvidó nunca.

Pero ocasiones había en que estos mismos pájaros lo dejaban indiferente. Solía ocurrir cuando sentía la impresión de hallarse en peligro por culpa de algún otro merodeador que iba en busca de carne. No se borraba de su memoria el recuerdo del halcón, y la sombra que cualquiera de ellos proyectaba al cruzar los aires lo obligaba indefectiblemente a ocultarse entre la maleza. No se arrastraba ya para andar ni se tambaleaba, sino que iba aprendiendo aquella marcha especial de su madre, que parecía deslizarse furtiva, como sin esfuerzo alguno, pero que avanzaba con una rapidez que era imposible de alcanzar y que resultaba casi imperceptible.

En el hallazgo de la carne, la suerte se mostró con él más favorable al principio que después. Los siete perdigones del nido y la comadreja chiquita constituían todo el botín que había logrado recoger. Su deseo de matar fue aumentando de día en día, el hambre lo acuciaba a soñar en apoderarse de la ardilla que tan volublemente charloteaba, contándoles a cuantos seres salvajes se albergaban allí la proximidad del lobato. Pero cuando los pájaros volaban por los aires y las ardillas trepaban a los árboles, lo único que el cachorro podía hacer era acercarse a una de ellas, arrastrándose y sin ser visto, mientras se hallaba en el suelo.

Al lobezno, su madre le inspiraba un gran respeto. Ella sí que podía procurarse carne, y nunca dejaba de traerle su ración. Además, no le temía a nada. No se le ocurría que su falta de miedo era hija de la experiencia y de los conocimientos adquiridos. El efecto que a él le producía era una gran impresión de fuerza, de poder. Su madre representaba para

él el poderío, y a medida que iba creciendo, lo sentía en los duros avisos que le daba a zarpazos. Al mismo tiempo que las hocicadas con que le reprendía al principio eran sustituidas por dentelladas. También por ello respetaba a su madre. No tenía más remedio que obedecerla, porque a esto lo obligaba, y cuanto mayor se iba haciendo él, mayor era también el mal genio que ella mostraba.

Llegó de nuevo el hambre, y el cachorro, que tenía ya más clara conciencia de las cosas, sintió su tortura. La loba se iba quedando demacrada en la continua búsqueda de la carne. Apenas si dormía ya en la cueva; la mayor parte de su tiempo lo empleaba en cazar, pero sin éxito. No fue muy prolongada el hambre, pero sí durísima. El cachorro no obtuvo ni una gota de leche de su madre y tampoco podía devorar ni un bocado de carne.

Si antes cazó por juego, meramente por el placer que esto le proporcionaba, ahora lo hizo con ansias, ansias mortales, y no halló nada absolutamente. Y sin embargo, el fracaso mismo aceleró su desarrollo. Estudió más cuidadosamente las costumbres de las ardillas y se esforzó en desplegar mayor habilidad para acercarse a ellas y cogerlas por sorpresa. Se dedicó a observar también a los musgaños* e intentó sacarlos de sus madrigueras. Aprendió igualmente infinidad de cosas relativas a costumbres de los pájaros, por ejemplo, de los picoverdes. Y llegó ya un día en que el vuelo de la hembra del halcón dejó de impresionarle. Ya no huía agachado para ocultarse entre la maleza. Era ya más fuerte, avisado y se sentía más seguro de sí mismo. Por otra parte, estaba furioso. Así pues, se sentó sobre sus cuartos posteriores de modo muy visible en un espacio completamente despejado, y desafió al halcón a que bajara del alto cielo. Porque sabía que aquello que flotaba en la azul esfera era carne, la carne que su estómago reclamaba con tanta insistencia. Pero el halcón no quiso descender y aceptar el combate, y el cachorro volvió a arrastrarse ocultándose entre las matas para lloriquear allí amargamente su desengañó y su hambre.

Su madre lo interrumpió. La loba trajo, al fin, carne. Era una carne rara, diferente de cualquier otra que hubiera traído antes: un lince algo crecido ya, como el lobato, pero de menor tamaño que él. Y podía comérselo entero. Su madre, la loba, acababa de saciar su hambre sin necesidad de tocarlo; pero no sabía que la satisfizo devorando a los hermanos del que traía, como también ignoraba toda la desesperada audacia de su proeza. Solo sabía que aquel pequeñuelo de aterciopelada piel era carne, así que se lo comió y a cada nuevo bocado se iba sintiendo más feliz.

Un estómago satisfecho conduce a la pereza, y el ahíto cachorro se tendió en la cueva, durmiéndose arrimado a su madre. No tardó en despertarlo un gruñido de ella. Jamás la había oído gruñir de tan terrible modo. Tal vez aquel fue el más terrorífico de cuantos gruñidos lanzó la loba en toda su vida. No le faltaba razón para ello, y esto nadie podía saberlo mejor que la misma loba. No se destruye impunemente a una camada de linces. A plena luz de la tarde, agachada frente a la boca de la covacha, el cachorro vio a la madre del lince pequeño que él había devorado. Al verla se le erizaron todos los pelos del lomo. Aquello sí que daba miedo, y no necesitaba que su instinto le revelara lo que significaba. Por si no bastaba la simple visión, el rabioso grito de la intrusa, que empezó en gruñido y se elevó de pronto hasta llegar a ser ronco chillido, anunciaba claramente sus intenciones.

El lobezno se sintió aguijoneado por sus ansias de pelea y, poniéndose en pie, gruñó también valerosamente y se colocó al lado de su madre. Pero se vio rechazado

ignominiosamente por ella, que lo obligó a ponerse detrás. A causa de lo bajo del techo de la entrada de la covacha, no pudo el lince hembra saltar adentro, y cuando quiso precipitarse allí arrastrándose, la loba se echó encima de un brinco y la dejó como clavada en el sitio. El lobato no vio gran cosa de la batalla que se verificó entonces. Sonó un gruñido tremendo, y luego bufidos de rabia y chillidos. Las dos fieras lucharon encarnizadamente: el lince hembra con uñas y dientes, y solo con los dientes la loba.

De pronto, el cachorro dio un salto y hundió sus dientes en una de las patas posteriores del lince. Se aferró allí, sin soltar, colgándose y gruñendo furiosamente. Aunque lo ignoraba, el peso de su cuerpo paralizó la acción de aquella pierna y con ello le ahorró a su madre trabajo y daño. Uno de los incidentes de la lucha le hizo ir a parar bajo las dos combatientes, con lo que, sintiéndose aplastado por sus cuerpos, tuvo que soltar su presa. Un momento después se separaban las dos madres, y antes de que volvieran a agarrarse, el lince hembra le tiró un zarpazo tremendo al lobezno, desgarrándole un hombro hasta llegar al hueso y obligándolo a refugiarse, dando tumbos contra una de las paredes de la cueva. Al ruido que producían las dos luchadoras fueron a unirse entonces los agudos alaridos de dolor y de miedo que lanzaba el cachorro. Pero el combate duró tanto, que tuvo tiempo de que se le acabaran las ganas de quejarse y sintiera renacer en él el pasado impulso de valor, con lo que al llegar el fin de la batalla, estaba ya colgado otra vez de una de las patas traseras de la intrusa fiera y gruñendo furiosamente entre dientes.

El lince hembra había muerto. Pero la loba estaba extenuada, enferma. Lo primero que hizo fue acariciar al cachorro y lamerle la herida; pero la sangre que había perdido se llevó consigo toda su fuerza, y durante un día y una noche permaneció tendida junto al cuerpo de su enemiga, inmóvil, respirando apenas. Una semana estuvo sin salir de la cueva, salvo para ir en busca de agua con la que calmar su sed, y aun entonces lo hacía con gran dificultad, andando lentamente, con el cuerpo dolorido. Tiempo después devoraron el lince hembra. Las heridas de la loba no cicatrizaron lo suficiente para que pudiera dedicarse como antes a ir en busca de nueva carne.

El cachorro apenas podía mover el hombro, que le dolía mucho, y por algún tiempo tuvo que andar cojeando, por culpa de aquel terrible zarpazo que había recibido. Pero el mundo parecía ahora cambiado. Iba por él con mayor confianza y seguridad, con la impresión de haber realizado una proeza, impresión que no sentía antes del pasado combate. Acababa de ver la vida en su aspecto más feroz, había luchado, hundido los dientes en la carne de una fiera, y aún estaba vivo. Y por todo ello andaba con mayor gallardía y desembarazo, con cierto aire de reto que resultaba nuevo en él. Ya no temía a las cosas de escaso tamaño e importancia, y buena parte de su timidez había desaparecido, aunque nunca dejara de atormentarlo y oprimirlo con sus misterios y sus terrores lo desconocido, intangible siempre y siempre amenazador. Comenzó a acompañar a su madre en la caza, viendo y aprendiendo mucho sobre cómo había que actuar para procurarse carne, y en aquella acción él también tenía asignado su papel. A su modo, más o menos confusamente, aprendió la ley propia de la carne. Había dos clases de vida: la de los seres de su propia especie y la de los demás. Entre los primeros iban incluidos su madre y él. La otra especie comprendía todas las cosas vivas que se movían. Pero esta especie a su vez se dividía en dos: unos eran animales que no mataban o lo hacían en escasas ocasiones, y, sin embargo, su carne surtía a otras

especies; otros eran los que cazaban y subsistían gracias a los lobos y a otros animales. Y de esta clasificación surgía por sí misma la ley. El objeto, el fin de la vida, era la carne. La vida misma era carne. La vida vivía de la vida. Unos comían y otros eran comidos. La ley consistía, pues, en eso: come o sé comido. No llegó él a formular esta ley en términos precisos, exactos, sacando después consecuencias. Ni siquiera pensó mucho en ella: se limitó a vivirla, sin quebrarse la cabeza en averiguaciones.

A su alrededor, la ley se ponía en práctica a cada momento. Él se había comido los perdigones que encontró. El halcón hizo lo mismo con la madre, y por su gusto se lo habría tragado a él. Cuando él adquirió más fuerza, quiso comerse al halcón, y desde luego se comió al lince pequeño. La madre de este lo hubiera devorado a él si no llega a ser ella la devorada. Él mismo actuaba conforme a la ley, también él era un asesino. Su único alimento era la carne, la carne viva, que huía de él corriendo, volando, trepando a los árboles o escondiéndose bajo la tierra. A veces le hacía frente y luchaba con él, o invertía los términos y se convertía de perseguida en perseguidora y le obligaba a emprender la huida.

Si el lobezno hubiera discurrido del modo que suelen hacerlo los hombres, podía haber sacado la conclusión de que en la vida no hay más que voraz apetito. Se persigue o se es perseguido, se caza o se es cazado, se come o se es comido. Y todo en medio de la mayor confusión y ceguedad, violenta y desordenadamente, constituyendo un caos de glotonería y de matanzas, que procede al azar, sin piedad, sin plan, indefinidamente.

Pero el cachorro no pensaba como piensan los hombres. No podía abarcar amplios conjuntos. Tampoco era capaz de tener al mismo tiempo más de una idea o un deseo. Además de la ley de la carne, había miles y miles de leyes de menor importancia que tenía que aprender también y obedecer.

El mundo estaba lleno de sorpresas. La actividad de su propia vida, el libre juego de sus músculos, constituían para él una continua felicidad. Ir en busca de la carne que necesitaba le proporcionaba nuevas excitaciones y motivos de engreimiento. Sus cóleras pasajeras y sus batallas eran otros tantos placeres. El mismo terror y el misterio de lo desconocido lo ayudaban a vivir.

Y luego todo aquello no dejaba de proporcionarle su parte de bienestar y de satisfacciones. Sentirse con el estómago repleto, dormir perezosamente al sol..., con tales cosas se daba por bien pagado de todas sus fatigas. Aquellos pesares eran propios de su vida y la vida resulta dichosa cuando se toma como viene. Él no estaba disgustado por el medio hostil en que vivía. Por el contrario, se sentía lleno de vitalidad, muy feliz y muy orgulloso.

TERCERA PARTE

LOS DIOSES DE LO SALVAJE

1

Los productores de fuego

De pronto, el cachorro se encontró ante aquella extraña visión. La culpa era suya: por falta de cuidado. Acababa de salir de la cueva y bajó corriendo al arroyo para beber. Tal vez no se fijó en nada porque se sentía soñoliento, pues había estado de correría toda la noche, yendo en busca de carne, y hacía un momento que se había despertado. Le era ya tan conocido el camino para llegar a la laguna formada por la corriente, que lo seguía sin el menor recelo y con frecuencia, sin que jamás le hubiera ocurrido nada.

Dejó atrás el pino derribado, cruzó el claro que formaba el bosque y se metió trotando entre los árboles. Entonces, y ambos hechos fueron simultáneos, vio y olfateó algo. Ante él, en cuclillas y silenciosas, aparecían cinco cosas vivas que él no había visto nunca hasta entonces. Aquello era su primer atisbo de la raza humana. Pero, a su vista, ninguno de los cinco hombres se apresuró a levantarse, ni le enseñó los dientes, ni gruñó. No se movieron, sino que continuaron allí silenciosos y amenazadores.

Tampoco él hizo el menor movimiento. Todos sus naturales instintos le habrían impulsado a huir desesperadamente si de pronto y por primera vez en su vida no hubiera surgido en él otro instinto que contrarrestara a aquellos. Lo que le obligaba a permanecer inmóvil era cierta sensación abrumadora de la propia debilidad y pequeñez. Aquello que delante de sus ojos tenía sí que era superioridad y poderío, algo que quedaba muy lejos de sus propios límites.

Nunca había visto hombres; pero cierto vago, oscuro instinto le estaba diciendo que era preciso reconocer en el hombre al animal que había sabido conquistarse la primacía sobre los demás en la tierra salvaje. El cachorro contemplaba al hombre no solo con sus propios ojos, sino también con todos los de sus antepasados..., con los ojos que se habían alineado formando un círculo, allá en la oscuridad, alrededor de las hogueras que protegían los campamentos de invierno; que acecharon desde una distancia algo segura y desde el corazón de la selva al extraño bípedo que era dueño y señor de todos los seres vivientes. El hechizo de la ley de la herencia pesaba sobre el lobato; el miedo, el respeto, hijo de siglos enteros de lucha; la acumulada experiencia de innumerables generaciones. Ese peso de la herencia dominaba con fuerza incontrastable al lobo que, después de todo, no era más que un cachorro. De haber sido mayor, seguro que hubiera huido. Ahora se limitó a acurrucarse, paralizado por el terror y ofreciendo ya su sumisión, como hizo toda su raza desde la primera vez que un lobo llegó a sentarse junto a la lumbre producida por los hombres y pudo calentarse.

Uno de los indios se levantó, echó a andar hacia él y se inclinó sobre su cuerpecillo. El cachorro se acurrucó aún más para aplastarse contra el suelo. Para él, lo desconocido se había encarnado en una forma concreta de carne y hueso que ahora bajaba a cogerlo. Involuntariamente, se le erizaron los pelos, retiró los labios y sus diminutos colmillos quedaron al descubierto. La mano que sobre él pendía tuvo un movimiento de vacilación, y el hombre habló entonces, riéndose al mismo tiempo, para decir:

-Wabam wabisca ip pit tah.*

Los demás indios se rieron también a carcajadas y le gritaron a su compañero que lo cogiera de una vez. La mano fue bajando lentamente, a cada instante más cerca de él, y los más encontrados instintos trabaron en el lobato una verdadera batalla. Sentía a la vez dos grandes impulsos: rendirse y luchar. Acabó por hacer una cosa y otra. Se sometió hasta que la mano estuvo a punto de tocarlo; pero entonces se rebeló y, rápido como el rayo, le clavó los dientes.

Un momento después recibía un vigoroso sopapo que lo tendió de lado en el suelo. Como por encanto, se desvaneció en él todo deseo de lucha. Su escasa edad y el instinto de sumisión se sobrepusieron a todo. Se sentó sobre los cuartos traseros y comenzó a gimotear. Pero el hombre cuya mano acababa de morder se había encolerizado de veras, y le atizó un nuevo golpe al otro lado de la cabeza. El animal volvió a sentarse y lloriqueó más amargamente que nunca.

También fueron mayores que antes las carcajadas de los indios, y hasta el mismo que había sido mordido comenzó a reírse también. Rodearon todos al cachorro, sin cesar en sus risas, mientras él se deshacía en lamentos causados tanto por el terror como por el dolor que sentía. De repente oyó algo que también escucharon los indios. Pero el lobato sabía perfectamente lo que era, y con un alarido final, que más tenía acentos de triunfo que de pena, dejó de alborotar y esperó a que llegara su madre, su feroz e indomable madre, que era capaz de luchar con las cosas del mundo y matarlas, sin que para ella existiera el pavor. Venía gruñendo. Oyó los gritos de su cachorro y se precipitó a salvarlo.

De un salto cayó en medio del grupo, convertida por su ansioso y batallador cariño maternal en algo que estaba muy lejos de resultar agradable. Pero, para el lobezno, el espectáculo de su rabioso y protector ataque no podía ser más grato. Lanzó un grito de alegría y saltó para unirse a ella, mientras los hombres retrocedían precipitadamente a bastantes pasos de distancia. La loba se quedó en pie, arrimada a su cachorro en ademán protector, desafiando a los hombres, con el pelo erizado y gruñendo con ronca y profunda voz. Tenía la cara descompuesta, torcida, con maligna y amenazadora expresión, y la nariz le temblaba desde la punta a la base debido a la prodigiosa fuerza que ponía en su gruñir.

Y entonces, en aquel mismo instante, resonó aquel grito lanzado por uno de los hombres. *«iKiche!»,* fue lo que dijo. La exclamación sonaba con acento de sorpresa. El cachorro sintió que su madre perdía toda su fiereza al oírla.

-*¡Kiche!* -volvió a gritar el hombre; pero esta vez con voz dura, autoritaria.

Y entonces el lobezno vio cómo su madre, la loba, la invencible, la intrépida, se agachaba hasta tocar el suelo con el vientre, gimoteando y moviendo la cola en señal de paz. El cachorro no acababa de entender aquello. Estaba aterrado. El pavor que le inspiraba el hombre se había apoderado de él nuevamente. Su instinto no le engañó; y de su certeza daba fe la madre. También ella rendía acatamiento a aquella clase de animales que eran los hombres.

El que había hablado se acercó a la loba. Le puso la mano sobre la cabeza y ella no hizo más que aproximarse muy agachada aún. Ni le mordió ni lo intentó siquiera. Los demás

del grupo se acercaron también, la rodearon y la estuvieron manoseando, sin que ella hiciera el menor movimiento para rechazarlos. Los hombres mostraban gran excitación y sus bocas no paraban de emitir raros sonidos, que no suponían peligro alguno, como dedujo el lobato. Así que se agachó al lado de su madre, y aunque de cuando en cuando se le erizaban los pelos, se esforzó en demostrar su sumisión.

-No es extraño -decía uno de los indios-. El padre de *Kiche* era un lobo. Aunque también es verdad que su madre era una perra; pero mi hermano la tuvo atada en el bosque durante tres noches enteras en la época de celo. Por eso el padre de *Kiche* fue un lobo.

-No es extraño, Lengua de Salmón -contestó Castor Gris-. Entonces era la temporada del hambre y no había carne que dar a los perros.

-Esa ha estado viviendo con los lobos -observó un tercero.

Así parece, Tres Águilas -replicó Castor Gris, poniendo la mano sobre el cachorro-, y ahí está la prueba.

El lobezno gruñó un poco al sentir el contacto de la mano, y esta se apartó para soltarle un coscorrón, después de lo cual el castigado ocultó sus colmillos, que acababa de mostrar, y se echó al suelo muy sumiso, mientras la mano volvía a posarse sobre él y lo acariciaba detrás de las orejas y en el lomo.

-Ahí está la prueba -continuó Castor Gris-. Es evidente que su madre es *Kiche.* Pero su padre era un lobo. Por eso tiene muy poco de perro y mucho de lobo. Sus colmillos son blanquísimos y le llamaremos *Colmillo Blanco,* porque lo digo yo. Él será mi perro. ¿No era también *Kiche* la perra de mi hermano? ¿Y no murió este?

El cachorro, que ya tenía nombre, siguió echado en el suelo y observando. Durante algún tiempo, los hombres continuaron produciendo con la boca aquellos sonidos raros para él. Luego, Castor Gris desenvainó un cuchillo que llevaba pendiente del cuello y con él cortó un palo de los arbustos que los rodeaban; *Colmillo Blanco* lo seguía con la mirada. Vio cómo le hacía una entalladura al palo en cada extremo y cómo a ellas anudaba unas cuerdas de cuero. Con una de esas cuerdas que le pasó por el cuello sujetó después a *Kiche,* y enseguida la condujo junto a un pino joven, a cuyo tronco ató la otra cuerda.

Colmillo Blanco fue detrás de su madre y se echó junto a ella. Lengua de Salmón le puso una mano encima y lo echó patas arriba. *Kiche* lo miró con ansiedad. El lobezno sintió que el miedo volvía a apoderarse de él. No pudo evitar que se le escapara un gruñido; pero no hizo el menor ademán de morder. La mano, crispados y muy abiertos los dedos, le restregó el vientre como jugando y lo revolcó de un lado a otro. Resultaba ridículo y torpe que estuviera él allí panza arriba y pataleando. Además, aquella era una posición que, por dejarlo completamente indefenso, producía en todo su ser un sentimiento de indignada rebelión. ¿Qué podría hacer colocado así? Si a aquel animal hombre se le antojaba causarle algún daño, *Colmillo Blanco* se daba cuenta perfectamente de que le sería imposible evitarlo. ¿Cómo podría echar a correr si tenía las cuatro patas en el aire por encima de su cuerpo? Sin embargo, el deseo de mostrarse sumiso pudo más que su miedo, que logró dominar, y así se contentó con gruñir suavemente. Eso no pudo evitarlo, pero tampoco pareció que el hombre se ofendiera por ello, pues al cachorro no le costó

ningún nuevo coscorrón. Y luego, lo más raro del caso es que Colmillo *Blan*co fue experimentando una inefable sensación de gusto a medida que la mano le iba restregando. Al quedarse de lado, cesó de gruñir. Ahora los dedos lo apretaban más, le hacían cosquillas. En la base de las orejas, la sensación agradable aumentaba. Y al fin, cuando, con un último restregón y una caricia, el hombre lo dejó en paz y se alejó, en el lobezno había desaparecido todo temor. A partir de entonces, mil veces sintió en su relación con los hombres que el rasgo predominante de esa amistad era la ausencia de temor.

Al cabo de un rato, *Colmillo Blanco* oyó unos extraños ruidos cada vez más próximos. Pronto adivinó que eran de los que producen los hombres. Pocos minutos después, el resto de la tribu india, que había emprendido la marcha para acampar en otro sitio, apareció allí. Eran algunos hombres, muchas mujeres y niños, en conjunto unos cuarenta, y todos iban cargados con sus bagajes. Había también entre ellos muchos perros, y estos, a excepción de los que aún eran cachorros, llevaban asimismo su correspondiente carga. Sobre los lomos, en fardos que iban fuertemente atados a su cuerpo, transportaban por lo menos veinte o treinta libras de peso cada uno.

Aquella era la primera vez que *Colmillo Blanco* veía perros. Al contemplarlos, la impresión que recibió fue que pertenecían a su misma raza, aunque eran algo diferentes. Pero los perros actuaron de forma muy distinta al descubrir al cachorro y a su madre. Se precipitaron inmediatamente contra ellos. A *Colmillo Blanco* se le erizaron los pelos; gruñó; mordió a toda aquella oleada de carnes que, abiertas las fauces, se arrojaban a su encuentro; cayó rodando bajo los que lo acometían; sintió el dolor agudo producido por aquellos dientes que le desgarraban el cuerpo, y él mismo mordió y desgarró también cuanto pudo aquellas patas y vientres que veía encima de él. El alboroto que se produjo fue enorme. El cachorro oía el gruñir furioso de su madre, que luchaba por él; los gritos de aquellos otros animales que se llamaban hombres, el ruido de garrotes que chocaban con sus cuerpos y los aullidos de dolor de los perros contra quienes iban dirigidos los garrotazos.

Sin embargo, solo transcurrieron unos segundos antes de que el lobato volviera a estar en pie. Vio a los hombres obligando a retroceder a los canes con palos y pedradas. Lo defendían a él, lo salvaban de los terribles dientes de aquellos animales. En la cabeza del cachorro no cabía un concepto tan abstracto como la idea de justicia; sin embargo, intuía que los hombres habían procedido rectamente y descubrió que una de sus funciones era dictar y ejecutar la ley. Al mismo tiempo observó las armas de las que se valen para administrar la justicia. Al revés de lo que ocurría con todos los animales que hasta entonces había hallado, ni mordían ni luchaban a zarpazos. Lo que hacían era robustecer su viva fuerza con el auxilio poderoso de las cosas muertas.

Hacían lo que ellos ordenaban. Los palos y las piedras, dirigidos por los hombres, saltaban por los aires como si fueran cosas vivas, y causaban graves heridas a los perros.

Para su cerebro, aquello significaba un poder desusado, inconcebible y sobrenatural, casi divino. *Colmillo Blanco,* por su misma naturaleza, no sabía nada acerca de los dioses; pero el asombro y el respetuoso temor que le inspiraban los hombres se parecía grandemente a lo que sentiría uno de estos al contemplar a algún ser sobrenatural lanzando rayos con ambas manos, desde la cumbre de un monte, sobre la maravillada humanidad.

No quedaba ni un perro que no se hubiera visto obligado a retroceder. El tumulto cesó. Y *Colmillo Blanco* se lamió las contusiones y heridas recibidas mientras meditaba sobre su primera experiencia de lo que es una manada y de cómo le sabían a él las crueldades que las manadas cometen. Hasta entonces, para el lobato su raza solo estaba formada por el Tuerto, su madre y él. Para *Colmillo Blanco,* ellos constituían toda una raza aparte, y, de pronto, descubría otros muchos seres que aparentemente pertenecían también a la misma raza. Y le dolía, de un modo vago, que estos, a pesar de ser de los suyos, se le hubieran echado encima en cuanto lo vieron y hubieran tratado de acabar con él. Sentía un resentimiento parecido contra los hombres que habían atado a su madre; aunque, sin duda, ellos eran superiores. Aquello le sabía a engaño, a trampa, a cautiverio, aunque no estuviera él aún bien enterado de lo que eran trampas y cautiverios. La libertad de andar vagando, de correr, de echarse cuando se le antojara, constituía en él una herencia, y ahora se cortaba de cuajo con todo aquello. Los movimientos de su madre quedaban restringidos al radio de la longitud del palo al cual estaba sujeta. Y a él aquello le servía también de límite, pues no se había apartado más que lo preciso del lado de su madre.

No le gustó. Ni tampoco lo que ocurrió cuando los hombres se pusieron en pie y continuaron su marcha, porque entonces uno de los de aspecto más insignificante cogió un ex tremo del palo y se llevó detrás de él, cautiva, a *Kiche,* y tras *Kiche* a *Colmillo Blanco,* que le seguía muy perturbado y triste por el cariz que iba tomando la nueva aventura en la que se hallaba metido.

Fueron hacia el valle por donde corría el arroyo -estaban mucho más lejos de lo que el lobato conocía- y llegaron al extremo de dicho valle, donde la corriente se precipitaba en el río Mackenzie. Allí, en el lugar donde se veían unas canoas pendientes de altos mástiles y unos secaderos para el pescado, acamparon los indios, y *Colmillo Blanco* los contempló con asombrados ojos. La superioridad de aquellos hombres, que para él pertenecían a otra clase de animales, aumentaba por momentos. Allí estaba, para atestiguarla, su dominio sobre tantos perros de afilados colmillos. Aquello respiraba fuerza, poderío. Pero mayor aún y más admirable le parecía al lobezno el otro dominio que ejercían sobre las cosas que carecían de vida, su poder de comunicar movimiento a lo que naturalmente no lo tenía, su facilidad para hacer cambiar el mismísimo aspecto del mundo.

Esto último era lo que más le impresionaba. La altura de aquella especie de andamiadas le llamó la atención, pero no especialmente. No se podía esperar menos de aquellos seres que arrojaban palos y piedras a grandes distancias. Lo que sí le impresionó verdaderamente es que andamios y mástiles se transformaran en chozas tras ser cubiertos con tejas y pieles. *Colmillo Blanco* se quedó asombrado una vez más. Lo que le maravillaba era el colosal volumen de todo aquello. Aquellas masas se elevaban en torno suyo como raras formas vivas que surgían de repente. Ocupaban casi por completo el círculo que sus ojos podían abarcar. Les tenía miedo. Las miraba de lejos como si lo amenazaran desde lo alto, y cuando, al azotarlas el viento, les imprimía desordenados movimientos, él se agachaba atemorizado sin dejar de mirarlas con prudente recelo y dispuesto a apartarse y huir si trataban de echársele encima.

Pero de pronto su miedo se disipó. Fue observando que las mujeres y los niños entraban y salían de allí sin recibir el menor daño, y vio que los perros intentaban también imitarlos con frecuencia, siendo arrojados ignominiosamente con gritos y pedradas. Al

fin se decidió a abandonar a su madre y se arrastró cautelosamente hasta una de las paredes de la choza más cercana. La curiosidad, hija del crecimiento, era la que le impulsaba, la necesidad de aprender, de vivir, de hacer algo que le proporcionara experiencia. Cuando solo le faltaban pocas pulgadas para llegar a la pared del improvisado abrigo, redobló su recelo y se arrastró con mayor y más temerosa lentitud, con más precaución. Los acontecimientos de aquel día lo habían preparado para esperar que lo desconocido se manifestara en cualquier momento. Por fin, su naricilla tocó la tela. Esperó un rato. No ocurrió nada. Entonces olfateó aquella extraña construcción, saturada de olor humano. Clavó los dientes en la tela y le dio un suave tirón. Tampoco ocurrió nada, aunque las partes adyacentes a la choza se movieron. Tiró con mayor fuerza. Y el movimiento fue mayor. La cosa era deliciosa. Siguió dando tirones, más fuertes y muy repetidos, hasta que la choza entera se movió. Entonces, los agudos gritos de una mujer que estaba en el interior lo obligaron a huir precipitadamente, y volvió al lado de *Kiche.* Pero el resultado de ello fue que en adelante ya no les tuvo miedo a aquellas grandes y amenazadoras chozas.

Un momento después volvía a apartarse de la compañía de su madre. El palo que mantenía sujeta a la loba estaba atado a una estaca clavada en el suelo, y ella no pudo seguir al lobezno. Otro cachorro, algo crecido ya, mayor que él en edad y en tamaño, se le acercó lentamente, pavoneándose y en son de guerra. El nombre del perrillo era *Lip-Lip,* como *Colmillo Blanco* escuchó después que le llamaban. El recién venido no carecía de experiencia en otras luchas con cachorros, y se había convertido en una especie de bravucón.

Lip-Lip era de la raza de *Colmillo Blanco, y* por no ser más que un cachorrillo, no parecía peligroso, por lo cual el lobato se preparó a recibirlo amistosamente. Y cuando vio que el que iba a su encuentro comenzaba a andar afectadamente, con las patas muy tiesas y enseñando los dientes, *Colmillo Blanco* se puso a imitarlo en todo. Comenzaron a dar vueltas uno alrededor del otro, buscándose el cuerpo, gruñendo y con los pelos erizados. Esto duró algunos minutos, y a *Colmillo Blanco* le resultaba divertido, pues lo consideraba puro juego. Pero de pronto, con sorprendente ligereza, *Lip-Lip* dio un salto, le pegó al otro una dentellada y saltó de nuevo huyendo. La dentellada fue a dar precisamente en la misma parte del hombro del lobato que había recibido ya la herida causada por el lince y que aún seguía doliéndole.

La sorpresa y el daño le arrancaron a *Colmillo Blanco* un gruñido. Y un momento después, hecho una furia, se precipitaba sobre *Lip-Lip.*

Pero *Lip-Lip* había vivido en aquellos campamentos y sostenido numerosas batallas con otros cachorros. Lo menos media docena de veces se clavaron sus agudos dientes en el lobezno, hasta que *Colmillo Blanco,* gimiendo ya sin pudor alguno, huyó en busca de la protección materna. Era aquella la primera de las numerosas luchas que debía sostener con *Lip-Lip,* porque fueron enemigos desde el principio, de nacimiento, con naturalezas opuestas, destinadas siempre a chocar. *Kiche* lamió a su cachorro minuciosamente y trató de persuadirlo de que era preciso que no se moviera de su lado. Pero la curiosidad pudo en él más que todo, y al poco rato se lanzaba de nuevo a otra aventura. Tropezó entonces con uno de los hombres, Castor Gris, que estaba en cuclillas arreglando algo con unos palos y musgo seco extendido en el suelo. *Colmillo Blanco* se le acercó y se quedó observándolo. Castor Gris producía con la boca unos sonidos que el cachorro no

consideró de carácter hostil, y se le acercó aún más. Varias mujeres y niños le iban llevando al indio palos y ramas. Era evidente que el trabajo que realizaba urgía. *Colmillo Blanco* fue andando hasta tocar la rodilla de Castor Gris: sentía tanta curiosidad que se olvidó de que el hombre era terrible. De pronto vio elevarse algo raro, como una neblina, de aquellos palos y musgos que estaban bajo las manos del indio. Luego, entre los palos mismos, apareció una cosa viva que se retorcía y daba vueltas, una cosa de color parecido al del sol que brillaba en el cielo. *Colmillo Blanco* ignoraba lo que era el fuego. Le atrajo como la luz que veía a la entrada de su covacha le había atraído antes en los comienzos de su vida. Se arrastró hasta aproximarse a la llama. Sobre él oyó sonar una risa ahogada de Castor Gris, que le confirmó la idea de que tampoco aquel hombre le era hostil. Entonces su nariz tocó la llama y su lengua se alargó para lamerla.

Se quedó un instante paralizado. Lo desconocido, que estaba en acecho entre los palos y el musgo, acababa de clavarle furiosamente las garras en la nariz. Retrocedió tambaleándose y prorrumpió en una explosión de alaridos de dolor y sorpresa. Al oírlo, *Kiche* saltó gruñendo tan lejos como se lo permitió el palo que la sujetaba, y allí tuvo que quedarse, terriblemente rabiosa por no poder acudir en auxilio de su cachorro. Pero Castor Gris se reía a carcajadas, dándose palmadas en los muslos, y fue a contarles el caso a todos los demás del campamento hasta que no quedó ni uno que no se riera estrepitosamente. Sin embargo, *Colmillo Blanco,* sentado sobre los cuartos traseros, gemía desesperadamente, abandonado en medio de aquella clase de animales que eran los hombres.

Había sufrido el dolor más fuerte de su vida. Tenía la nariz y la lengua abrasadas por aquella cosa viva, del color del sol, que había brotado de las manos de Castor Gris. Lloró y lloró hasta más no poder, y cada uno de sus lamentos era recibido con nuevas explosiones de risa por parte de los hombres. Trató de lamerse la nariz para calmar el dolor; pero también tenía la lengua quemada, y al juntarse ambos daños, se producía otro mayor, por lo cual se deshizo en nuevos gemidos, más desconsolada y desesperadamente que nunca.

Al fin sintió vergüenza de sí mismo. No desconocía la risa ni el significado que tenía. Nosotros no comprendemos cómo puede ser que algunos animales sepan lo que es la risa, y cuándo alguien se está riendo de ellos; pero *Colmillo Blanco* lo sabía. Y se avergonzó de que aquellos animales que eran los hombres se estuvieran burlando de él. Dio media vuelta y huyó, no del daño que le había producido el fuego, sino de la risa, que le llegaba aún más hondo y le dolía en el espíritu. Y voló al encuentro de Kiche, que, rabiosa aún, fuera de sí y forcejeando con el palo que la sujetaba, era el único ser que no se reía de él.

Fue oscureciendo el crepúsculo y llegó la noche, y *Colmillo Blanco* continuaba aún echado junto a su madre. Le dolían todavía la nariz y la lengua, pero le tenía perplejo otro mal mayor: sentía nostalgia. Experimentaba un vacío, echaba de menos el silencio y la quietud de aquella covacha suya que estaba cerca del arroyo, en un ribazo. ¡Había allí tanta gente, hombres, mujeres y niños, que producían toda clase de molestos ruidos! Y luego los perros, siempre riñendo, siempre pendencieros, armando alboroto y ocasionando confusión y desorden. La descansada soledad de la única vida que él conocía a fondo había desaparecido. Aquí hasta en el mismo aire palpitaba la vida. Era un susurro o un zumbido incesante. Cambiando continuamente en la intensidad o en el tono, le

afectaba los nervios y todos sus sentidos, le tenía inquieto, atemorizado, atormentándolo con la perpetua amenaza de algo inminente.

Observó a los hombres yendo y viniendo, moviéndose por el campamento. Les miró como si fueran dioses. Eran seres superiores, divinos. Para sus oscuros medios de comprensión resultaban capaces de producir milagros. Habían sido creados para mandar, para dominar; poseían una potencia desconocida, imposible; eran los dueños de todo lo que está vivo y de lo que no lo está. Obligaban a obedecer a lo que se movía, comunicaban movimiento a lo inmóvil, y hacían que la vida, aquella vida que tenía el mismo color que el sol, y que además mordía, naciera de un montón de musgo seco y de madera. Eran productores de fuego. Eran dioses.

II

El cautiverio

Los días transcurrían repletos de enseñanzas para *Colmillo Blanco.* Durante el tiempo que *Kiche* estuvo atada al palo, él correteó por todo el campamento averiguando cosas, investigándolas, aprendiendo. Pronto llegó a saber cómo solían proceder los hombres, pero la familiaridad no engendró en él desdén. Cuanto más los iba conociendo, mas veía afirmarse su superioridad y más se manifestaba su misterioso poder. Seguía viéndolos como verdaderas divinidades.

Propio del hombre ha sido con frecuencia el dolor de ver destruidos sus dioses y derribados los altares en que se veneraban; pero al lobo y al perro salvaje que han llegado a prestar acatamiento al hombre no les ha ocurrido esto nunca. Ellos ven al hombre como un ser de carne y hueso, que puede tocarlos. Lo tienen delante andando a dos pies, garrote en mano, inmensamente poderoso, colérico o suave y cariñoso.

Para ellos es un dios hecho carne. Esto es lo que le acontecía a *Colmillo Blanco.* Los hombres eran para él dioses, indudable e inevitablemente. Como su madre, *Kiche,* les había rendido vasallaje desde la primera vez que les oyó pronunciar su nombre, él lo hacía también. Les reconocía el derecho de iniciativa, como cosa que indudablemente les pertenecía. Se apartaba a su paso para dejarles libre el camino. Cuando lo llamaban, acudía inmediatamente. A la menor amenaza, se agachaba a sus pies. En cuanto le mandaban que se fuera, echaba a correr, porque detrás de cada uno de los deseos del hombre existía siempre el poder que venía a reforzarlos, un poder que sabía hacer daño, cuyos medios de expresión eran los coscorrones y los garrotazos, las piedras que volaban por los aires y los latigazos que escocían.

Les pertenecía igual que el resto de los perros. Sus acciones se hallaban pendientes de lo que le mandaban. Su propio cuerpo les pertenecía, para manosearlo, pisarlo o simplemente tolerar su presencia. Había aprendido todo aquello rápidamente. Algo cuesta arriba se le hacía tener que ponerse en contradicción con los fortísimos y dominantes impulsos que eran propios de su naturaleza; pero aunque le repugnaba aprender a doblegarse, se iba acostumbrando a hacerlo y, casi sin darse cuenta, empezaba ya a hallar placer en ello. Era un modo de entregar su destino a manos ajenas, de evadirse de las

responsabilidades de la vida. Y ya esto llevaba en sí cierta compensación, porque siempre es más fácil descansar en otro que depender de uno mismo.

Pero esa entrega de sí mismo, en cuerpo y alma, por decirlo así, no fue cosa de un día. No era posible la inmediata renuncia de su herencia salvaje y de todos los recuerdos de su vida en libertad. Hubo días en que se arrastró hasta el propio borde del bosque, y se quedó allí de pie, escuchando algo que lo llamaba allá a lo lejos. Y siempre volvía de allí inquieto, violento, para llorar suave y pensativamente junto a *Kiche, y* lamerle la cara con interrogante ansiedad. No cabe duda de que luchaba ante aquella forzada sumisión.

Colmillo Blanco aprendió rápidamente las costumbres del campamento. Conoció la injusticia y la voracidad de los perros mayores cuando les arrojaban las raciones de carne o de pescado. Sacó en conclusión que los hombres eran más justos, más crueles los niños, y las mujeres mas amables y más inclinadas a echarle un pedazo de carne o un hueso. Y después de dos o tres dolorosas aventuras con madres de cachorros algo mayores ya, adquirió el convencimiento de que siempre era prudente no meterse con ellas, tenerlas a la mayor distancia posible y evitar su encuentro cuando se acercaban.

Pero la causa de sus desdichas era *Lip-Lip,* pues *Colmillo Blanco* se había convertido en objeto especial de sus persecuciones. El lobato se batía de buena gana, pero siempre salía perdedor. Su enemigo era para él demasiado voluminoso. Llegó a convertirse en su pesadilla. En cuanto se apartaba de su madre, aparecía inmediatamente el bravucón, lo seguía pisándole los talones, gruñendo, molestándolo y esperando el momento oportuno en que no hubiera delante ningún hombre para echársele encima y obligarlo a la lucha. Como *Lip-Lip* siempre ganaba, gozaba con ello enormemente. Aquellas luchas eran el mayor placer de su vida, como resultaban para *Colmillo Blanco su* mayor tormento.

Pero no se acobardaba precisamente. Aunque llevaba siempre la peor parte, su espíritu permanecía indomable. Sin embargo, como consecuencia, su genio se resentía y se le veía malhumorado. Ya de nacimiento, era de genio muy vivo; pero llegó a tenerlo peor ante aquella persecución continua. Lo que en él había de alegre y juguetón, como cachorro que era, se manifestaba en pocas ocasiones. Nunca lo vieron jugar y triscar con los perros de su edad que había en el campamento. *Lip-Lip* no se lo hubiera permitido. En el instante mismo en que *Colmillo Blanco* aparecía entre ellos, ya tenía encima a *Lip-Lip,* echando bravatas y como perdonándole la vida si no se agarraba a él y a la fuerza lo sacaba de allí.

El resultado de todo esto fue robarle a *Colmillo Blanco* una buena parte de su vida de cachorro y obligarlo a conducirse como un verdadero lobo antes de tiempo. Privado de la expansión de su energía por medio del juego, se reconcentró en sí mismo, lo que activó su proceso mental. Se hizo astuto y le sobró tiempo para dedicarse a inventar toda clase de picardías. Viendo que no conseguía ninguna ración de carne o pescado cuando arrojaban el alimento a los perros del campamento, se convirtió en un hábil ladrón. Tenía que buscarse el alimento él mismo, y se lo buscó, aunque se convirtiera de esta manera en una calamidad para las mujeres del campamento. Aprendió a hurtar por todas partes con maña; a estar al tanto de cuanto ocurría; a verlo y oírlo todo para obrar en consecuencia; a inventar procedimientos seguros para burlar a su implacable perseguidor.

En los primeros días de esta persecución puso en práctica la primera de las grandes tretas que inventó, gracias a lo cual pudo saborear por primera vez el placer de la

venganza. Como *Kiche,* cuando formaba parte de la manada de lobos, sonsacaba a los perros de los campamentos humanos para acabar después con ellos, así también *Colmillo Blanco* atrajo de modo parecido a *Lip-Lip* para que cayera en las vengadoras quijadas de *Kiche. Colmillo Blanco* se declaró en franca retirada frente a *Lip-Lip,* salió huyendo de él y emprendió una carrera como al azar, metiéndose entre las chozas del campamento indio, entrando y saliendo aquí y allá o rodeándolas. A correr no le ganaba ninguno de los cachorros de su edad, ni siquiera *Lip-Lip.* Pero aquel día no corrió con todas sus fuerzas; se reservó. Se limitó a permanecer siempre frente a su perseguidor, a la distancia de un salto. Se reservaba fuerzas para fatigar a su constante rival.

Lip-Lip, excitado por aquella caza y por la continua proximidad de su víctima, perdió toda cautela olvidándose del sitio en que se hallaba. Cuando se acordó de ello, ya era tarde. Se lanzó a toda velocidad en la carrera emprendida alrededor de una choza y cayó de lleno sobre *Kiche,* que estaba echada al extremo del palo que la sujetaba. El perrillo lanzó un gañido que revelaba consternación, y en el instante mismo recibió el castigo, pues sobre su cuerpo se cerraron las abiertas quijadas de *Kiche.* Estaba muy fatigada, pero, a pesar de todo, *Lip-Lip* no pudo desprenderse de ella fácilmente. Lo revolcó impidiéndole correr, y entonces repitió varias veces sus dentelladas, llenándolo de desgarrones con sus terribles colmillos.

Cuando al fin el perro logró rodar hasta desembarazarse de ella, se enderezó como pudo, arrastrándose, hecho una lástima, herido no solo en su cuerpo, sino también en su orgullo. Tenía el pelo tieso en mechones numerosos que señalaban dónde había hundido la loba sus dientes. Se quedó en el mismo sitio, abrió la boca y prorrumpió en el prolongado y dolorido lamento propio de los cachorros. Pero ni siquiera eso pudo terminar. En mitad del aullido, *Colmillo Blanco,* precipitándose sobre él, le clavó los dientes en una de sus patas posteriores. A *Lip-Lip* no le quedaban ya ganas de luchar, y huyó ignominiosamente con su acostumbrada víctima detrás. Este iba mordiéndole los zancajos y atormentándolo durante todo el camino que siguió para llegar a la choza que le pertenecía. Allí acudieron en su ayuda las mujeres, y *Colmillo Blanco,* hecho un diablo, de puro enfurecido, fue ahuyentado por fin en medio de un diluvio de piedras.

Llegó un día en que Castor Gris consideró que había pasado ya toda probabilidad de que *Kiche* se escapara y la soltó. *Colmillo Blanco* no cabía en sí de júbilo al ver libre a su madre. La acompañó alegremente por todo el campamento; y mientras él estuvo a su lado, *Lip-Lip* se mantuvo a respetuosa distancia. Hasta llegó a permitir que *Colmillo Blanco* fuera hacia él con los pelos erizados y andando muy tieso; el perrillo se hizo el desentendido. Iba a aceptar el reto, pero aunque ardiera en deseos de venganza, nada le costaba esperar a que *Colmillo Blanco* estuviera solo.

Aquel mismo día, algo más tarde, *Kiche* y su cachorro fueron vagando hasta llegar junto al bosque cercano al campamento. Él fue quien condujo allí a su madre paso a paso, y cuando vio que ella se detenía, trató de llevarla aún más lejos. El arroyo, el cubil y la quietud del bosque lo atraían, lo llamaban, y quería que su madre se fuera con él. Corrió un breve trecho, se paró y miró atrás. Ella no se había movido. El cachorro lloriqueó para persuadirla, y se metió jugueteando por la maleza, entró y salió de ella repetidas veces. Retrocedió hacia su madre, le lamió la cara y volvió a escaparse de nuevo. Ella continuaba sin moverse. Él se paró entonces y le dirigió una mirada, plagada de atención

y anhelo; pero aquella expresión fue mitigándose hasta desaparecer, al observar que ella volvía la cabeza y miraba hacia el campamento.

Había algo allá, en la tierra libre y abierta, que estaba llamando al cachorro. Su madre lo oyó también. Pero oía al mismo tiempo otra llamada más fuerte y poderosa que la anterior, la voz del fuego y del hombre..., aquella voz a la que únicamente se le permitía contestar al lobo y al perro salvaje, que es su hermano.

Kiche se volvió y trotó lentamente hacia el campamento. Más fuerte que el lazo puramente físico de las cuerdas que la habían retenido, era para ella aquel otro lazo moral que le habían tendido los hombres para aprisionarla. Los dioses la tenían cogida por un lazo invisible y no querían soltarla. *Colmillo Blanco* se sentó a la sombra de un abedul y lloriqueó suavemente. El aire estaba impregnado del olor de los pinos, y otros sutiles aromas del bosque se mezclaban con él, recordándole su antigua vida de libertad, antes de los días de su actual cautiverio. Pero como no pasaba de ser un cachorro más o menos desarrollado, mayor fuerza que la voz de los hombres tenía para él la de su madre. Durante todos los días de su breve vida había dependido de ella. La hora de la independencia no había sonado aún para él.

Al fin se levantó, y trotando floja y resignadamente, regresó al campamento. Paró una o dos veces para sentarse y gimotear de nuevo, para oír aquella voz que aún lo estaba llamando desde las profundidades del bosque.

En la vida salvaje, el tiempo que suele dedicar una madre al cuidado de su cachorro es breve; pero bajo el dominio del hombre lo es aún más. Así ocurrió con *Colmillo Blanco.* Castor Gris estaba en deuda con Tres Águilas. Este se iba de excursión remontando el río Mackenzie, el gran lago de los Esclavos. Una tira de tela escarlata, una piel de oso, veinte cartuchos y *Kiche* sirvieron para saldar la deuda. *Colmillo Blanco* vio cómo se llevaban a su madre a la canoa de Tres Águilas e intentó seguirla. Un golpe del indio lo lanzó de nuevo a tierra. La canoa partió. El lobato se echó entonces al agua y se puso a nadar tras la embarcación, sin hacer caso de los gritos que le dirigía Castor Gris para que volviera. Hasta a un hombre, a un dios, se atrevió a desobedecer *Colmillo Blanco:* tanto terror le infundía ver que iba a perder a su madre. Pero los hombres están acostumbrados a que se les obedezca, y Castor Gris, furioso, echó al agua otra canoa y salió en persecución del lobezno. Cuando le hubo ganado la delantera a *Colmillo Blanco,* se agachó y, cogiéndolo por la piel del pescuezo, lo sacó del agua. No lo puso en el fondo de la canoa. Lo tuvo suspendido con una mano, mientras empleó la otra para darle una paliza. Y aquello sí que fue un soberano vapuleo. Castor Gris tenía la mano dura. Cada golpe lo asestaba del modo que más podía doler, y los que dio fueron numerosísimos y aplicados con fuerza.

Impulsado por aquel diluvio de porrazos, que igual venían de un lado que de otro, *Colmillo Blanco* se balanceaba como un péndulo que se movía a saltos. Bien variadas fueron las emociones que experimentó. Al principio, no sintió más que sorpresa. Luego vino el miedo, momentáneo, cuando a cada manotazo contestaba él con varios latidos. Pero a esto siguió la cólera. Era la afirmación de su libre naturaleza, y así mostró los dientes y le gruñó en el rostro, sin miedo ya, al enfurecido dios que le pegaba. Pero aquello no sirvió más que para aumentar todavía la furia del hombre. Arreciaron los golpes, cada vez más duros y crueles.

Castor Gris seguía zurrando de lo lindo, y *Colmillo Blanco,* gruñendo. La cosa no podía durar siempre. Uno de los dos debía ceder, y fue *Colmillo Blanco*. El miedo volvió a apoderarse de él. Por primera vez se hallaba de verdad entre las manos de un hombre. Los palos y pedradas que había tenido que sufrir antes, de vez en cuando, resultaban caricias en comparación con lo de ahora. Su ánimo desfalleció y comenzó a lloriquear y a dar gañidos. Al principio, cada golpe le arrancaba uno; pero el miedo se convirtió en verdadero terror, y finalmente aquello fue un coro no interrumpido, que ninguna relación guardaba con el ritmo del castigo.

Al fin Castor Gris detuvo la mano. *Colmillo Blanco,* derrengado, continuó lloriqueando. Aquello dejó satisfecho a su amo, que lo arrojó brutalmente al fondo de la canoa. Entretanto, esta se había ido deslizando por la corriente. El indio empuñó el canalete*. Como *Colmillo Blanco* le estorbaba para ello, lo apartó de un furioso puntapié. Por un momento reapareció en el lobato su libre e indómita naturaleza y clavó los dientes en aquel pie calzado con zapatos de piel blanda.

La paliza que había tenido que soportar antes no fue nada en comparación con la que recibió ahora. La ira de Castor Gris fue terrible, tanto como el miedo que sintió *Colmillo Blanco*. No solo con la mano, sino con el mismo remo le pegaba también, y cuando el lobato se vio arrojado de nuevo al fondo de la canoa, todo su cuerpecillo, lleno de cardenales, le dolía. De nuevo, y esta vez con toda intención, Castor Gris repitió el puntapié. El lobato, en cambio, se guardó de morder el pie que lo castigaba. Acababa de aprender otra de las lecciones de su cautiverio. Jamás, fuera lo que fuese lo que le ocurriera, debía osar morder al dios que era su dueño y señor: el cuerpo de este era sagrado y no podían profanarlo dientes como los suyos. Aquello constituía, según toda evidencia, el mayor de los crímenes, un sacrilegio imperdonable, para el cual no había tolerancia posible.

Cuando la canoa llegó a la orilla, *Colmillo Blanco* seguía echado, gimiendo y en la inmovilidad completa, esperando que Castor Gris manifestara su voluntad. El indio decidió que saltara a tierra, pues a ella lo arrojó. El animal recibió un tremendo batacazo sobre las costillas que empeoró el dolor de sus cardenales. Se arrastró hasta ponerse en pie, mientras se quejaba desconsolado. *Lip-Lip,* que estaba observando toda la escena desde la orilla, aprovechó la ocasión para arremeter contra él, derribándolo y clavando los dientes en su cuerpo. *Colmillo Blanco* estaba ya demasiado extenuado para defenderse, y seguramente la cosa hubiera terminado mal si no llega a ser por otro puntapié de Castor Gris, que levantó en el aire a *Lip-Lip* con tal violencia que lo envió a estrellarse contra el suelo a tres o cuatro metros de distancia. Aquello era la justicia del hombre. Incluso en el lamentable estado en que se hallaba el lobezno, sintió un estremecimiento de gratitud. Sin apartarse lo más mínimo de los pies de Castor Gris, le siguió cojeando a través del campamento hasta llegar a su choza. Y así fue como *Colmillo Blanco* llegó a comprender que el derecho de castigo era algo que los dioses se reservaban para su uso particular, negándolo a los seres inferiores que estaban bajo su dominio. Esta era la brutal ley de la fuerza.

Aquella noche, cuando todo estuvo quieto y silencioso, *Colmillo Blanco* pensó en su madre y le entristeció el recuerdo. Su tristeza se manifestó demasiado ruidosamente, y Castor Gris le pegó por ello. En lo sucesivo expresó con mayor suavidad sus penas

cuando los dioses se hallaban cerca. Pero de vez en cuando se escapaba a la linde del bosque y daba rienda suelta a su dolor por medio de desesperados lloriqueos y lamentos.

En este período, nada habría tenido de extraño que los recuerdos de su cubil y del arroyo cercano le hubieran hecho escapar definitivamente. Pero el recuerdo de su madre lo de tuvo. Los hombres que iban de caza regresaban después; su madre también volvería algún día a la ambulante aldea india. Siguió, pues, en su cautiverio esperando que ella volviera. Después de todo, aquello no era tan malo. Había muchas cosas que le interesaban. Siempre ocurría algo. Las cosas que aquellos raros dioses realizaban no tenían fin, y a él le acuciaba siempre el curioso deseo de verlas. Por otra parte, iba aprendiendo el modo de adaptarse a Castor Gris. La obediencia, rígida, sin vacilaciones ni desvíos, era lo que se le exigía; a cambio no se le golpeaba y se le permitía vivir.

No solo eso, sino que a veces su amo hasta le arrojaba un pedazo de carne, y acudía en su defensa cuando los perros querían arrebatárselo. Aquel bocado tenía valor especial. Extrañamente, valía mucho más que la docena de pedazos de carne que recibía de manos de alguna de las mujeres. Castor Gris no mimaba ni acariciaba. Quizá fuera lo dura que tenía la mano, quizá su justiciero espíritu, tal vez su evidente poder, o bien todas estas cosas juntas, lo que influyó en *Colmillo Blanco;* pero la verdad era que se iba formando cierto lazo de unión entre él y su áspero y sombrío dueño.

De esta manera, los grilletes del cautiverio de *Colmillo Blanco* se iban apretando más y más. Aquellas cualidades de su raza que permitían desde el principio que los lobos se acercaran a la lumbre que encendían los hombres eran aptitudes susceptibles de desarrollo. Había quedado de nuevo demostrado con él. La vida del campamento, por más repleta de sufrimientos que estuviera, se le iba haciendo grata poco a poco. Pero esto ocurría sin que el mismo *Colmillo Blanco* se diera cuenta de ello. Lo único que sentía era la pena que experimentaba por la pérdida de *Kiche,* la esperanza con que pensaba en su regreso y el hambriento deseo de aquella vida libre que había llevado en otro tiempo.

III

El paria

Lip-Lip, siguió entristeciéndole tanto la vida al lobato, que este fue haciéndose mucho peor y más feroz de lo que por su misma naturaleza le correspondía. El salvajismo era parte integrante de él, pero llevado a tal extremo, excedía ya los límites de lo que era de esperar. Hasta entre los hombres, sus dueños, su maldad era patente. Si se turbaba el orden en el campamento, se armaba de pronto un vocerío, había una reyerta, se oían disputas o una mujer escandalizaba porque le habían robado un pedazo de carne, era que con toda seguridad *Colmillo Blanco* andaba mezclado en el asunto directa o indirectamente. No se tomaron la molestia de examinar las causas a que esta conducta suya era debida. Solo vieron los efectos, y es innegable que resultaban malos. Era un raterillo y hasta un consumado ladrón, un ser dañino que se complacía en fomentar la intranquilidad ajena. Y nada le importaba que las iracundas mujeres de los indios le dijeran en su propia cara que no era más que un lobo completamente inútil y que acabaría mal. Él sólo se preocupaba de evitar el golpe del objeto que ellas le arrojaban. Se

convirtió en un paria en medio de aquella especie de pueblo. Todos los perros más jóvenes seguían a *Lip-Lip*.

Entre ellos y *Colmillo Blanco* había algo que los diferenciaba. Tal vez comprendían su origen salvaje, e instintivamente este les inspiraba la enemistad que los perros domésticos sien ten hacia el lobo. Sea lo que sea, lo cierto es que se unieron a *Lip-Lip* para perseguirlo. Y una vez declarados en contra suya, no les faltaron razones para continuar siendo sus enemigos. No quedó ni uno que, de cuando en cuando, no trabara conocimiento con sus dientes, y en honor de la verdad hay que decir que devolvía más de lo que recibía. A muchos de ellos hubiera podido hacerles correr de lo lindo en singular combate; pero tal clase de lucha le fue siempre negada. En cuanto comenzaba una, se convertía aquello en señal para que los perros más jóvenes del campamento acudieran a la carrera y se le echaran encima.

De esta persecución en cuadrilla aprendió dos cosas importantes: cómo mantenerse hábilmente a la defensiva en ataques en masa contra él dirigidos, y cómo causarle a un solo perro el mayor daño posible en el más breve tiempo. Mantenerse a pie firme en medio de toda aquella masa hostil significaba salir con vida de allí, y se convenció tanto de aquella verdad, que su habilidad para no caerse parecía más propia de un gato. Hasta en el caso de que perros mayores lo empujaran de lado o hacia atrás, al recibir el choque de sus arremetidas, sabía dejarse llevar por el impulso, o en el aire, o deslizándose sobre el suelo; pero nunca con las patas por alto, y siempre con los pies apuntando a la tierra.

Cuando los perros luchan, no suelen hacerlo sin ciertos preliminares: gruñidos, pelos erizados, contoneos, las piernas muy tiesas. Pero Colmillo *Blanco* aprendió a omitir estos preparativos. Todo retraso suponía dar tiempo a que llegaran los perrillos más jóvenes. Era preciso obrar rápidamente y retirarse. Así se acostumbró a no dar señales por las que pudiera averiguarse su intención. Arremetía de pronto, mordía y sajaba en un instante, sin previo aviso, y evitaba con ello que sus contendientes pudieran prepararse para el ataque. Así, el daño resultaba más rápido y mayor; la sorpresa era un arma cuyo valor aprendió él a apreciar. El perro que era cogido por descuido cuando no había tenido aún tiempo de ponerse en guardia, y al cual le rajaban un hombro o le desgarraban una oreja hasta convertírsela en colgantes tiras de piel, podía darse por medio vencido ya.

Además, era muy fácil derribarlo en tales circunstancias, y, conseguido esto, invariablemente quedaba a la vista la parte blanda que está debajo del cuello..., y ese era precisamente el punto vulnerable que había que herir para quitarle la vida.

Colmillo Blanco lo conocía perfectamente. Era un conocimiento especial que le había sido transmitido como legado de generaciones de lobos cazadores. El método empleado cuando tomaba la ofensiva era: primero, coger a solas a un perro; segundo, atacarlo por sorpresa, derribándolo, y tercero, clavarle los dientes, procurando hundirlos hasta el gaznate.

No estando aún suficientemente desarrollado, no tenían sus quijadas todo el tamaño y la fuerza necesarios para que el ataque fuera mortal; pero eran varios los perros que iban ya por el campamento con el cuello lleno de heridas, como recuerdo de la mala intención de *Colmillo Blanco. Y* un día, cogiendo a solas a uno de sus enemigos a la entrada del bosque, logró, a fuerza de repetir el ataque, cortarle la gran vena que buscaba y dejarlo sin vida. El escándalo que se produjo al llegar la noche fue enorme. Alguien lo había visto; la

noticia llegó a oídos del dueño del perro, las mujeres sacaron a relucir entonces las mil veces en que el lobato les había robado pedazos de carne, y Castor Gris se vio asediado por numerosos y airados gritos de venganza. Pero él se encerró en su choza, junto con el culpable, y no solo negó a todos la entrada, sino también el poner en práctica la venganza que pedían.

Colmillo Blanco llegó a ser odiado tanto por los hombres como por los perros. Durante este período de su desarrollo no gozó ni un momento de tranquila seguridad. Los de su raza lo recibían con gruñidos; sus dioses, con juramentos y pedradas. Vivía en tensión continua, siempre alerta, dispuesto al ataque o a la defensa, ojo avizor contra cualquier objeto que inesperadamente pudieran lanzarle con intención de herirlo, y preparado para obrar según las circunstancias, precipitadamente o con toda frialdad, saltando como un rayo para clavar los dientes o apartándose de un brinco y gruñendo amenazadoramente.

En cuanto a esto último, sabía hacerlo de un modo terrible, mucho mejor que cualquier perro, joven o viejo, de cuantos había en el campamento. El objeto de todo gruñido es prevenir o asustar, y requiere cierto discernimiento el saber cuándo debe usarse. *Colmillo Blanco* poseía este don. En cada uno de sus gruñidos él ponía cuanto sabía imaginar de malvado y terrorífico. Con la nariz arrugada por espasmódicas contracciones continuas, el pelaje erizado en ondas periódicas, sacando y escondiendo rápidamente la lengua, que parecía una serpiente roja, las orejas gachas, los ojos relampagueantes de ira, los belfos* contraídos, y descubiertos los babeantes colmillos, era capaz de hacer retroceder a cualquiera que pensara en atacarle. Y esta pausa momentánea dejaba a su adversario desprevenido, y le daba a él tiempo, en tan decisivo momento, para determinar lo que debía hacer. Pero, con frecuencia, aquella pausa, obtenida de aquel modo, se prolongaba hasta dar por resultado que el otro renunciara al ataque por completo. Y ante más de uno de los perros viejos del campamento, *Colmillo Blanco* pudo emprender, gracias a esa táctica, una honrosa retirada.

Desterrado del grupo que formaban los perros más jóvenes, sus sanguinarios procedimientos y sus facultades para la lucha hicieron pagar cara a toda la manada su persecución. Ya que no le permitían mezclarse con los otros, él arregló las cosas de tal manera que tampoco los demás eran dueños de ir solos como él, sino que debían estar siempre juntos. *Colmillo Blanco* no les hubiera permitido lo contrario. Con su táctica de preparar emboscadas y esperar el momento más oportuno para el ataque, también ellos temían encontrarse a solas con él. Excepción hecha de *Lip-Lip,* los demás cachorros no tenían más remedio que agruparse para su mutua protección contra el terrible enemigo que se habían creado. Cualquier perrillo que se aventuraba a alejarse solo por la orilla del río, perdía con seguridad la vida o regresaba al campamento alborotándolo todo con sus gritos de dolor y de espanto al huir de la celada* que le había preparado el lobato.

Pero las represalias de *Colmillo Blanco* no cesaron ni cuando los cachorros comprendieron que no tenían más remedio que ir siempre juntos. Él los atacaba cuando los cogía a solas, y ellos iniciaban la lucha cuando estaban agrupados. En cuanto lo veían, arremetían contra él, y en tales ocasiones su ligereza solía ponerlo a salvo. Pero ¡desdichado el perro que se apartaba demasiado de sus compañeros enardecido por la persecución! *Colmillo Blanco* sabía volverse de repente contra el perseguidor y acabar con él antes de que los demás pudieran acudir en su auxilio. Esto ocurría con frecuencia; porque con el fragor de la lucha, ellos perdían fácilmente la cabeza, mien-

tras *Colmillo Blanco* conservaba siempre la serenidad. Mirando hacia atrás sin dejar de correr, sabía aprovechar el momento oportuno para arrojarse contra el que se había adelantado más de lo prudente.

Los cachorros sienten siempre necesidad de jugar, y acabaron por convertir en juego aquella obligada situación. La caza de *Colmillo Blanco* llegó a ser su diversión favorita. Era un juego muy serio y llegaba a ser mortal en muchos casos. El lobato, por otra parte, fiándose de la superior ligereza de sus pies, no sentía el menor miedo de aventurarse por lugares lejanos. Durante todo el tiempo en que estuvo esperando en vano que su madre regresara, condujo, pues, muchas veces a los perros que le perseguían a través de los bosques cercanos. Pero, invariablemente, los perseguidores acababan por perder su rastro. Su alboroto continuo le indicaba siempre dónde se hallaban sus enemigos, mientras que el lobezno corría tan solitario como silenciosamente, como si fuera una sombra que se deslizaba entre los árboles, del mismo modo que antes que él lo hicieron sus padres. Además, conocía mejor que ellos la selva y todos los secretos y estratagemas de la vida salvaje. Una de las que le gustaban más era hacer que su rastro se perdiera donde hubiese agua corriente, y mientras los otros armaban un griterío infernal al verse burlados, él estaba echado muy quieto, entre algún matorral.

Odiado por los de su raza y por los hombres, indómito, en guerra permanente, declarada por él o por los otros, su desarrollo fue tan rápido como incompleto, parcial. Aquel suelo no era propicio para que en él florecieran la amabilidad y el cariño. De ambas cosas no adquirió ni la más ligera noción. El código que había aprendido no consistía más que en obedecer al fuerte y oprimir al débil. *Castor Gris* era un dios, y un dios fortísimo. Por eso *Colmillo Blanco* le obedecía. Pero cualquier perro más joven o de menor tamaño que él era débil, y por tanto debía ser destruido. Todo su desarrollo se inclinaba hacia el lado donde residía la fuerza. Para hacer frente al constante peligro de daño o de muerte, sus instintos de rapacidad y de propia conservación habían adquirido en él un predominio excesivo, indebido. Se hizo más vivo y rápido en sus movimientos que los perros que lo rodeaban; más veloz en la carrera; más astuto, más destructivo y flexible que ellos; más flaco, pero con más músculos y tendones de hierro que le prestaban mayor resistencia; más cruel, feroz e inteligente. Se vio obligado a adquirir todas esas cualidades, porque, de no ser así, no hubiera podido vivir en aquel medio hostil.

IV

El rastro de los dioses

Allá por el otoño, cuando los días se iban ya acortando y el frío de la helada invadía el aire, *Colmillo Blanco* halló ocasión oportuna para lograr su libertad. Durante muchos días reinó gran agitación en la aldea ambulante. Se levantó el campamento veraniego, y la tribu, con todos sus equipajes, se preparó para emprender sus cacerías otoñales. *Colmillo Blanco* estuvo observándolo todo con ansiosos ojos, y cuando las chozas fueron desmontadas por los indios y se cargaron las canoas en la orilla, comprendió lo que ocurría. Las embarcaciones se iban, y algunas habían desaparecido ya, río abajo.

Decidió quedarse rezagado con toda intención. Esperó la ocasión oportuna para escaparse del campamento y perderse entre los bosques. Se dirigió hacia el lugar donde el agua de la corriente empezaba a helarse y cuidó de que allí desapareciera su propio rastro para que no se pudiera seguir. Luego se arrastró y se quedó esperando. Transcurrió el tiempo y, con algunas intermitencias, pasó dormido horas enteras. Después lo despertó la voz de Castor Gris, que lo iba llamando por su nombre. Se oían otras voces también.

Distinguió claramente la de la mujer del indio y la de Mit-sah, su hijo.

Colmillo Blanco tembló de miedo, y aunque su primer impulso fue salir de su escondrijo, lo resistió y se quedó quieto. Al cabo de un rato, las voces se alejaron hasta dejar de oírse. Esperó algún tiempo más y salió, al fin, para disfrutar de la alegría del triunfo. Iba oscureciendo, y durante unos momentos se limitó a juguetear entre los árboles, gozaba de su recobrada libertad. Luego, de pronto, se percató de la impresión de soledad que le invadía. Entonces se puso a pensar, escuchando aquel silencio del bosque y perturbado por él. El que no se moviera nada absolutamente ni se produjera el menor ruido tenía algo de amenazador. Sintió que le acechaba algún daño invisible y no sabía de dónde procedía. Miraba con recelo los bultos de los árboles que se asomaban allá lejos y sus oscuras sombras, bajo las cuales podía ocultarse toda clase de asechanzas.

Hacía frío. Allí no había, como en la choza, un rincón caliente en el cual acurrucarse para dormir. Sentía la helada bajo sus pies y tenía que levantar alternativamente los delanteros, pues los tenía ateridos. Echó hacia ellos la poblada cola para cubrirlos, y en el mismo momento tuvo una visión repentina. No era extraño: llevaba impresa en la retina toda una serie de recuerdos que constituían otros tantos cuadros. Volvió a ver el campamento, las chozas y el resplandor de la lumbre. Oyó las chillonas voces de las mujeres, las profundas y severas de los hombres y el gruñir de los perros. Tenía hambre y se acordó también de los trozos de carne o de pescado que solían arrojarle. Allí no había nada de eso, nada más que el amenazador silencio, que no alimenta.

Su temporada de cautiverio, al quitarle responsabilidades, le había robado dureza y fuerza. Ya no se acordaba de cómo debía ingeniárselas para satisfacer sus necesidades. En torno suyo bostezaba la noche. Acostumbrados sus sentidos al movimiento y bullicio del campamento, a la continua impresión de ruidos y cambiantes aspectos, no encontraba ahora nada en que emplear su actividad. No había allí nada que hacer, nada que ver u oír, aunque se esforzaba en descubrir algún momento de interrupción en el silencio e inmovilidad de la naturaleza. Su propia inacción lo asustaba tanto como el presentimiento de que algo terrible iba a ocurrir.

El lobato sintió un estremecimiento de espanto. Algo colosal e informe avanzaba por el radio que su vista podía abarcar. Era la sombra de un árbol, proyectada hacia él por la luna, que acababa de aparecer, limpia de nubes.

Tranquilizado, gimoteó débilmente, pero pronto guardó silencio por temor de que sus lamentos pudieran atraer los males que temía.

Al contraerse la madera de un árbol por el frío de la noche, produjo un fuerte chasquido. De él se apoderó el pánico, y echó a correr como un loco hacia el campamento. En él prevaleció el deseo de protección y de humana compañía. Su olfato sentía aún el olor de humo de las chozas; en su oído resonaban con fuerza los ruidos y

los gritos de la improvisada aldea. Salió del bosque y penetró en la tierra despejada, en el abierto campo alumbrado por la luna, donde no había sombras ni oscuridad. Pero no vio ya el campamento. Se le había olvidado que la aldea acababa de desaparecer.

Su alocada carrera cesó de repente. Ya no tenía ninguna meta. Vagó, pues, perdido por el abandonado lugar, olfateando los montones de basura y los trozos de ropa de desecho que habían dejado los dioses. Incluso añoró las piedras que las mujeres enfurecidas tiraban contra él. Deseó que Castor Gris volviera a pegarlo, y hasta los ataques de *Lip-Lip* y de toda su manada le habrían sabido a gloria en aquel momento.

Llegó al sitio donde había estado la choza de su amo y se sentó sobre sus patas traseras en el centro del espacio que antes ocupaba. Apuntó el hocico hacia la luna. Apretado el gaznate por contracciones espasmódicas, abrió las fauces y, con un grito lleno de desolación, expresó entrecortadamente su soledad y su temor, su pena por no tener a *Kiche,* todos sus dolores y desdichas del pasado, al propio tiempo que los sufrimientos que presentía para el futuro. Era el prolongado aullido del lobo, un grito lúgubre lanzado a plena voz, el primer aullido que emitía en su vida.

La luz del nuevo día disipó sus terrores, pero aumentó aún más su impresión de soledad. La desnudez de la tierra, que tan poblada había visto antes, se la hizo sentir con redoblada energía. No tardó mucho en tomar la resolución. Hundiéndose en la espesura del bosque, siguió, río abajo, por la orilla del mismo. Corrió durante todo el día. No se detuvo para descansar. Parecía que iba a correr eternamente, como si para su férreo cuerpo no existiera la fatiga. Y cuando al fin le llegó, aquel poder de resistencia que era en él heredado lo sostuvo en su obstinado esfuerzo, permitiéndole seguir adelante.

Donde el río se precipitaba entre escarpadas pendientes, sorteaba la dificultad desviándose hacia los montes. Todos los ríos, afluentes o riachuelos que desembocaban en la corriente principal los pasó a nado o los vadeó. Con frecuencia se encontró metido en el hielo que empezaba a formarse en los bordes, y más de una vez vio en peligro su vida entre los témpanos que arrastraba la corriente. Pero continuó buscando el rastro de los dioses, con el fin de hallar el sitio en que estos se separaban del río para internarse en la tierra.

Colmillo Blanco era más inteligente que la mayoría de los de su raza; pero su clarividencia no llegaba a abarcar todo el conjunto de la otra orilla del río Mackenzie. ¿Y si era allí precisamente donde debía buscar el rastro que le preocupaba? Esta idea no acudió nunca a su cerebro. Quizá más tarde, con mayor práctica de esas correrías, con más experiencia y años, se le hubiera ocurrido tal cosa. Pero como su inteligencia no estaba desarrollada aún lo suficiente, se contentó con recorrer a ciegas la misma orilla del Mackenzie en que se hallaba.

Corrió toda la noche, tropezando en la oscuridad con toda clase de obstáculos, que retardaban su marcha pero no lo detenían; y del mismo modo siguió más y más. Al llegar a la mitad del segundo día, había pasado treinta horas corriendo, y por muy férreos que fueran sus músculos, cedían ya a la fatiga. Solo el poder de resistencia de su cerebro lo sostenía, impulsándolo hacia delante Cuarenta horas se había pasado sin comer, y el hambre aumentaba su debilidad. Las repetidas zambullidas en el agua helada habían producido también su efecto. Su hermosa piel estaba enlodada, y sus

patas, llenas de heridas que sangraban. Corría a saltos, y a ese modo de avanzar tenía que recurrir cada vez más, a medida que las horas pasaban. Para colmo de males, el cielo se había oscurecido mucho y comenzó a nevar: caían unos copos incipientes, húmedos, que se derretían enseguida; pero se pegaban al cuerpo y dejaban la tierra viscosa, resbaladiza, y le privaban además de ver dónde pisaba y cubrían las desigualdades del terreno, lo que acrecentaba la dificultad de la marcha, haciéndola todavía más dolorosa.

Castor Gris había pensado acampar aquella noche en la orilla opuesta del río Mackenzie, porque allí era donde se hallaba el cazadero. Pero poco antes de oscurecer, Kloo-kooch, que era la mujer de Castor Gris, descubrió un alce*, que iba a beber al río. Ahora bien: si el alce no hubiera ido a beber, si Mit-sah no hubiese torcido el rumbo de la embarcación por culpa de la nieve, si Kloo-kooch no hubiera visto el alce y si Castor Gris no lo hubiese matado de un certero disparo de su rifle, muy distinto habría sido el desarrollo de los acontecimientos. Castor Gris no hubiera acampado en aquella orilla del río Mackenzie, y *Colmillo Blanco* habría pasado de largo por allí para ir a morir o a encontrarse con sus hermanos de la vida salvaje y ser lo que eran ellos: un lobo más hasta el fin de su vida.

La noche había cerrado. La nevada era espesa, y *Colmillo Blanco,* gimiendo entre dientes al tropezar con algo, encontró su rastro reciente sobre la nieve. Tan reciente era, en efecto, que lo reconoció inmediatamente con facilidad. Lloriqueando ansioso, fue a buscar su origen, desde la orilla del río hasta meterse entre los árboles. Los ruidos del nuevo campamento que había sido levantado llegaron a su oído. Vio el resplandor de la lumbre, a Kloo-kooch cocinando y a Castor Gris en cuclillas y mascando un pedazo de grasa cruda. ¡Había, pues, carne fresca en el campamento!

Colmillo Blanco esperaba recibir una paliza. Solo de pensarlo se agachó con los pelos erizados. Pero se adelantó después. Temía los golpes que le darían, pero sabía también que disfrutaría del calorcillo de la lumbre, de la protección de los dioses, de la compañía de los perros..., una compañía de enemigos, es verdad, pero compañía al fin, que satisfacía una necesidad de sus instintos rebañegos.

Se acercó al fuego a rastras, muy humilde y zalamero. Castor Gris lo vio y dejó de mascar. *Colmillo Blanco* volvió a arrastrarse muy lentamente, redobló sus zalamerías y acabó de hundirse más en la bajeza, en el envilecimiento de aquella sumisión. Fue en línea recta hacia Castor Gris, cada vez más despacio y apenado. Al fin se echó a los pies de su amo, en cuya posesión volvía a estar, rendido voluntariamente, entregado en cuerpo y alma, por decirlo así. Por propia elección se acercaba al amor de la lumbre, al hombre, para ser gobernado por él. *Colmillo Blanco* temblaba esperando el castigo. La mano del dueño se movía sobre él, e involuntariamente encogió el cuerpo ante la inminencia del vapuleo. Pero la mano cayó sobre él mismo. La miró a hurtadillas y vio con sorpresa que Castor Gris partía en dos el pedazo de grasa. ¡Su amo le ofrecía la mitad! Con cuidado y algo de recelo olió lo que le daban y luego se lo comió. Castor Gris mandó que le trajeran carne y estuvo vigilando para que los perros no se la quitaran. Después, el lobato, agradecido y contento, se echó a los pies de su amo, contemplando la lumbre que lo calentaba, parpadeando a ratos o dormitando, con la seguridad de que el día no lo encontraría perdido y abandonado a la intemperie, entre los bosques, sino en el campamento de los hombres, junto a aquellos dioses a los cuales se había entregado y de quienes ahora dependía.

V

El pacto

Muy avanzado ya el mes de diciembre, Castor Gris emprendió una excursión hacia la parte alta del río Mackenzie. Con él fueron Mit-sah y Kloo-kooch. Conducía un trineo arrastrado por perros, unos adiestrados por el propio indio y otros que le habían prestado. Un segundo trineo, bastante menor, lo dirigía Mit-sah, y a él iba enganchado un tiro formado por cachorros. Parecía, mas que otra cosa, un juguete; pero era la delicia de Mit-sah, que al verse en posesión del vehículo, se veía ya un hombre hecho y derecho, que como tal empezaba a trabajar en el mundo. Además, se iniciaba en el arte de dirigir y adiestrar perros para aquel uso, al propio tiempo que también aprendían los cachorros; y el trineo resultaba útil, puesto que llevaba cerca de cien kilos de peso entre equipo y víveres.

Colmillo Blanco había visto ya a los perros del campamento tirando del trineo, por lo cual sufrió con paciencia que también a él lo enganchasen como a los demás. Le ciñeron un collar relleno de musgo, al cual iban sujetos dos tirantes que se unían a una correa destinada a pasársela por el pecho y los lomos. A esta correa iba atada la larga cuerda por medio de la cual tiraba del trineo.

Siete cachorros formaban parte del tiro y, salvo él, que tenía ocho meses, todos contaban nueve o diez meses de edad. Cada perro iba atado al trineo por una sola cuerda y no había dos de ellas que tuvieran igual longitud, siendo la diferencia entre unas y otras equivalente a la longitud del cuerpo de un perro. Cada cuerda iba a parar a una anilla colocada en la parte anterior del trineo. Este carecía de cuchillas o patines, pues no era más que una especie de narria pequeña para ser arrastrada. Estaba hecho de corteza de abedul, con la parte delantera retorcida hacia arriba para que no pudiese hundirse bajo la nieve y encallarse. Tal construcción permitía que la carga del trineo reposara sobre la mayor superficie de nieve posible, lo que era necesario por estar esta como cristal pulverizado y muy blanda. Siguiendo el mismo principio de amplia distribución del peso, los perros que se hallaban a los extremos de las cuerdas formaban un abanico desde el frente del trineo, de modo que pisaba sobre las huellas de los que le precedían. Esa disposición en forma de abanico servía también para algo más. Las cuerdas de diferentes longitudes evitaban que los perros atacaran por detrás a los que corrían delante de ellos. Para que el ataque fuera posible, el perro tendría que volverse y dirigirse hacia alguno que tuviera la cuerda más corta que él, en cuyo caso se encontraría de cara con el atacado, y también con el látigo del conductor del trineo. Pero la mejor cualidad de este género de disposición consistía en el hecho de que el perro que se empeñaba en lanzarse contra otro que tenía delante se veía obligado a tirar con más fuerza del vehículo, y con cuanta mayor velocidad se moviera este, más rápidamente podía escapar a la arremetida el perro perseguido. Así resultaba que el que iba detrás no podía hacer presa en el que le precedía. Cuanto más corría él, más corría el otro y todos sus compañeros. Incidentalmente se aceleraba la marcha del trineo, y por este astuto medio indirecto aumentaba el hombre su dominio sobre las bestias.

Mit-sah se parecía a su padre, de cuya experta discreción había heredado una buena parte. Había observado desde tiempo atrás que *Lip-Lip* perseguía siempre a *Colmillo Blanco,* pero entonces *Lip-Lip* tenía otro dueño, y Mit-sah no se había atrevido nunca más que a tirarle alguna piedra, recatándose para no ser visto. Ahora, el perro era suyo, y resolvió vengarse de él poniéndole al extremo de la cuerda más larga. Esto lo convirtió en guión de todos los demás del tiro, y aparentemente resultaba un honor; pero en realidad lo privó de todo honor posible, pues en vez de ser el bravucón y el amo de toda la jauría, se vio odiado y perseguido por ella en masa.

Precisamente por correr atado al cabo de la cuerda más larga, los perros lo veían siempre huyendo de ellos. Todo lo que de él alcanzaban a ver era su poblada cola y sus patas posteriores que parecían volar, aspecto mucho menos feroz y temible que el de su pelaje erizado y sus relucientes colmillos. Además, la caprichosa mentalidad de los perros hizo que verlo corriendo siempre, como escapando, engendrara en ellos el deseo de perseguirlo.

Desde el momento en que arrancó el trineo, el tiro entero se lanzó en pos de *Lip-Lip* en una especie de caza que duró todo el día. Al principio, este se sintió inclinado a volverse contra sus perseguidores, celoso de su dignidad ofendida y enfurecido. Pero cada vez que lo intentaba, Mit-sah le lanzaba en plena cara un doloroso trallazo* con una fusta hecha de intestino de caribú* que medía unos nueve metros de longitud, con lo cual no tenía mas remedio que dar media vuelta y seguir corriendo. *Lip-Lip* se hubiera atrevido a hacer frente a todos los cachorros; pero contra aquel látigo no se atrevía, y lo único que le quedaba era mantener tirante su larga cuerda y libre su cuerpo de los dientes de sus compañeros.

El cerebro del muchacho indio aún tenía otra treta preparada. Para acabar con aquella persecución que se hacía interminable, Mit-sah lo distinguió ante los demás para que sintieran celos y creciera su odio. Le dio carne a él solo, que no permitió que ningún otro la tocara. Bastó esto para ponerlos furiosos. Se amotinaron con rabia alrededor del favorecido; pero a prudente distancia del látigo, mientras *Lip-Lip* devoraba la carne bajo la protección de Mit-sah. Y cuando ya no quedaba más comida, el muchacho hizo ver que sí, aunque la reservaba toda para *Lip-Lip* mientras a los demás los mantenía a distancia.

Colmillo Blanco se había adaptado de buena gana al trabajo. En la voluntaria entrega que de sí mismo hizo a los dioses, había tenido que recorrer mayores distancias que los perros y aprender a fondo lo inútil que era oponerse a la voluntad de sus dueños. Además, la persecución de que toda la manada lo había hecho objeto logró que esta representara para él muy poco; los hombres, en cambio, significaban mucho más. No estaba acostumbrado a buscar compañía entre los de su raza. Por otra parte, a *Kiche* casi la había olvidado ya, y la única expresión de su sentir que le quedaba era aquella fidelidad que se había impuesto hacia los dioses que aceptó como dueños. Trabajaba, pues, todo lo posible; aprendía a ser disciplinado y se mostraba obediente. Era fiel y servicial, rasgos esenciales que caracterizan al lobo y al perro salvaje cuando han sido domesticados, y que él poseía en alto grado.

Sus compañeros no le servían a *Colmillo Blanco* más que para estar en continua guerra y enemistad con ellos; no para jugar, cosa que no había aprendido. Solo sabía luchar, y eso es lo que había hecho, devolver centuplicados los mordiscos recibidos cuando *Lip-Lip*

dirigía a todos sus enemigos. Pero este ya no era su guía..., excepto cuando iba delante de ellos en el trineo, que venía detrás dando tumbos. En el campamento, *Lip-Lip* no se movía del lado de Mit-sah, de Castor Gris o de Kloo-kooch. No se atrevía a apartarse de los dioses, porque ahora era él a quien mordían los otros perros, teniendo que sufrir aún mayor persecución que la que antes iba dirigida contra el lobato.

Con la derrota de *Lip-Lip, Colmillo Blanco* hubiera podido convertirse en jefe y guía de los demás. Pero ni su carácter malhumorado ni su afición a la soledad lo predisponían a ello. Lo único para lo que servía era para morder a los perros. Lo demás no existía para él. En cuanto lo veían llegar, se apartaban, y ni los más osados se hubieran atrevido a robarle un pedazo de carne que le perteneciera. Al contrario, devoraban precipitadamente sus propias raciones por miedo a que él se las quitara. *Colmillo Blanco* se había aprendido perfectamente aquella ley cuya esencia consistía en oprimir al débil y obedecer al fuerte. Comía lo suyo a toda prisa, y después, ¡desdichado el perro al cual le quedara aún algo de lo que le correspondía! Con un gruñido y unas cuantas dentelladas lo quitaba de en medio. El robado podía ir a contar su indignación a las estrellas mientras el lobato daba cuenta en su lugar de los restos de la ración de carne.

Con frecuencia, sin embargo, uno a uno de los perros se rebelaba. Así, *Colmillo Blanco* ejercitaba continuamente sus aptitudes para la lucha. Celoso de sostener el relativo aislamiento en que vivía, peleó muchas veces para mantenerlo. Pero estas luchas eran de corta duración. Su agilidad superaba a la de sus contrarios, y antes de que se percataran de lo que ocurría, estaban ya tan heridos, que su derrota resultaba patente sin que hubieran empezado a pelear de verdad.

Tan rígida como la disciplina que observaban los dioses en lo relativo al servicio del trineo era la que mantenía *Colmillo Blanco* respecto a sus compañeros. Nunca se mostró tolerante con ellos, al contrario: los obligaba a un respeto que no admitía soluciones de continuidad. Entre ellos podían hacer lo que quisieran. No intervenía para nada. Pero lo que sí le importaba mucho es que le dejaran solo, que no se metieran con él, que le dejaran libre el paso cuando a él se le antojaba acercarse, y que en todo tiempo y ocasión reconocieran el dominio que sobre ellos ejercía. Bastaba que los viera más tiesos que de costumbre en ademán de reto; que encogieran un labio mostrando los dientes o que se les erizara el pelo, para que él se les echara encima y, del modo más cruel, despiadado y rápido, tratara de convencerlos de que no era así como debían proceder.

Se había convertido en un monstruo tirano. Su poder de dominación era tan inflexible como el acero. Oprimía al débil con verdadero espíritu de venganza. No en vano se había visto obligado a luchar continuamente por la conservación de la existencia desde cachorro, en aquellos tiempos en que su madre y él solos, sin ayuda ajena, se hacían respetar en el medio feroz de la vida salvaje. Y no en vano tampoco había aprendido a proceder con cautela cuando se encontraba con otra fuerza superior a la suya. Si oprimía al débil, respetaba al fuerte. Y durante la larga excursión al lado de Castor Gris, andaba suave y mansamente entre los perros mayores que él de los campamentos con que a veces se encontraban.

Pasaron los meses y el viaje de Castor Gris continuaba. *Colmillo Blanco* había desarrollado su fuerza gracias al mucho andar y a la pesada labor de tirar del trineo.

Seguramente también su inteligencia se había desarrollado al máximo. Conocía ya de modo bastante completo el mundo en que vivía; pero lo miraba con un criterio bien negro y materialista. La parte que él vio del mundo era feroz y brutal, toda frialdad; un mundo, en fin, en que las caricias, los afectos y las demás dulces alegrías de la vida no existían.

No sentía el menor cariño por Castor Gris. Cierto que era un dios; pero un dios extremadamente salvaje. *Colmillo Blanco* se complacía en reconocerlo como a su dueño; pero esa soberanía se fundaba en la superioridad de inteligencia y en la fuerza bruta. Había algo en el fondo del lobato que lo impulsaba a desearla, porque, de no ser así, no hubiera regresado del bosque para prestarle obediencia. En su naturaleza existían profundidades a las que nunca había llegado nadie. Tal vez una palabra amable, una caricia de su amo, hubieran alcanzado a sondearlas; pero Castor Gris no acariciaba, no sabía dirigir oportunamente una palabra cariñosa. Su primacía era la de un hombre salvaje, y salvajemente gobernaba, administrando justicia garrote en mano, castigando las faltas con el dolor que producían los golpes, y dejar de darlos era el único premio que otorgaba al mérito, no la dádiva de su amabilidad.

Así, *Colmillo Blanco* ignoraba que la mano de un hombre podía encerrar para él todo un mundo de delicias. Por otra parte, no le gustaban las manos humanas. Las miraba con recelo. Cierto que a veces servían para dar carne; pero con mucha frecuencia se usaban para causar daño. Las manos eran cosas de las cuales debía uno mantenerse a distancia. Arrojaban piedras, empuñaban palos, trancas enormes y látigos; daban bofetadas y zurraban de lo lindo, y cuando le tocaban a él, procuraban que le doliera el contacto de diferentes formas. Al pasar por aldeas forasteras, había aprendido también que las manos de los niños eran crueles cuando se trataba de causar daño. Una vez, uno de esos mocosos indios casi le salta un ojo. La consecuencia fue que miraba aún con más recelo a los niños que a los hombres. No podía sufrirlos. En cuanto los veía venir, se marchaba.

En una de esas aldeas situada junto al lago de los Esclavos, tanto le irritó la maldad humana, que llegó a faltar a la ley que le había enseñado Castor Gris: es decir, que cometió el imperdonable crimen de morder a uno de los dioses. Según la costumbre de todos los perros en todas las aldeas, *Colmillo Blanco* iba buscando algo para comer. Un muchacho estaba partiendo a hachazos carne de alce helada y algunos trozos, delgados como astillas, caían esparcidos sobre la nieve. *Colmillo Blanco,* que iba precisamente merodeando en busca de carne, se paró y comenzó a comer algunos de aquellos trozos. Observó entonces que el muchacho dejaba en el suelo el hacha y empuñaba una enorme tranca. *Colmillo Blanco* dio un salto en el preciso momento en que el trancazo iba a caer sobre él. El muchacho emprendió entonces la persecución, y él, como novato en la aldea, huyó pasando entre dos chozas, para encontrarse de pronto acorralado contra un alto ribazo.

No había modo de huir. La única salida se hallaba entre las dos chozas, y la interceptaba el muchacho. Tranca en mano y dispuesto a pegarlo, avanzó sobre su acorralada presa. *Colmillo Blanco* estaba furioso. Hizo frente al rapaz, gruñendo y erizando los pelos, indignado ante aquella injusticia. Sabía perfectamente que, según la costumbre, que para él era la ley, las sobras de carne que no se aprovechaban, como aquellos diminutos trozos helados, eran del perro que las encontrase. No había hecho

nada malo, no había infringido ninguna ley, y, sin embargo, aquel muchacho se preparaba para darle una paliza. *Colmillo Blanco* no se dio cuenta casi de lo que hizo. Fue cosa de un momento en que un rabioso impulso lo cegó. Y tan rápidamente se convirtió en acción que tampoco el muchacho pudo percatarse del peligro. De lo único que se enteró fue de que, sin saber cómo, caía tendido sobre la nieve, y de que la mano con que sostenía el garrote la tenía ahora rajada profundamente por los colmillos de la que creyó su víctima.

Pero *Colmillo Blanco* comprendió perfectamente que acababa de infringir la ley dictada por los hombres. Había hundido los dientes en la sagrada carne de uno de ellos y no podía esperar ya otra cosa que un castigo terrible. Huyó en busca de Castor Gris, agachándose detrás de este, en demanda de protección, cuando vio que llegaban el herido y su familia pidiendo venganza. Pero tuvieron que volverse sin haberla obtenido. Castor Gris defendió a *Colmillo Blanco,* y lo mismo hicieron Mit-sah y Kloo-kooch. El lobato, atento al vocerío que se armó y a los descompuestos ademanes que lo acompañaban, comprendió que lo que había hecho quedaba justificado.

Y así llegó a entender que era preciso distinguir entre las diferentes clases de dioses. Había unos que eran los suyos y otros que eran muy distintos. Lo mismo daba, en rigor, justicia que injusticia: el hecho era que debía aceptarlo todo mientras viniera de las manos de sus propios dioses. Pero a lo que no estaba obligado era a aceptar la injusticia de los otros. Tenía derecho a oponerse a ella a dentelladas. Y esta era también una de las leyes que tenían los hombres. Y aquel mismo día pudo ahondar aún más en el conocimiento de esa ley. Yendo solo por el bosque, en busca de leña seca para la lumbre, Mit-sah se encontró con el muchacho a quien el lobato había mordido. Iban con él algunos jóvenes más. Discutieron, y enseguida todo el grupo se le echó a Mit-sah encima. La situación de este resultaba difícil. Los golpes le llovían de todos lados. *Colmillo Blanco* se contentó, al principio, con mirar la escena. Aquello era cuestión de los dioses y debían ventilarlo entre sí, la cosa no iba con él. Luego pensó que Mit-sah era uno de sus dioses y que lo estaban maltratando. Por mero impulso, sin razonar bien lo que hacía, se arrojó como una furia sobre los combatientes. Cinco segundos después, por todas partes salían los muchachos a escape huyendo de la refriega, y muchos de ellos dejaban sobre la nieve un reguero de sangre que demostraba la eficacia con que *Colmillo Blanco* había puesto en juego los dientes. Cuando Mitsah contó luego en el campamento lo ocurrido, Castor Gris dio orden de que le sirvieran al lobato una ración de carne. Mandó que fuera muy abundante, y así *Colmillo Blanco,* ahíto y soñoliento, echado al amor de la lumbre, comprendió que había cumplido con la ley en todas sus partes.

Paralelamente a estas lecciones prácticas, recibió otras que le enseñaron la ley de propiedad y su deber de defenderla. De la protección del cuerpo de aquellos dioses suyos a la de lo que ellos poseían no había más que un paso. Lo que pertenecía a sus dioses debía ser defendido contra todo el mundo, aunque para ello hubiera que atacar a dentelladas a los otros dioses. No solo era esto un acto sacrílego por naturaleza, sino que además estaba lleno de peligros. Los dioses poseían un poder infinito, y él, como simple perro que había pasado ya a ser, no estaba a su altura; a pesar de lo cual, *Colmillo Blanco* aprendió a hacerles frente como un audaz luchador que no conoce el miedo. El deber se impuso en él a todo, y los ladrones, por más dioses que fueran, tuvieron que respetar la propiedad de Castor Gris.

Colmillo Blanco aprendió una cosa pronto: que el dios ladrón era generalmente cobarde y huía fácilmente de los ruidos alarmantes. También observó que, en cuanto él daba la señal de alarma, Castor Gris se presentaba en su ayuda. No tardó en comprender que el ladrón no huía precisamente de él, sino de su amo. La señal de alarma que daba no consistía en ladrar, porque no ladraba nunca. Iba directamente hacia el intruso y clavaba en él los dientes en cuanto podía. Precisamente por su carácter huraño y solitario, pues se apartaba de los otros perros, era poco apto como guardián de la propiedad de su amo, y este tenía que alentarlo y educarlo constantemente. El resultado fue que llegó a ser más feroz y más solitario que nunca.

Pasaron los meses, y el lazo que unía al hombre y al perro lobo fue haciéndose cada vez más estrecho. En rigor, era el antiguo pacto que el primer lobo salvaje estableció con el hombre al someterse.

Y como todos sus antecesores, *Colmillo Blanco* hizo que el pacto resultara a favor suyo. Los términos de aquella especie de contrato eran bien sencillos: a cambio de la posesión de un dios de carne y hueso, él había renunciado a su libertad. Alimento y lumbre, protección y compañía, eran algunas de las cosas que recibía él del dios. A cambio, guardaba lo que era de su propiedad, defendía su cuerpo, trabajaba en beneficio suyo y le obedecía.

La posesión de un dios trae consigo el servicio. El de *Colmillo Blanco* era todo deberes y temor respetuoso, pero no cariño. No sabía lo que era el cariño, pues no había tenido ocasión de experimentarlo. *Kiche* era solo un recuerdo, remoto ya. Por otra parte, al entregarse él a los hombres, no solo había abandonado la vida salvaje y a los de su propia raza, sino que las condiciones del pacto eran tales que si alguna vez volvía a encontrarse con *Kiche,* tampoco abandonaría a su amo, a su dios, para seguirla. Su alianza con el hombre, extrañamente, era superior a todo su amor a la libertad, a la raza y al parentesco.

VI

El hambre

La primavera había llegado ya cuando Castor Gris terminó su largo viaje. En abril, *Colmillo Blanco* cumplió su primer año de vida. Por entonces llegaron a las aldeas que no eran ya forasteras para su amo, y el animal fue desenganchado del trineo por Mit-sah. Aunque faltaba mucho para que alcanzara su máximo desarrollo, *Colmillo Blanco* era el mayor de los cachorros en el nuevo campamento, a excepción de *Lip-Lip,* que lo igualaba. De su padre y de *Kiche* había heredado la talla y la fuerza, y en longitud, poco tenía que envidiar a los perros de edad muy superior a la suya. Lo diferente en él era el grueso, el volumen. Su cuerpo era delgado, largo, de recia fibra. Su pelaje, el de un verdadero lobo gris. Lo que de perro había en él, heredado de su madre, no imprimió ningún sello en su físico, aunque sí dejó huella en su inteligencia.

Vagó a través de la nueva aldea, reconociendo con grave y sosegada satisfacción a los varios dioses que conocía ya antes de su largo viaje. Y luego, estaban los perros, cachorros que crecían como él, y los otros, los mayores en edad, que no le parecían tan corpulentos y formidables como el recuerdo que guardaba de ellos. Tampoco los temía ya

tanto. Andaba entre ellos con cierto desembarazo y descuido, que a él mismo le parecía tan nuevo como agradable y sabroso.

Ahí estaba, por ejemplo, *Baseek,* un perro viejo, grisáceo, que, cuando era más joven, con solo mostrar sus colmillos ahuyentaba ya a *Colmillo Blanco, y* le hacía huir, arrastrándose atemorizado. De él había aprendido a conocer su propia insignificancia; y ahora, por el contrario, iba a cerciorarse, por su conducta, del cambio y del desarrollo que en él se había operado. Mientras *Baseek* se había debilitado con la edad, a *Colmillo Blanco* esta le había dado toda la fuerza de la juventud.

Al despedazar un alce recién muerto, fue cuando *Colmillo Blanco* comprendió que las relaciones entre él y el mundo canino habían sufrido un cambio. Se quedó uno de los cascos acompañado de parte de la tibia, a la cual iba unida una porción de carne bien pequeña. Separado del tumulto que armaban sus compañeros, o mejor dicho, oculto en la espesura que lo ponía a cubierto de sus miradas, devoraba su parte del botín, cuando vio que *Baseek* se precipitaba para quitárselo. Antes de darse clara cuenta de lo que hacía, *Colmillo Blanco* le había dado ya dos dentelladas, poniéndose luego en guardia de un salto. El otro se quedó sorprendido ante tamaña temeridad y lo rápido del ataque. Parado, mirando estúpidamente a *Colmillo Blanco,* dejó que entre ellos dos quedara en el suelo el rojo trozo de carne.

Baseek era viejo y había tenido ya ocasión de ver cómo cada día aumentaban los bríos de algunos perros que él solía despreciar. Eran amargos frutos de la experiencia que no tenía más remedio que tragar, aunque para ello se necesitara una gran dosis de discreción y prudencia. En otro tiempo se hubiera arrojado de un salto sobre su contrincante, haciéndose respetar con vengadora furia; pero ahora sus menguadas energías no le permitían tal cosa. Los pelos se le erizaron de coraje y se contentó con mirar amenazadoramente a *Colmillo Blanco.* Y este, sintiendo renacer en él buena parte del antiguo respetuoso temor, pareció desmayarse y encogerse en sí mismo tanto como antes se había crecido, mientras imaginaba un modo de salir del aprieto, emprendiendo una retirada que no resultara del todo ignominiosa.

Y precisamente fue entonces cuando *Baseek* cometió un gran error. De haberse contentado con mirar con aire amenazador, todo hubiera terminado bien. *Colmillo Blanco,* que estaba ya a punto de dejarle el campo libre, se hubiera retirado, abandonando el botín. Pero el perro viejo no esperó. Considerándose ya victorioso, se adelantó, para apoderarse de la carne. Al bajar descuidadamente la cabeza para olfatearla, también a *Colmillo Blanco* se le erizaron los pelos ligeramente. Incluso entonces, *Baseek* hubiera llegado a tiempo para volver la situación a su anterior estado. Con solo colocarse sobre la carne en actitud dominadora, alta la cabeza y mirando al otro de hito en hito, este habría acabado por marcharse. Pero la carne era fresca y su olorcillo tentaba el olfato de *Baseek,* acuciándolo para que probara un bocado. Así pues, el perro quedó a la espera, en actitud de reto.

Aquello sí que vino a colmar la medida de la paciencia que había demostrado *Colmillo Blanco.* Recientes aún sus meses de predominio sobre la jauría que arrastraba el trineo, le fue imposible conservar la serenidad y contemplar inactivo cómo el otro devoraba la carne, según su costumbre. Con la primera dentellada, la oreja de *Baseek* se abrió de arriba abajo en tiras. El animal se quedó aturdido con lo súbito de la agresión. Pero otras

cosas sumamente graves le ocurrieron entonces con idéntica e inesperada rapidez. Fue arrojado al suelo y mordido en la garganta. Mientras luchaba por enderezarse, su enemigo le hundió dos veces los dientes en el hombro. La rapidez con que todo esto se realizaba era suficiente para desconcertar a la víctima. Intentó arrojarse sobre *Colmillo Blanco,* pero la furiosa dentellada que le lanzó no acertó a darle a él, sino al aire. Un momento después, y al sentirse la nariz desgarrada en dos, *Baseek* retrocedió y abandonó la carne.

La situación había cambiado totalmente, *Colmillo Blanco* vigilaba ahora amenazadoramente la carne, mientras el perro viejo se mantenía a cierta distancia, preparándose para retirar se. No se atrevía a aventurarse en una lucha con un contrario que demostraba la rapidez del rayo, y una vez más, y del modo más amargo que nunca, tuvo que confesarse la debilidad que traen consigo los años. Su esfuerzo por conservar la dignidad fue heroico. Volvió la espalda con toda calma al perro joven y al trozo de carne, como si uno y otro no valieran siquiera la pena de que fijara en ellos su atención, y se alejó majestuosamente, a grandes pasos. Y desdeñando sus heridas, no se paró a lamerlas hasta hallarse fuera del alcance de las miradas del otro.

La victoria aumentó en *Colmillo Blanco* su fe en sí mismo y su orgullo. No andaba ya tan mansamente entre los perros mayores: su actitud no parecía ya tan conciliadora. Y no es que se mostrara pendenciero: lo que exigía era que lo trataran con consideración, que reconocieran su derecho a ir por todos los lados sin que nadie lo molestara ni le siguiera los pasos. Era alguien con quien había que contar: nada más. No iba ya a permitir por más tiempo que se le tratara como si no existiera, que era lo que se hacía con los cachorros y continuaba siendo la suerte a que estaban condenados sus compañeros de trineo, obligados a apartarse de los mayores y cederles el paso y hasta la carne. En cambio, *Colmillo Blanco,* sin amigos, solitario, malhumorado, sin mirar apenas a derecha y a izquierda, temible, con un aspecto que infundía respeto, reconcentrado en sí mismo, era aceptado como un igual, y no sin asombro, entre los mayores que él. Pronto aprendieron a dejarlo solo y tranquilo, sin arriesgarse a manifestar hostilidad ni mostrarle deseos de ser su amigo. Si ellos lo dejaban tranquilo, él les pagaba con la misma moneda..., situación que, tras la experiencia de algunas luchas desagradables, acordaron todos que era la más conveniente.

El mes de junio fue señalado para *Colmillo Blanco* por un acontecimiento. Trotaba silenciosamente, como tenía por costumbre, para examinar una choza nueva que se había levantado hacia el extremo de la aldea mientras él se hallaba ausente, pues había acompañado a los cazadores en la persecución de los alces, cuando se encontró de pronto con *Kiche.* Paró en seco y la miró. La recordaba vagamente; pero la recordaba, eso sí. Y era más de lo que de ella misma podía decirse, pues, al verlo, levantó un labio para gruñir amenazando, como ella sabía hacerlo. Este hecho afianzó los recuerdos de *Colmillo Blanco*. Sus ya olvidados tiempos de cachorro, todo cuanto iba asociado a aquel gruñido a que tan acostumbrado estaba, acudió en tropel a su mente. Antes de que él hubiera conocido a los dioses, fue ella el eje alrededor del cual giraba todo el universo. Las impresiones familiares de aquel tiempo volvieron de golpe a su memoria. Saltó alegre hacia su madre y fue recibido con una dentellada que le rasgó hasta el hueso un lado de la cara. No entendió la razón de aquel ataque. Retrocedió perplejo, desconcertado.

Pero no cabía recriminar a *Kiche* por tal recepción. No era propio de la madre de un lobo recordar a los cachorros que había tenido un año atrás. No se acordaba, por

consiguiente, de *Colmillo Blanco.* Para ella resultaba un forastero, un intruso, y la camada de la que estaba cuidando ahora justificaba de sobra el que se mostrara celosamente enojada contra aquella intrusión.

Uno de los nuevos cachorrillos se acercó tambaleándose a *Colmillo Blanco.* Eran hermanastros sin saberlo. Él olfateó con curiosidad al pequeñuelo, con lo cual se ganó otro desgarrón en la cara, producido por *Kiche.* Retrocedió entonces a mayor distancia. Todos los antiguos recuerdos y afectos murieron en él, volviendo a la tumba de la cual en mala hora habían sido desenterrados. El lobato contempló a su madre, que estaba lamiendo al cachorrillo y levantando de vez en cuando la cabeza para gruñirle a él. De nada le serviría ya. Afortunadamente, había aprendido a prescindir de ella. Lo que representaba, olvidado quedaba ya. En el futuro no significarían nada el uno para el otro.

Permanecía aún en el mismo sitio, atontado, perplejo, sin comprender lo que ocurría, cuando *Kiche lo* atacó por tercera vez con la intención de alejarlo definitivamente de aquellos andurriales. Y él se dejó atacar. Al fin y al cabo, se trataba de una hembra de su raza, y era bien sabido que los machos no debían luchar con las hembras. No es que él conociera esa ley por habérsela enseñado la experiencia. La puso en práctica en secreto impulsado por el instinto..., por aquel mismo instinto que le hizo aullar a la luna y a las estrellas y que le inspiraba el miedo a la muerte y a lo desconocido.

Fueron transcurriendo los meses. *Colmillo Blanco* iba aumentando en fuerza, en robustez y en gordura, al paso que su carácter se desarrollaba de acuerdo con las influencias de la herencia y del medio en que vivía. La primera se parecía a maleable arcilla, susceptible de ser trabajada de mil formas diferentes. En cuanto al medio, era el encargado de plasmarla, dándole una forma determinada. Así, de no haberse él acercado nunca a la lumbre de los hombres, la vida salvaje lo hubiera hecho un verdadero lobo. Pero los dioses lo habían llevado a un mundo diferente, y así hicieron de él un perro que tenía mucho de lobo, pero que resultaba lo primero y no lo segundo.

De acuerdo con su naturaleza y las exigencias del medio, también su carácter iba tomando forma especial. Era inevitable: cada día aumentaba su condición gruñona, de pocos amigos; se volvía solitario, feroz, y si cada día también estaban más convencidos los perros de que les convenía mucho estar en paz con él y no en guerra, en cambio, Castor Gris se manifestaba más y más encantado de poseerlo.

Colmillo Blanco, que parecía reunir la suma de todas las cualidades que significan fuerza, tenía, sin embargo, una debilidad: no podía sufrir que se rieran de él. La risa de los hombres, cuando le afectaba, era, según su criterio, algo odioso. Que se rieran entre ellos de lo que quisieran, mientras no fuera él el objeto de sus burlas. Pero en cuanto la cosa iba contra él, entonces montaba en cólera y se ponía terrible. Grave, digno, sombrío por naturaleza, la risa lo enfurecía hasta lo ridículo, y tan hondamente lo hería, que durante horas enteras estaba hecho un verdadero diablo. Desdichado del perro que en tales momentos le viniera con bromas. Conocía la ley demasiado bien para atreverse con Castor Gris, porque detrás de este estaban un garrote y la inteligencia de un dios; pero detrás de los perros no había más que el espacio, y por ese espacio salían volando cuando *Colmillo Blanco* entraba en escena, loco de rabia por haber sido objeto de risa.

Cuando contaba ya tres años de edad, el hambre hizo estragos entre los indios del río Mackenzie. En el verano se quedaron sin pescado. En el invierno, el caribú se ausentó de

los sitios donde solían cazarlo. Los alces escaseaban, los conejos desaparecieron, y otros animales, incluso los de rapiña, habían muerto. Viéndose privados del ordinario sustento, muy debilitados por el hambre, acabaron por luchar entre ellos y devorarse unos a otros. Solo los más fuertes sobrevivieron. Los dioses de *Colmillo Blanco* eran cazadores. Los más viejos y más débiles se murieron de hambre. En la aldea todo eran gemidos y lamentaciones. Las mujeres y los chiquillos se privaban de los escasos alimentos de que podían disponer, a fin de que fueran a parar al estómago de los demacrados cazadores, que batían el bosque en vano, buscando carne fresca.

A tal extremo llegaron los dioses, que tuvieron que comer el cuero blando de sus zapatos peludos y de sus guantes de caza, mientras los perros hacían lo mismo con los correajes del trineo y hasta con los látigos. Y los perros se devoraban unos a otros y los hombres se veían obligados a comérselos a ellos.

Las primeras víctimas fueron los más débiles y menos útiles. De los que quedaban, los más atrevidos abandonaron la compañía de los hombres, que no servía más que para llevarlos al matadero, y huyeron por los bosques, donde al fin se morían de hambre o eran devorados por los lobos.

En aquella difícil época, también *Colmillo Blanco* huyó al bosque. Estaba mejor pertrechado para aquella vida que sus compañeros, por contar con la preparación de sus tiempos de cachorro, que podía servirle de guía. Su especialidad fue pronto la de estar al acecho y escondido horas enteras, siguiendo todos los movimientos de una ardilla entre los árboles, esperando, con tanta paciencia como hambre, a que el roedor se atreviera a descender al suelo. Aun entonces no se precipitaba, sino que seguía esperando hasta asegurar el golpe, antes de que la ardilla trepara de nuevo a su refugio de los árboles. Entonces, y solo entonces, se lanzaba él desde su escondrijo, rápido como un proyectil, con inconcebible habilidad, sin dejar nunca de hacer presa en el ágil animalillo, cuya ligereza resultaba inferior a la suya.

A pesar de que aquel tipo de caza era beneficioso para él, una dificultad le impedía mantenerse exclusivamente de él: las ardillas escaseaban. Se vio, pues, obligado a cazar animales de inferior tamaño. Atormentado por el hambre, llegó a desenterrar musgaños de sus madrigueras y a alimentarse de ellos, o a batirse con alguna comadreja, tan hambrienta como él y aun más feroz.

Hubo momentos en que volvió a acercarse a las hogueras que encendían los hombres; pero solo se acercaba. Seguía vagando por los bosques, evitando ser descubierto y robando a los hombres las piezas de caza que habían caído en algunas de sus trampas. Al propio Castor Gris le robó un conejo, mientras el indio iba medio perdido y tambaleándose por el bosque, tan débil, fatigado y sin aliento, que tenía que sentarse con frecuencia.

Un día, *Colmillo Blanco* se encontró con un lobato demacrado y sin fuerzas por culpa del hambre. De no ser tan fuerte, tal vez se hubiera unido a él, para ir a parar a su manada, volviendo así junto a los de su raza que se hallaban en estado salvaje. Pero ahora lo que hizo fue perseguirlo hasta acabar con él, devorándolo.

Parecía que la suerte se empeñaba en favorecerlo. Siempre, en los momentos de mayor necesidad, halló algo que matar. Y por otra parte, cuando más débil estaba, tuvo la fortuna de no tropezar con animales mayores que hicieran presa de él. Así, una vez que se encontró

con toda una manada de lobos hambrientos, acababa de pasar dos días de abundante alimento, gracias a un lince que había cazado. Toda la manada se lanzó contra *Colmillo Blanco* en cruel y prolongada persecución; pero como él estaba más fuerte y bien nutrido que sus famélicos perseguidores, logró dejarlos muy rezagados y salvarse. Y no solo pudo escapar, sino que además se volvió súbitamente contra uno de los que más cerca le seguían, y se aprovechó de la extenuación de este para ser él quien lo cazara.

Después abandonó aquella parte del país y se dirigió hacia el valle en que había nacido. Allí, en el antiguo cubil, encontró a *Kiche.* Volviendo a sus antiguas costumbres, también ella había abandonado el inhospitalario hogar de los hombres, prefiriendo su apartado refugio para su nueva camada. De ella, solo uno de sus pequeñuelos vivía cuando *Colmillo Blanco* apareció, y tampoco resistiría largo tiempo. Para la vida incipiente, el hambre era fatal.

El modo como *Kiche* recibió a su hijo, ya mayor, distó mucho de ser cariñoso; pero a *Colmillo Blanco* no le importaba ya esto: podía prescindir de ella. Dio, pues, media vuelta muy filosóficamente, y siguió trotando hacia la parte alta del río. Donde las dos veredas se cruzaban, tomó la de la izquierda, en la que halló el cubil de aquel lince que entre su madre y él mataron en otro tiempo. Allí, en el mismo abandonado cubil, se acomodó y descansó un día entero.

En los comienzos del verano, en los últimos días de la temporada del hambre, se encontró con *Lip-Lip,* que, como él, había huido también al monte, donde arrastraba su vida miserablemente. Trotaban en opuesta dirección, al pie de un largo y escarpado ribazo, y al dar la vuelta a unas rocas, se vieron cara a cara. Se pararon un instante con sobresalto y se miraron recelosamente.

Colmillo Blanco estaba en excelente aptitud para la lucha. No le había faltado caza durante una semana y pudo comer en abundancia. Pero en cuanto vio a *Lip-Lip,* se le erizaron todos los pelos del lomo. Fue involuntario, era simplemente la repetición de un estado físico a que en otro tiempo le conducía el continuo acoso de *Lip-Lip.* Lo que antes le ocurría, le ocurrió ahora automáticamente, y lanzando un gruñido procedió a la acción, sin pérdida de tiempo. *Lip-Lip* intentó retroceder, pero *Colmillo Blanco lo* atacó enseguida, dura y resueltamente, hombro contra hombro. Su enemigo rodó por el suelo, y los dientes del otro se le clavaron en la demacrada garganta. El perrillo luchó un rato con la muerte, mientras *Colmillo Blanco* daba vueltas en torno suyo, muy tiesas las patas y observándolo con cuidado. Luego siguió su camino y se perdió trotando por el ribazo.

Pocos días después de ocurrir esto, llegó a un extremo del bosque donde una estrecha faja de tierra descendía hasta el río Mackenzie. La conocía de antes, de cuando estaba desierta; pero ahora la ocupaba una aldea. Oculto aún entre los árboles, se paró a observarla. El aspecto, los ruidos, hasta los olores, le eran familiares. Se trataba de una aldea antigua trasladada a otro sitio. Pero en todo aquello había algo diferente de cuando él la abandonó. No resonaban ya gemidos ni lamentaciones, sino alegres rumores, y cuando entre ellos oyó, de pronto, la airada voz de una mujer, comprendió enseguida que hasta aquel enojo denotaba el vigor de un estómago satisfecho. Además, a su olfato llegaba olor de pescado. Había, pues, comida. El hambre no existía ya. Se atrevió entonces a salir del bosque y trotó con aire decidido hasta la aldea, directo a la choza de Castor Gris. Este no se hallaba allí; pero Kloo-kooch lo recibió con alegres

exclamaciones, le dio pescado fresco, y *Colmillo Blanco* se echó tranquilamente, esperando el regreso de su amo.

CUARTA PARTE

LOS DIOSES SUPERIORES

1

El enemigo de su raza

Si alguna aptitud, por remota que fuera, pudo existir en el fondo de su naturaleza para fraternizar con los de su raza, esa aptitud quedó para siempre destruida en *Colmillo Blanco* cuando lo hicieron guía del tiro que arrastraba el trineo. Porque ahora todos los perros lo odiaban..., lo odiaban por la ración extraordinaria de carne que le reservaba Mit-sah; por todas las distinciones, reales o imaginarias, de que era objeto; porque iba disparado siempre, delante de todos los demás, enloqueciéndolos con la perpetua vista de aquella poblada cola que se mecía en el aire y de aquellas patas posteriores en constante fuga.

Y con igual fervor correspondía a tal odio *Colmillo Blanco.* No le gustaba guiar el tiro. Verse obligado a correr delante de toda la jauría, como si esta lo persiguiese aullando continuamente, y pensar que no había uno de aquellos perros a quien él no hubiera zurrado y sometido durante tres años, era algo superior a sus fuerzas. Pero, pudiera o no, tenía que soportarlo o morir, y de esto último no sentía el menor deseo aquel caudal de vida que él atesoraba.

En el mismo momento en que Mit-sah dio la orden de partir, vio a todo el tiro embistiéndolo a él con ansiosa y salvaje gritería. No había defensa posible. Si se volvía para hacerles frente, Mit-sah le lanzaría un latigazo en la cara. No le quedaba más recurso que correr, huir. A coletazos y a patadas no podía pelearse con toda la jauría que venía detrás embistiendo. No iba a emplear armas tan débiles contra tantos y tan poderosos dientes. ¡A huir, pues, aunque para ello tuviera que violentar su propia naturaleza, su orgullo, a cada salto que daba, y esos saltos durarían el día entero!

Ir en contra de los naturales impulsos provoca una profunda reconcentración y el espíritu se resiente de ello. Ocurre lo mismo con un pelo cuya dirección, que es la de apartarse del cuerpo del que procede, se ve contrariada. Se enrosca sobre sí mismo, vuelve al punto de partida, y se convierte, al clavarse en la piel, en causa continua de irritación y molestia. Así ocurrió con *Colmillo Blanco*. Sentía el impulso de arrojarse contra la perrada que aullaba detrás de él; pero la voluntad de los dioses se lo prohibía, y aquel larguísimo látigo se lo recordaba constantemente. La consecuencia fue que, devorando su amarga pena, la convirtió en el odio y la astucia propios de la ferocidad indomable de su naturaleza.

Si alguien hubo en el mundo que se distinguiera por ser el mayor enemigo de su propia raza, ese fue *Colmillo Blanco.* Guerra sin cuartel es lo que deseaba. Si continuamente lo herían las dentelladas de los otros, continuamente marcaba también con ellas a los demás. Cuando le desenganchaban, *Colmillo Blanco* jamás se acurrucaba, como el resto de los perros del trineo, a los pies de los dioses en demanda de protección. Él la despreciaba. Lo que hacía era pasearse con aire audaz por el campamento, volviendo de noche las injurias recibidas durante el día. Cuando aún no era más que uno de tantos, había acostumbrado a sus compañeros a dejarle el paso libre. Ahora las cosas eran muy distintas. Excitados por la diaria persecución de su guía, inconscientemente influidos por el repetido espectáculo de su fuga ante la jauría en masa, dominados por aquella impresión de que ellos eran allí los que mandaban a su jefe durante las horas del día, no podían avenirse fácilmente a cederle el paso. En cuanto se presentaba ante ellos, surgía la lucha, y todo eran gruñidos, dentelladas y ladridos. Hasta el aire que respiraban parecía saturado de odio y de maldad, con lo que él se volvía cada día más iracundo.

Cuando Mit-sah dio orden de que se parara el trineo*, Colmillo Blanco* obedeció. Se produjo al principio algún desorden entre los otros perros, porque todos querían arrojarse contra su odiado guía, solo por el gusto de invertir el orden de las cosas. Pero detrás de él estaba Mit-sah, haciendo silbar la fusta sobre sus cabezas. Los perros llegaron a entender que cuando todo el tiro se paraba por mandato del dueño, era preciso que dejaran tranquilo a *Colmillo Blanco.* Pero cuando él se paraba, por su antojo y no por obediencia a la orden recibida, entonces sí podían echársele encima y hasta matarlo, si les era posible. Tras algunas ocasiones en que esta teoría se puso en práctica, *Colmillo Blanco* ya no se paraba si no se lo mandaban. Pronto aprendió lo que querían que hiciera. La realidad misma le obligaba a ello si quería salir con vida.

Pero lo que nunca fueron capaces de aprender los perros fue a no meterse con él cuando estaba en el campamento. No había día en que, ansiosos por perseguirlo y desafiarlo, no olvidaran la dura lección que les había dado él la noche anterior, y aquella noche tendría que repetírsela, para ver de nuevo cómo la olvidaban al día siguiente. Además, sentían que entre él y los demás había cierta diferencia de raza, lo que era causa suficiente para su hostilidad. Como él, los otros eran, en su origen, lobos domesticados; pero su domesticación databa de generaciones enteras. Buena parte de lo que la vida salvaje trae consigo lo habían perdido ya, y aquella clase de vida significaba para ellos lo desconocido, lo terrible, la amenaza y el temor constantes. En cambio, para él, lo salvaje formaba aún parte de su naturaleza. Se traslucía en su aspecto, en sus actos, en sus impulsos. Él lo simbolizaba, era su personificación, y por ello, cuando le mostraban los dientes, no hacían más que defenderse contra los poderes destructivos que había latentes en las sombras del bosque y en las tinieblas que se extendían más allá de las crepitantes hogueras del campamento.

Pero hubo una lección que jamás olvidaron los perros: mantenerse siempre juntos. *Colmillo Blanco* era demasiado terrible para que cualquiera de ellos le hiciera frente por sí solo.

Lo atacaban en masa, pues de no ser así, él los hubiera ido despachando a todos, uno a uno, en el transcurso de una noche. Ahora jamás se le había presentado ocasión de hacerlo. Podía llegar a revolcar a alguno de ellos; pero antes de que tuviera tiempo de herirlo mortalmente en el cuello, según su costumbre, ya tenía encima a todos los demás.

A la primera señal de peligro se unían contra él, olvidando todas las rivalidades y luchas menores que hubieran podido dividirlos.

Por otra parte, aunque lo intentaron, tampoco ellos lograron matar a *Colmillo Blanco.* Era más ágil, más formidable y listo que sus enemigos. No se dejaba acorralar, siempre encontraba una salida cuando ya casi lo tenían rodeado. Tampoco había entre todos ellos uno que fuera capaz de derribarlo. Sus patas se aferraban al suelo con la misma tenacidad con que se aferraba él a la vida. Y verdaderamente, la conservación de esta y el mantenerse en pie eran casi una misma cosa en aquella guerra incesante. Nadie mejor que él lo sabía.

Así se convirtió en el enemigo de su raza, de aquellos lobos domesticados que el amor de la lumbre y de los hombres y el amparo del poderío de estos habían hecho más flojos y débiles. En cambio, *Colmillo Blanco* era duro, cruel, implacable. Así había moldeado la arcilla dúctil de su naturaleza. Y de tan terrible modo ponía en práctica la vengadora guerra que había declarado a todos los perros, que hasta al propio Castor Gris, bien feroz y salvaje por cierto, llegó a maravillarle la ferocidad que mostraba. Juraba el hombre que jamás había visto animal semejante a aquel, y lo mismo opinaban los indios de las otras aldeas al enumerar los perros que les había matado.

Iba a cumplir los cinco años cuando Castor Gris lo llevó consigo al emprender otro largo viaje. Se recordaron durante mucho tiempo los estragos causados por él entre las jaurías de las muchas aldeas que se hallaban a lo largo del río Mackenzie y hasta el *Yukón**. Gozaba de aquella venganza contra los suyos, que resultaba fácil, pues se trataba de perros comunes y que nada sospechaban. Ni conocían su agilidad, ni su método de ataque sin aviso previo, ignorando que mataba con la rapidez del rayo. Se le acercaban con los pelos erizados, muy tiesas las patas y con aire de desafío, mientras él, sin perder tiempo en preliminares, se disparaba como un resorte de acero, se agarraba a su cuello y los dejaba fuera de combate antes de que se hubieran dado cuenta de lo que ocurría, con la angustia de la sorpresa.

Llegó a ser un consumado maestro en la lucha. Sabía reservar sus fuerzas, no gastándolas inútilmente. Era muy rápido tanto a la hora de atacar como a la de retirarse, en caso de haber errado el golpe. La repugnancia característica del lobo por las luchas que podían llamarse a brazo partido, la sentía él también en grado sumo. El contacto prolongado con otro cuerpo se le hacía insoportable. Lo consideraba como un peligro seguro y le enloquecía de furor. Necesitaba hallarse apartado, libre, en pie siempre, y sin sentir el contacto de otra vida. Llevaba impreso el sello del salvajismo. Tal sentimiento se había acentuado en él por su existencia nómada, de paria y de rebelde, desde que era cachorro. En todo contacto veía algún daño oculto. Era la trampa, la trampa que le inspiraba tan profundo terror que parecía formar parte de su ser, llevarlo entretejido en cada fibra de su cuerpo.

Como consecuencia de ello, no había perro forastero que al encontrarse con él pudiera cogerlo descuidado. Al contrario: evitaba sus dientes, les caía encima por sorpresa o se marchaba, generalmente sin haber recibido el menor daño. Aunque había algunas excepciones, como cuando eran varios los perros que lo embestían, o uno solo lograba desgarrarle la piel. Pero esto eran meros accidentes, a los que, como buen luchador, no concedía importancia.

Otra de las ventajas que poseía era el saber medir exactamente el tiempo y la distancia. Y no lo hacía de un modo consciente, sino automático. Tenía buen ojo y su visión era transmitida con toda precisión al cerebro. Era superior en ello a la mayoría de los perros, resultando una máquina mucho mejor organizada, nerviosa, mental y muscularmente. Al recibir las impresiones de los actos, comprendía enseguida el espacio que los limitaba y el tiempo que necesitaban para su completa realización. Así podía evitar que, al saltar, otro perro hiciera presa en él, o que sus colmillos lo tocaran, y al mismo tiempo aprovechar el brevísimo instante en que debía verificarse su propio ataque. Física y mentalmente era un prodigio, sin más mérito, por otra parte, que el haberse mostrado más generosa con él la naturaleza que con la mayoría de sus semejantes.

Colmillo Blanco llegó a Fuerte Yukón en pleno verano. Castor Gris había cruzado la gran vertiente entre el Mackenzie y el Yukón a fines de invierno, y había pasado la primavera cazando al pie de los picachos del lado occidental de los Montes Pedregosos. Luego, aprovechando el deshielo, construyó una canoa y descendió con ella por la corriente del arroyo Puerco Espín, hasta su cruce con el Yukón, algo por debajo del círculo polar ártico*. Allí estaba el viejo fuerte perteneciente a la Compañía de la Bahía de *Hudson**, abundaban los indios y los víveres, y con ellos, un barullo y animación sin precedentes. Era el verano de 1893, y miles de aventureros que iban en busca de oro remontaban el Yukón hasta *Dawson** y el *Klondike**. Distantes aún centenares de kilómetros del punto al que se dirigían, muchos llevaban ya, sin embargo, un año de viaje, y lo menos que había recorrido cualquiera de ellos era unos ocho mil kilómetros, lo que no resultaba nada en comparación con las distancias hechas por los viajeros que venían desde la otra parte del mundo.

Al llegar allí, Castor Gris se paró. A oídos suyos había llegado el rumor de aquella invasión de buscadores de oro, y por eso traía consigo numerosos fardos de pieles, guantes de caza cosidos con intestinos retorcidos y mocasines. No se hubiera aventurado a emprender tan largo viaje si no esperara obtener del mismo óptimos frutos. Pero la realidad superó en mucho a lo soñado. No confiaba más que en obtener un cien por cien de ganancia, y se encontró con que se elevaba al mil por ciento. Y como todos los indios, no se precipitó, sino que, estableciéndose allí, fue colocando sus géneros calmosamente y con el mayor cuidado, decidido a no malvender ni uno, aunque para ello tuviera que quedarse todo el verano y aun el invierno siguiente.

En Fuerte Yukón fue donde *Colmillo Blanco* vio por primera vez un hombre de una raza distinta de la de los indios a que él estaba acostumbrado: un hombre blanco. Lo comparó con los otros y decidió que era un ser perteneciente a una raza de dioses superiores. Su primera impresión fue la de un período no igualado por los demás, y en esto precisamente estribaba lo típico de las divinidades. No hubo en él razonamientos para llegar a la generalización de que los dioses blancos eran los más poderosos. Fue una impresión tan solo, pero fortísima. Igual que cuando era cachorro veía en el amenazador volumen de aquellas chozas que los hombres levantaban una prueba de lo que ellos eran capaces de hacer, le impresionó profundamente el aspecto de las casas y del enorme fuerte que contemplaba ahora, todo construido de macizos troncos de árboles. Aquello sí que era una manifestación de fuerza por parte de los dioses blancos. Poseían un dominio sobre la materia que jamás había observado él en otros, aunque

entre ellos estuviera el poderosísimo Castor Gris. Al fin y al cabo, su mismo amo resultaba ahora un simple diosecillo, comparado con los de piel blanca.

Con seguridad que todo esto no eran más que impresiones, pero como por ellas, más que por el pensamiento, se guían los animales en sus actos, los de *Colmillo Blanco* respondían al convencimiento de que los hombres blancos eran dioses de la clase superior. Ante todo, los miraba con gran recelo. No podía imaginar qué terroríficos procedimientos emplearían, qué ocultos y misteriosos daños podrían causar. Los observaba con curiosidad, muy temeroso siempre de que ellos se percataran de que lo hacía. Durante las primeras horas se contentó con estar disimuladamente al acecho, manteniéndose a prudente distancia; pero como luego vio que no les ocurría nada malo a los perros que entre ellos andaban, se acercó más y más.

A su vez, él fue objeto de gran curiosidad por su parte. Notaban enseguida su aspecto de lobo y se lo señalaban unos a otros con el dedo. Aquella mera acción bastó para ponerlo en guardia, y cuando intentaron aproximársele, les mostró los dientes y retrocedió. Ni uno pudo conseguir ponerle la mano encima, y fue una fortuna para ellos que no lo lograran.

Pronto, *Colmillo Blanco* comprendió que allí vivían poquísimos de aquellos dioses. No serían más de una docena. Cada dos o tres días, un *vapor** -otra manifestación colosal de su poder- llegaba a la orilla y se quedaba atracado durante muchas horas. Los hombres desembarcaban de estos vapores y en ellos volvían a alejarse después. Los blancos parecían ser innumerables. Vio más blancos en esos primeros días que indios había visto durante toda su vida. Y después continuaron llegando por el río, parándose, y desapareciendo de nuevo corriente arriba.

Pero si los dioses blancos eran infinitamente poderosos, sus perros valían bien poco. Pronto lo averiguó al mezclarse con los que llegaban a la orilla acompañando a sus amos. En la forma y en el tamaño ofrecían la mayor variedad. Unos eran de piernas cortas, demasiado cortas; otros las tenían muy largas..., demasiado largas. Hasta su pelaje era distinto, más pobre, menos poblado. Y, sobre todo, ninguno de ellos sabía pelear.

Como enemigo de los de su raza, era natural que *Colmillo Blanco* se apresurara a luchar con cuantos podía. Así lo hizo, y el desprecio que le inspiraron fue inmenso. Flojos y torpes, muy amigos de meter ruido y moverse mucho, intentando inútilmente conseguir por la fuerza lo que lograba él por medio de la destreza y de la astucia. Cuando lo acometían ladrando, de un salto se apartaba a un lado. Entonces se quedaban perplejos, como perdidos, y aprovechando el momento, él atacaba por el flanco, derribándolos, y les clavaba los dientes, como de costumbre, en el cuello.

A veces, tan certero era el golpe que el perro rodaba por el fango fuera ya de combate, para caer en las garras de toda la manada de perros indios, que solo esperaba aquello para despedazarlo. *Colmillo Blanco* era sagaz. Había tenido ocasiones sobradas para aprender que los dioses se enojaban grandemente cuando les mataban a sus perros. Y aquellos blancos no constituían una excepción de la regla. Por eso, cuando había logrado revolcar a alguno de sus naturales enemigos y abrirle la garganta a dentelladas, se contentaba con retirarse, dejando que los de su manada acabaran de realizar el cruel trabajo de despedazarlo. Sobre ellos se arrojaban entonces los furiosos hombres blancos, mientras *Colmillo Blanco* se marchaba tranquilamente, parándose a cierta distancia para ver cómo

llovían sobre sus compañeros piedras, palos, hachas y toda clase de armas arrojadizas. Sí, *Colmillo Blanco* era muy sagaz.

Pero los hombres mostraron también, a su modo, que no carecían de sagacidad; así contribuyeron a completar las enseñanzas que iba recibiendo. Vieron que aquella pesada broma se repetía siempre que atracaba por primera vez un vapor a la orilla. Una vez que les habían matado los dos o tres primeros perros que habían desembarcado, encerraban a bordo a todos los demás y se dirigían ellos solos a vengarse de sus asaltantes. Uno de los hombres blancos que vio a su perro *setter* despedazado por los otros, echó mano del revólver y lo disparó seis veces seguidas, dejando muertos o moribundos a otros tantos de la manada. Fue esta una manifestación más de poderío que se grabó profundamente en la memoria de *Colmillo Blanco.*

Disfrutaba este con todo aquello. No sentía más que odio hacia los de su raza, y era bastante listo para escapar ileso de tales batallas. Al principio, matar los perros de los hombres blancos fue para él un juego. Después se convirtió en su especial ocupación. No tenía otro trabajo. Castor Gris andaba muy atareado, enriqueciéndose con su comercio. Así pues, se dedicó a merodear con toda su jauría india por el desembarcadero, esperando la llegada de los buques. En cuanto atracaba uno, comenzaba la lucha, y algunos minutos después, cuando los tripulantes ya se habían repuesto de la sorpresa, la banda canina quedaba disuelta y desaparecía. Todo había terminado, hasta que llegaba una nueva embarcación forastera.

Pero no podría decirse que *Colmillo Blanco* formara parte de aquella especie de cuadrilla de desalmados. Ni siquiera se mezclaba con ellos, permaneciendo aparte, siempre fiel a sí mismo y temido por los demás. Verdad que colaboraba con ellos. Él era el que empezaba la lucha con el forastero, mientras los otros esperaban, para arrojarse en el momento oportuno sobre la víctima; pero también era igualmente cierto que él se retiraba y dejaba que los demás recibieran el castigo de los airados dioses.

No era muy difícil promover estas peleas. Su sola presencia bastaba para ello. En cuanto acertaban a verlo, arremetían contra él, obedeciendo al instinto. Para ellos representaba lo salvaje, lo desconocido, lo terrible, lo amenazador, lo que se arrastraba sobre las tinieblas alrededor de las hogueras de los primitivos tiempos cuando ellos, muy acurrucados contra la instintos, lumbre, se esforzaban en dar una nueva forma a sus aprendiendo a temer a aquel mundo salvaje del cual procedían y que abandonaron haciéndole traición.

A través de todas las generaciones, transmitiéndose de una a otra, se imprimió en ellos ese miedo a la vida salvaje, que representaba el horror, la destrucción. Y durante todo ese tiempo tuvieron permiso de sus dueños para matar todo lo que procedía de las selvas. Al hacerlo, atendían no solo a su propia conservación, sino también a la de los dioses en cuya propia compañía vivían.

Por eso, en cuanto aquellos perros descendían del barco, trotando por el puentecillo de tablones hasta la orilla del Yukón, y veían a *Colmillo Blanco,* experimentaban el impulso irresistible de arremeter contra él y despedazarlo. No importaba que se hubieran criado siempre entre ciudades: su temor instintivo a lo salvaje era idéntico. No veían al lobo con sus propios ojos solamente, sino también con los de sus antepasados, y por ley de la herencia, luchaban contra el lobo. Todo aquello llenaba de júbilo a *Colmillo Blanco.* Si su

vista bastaba para que lo atacaran, mejor para él y peor para sus enemigos. Lo consideraban como legítima presa, y con igual moneda les pagaba él.

No en balde había nacido en un solitario cubil y había sostenido sus primeras batallas con la perdiz blanca, la comadreja y el lince. Y no en balde le había amargado la vida la persecución de *Lip-Lip* y de todos los cachorros. Si los acontecimientos se hubieran desarrollado de otra manera, tal vez sería diferente. Sin *Lip-Lip,* se hubiera mezclado con los otros cachorros como uno de tantos, se hubiera desarrollado como un verdadero perro y aficionado a los de su raza. Si Castor Gris hubiese poseído aquella sonda que se llama cariño, que se llama amor, habría podido llegar con ella a lo hondo de la naturaleza de *Colmillo Blanco y* sacar de allí a la superficie toda suerte de buenas cualidades. Pero no ocurrieron así las cosas. La arcilla adquirió en el molde la forma que hoy tenía, la de un ser huraño y solitario, sin amor y todo ferocidad: el enemigo, en fin, de los de su propia raza.

II

El dios loco

En fuerte Yukón había pocos hombres blancos, y estos hacía tiempo que estaban en el país. Se llamaban a sí mismos *los de la levadura y* se mostraban orgullosos de darse tal nombre. Por los demás, los novatos aún, no sentían otra cosa que desprecio. En cuanto a los recién llegados, que acababan de desembarcar, eran conocidos por *los chechaquos,* calificación que evidentemente debía de serles desagradable, a juzgar por la cara con que la recibían. Estos usaban para amasar esa conocida harina de arroz preparada que lo hace más ligero, y ello constituía una irritante distinción para los otros, que, por no tener tal preparado, se veían obligados a usar la tradicional levadura.

Pero no quedaba ahí la cosa. Los que estaban en el fuerte no solo desdeñaban a los recién llegados, sino que también veían sus desazones con verdadero júbilo. Lo que más gracioso hallaban eran los estragos que entre sus perros producían *Colmillo Blanco* y toda su pandilla. En cuanto llegaba un vapor, los moradores del fuerte se daban cita para no perder ni un detalle de la batalla canina, que les parecía siempre muy divertida. La esperaban con la misma fruición anticipada de los perros indios, apreciando especialmente el salvajismo y la destreza de la parte que en ella le correspondía a *Colmillo Blanco.*

De todos aquellos hombres, uno en particular gozaba grandemente con tal espectáculo. Acudía a la carrera al oír el primer silbido del buque, y cuando la pelea había terminado y toda la manada quedaba dispersada, regresaba lentamente al fuerte, mostrando en el rostro el pesar de que se hubiera acabado todo tan pronto. A veces, si uno de aquellos pobres perros meridionales, poco endurecido en la lucha, aullaba aterrorizado y moribundo, el hombre no podía contenerse y manifestaba su gozo con brincos y piruetas. Y ni un minuto apartaba los codiciosos ojos de *Colmillo Blanco.*

A este hombre, los otros del fuerte le llamaban Hermoso. Nadie sabía su nombre de pila, y, por lo general, los del país le apellidaban el Hermoso Smith. Pero si algo le faltaba, era precisamente hermosura. Por ser la antítesis de ella, debieron de llamarle así. Era feísimo; la naturaleza no podía haberse mostrado más avara con él. Empezaba

por ser de muy escasa talla, y sobre la pequeña base de tal cuerpo descansaba una cabeza más pequeña aún. Podría decirse que remataba en punta, y lo cierto era que, de pequeño, antes de que le apodaran Hermoso, sus compañeros le llamaban Cabeza de Alfiler.

De cabeza pequeña y frente baja y notable por su anchura, la naturaleza, como si se hubiera arrepentido de mostrarse tan parca en el comienzo, decidió abrir la mano en las facciones. Sus ojos eran grandes, y entre uno y otro había distancia suficiente para que cupieran los dos. La cara resultaba prodigiosa respecto a lo demás del cuerpo. Para contar con mucho espacio disponible, fue dotada de una mandíbula inferior enorme, de marcado pragmatismo. Ancha, maciza, con gran proyección hacia delante y hacia abajo, parecía descansar sobre su pecho. Quizá aquella apariencia era debida a la fatiga del delgado cuello, que no podía, en rigor, con el peso de semejante volumen.

La vista de aquella mandíbula producía la impresión de un carácter feroz y decidido. Pero algo faltaba allí, o sobraba. Tal vez pecaba por exceso. El hecho era, sin embargo, que la impresión que daba no tenía nada que ver con la realidad. Todos sabían que el Hermoso Smith era el mayor cobarde del mundo, el lloraduelos más débil y tembleque que imaginarse pueda. Para completar su descripción, tenía los dientes grandes y amarillentos, y sus colmillos superiores, de mayor tamaño que los inferiores, sobresalían de los delgados labios como verdaderos colmillos perrunos. También sus ojos eran de un amarillo terroso, sucio, como si a la naturaleza se le hubieran acabado los pigmentos al llegar a ellos y hubiese mezclado los escasos residuos de sus tubos de colores. Lo mismo ocurría con el pelo, ralo, irregular en su crecimiento, de un ocre fangoso, impuro, y que brotaba en mechones singularísimos de la cabeza y del rostro, con aspecto muy semejante al de un trigal en que el viento agrupó las revueltas espigas. Para decirlo en una palabra: el Hermoso Smith era un monstruo, y él no tenía la culpa de serlo: así salió del molde. Cocinaba para los que vivían en el fuerte, les lavaba los platos y atendía a las demás faenas de la casa. No lo trataban con desprecio, sino más bien con una especie de amplia tolerancia, como la que suelen inspirar ciertos infelices para quienes bastante desgracia fue ya el nacer. Además, le temían. Sus enfurecimientos de cobarde les infundían el recelo de que el mejor día les dispararía un tiro por la espalda o les echaría algún veneno en el café. Pero ¡qué remedio! Alguien debía encargarse de la cocina, y por muy corto de alcances que fuera él para otras cosas, no cabía negarlo: sabía cocinar.

Y ese era el hombre que miraba siempre a *Colmillo Blanco,* encantado con sus feroces proezas y deseando apoderarse de él. Desde el principio hizo todo lo posible por atraerlo. *Colmillo Blanco* no le hizo el menor caso. Más tarde, como su admirador insistía mucho, acabó por enseñarle los dientes, con todos los pelos erizados. No le gustaba aquel hombre. Le producía mala impresión. Sentía que había algo malo en él, y huía de la mano que intentaba acariciarlo y de las palabras que dirigía para amansarlo. Precisamente por aquello odiaba aún más a aquel hombre.

Para todos los seres poco complacidos, el bien y el mal son cosas de fácil comprensión. El bien se halla del lado en que está todo lo que proporciona bienestar, satisfacción y allí vio o desaparición del dolor. Por eso les gusta el bien. El mal representa para ellos todo lo que ocasiona malestar, lo que amenaza, lo que duele, y proporcionalmente a esto les inspira odio. La impresión que el Hermoso Smith le producía a *Colmillo Blanco* era malísima. De aquel cuerpo, tan torcido como las intenciones de su mente, parecían

desprenderse emanaciones palúdicas*, que sin duda eran malsana manifestación de lo que en él se albergaba. No por medio del razonamiento, ni de sus cinco sentidos solo, sino por un remoto e inexplicable instinto, el animal adivinaba que aquel hombre era una amenaza de males sin cuento, que los llevaba en sí mismo, y que, por consiguiente, resultaba algo malo que la prudencia aconsejaba odiar.

Colmillo Blanco se hallaba en el campamento de Castor Gris la primera vez que el Hermoso Smith lo visitó. Por el solo levísimo rumor de distantes pasos, aun antes de que llegara a verlo, supo quién era el que se acercaba, y enseguida comenzaron a erizársele los pelos. Hasta entonces había estado tendido en el suelo cómoda y descuidadamente; pero se levantó en el acto, y al llegar el hombre, se deslizó, como un verdadero lobo, hasta el otro extremo del campamento. Aunque ignoraba lo que decían los dos hombres, vio que departían animadamente. Hubo un momento en que el forastero lo señaló a él con el dedo, y *Colmillo Blanco* gruñó entonces como si aquella mano fuera a caerle encima, en vez de hallarse a bastantes metros de distancia. El hombre se rió al observarlo, y el animal se escabulló a los bosques vecinos, volviendo la cabeza de vez en cuando para no perderlo de vista.

Castor Gris se negó a vender su perro. Se había enriquecido con el negocio y tenía ya cuanto necesitaba. Por otra parte, *Colmillo Blanco* era de gran valor para él, pues resultaba el mejor de cuantos había tenido para el trineo y un excelente guión de los demás del tiro. Y aún existía otra razón: la de que no había otro que pudiera rivalizar con él en la lucha, ni en las orillas del Mackenzie ni en las del Yukón. Mataba a los demás perros con la facilidad con que los hombres mataban mosquitos. Al oír esto, le brillaron los ojos al Hermoso Smith, y se pasó la lengua por los delgados labios con codiciosa expresión. No, era inútil: *Colmillo Blanco* no estaba en venta, no se cedía a ningún precio.

Pero Smith sabía cómo eran los indios. Visitó con frecuencia el campamento de Castor Gris, y en cada visita llevaba oculta alguna botella negra. Una de las cualidades del whisky es la de producir sed. Castor Gris comenzó a sentirla más y más. Febriles sus membranas y abrasado el estómago, ansiaba aumentar la dosis del ardiente licor, y enloquecido casi por la excitante bebida, no reparaba en medios para adquirirla. El dinero que había ganado con su negocio empezó a disminuir rápidamente. Y así continuó, con la circunstancia de que cuanto más menguaba su caudal, más iba en aumento su mal humor.

Al fin lo agotó todo, desde el dinero y los géneros hasta la paciencia. Solo le quedó la sed, y aunque no bebiera, hasta el mero acto de respirar la iba acrecentando. Entonces fue cuando Smith volvió a hablarle de vender el perro; pero esta vez el precio ofrecido era en botellas y no en metálico, proposición que sonó más agradable a los oídos del indio.

-Coge el perro y llévatelo -fueron sus últimas palabras. El pago en botellas se efectuó, aunque dos días después, porque la contestación de Smith había sido:

-Cógelo tú.

Cierto anochecer, *Colmillo Blanco* se retiró al campamento y se echó al suelo con un resuello de satisfacción. No estaba el temido dios blanco. Durante varios días se había mostrado más deseoso que nunca de ponerle la mano encima, y para evitarlo, él se ausentaba del campamento todo lo posible. Ignoraba qué era lo que aquellas manos

pretendían; pero tenía la seguridad de que con algo malo lo amenazaban y que lo mejor era conservarse fuera de su alcance.

Acababa de echarse cuando Castor Gris se acercó dando traspiés y le ató al cuello una correa. Luego se sentó a su lado, sosteniendo el extremo de la correa en una mano. En la otra llevaba una botella cuyo contenido iba tragando con acompañamiento de ruidos guturales.

Transcurrió así una hora, y de pronto, un rumor de pasos anunció que alguien se acercaba. El primero que lo oyó fue *Colmillo Blanco, y* se alarmó enseguida al reconocer al que venía, mientras su amo seguía dando estúpidas cabezadas, medio dormido. El perro intentó tirar suavemente de la correa para que se desprendiera de la mano; pero esta se cerró con fuerza y Castor Gris despertó del todo.

El Hermoso Smith entró en el campamento y se quedó plantado frente a *Colmillo Blanco,* mirándolo. El animal gruñó sordamente al temible espantajo, observando muy fijo los movimientos de aquellas manos. Una, extendida, iba bajando sobre su cabeza. El sordo gruñido se hizo más recio y áspero. La mano continuó bajando lentamente, mientras él se iba acurrucando, sin dejar de mirarla con maligna expresión y gruñendo cada vez más al ver que iba ya a tocarle. De pronto, el animal le lanzó una dentellada, rápido como la serpiente en el ataque. Se retiró la mano con igual rapidez y los dientes de aquel chocaron unos con otros con seco ruido y sin hacer presa. Smith se asustó, mostrando gran enojo, y Castor Gris le dio un fuerte coscorrón a *Colmillo Blanco,* por lo que este se aplastó materialmente contra el suelo en señal de respetuosa obediencia.

Con ojos recelosos fue siguiendo el animal todos los movimientos de Smith. Le vio marcharse y volver con un grueso garrote. Entonces, Castor Gris le entregó el extremo de la correa que él sostenía. El otro se dispuso a partir, tirando de la correa, pero no lo consiguió: *Colmillo Blanco* se resistía, sin moverse. Nuevos golpes de su amo para obligarlo a levantarse y seguir. Obedeció, pero con tal arremetida que fue a arrojarse contra el forastero que tiraba de él para llevárselo. Smith no se apartó de un salto. Esperaba ya que ocurriera aquello. Enarbolando el garrote con viveza, le paró los pies al perro en mitad de su embestida, lanzándolo de un taconazo contra el suelo. Castor Gris se echó a reír, aprobando lo hecho. Entonces, Smith tiró otra vez de la correa, y el perro, cojeando y aturdido, se arrastró hasta sus pies.

Ya no arremetió por segunda vez contra él. Le bastaba el golpe recibido para persuadirle de que el dios blanco sabía manejar perfectamente el garrote, y él no iba a pelearse con lo fatal, lo inevitable. Siguió, pues, a Smith por la fuerza, cabizbajo y malhumorado, con la cola entre las piernas, aunque no sin gruñir suavemente, entre dientes. Pero Smith no lo perdía de vista un momento, con el garrote preparado a caer sobre él.

Al llegar al fuerte, su amo lo dejó bien atado y se fue a dormir. *Colmillo Blanco* esperó hasta que hubo transcurrido una hora. Entonces cortó la correa con los dientes y quedó en libertad. Fue cosa de unos diez segundos: no perdió tiempo inútilmente, royendo poco a poco. Cortó de golpe, diagonalmente, con la misma limpieza con que hubiera podido hacerlo un cuchillo. Levantó entonces la cabeza para mirar al fuerte, con los pelos erizados y gruñendo. Después le volvió la espalda y regresó trotando al campamento de Castor Gris. No se consideraba obligado a guardarle fidelidad a aquel raro y temible dios

del cual huía. No era a él, sino al antiguo, a quien se había entregado, y a Castor Gris creía aún pertenecer.

Pero lo que antes había ocurrido se repitió ahora, con alguna diferencia. Su primitivo dueño lo sujetó de nuevo con la correa, y al llegar la mañana se lo devolvió a Smith. Pero aquí fue donde apareció la diferencia, pues Smith le propinó una paliza. *Colmillo Blanco* estaba fuertemente atado y todo su furor resultó inútil: no pudo evitar el castigo, en el que intervinieron por igual los palos y los latigazos; fue aquella la más soberana paliza que recibió en su vida. Ni la que Castor Gris le dio en sus tiempos de cachorro podía compararse con ella. El Hermoso Smith gozó con su tarea. Le tenía encantado. Sus ojos despedían llamaradas de estúpido júbilo al blandir el garrote o la tralla y oír los lamentos de dolor o los verdaderos rugidos del animal. Porque Smith era cruel, con aquella crueldad característica de los cobardes. Dispuesto siempre a humillarse y a huir ante los golpes o las injurias de un hombre, se vengaba de ello con los seres más débiles. Todo lo que tiene vida gusta de la fuerza, y Smith no constituía una excepción de la regla. Privado de manifestarse fuerte con los suyos, elegía a sus víctimas entre los que le eran inferiores, defendiendo así sus derechos de cosa viva. ¿Cómo culparle demasiado si había venido al mundo tan contrahecho de cuerpo como de inteligencia, y el mundo había acabado de estropearle?

Colmillo Blanco sabía por qué le pegaban. Cuando Castor Gris le ató al cuello la correa y entregó el extremo de la misma a Smith, era porque quería que se fuera con él. Y cuando Smith lo dejó atado fuera del fuerte, fue porque quiso que se quedara allí. Así pues, resultaba que él se había revelado contra la voluntad de ambos dioses, haciéndose acreedor del castigo. Ya otras veces había visto que los perros cambiaban de dueño y que el que se escapaba recibía siempre una paliza. Por muy sagaz que él fuera, existían en su naturaleza ciertas fuerzas que superaban a todo conocimiento, a toda discreción. Una de éstas era la fidelidad. Castor Gris no le inspiraba cariño, y sin embargo, aun contra la voluntad del mismo y arriesgándose a enojarle, le era fiel. No podía evitarlo. Esa fidelidad formaba parte de su ser. Era la cualidad característica de su raza; la que colocaba a su especie en lugar aparte de las demás; la que había permitido al lobo y al perro salvaje abdicar de su libertad para convertirse en compañero del hombre.

Después del vapuleo, *Colmillo Blanco* se vio arrastrado nuevamente hacia el fuerte. Pero esta vez Smith lo ató con un palo, además de la correa, según el sistema indio. No se abandonan fácilmente los dioses a quienes se presta culto, y en aquel caso se hallaba el aprisionado animal. Castor Gris era su dios favorito, y, aun contra la voluntad del que él respetaba, *Colmillo Blanco* se sentía aferrado a su antiguo dios, al cual no quería renunciar. Verdad que su divinidad acababa de hacerle traición, de abandonarlo; pero eso no importaba. No en balde se había entregado a él por entero, sin reserva, y el lazo no podía romperse tan fácilmente.

Así pues, por la noche, cuando dormían los moradores del fuerte, *Colmillo Blanco* aplicó los dientes al palo que lo mantenía sujeto. La madera era dura, reseca, y tan cerca estaba de la atadura del cuello que apenas podía roerla. Solo arqueando el cuello, y después de grandes esfuerzos, logró que el palo quedara entre sus dientes delanteros, y, con inmensa paciencia y muchas horas, fue cortándolo poco a poco hasta separarlo en dos trozos. Aquello era algo sin precedentes, algo que se suponía imposible de realizar. Pero

él lo hizo, marchándose alegremente del fuerte al rayar el alba y con uno de los trozos del palo colgándole del cuello.

Era listo el animal, pero si se hubiera limitado a serlo sin dejarse llevar por la fidelidad, no habría vuelto al campamento de Castor Gris, que lo había traicionado dos veces ya y lo repetiría una tercera. Lo ataron nuevamente y vino a reclamarlo Smith, y tal fue la azotaina, que superó aun la anterior. Castor Gris no hizo más que mirar con aire estúpido, mientras el otro manejaba el látigo. No hubo ni una señal de protección por su parte: el perro ya no era suyo. Cuando todo terminó, *Colmillo Blanco* se quedó extenuado, enfermo. Si hubiera sido tan flojo como los perros que venían de las tierras del sur, habría muerto. Pero era de más dura fibra, y la escuela de la vida había acabado por endurecerlo. Con mayor vitalidad, lo resistía todo, pero había quedado tan maltrecho que no podía ni moverse, y Smith tuvo que esperar más de media hora antes de que, casi a rastras, con vacilante paso, el animal pudiera seguirle hacia el fuerte.

Y esta vez le pusieron una cadena, contra la cual nada podían sus dientes, y que en vano trató de arrancar, con furiosas embestidas, de la argolla atornillada en un poste. A los pocos días, Castor Gris emprendió su largo viaje de regreso hacia el río Mackenzie. *Colmillo Blanco* se quedó en el Yukón. Había pasado a ser propiedad de un hombre medio loco y con el mismo nivel moral de los brutos. Pero ¿qué sabía un perro de locuras? Para él, el Hermoso Smith era un verdadero, aunque terrible, dios. Loco o no, resultaba ser su amo nuevo, a cuya voluntad debía someterse, obedeciéndole hasta en sus menores caprichos.

III

El reinado del odio

Bajo la tutelo del Dios loco, *Colmillo Blanco* se convirtió en un verdadero demonio. Lo tenía encadenado y metido en una jaula, detrás del fuerte, y se divertía atormentándolo hasta ponerlo furioso. Pronto descubrió el hombre que el punto flaco del animal era su susceptibilidad, fácilmente herida cuando se burlaban de él, y por lo mismo puso especial empeño en mortificarlo y reírse después de su ira impotente. Se reía a carcajadas, escandalosa y sarcásticamente, mientras señalaba al perro con el dedo. En tales ocasiones, *Colmillo Blanco* se volvía más loco aún que su dueño.

Si antes había sido el enemigo de su raza, y uno de los más feroces, por cierto, se convirtió ahora en el enemigo de todas las cosas, y más feroz que nunca. Lo atormentaban de tal modo, que odiaba ya ciegamente, sin el menor asomo de razón. Odiaba la cadena que lo mantenía sujeto; a los hombres que lo miraban a través de los barrotes de la jaula; a los perros que iban con ellos y que le gruñían viéndolo allí indefenso. Hasta la misma madera de la jaula que lo encerraba le era odiosa. Y por encima de todo esto, a quien más odiaba era al Hermoso Smith.

Pero cuanto este hacía con *Colmillo Blanco* obedecía a un propósito preconcebido. Cierto día, un grupo de hombres se paró frente a la jaula. Smith entró en ella con una tranca en la mano y le desató la cadena al animal. Cuando su dueño se marchó, y al verse casi libre, el perro se arrojó contra los barrotes de la jaula intentando llegar hasta el grupo

que lo contemplaba. De tan terrible, su aspecto resultaba magnífico. Medía más de metro y medio de largo, era robusto; no hubiera podido compararse con ningún lobo de su edad y tamaño. Había heredado de su madre las macizas formas del perro, y así, aunque desprovisto de toda grasa inútil, su peso excedía de noventa libras. Era todo músculo, huesos y tendones..., carne para la lucha, y en las mejores condiciones.

Volvió a abrirse la puerta de la jaula. *Colmillo Blanco* esperó un momento. Ocurría algo desusado. La puerta se abrió de par en par, arrojaron dentro de la jaula un enorme perro y tras él resonó un portazo. El prisionero jamás había visto al intruso. Era un mastín. Pero su tamaño y su fiero aspecto no le intimidaron. Al fin había allí algo, que no era de hierro ni de madera, en que saciar su odio. De un salto se le echó encima, brillaron sus dientes y se los clavó al otro en el cuello, que quedó abierto por uno de sus lados. El mastín sacudió la cabeza, gruñó roncamente y se lanzó a fondo contra *Colmillo Blanco.* Pero este no estaba quieto un momento, evitaba el ataque tan pronto desde un sitio como desde otro, y saltaba continuamente para desgarrar con sus colmillos y huir después al golpe que le devolvían.

Los hombres que lo contemplaban prorrumpieron en gritos de admiración y en aplausos, mientras el Hermoso Smith parecía extasiado, mirando fija y codiciosamente toda aquella carnicería que era obra de su perro. Para el mastín no hubo ya esperanza desde los comienzos. Era demasiado pesado y lento. Al fin, mientras Smith hacia retroceder a garrotazos a *Colmillo Blanco,* su víctima era retirada de la lucha por su propio dueño. Luego vino el pago de las apuestas que se habían cruzado y sonaron las monedas al ir cayendo en la mano del monstruo.

Colmillo Blanco llegó a desear con ansia que hubiera grupos de hombres alrededor de su jaula, era el único medio por el cual se le permitía exteriorizar su furia. Atormentado y lleno de odio, se le conservaba prisionero, con lo que podía expulsar aquel odio, excepto cuando a su amo se le antojaba lanzar contra él otro perro. Smith había calculado perfectamente, pues ganaba siempre. Un día fueron tres los canes que le echaron sucesivamente. Otro día fue un lobo ya completamente desarrollado y que acababan de coger vivo en el bosque, o dos perros a la vez, los que pusieron contra él. Esta última fue la más dura de todas sus batallas, y aunque acabó por matarlos a los dos, a punto estuvo de perder él también la vida.

Hacia fines de otoño, al iniciarse las nevadas y notarse en el río los primeros hielos, Smith embarcó, llevando consigo a *Colmillo Blanco,* en un vapor que partía del Yukón con rumbo a Dawson. El perro del monstruo se había hecho ya famoso en todo el país con el nombre de *lobo de pelea,* y, en la cubierta del barco, su jaula estaba siempre rodeada de hombres que lo contemplaban con curiosidad. Él les gruñía furioso o se mantenía echado observándolos con una fría mirada de odio. ¿Por qué los odiaba? No lo sabía, pero aquella pasión era ya habitual en él y la aplicaba en todo momento: su vida era un infierno. No nació para estar sujeto siempre a aquel encierro riguroso que las fieras deben sufrir cuando caen en manos de los hombres. Y sin embargo, así precisamente lo trataban. Los hombres lo miraban como algo raro; lo azuzaban con palos que introducían entre los barrotes de la jaula, y cuando les gruñía, se reían de él.

Aquellos hombres eran el nuevo medio que lo rodeaba y que iba dando a la maleable arcilla de su naturaleza un carácter mucho mas feroz que el que recibió al ser creado. Sin

embargo, por su misma ductilidad*, por sus mismas acomodaticias cualidades, cuando cualquier otro animal en sus mismas condiciones hubiera muerto o desfallecido de ánimo, él supo adaptarse, sin menoscabo de sus fuerzas. Quizá el infernal Smith, verdugo suyo, fuera capaz de acabar con aquellos ánimos que él poseía; pero aún no había señales de que lo hubiera conseguido.

Si Smith era un demonio, *Colmillo Blanco* no le iba a la zaga, y ni uno ni otro cejaban en la lucha. En otros tiempos, el perro habría tenido la discreción de someterse al hombre que se le imponía garrote en mano; pero aquella prudencia había desaparecido ya. Ahora le bastaba ver a Smith para ponerse fuera de sí, y aunque él lo reducía a la obediencia a puros palos, el animal no dejaba de gruñirle y de mostrarle sus dientes. Por terrible que hubiera sido la paliza, no renunciaba nunca al último gruñido, y cuando finalmente su dueño lo dejaba, aquel gruñido retador lo iba siguiendo. A veces el animal se lanzaba contra los barrotes de la jaula y allí expresaba con rugidos todo su odio.

Cuando llegó el vapor a Dawson, *Colmillo Blanco* fue desembarcado; pero aún siguió siendo objeto de exhibición, encerrado en la jaula, rodeado siempre de curiosos. Para ver al *lobo de pelea* había que pagar cincuenta centavos, que se hacían efectivos en oro en polvo. No tenía un momento de reposo. En cuanto se echaba a dormir, lo pinchaban con un palo, obligándolo a levantarse para que los espectadores pudieran verlo mejor y no se llamaran a engaño, pues ya cuidaba el dueño de enfurecerlo. Pero lo peor era que todo el mundo lo miraba como la más terrible fiera del mundo, y que esto llegaba a comprenderlo él hasta la saciedad, por las exclamaciones, por los movimientos de los que lo rodeaban, recelosos a pesar de los barrotes de la jaula. Esto no hacía más que añadir combustible a la hoguera de su ferocidad, y el resultado era inevitable: su agresividad iba en aumento, lo cual era una prueba más de la facilidad con que el miedo que lo rodeaba influía en él hasta modificarlo. Además de exhibirlo, se le empleaba como animal de lucha en las riñas de perros. De cuando en cuando, siempre que se presentaba la oportunidad para organizar una de esas peleas, lo sacaban de la jaula y era conducido a los bosques, a algunos kilómetros de distancia de la ciudad. Ocurría esto generalmente de noche, para evitar la vigilancia de la policía montada de la comarca. Después de esperar algunas horas, cuando se había hecho ya de día, llegaban con su perro los que habían de ser espectadores. Se acostumbró a pelear con toda clase de canes, de diversos tamaños y razas. Aquella era una tierra salvaje, y tan salvaje como ella, los hombres que la pisaban, por lo cual las luchas eran comúnmente a muerte.

Como *Colmillo Blanco* era el campeón, está claro que los que morían eran los otros. Él nunca quedó derrotado. Su especial preparación, desde las batallas con *Lip-Lip y* todos los cachorros, le sirvió admirablemente. No había, por ejemplo, otro que se sostuviera en pie en medio de todos los ataques. Precisamente el ardid favorito de sus enemigos solía ser el precipitarse contra él, directa o indirectamente, para empujarlo de lado e intentar derribarlo. Sabuesos del Mackenzie, perros esquimales, del Labrador* o de otras tierras, todos lo intentaron; pero infructuosamente. Los hombres se decían ya unos a otros que no había modo de hacerle perder el equilibrio, y aunque esperaban que ocurriera cada vez, *Colmillo Blanco* no les dio ese gusto.

Otra cosa que llamaba la atención era su rapidez, parecida a la del rayo. Esto le daba enorme ventaja sobre sus contrincantes. Por muy acostumbrados que estuvieran a la lucha, jamás hallaron un perro que se moviera tan veloz. Ni tampoco otro tan pronto en el

ataque, prescindiendo de gruñidos y demás preliminares. Mientras aún se preparaban ellos para la verdadera lucha, su fiero enemigo los revolcaba ya, y casi al momento acababa la pelea. Con tal frecuencia ocurrió esto, que al fin los hombres detenían a *Colmillo Blanco,* impidiéndole que se moviera hasta que el otro perro estuviera a punto de atacar.

Pero la mayor de todas las cualidades que le daban ventaja era su experiencia. Él sabía más acerca de cómo había que luchar que cualquiera de los que le ponían delante. Pues estos, aunque hubieran peleado muchas veces, no conocían tantos recursos y habilidades. Su método era perfecto, inmejorable. Por eso se consideraba invencible.

Con el transcurso del tiempo fue quedándose casi sin contrincantes caninos. Los hombres perdían ya la esperanza de hallarle un digno rival, y Smith no tuvo más remedio que buscar lobos para continuar las riñas. Los indios los cazaban con trampas expresamente para él, y el anuncio de que *Colmillo Blanco* iba a luchar con alguno de aquellos lobos atraía siempre a numeroso público. Una vez fue un lince lo que le pusieron frente a frente, y entonces sí que tuvo él que hacer prodigios para conservar la vida. Ambos combatientes eran igual de rápidos en los movimientos; pero en cambio, si el perro no contaba más que con sus dientes para el ataque, el lince luchaba también con sus temibles y afiladas garras.

Pero después de esta, cesaron las batallas. No había nuevos animales que oponer al triunfador, o, por lo menos, no se les consideraba dignos de él. Smith se limitó, pues, a exhibirlo, hasta que llegó a aquel país un tal Tim Keenan, gran jugador de cartas. Con él vino el primer perro de presa que pisó las tierras de Klondike. Que se organizara un encuentro entre ambos perros era inevitable, y durante una semana no se habló de otra cosa en ciertos barrios de la ciudad.

IV

En las garras de la muerte

Smith le quitó la cadena y retrocedió unos pasos.

Por primera vez en su vida, *Colmillo Blanco* no procedió al ataque inmediatamente. Se quedó quieto, hacia delante las puntiagudas orejas, avizor y furioso, estudiando al raro animal que tenía frente a él. jamás había visto un perro semejante. Tim Keenan lo azuzó murmurándole: «¡A él!».

El dogo* se dirigió balanceándose hacia el centro del círculo, torpe en el porte, corto de patas y algo agachado. Se paró y miró gruñendo a *Colmillo Blanco.* Entonces se oyeron gritos de: «¡Duro con él! ¡Embiste, *Cherokee!* ¡Cómetelo!».

Pero *Cherokee* no parecía tener prisa ni muchas ganas de pelearse. Volvió la cabeza hacia los que lo animaban y parpadeó, moviendo al mismo tiempo, con aire campechano, aquel muñón que tenía por rabo. No era que tuviese miedo, sino pereza de empezar. Además, no entendía que tuviese el deber de luchar contra aquel perro que le habían puesto delante, de raza desconocida para él, y esperaba que le trajeran otro, el verdadero.

Tim Keenan se adelantó y, agachándose, comenzó a pasarle la mano por el lomo a *Cherokee;* pero a contrapelo y con movimientos que lo impulsaban hacia delante. Aparte de lo que de sugestión tenían aquellas caricias, producían sobre la piel un efecto irritante, por lo que pronto el dogo comenzó a gruñir suave y roncamente. Existía cierta correspondencia entre el ritmo de aquellos gruñidos y los movimientos que ejecutaban las manos del hombre. Los primeros se detenían al llegar los segundos a su punto culminante; cesaban después y volvían a empezar. Bruscamente, como una sacudida, sonaba el gruñido.

No dejó esto de producir también su efecto sobre *Colmillo Blanco.* Lo contemplaba con los pelos y el pecho tiesos. Tim Keenan le dio un empujón final al dogo y volvió a su sitio. El animal continuó por su propia voluntad emprendiendo una rápida carrera que hizo que pareciera más patizambo que nunca. Entonces, *Colmillo Blanco* se le echó encima. Un grito de sorpresa y admiración brotó del público. De un salto, más propio de un gato que de un perro, acababa de salvar la distancia que los separaba, y con la misma felina rapidez le clavó los colmillos, desgarrando, y echándose luego a un lado de otro salto.

Al perro de presa le corría la sangre por detrás de una oreja a consecuencia de la herida en la parte alta del cuello. No dio la menor señal de dolor, y, mudo, se volvió para perseguir a su enemigo. El juego desplegado por ambos perros, la rapidez del uno y la tranquila firmeza del otro habían excitado a la multitud, dividida en dos bandos, y entre los hombres se cruzaban primeras apuestas o se doblaban las anteriores.

Colmillo Blanco atacó repetidas veces, hiriendo siempre y apartándose ileso; pero su raro enemigo lo seguía, sin apresurarse mucho ni mostrar excesiva lentitud, aunque con la más firme decisión, atento a realizar su propósito. Porque era evidente que había un plan que inspiraba su método de lucha: que se proponía algo, de lo cual nada era capaz de distraerlo.

En su aire, en todos sus actos, existía el sello de aquel oculto designio. A *Colmillo Blanco* aquello llegó a desconcertarlo. jamás se había hallado con un perro semejante. Comenzaba por tener largo pelo que le protegía el cuerpo, que era blando y sangraba con facilidad. Al morderle, no hallaba, como en otros casos, un espeso pelaje que le parara los dientes, sino que estos se hundían con facilidad en la carne, sin que el animal pudiera defenderse. Y otra cosa que lo tenía perplejo era que apenas se quejaba, que no alborotaba, como hacían los demás que él conocía. Aparte de gruñir o de ladrar alguna vez, se mantenía silencioso. Y nunca dio muestras de flaqueza en su constante persecución.

No era que *Cherokee* fuese lento en actuar. Se revolvía y giraba con bastante rapidez; pero nunca hallaba a *Colmillo Blanco* en el sitio que él esperaba. También a él le tenía aquello perplejo. No estaba acostumbrado a encuentros en los que era imposible hacer presa. El deseo de agarrarse para luchar había sido siempre mutuo entre ambos combatientes en todas sus peleas; pero ahora se encontraba con uno que era diferente, que se mantenía de continuo a cierta distancia, bailoteando con el cuerpo aquí y allá y en todas partes. Y cuando mordía, era como al vuelo, sin aguantar, sino saltando y saliendo disparado como un rayo.

Pero lo que deseaba *Colmillo Blanco* era llegar a la porción más blanda e inferior del cuello, buscando la garganta, y esto no podía conseguirlo. El dogo era para ello escaso de talla, y sus macizas quijadas acababan de protegerlo. *Colmillo Blanco* embestía y se retiraba ileso, en tanto que el otro estaba lleno de profundas heridas en la cabeza y en ambos lados del cuello. Su sangre corría en abundancia, pero no parecía haber perdido la serenidad. Continuó la laboriosa persecución, aunque hubo un momento en que, viéndose burlado, se paró y miró hacia los espectadores, moviendo el rabo para indicarles que él estaba dispuesto a seguir luchando.

En aquel mismo momento, *Colmillo Blanco* se le arrojó encima. Mordió y volvió a apartarse rápidamente, acabando de destrozarle lo poco que le quedaba de una oreja. Con ligera manifestación de rabia, *Cherokee* reanudó la persecución, corriendo por la parte interna del círculo que entonces trazaba el otro en su carrera, y esforzándose en asestarle en el cuello el golpe mortal que ansiaba. Erró aquel golpe por el grueso de un cabello. El público gritó de admiración al ver que *Colmillo Blanco lo* había evitado torciendo el cuerpo y saliendo en dirección opuesta.

El tiempo pasaba y *Colmillo Blanco* aún bailoteaba sin cesar, burlando ataques y esquivándolos, saltando de mil formas diferentes y siempre produciendo nuevos daños, aunque seguido por el dogo, sin la menor indecisión. Tarde o temprano, este acabaría por realizar su propósito: hacer presa en él de tal modo que quedara terminada la batalla a favor suyo. Entretanto iba soportando el castigo. Aquellas dos crestas que tenía por orejas se habían convertido en borlas colgantes; tenía el cuello y el pecho sajados en veinte sitios diferentes, y hasta de los destrozados labios le chorreaba la sangre..., todo por culpa de aquel modo de morder, rápido como el rayo, que estaba por encima de toda previsión y contra el cual no existía medio de ponerse en guardia.

Colmillo Blanco había intentado derribar a su contrario varias veces; pero la diferencia de talla era demasiado grande para que lo lograra. *Cherokee* levantaba del suelo muy poco, como si estuviera pegado a él. *Colmillo Blanco* se equivocó en repetir la suerte una vez más de lo que le convenía. Se le presentó la ocasión en una de sus vueltas y revueltas, en que vio al otro con la cabeza hacia un lado, por no ser él tan veloz en el girar. Le quedaba al descubierto una parte lateral del pecho. *Colmillo Blanco* embistió contra esta, pero por la misma fuerza de la arremetida, su cuerpo pasó por encima del otro perro. Por primera vez en la historia de sus luchas, los hombres vieron que el animal perdía pie y caía. Dio una voltereta en el aire, y hubiera ido a parar al suelo de espaldas si no se hubiera retorcido como un gato, en el aire aún, esforzándose en caer de pie. No pudo conseguirlo y cayó de lado y pesadamente. Un momento después se había levantado; pero aquel mismo momento lo aprovechó *Cherokee* para clavarle los dientes debajo del cuello, sobre la garganta.

No acertó bien el sitio, que estaba demasiado cerca del pecho; pero el dogo no soltó la presa. En pie ya *Colmillo Blanco,* se puso a dar furiosas vueltas, tratando de sacudirse de encima a su enemigo. Lo tenía fuera de sí aquel peso que le colgaba del cuello y limitaba sus propios movimientos, robándole la libertad. Parecía una trampa, y todos sus instintos se rebelaban indignados contra semejante cosa. Durante algunos minutos pareció que el animal se había vuelto loco. Pero el mismo caudal de vitalidad que en él se albergaba vino en su ayuda. El deseo de vivir se sobrepuso a todo, y sin cerebro que le guiara, solo

por el ciego anhelo de su carne que se aferraba a la vida y al movimiento, se movió al azar incesantemente, porque el movimiento era la expresión de su existencia.

Siempre dando vueltas, girando sobre sí como un torbellino, en una dirección o en la contraria, no cejaba en su empeño de librarse de aquel peso -de lo menos veinte kilos- que lo oprimía.

El dogo se limitó a no soltar su presa por nada del mundo. Alguna que otra vez se esforzó en tocar el suelo con los pies para afirmarse y resistirse a ser arrastrado; pero inmediatamente volvía a serlo y a verse volando por los aires, arrebatado por la furia de una de aquellas locas vueltas de *Colmillo Blanco. Cherokee* se conformó al fin con obedecer ciegamente a su instinto. Sabía que, al no aflojar los dientes, estaba haciendo lo que debía, y esto bastaba para producirle deliciosos escalofríos de satisfacción. En tales momentos llegaba a cerrar los ojos y a dejar que su cuerpo fuera lanzado de aquí para allá, sin orden ni concierto, desdeñando cuantos daños pudiera recibir. No valía la pena que se fijara en ellos. Lo esencial era apretar los dientes, no soltar, y así lo hizo.

Colmillo Blanco no cejó hasta que no pudo más. Estaba rendido y no llegaba a comprender aún lo que le estaba pasando, pues no tenía precedente en ninguna de sus luchas. No era así como peleaban los otros perros. Con los otros no tenía más que morder y escaparse, y luego vuelta a empezar. Ahora estaba medio tendido en el suelo, casi sin aliento y esforzándose en recobrarlo. *Cherokee,* aferrados aún los dientes a su cuerpo, en el mismo sitio, procuraba tenderlo de lado. El caído se resistió y entretanto sentía que las quijadas que lo tenían apresado se aflojaban algo, como si fueran a soltarlo, para apretar más después en una especie de masticación. Y a cada uno de estos movimientos, los dientes penetraban más hondamente en la garganta. El método seguido por el perro de presa consistía en conservar lo que ya tenía y esperar una oportunidad para alcanzar más. Ese momento oportuno podía llegar cuando *Colmillo Blanco* permaneciera quieto. Mientras luchaba, *Cherokee* se contentaba con no soltar la presa.

La hinchada parte posterior del cuello del contrario era lo único que quedaba al alcance de los dientes del caído. Allí mordió *Colmillo Blanco,* pero sin practicar el sistema de masticación del otro, para lo cual tampoco eran apropiadas sus quijadas. Con esfuerzo espasmódico, desgarró, sajó cuanto pudo, hasta que un cambio de posición se lo impidió. El dogo había logrado hacerle rodar hasta dejarlo de espaldas, y, siempre sin abrir la boca, se le colocó encima. Como un gato, *Colmillo Blanco* arqueó entonces sus cuartos posteriores y, asestándole rapidísimos golpes en el abdomen, con las garras le abrió tan hondas heridas que por ellas le hubiese sacado el redaño*, de no haber girado *Cherokee* rápidamente sobre sus cerradas mandíbulas, apartando el cuerpo hasta formar ángulo recto con el del otro.

Estaba claro: no había modo de escapar de aquellos dientes siempre aferrados a su presa. Era una inexorable fatalidad. Poco a poco se elevaba, siguiendo la yugular*. Lo único que salvó a *Colmillo Blanco* de la muerte fue su abundancia de pelo. Se le quedaba en la boca hecho una bola y los dientes se le embotaban, pero en cuanto se presentaba la ocasión, aumentaba el tamaño de esa especie de bola que tenía en la boca, y el resultado era que *Colmillo Blanco* se ahogaba lentamente. Su dificultad para respirar crecía por momentos.

Ya casi podía darse la batalla por terminada. Los que habían apostado a favor del dogo no cabían en sí de júbilo, y su número había aumentado. Los otros estaban tan deprimidos que rechazaban ya apuestas de diez o de veinte contra uno, aunque hubo quien se arriesgó tercamente a apostar a favor de *Colmillo Blanco.* Fue el Hermoso Smith. Dio un paso hacia el círculo en que se verificaba la lucha y señaló con el dedo a su perro. Entonces comenzó a reírse de él del modo más sarcástico y cruel que le fue posible. No se hizo esperar el efecto deseado: *Colmillo Blanco,* enloquecido de rabia, apeló a las escasas reservas de fuerzas que le quedaban y logró incorporarse hasta quedar en pie. Con la lucha que sostuvo, dando vueltas alrededor del círculo para librarse de aquel terrible peso del dogo que lo agobiaba, su furia se convirtió en loco terror. Había perdido de nuevo toda señal de inteligencia, y solo el ansia animal de vivir lo obligaba a repetir vueltas y vueltas, cayendo aquí y levantándose allá, y hasta se puso a veces en pie para alzar por completo el peso y librarse de una vez de las terribles garras de la muerte.

Al fin cayó tendido de espaldas, extenuado, y el dogo aprovechó la ocasión para aflojar los dientes y clavarlos mejor, ensanchando la herida y apretándole más el gaznate para ahogarlo. Una tempestad de aplausos saludó al vencedor, brotando por todas partes gritos de *«¡Cherokee...! ¡Cherokee!»,* mientras este contestaba moviendo con fuerza el casi mutilado rabo. Pero no bastaba aquello para distraer su atención, y no porque moviera el rabo debía mover las mandíbulas, que continuaban cerradas, quietas, siempre terriblemente atentas a no soltar la presa.

Pero ocurrió algo que a quien distrajo fue a los espectadores. Se oyó ruido de cascabeles y los gritos de un conductor de trineo. La ansiedad, el miedo de que la policía se acercara, aparecieron reflejados en todos los rostros, excepto en el de Smith. Pronto se divisaron en la parte alta del acostumbrado sendero, y no en la baja, como temían ellos, dos hombres en su trineo y sus correspondientes perros. Era evidente que regresaban de algún viaje de exploración. Al divisar aquella aglomeración de gente, pararon y se acercaron para confundirse con los demás, curiosos por averiguar el motivo de tan animada reunión. De los dos hombres, uno, el que guiaba el trineo, llevaba bigote; pero el otro, más alto que él y más joven, iba afeitado y, por efecto del frío y del ejercicio al aire libre que había activado la circulación de la sangre, tenía el rostro sonrosado.

En realidad, *Colmillo Blanco* estaba fuera de combate. De cuando en cuando realizaba únicamente espasmódicos esfuerzos, sin resultado alguno. Apenas podía respirar, y la terca presión del dogo hacía que a cada momento le fuera aún más difícil. A pesar de la protección relativa de su peluda piel, su enemigo le habría abierto ya la gran vena del cuello de no ser por haberle mordido en sitio tan bajo que se confundía con el pecho. Pero no necesitó mucho tiempo para ir ensanchando la herida hacia arriba, y se encontró con mucha más piel colgante y mayor cantidad de pelo.

Entretanto, la fiera que dormitaba en los abismos de la naturaleza de Smith despertó, se le subió a la cabeza y le privó de la chispa de razón que le quedaba en los momentos de lucidez. Cuando vio que a *Colmillo Blanco* empezaban a nublársele los ojos, no tuvo ni un asomo de duda de que había perdido la partida. Entonces, el hombre perdió también los estribos. Saltó junto al pobre perro y desahogó su rabia contra él a patadas. Se oyeron rumores de desaprobación y gritos, pero nada más, y Smith continuó como si tal cosa,

hasta que de pronto se produjo gran confusión entre el público. El más alto de los recién llegados se abría paso a viva fuerza, empujando a un lado a cuantos tenía delante, sin el menor miramiento. Cuando consiguió llegar al centro de la pista, Smith iba a darle otra patada al caído perro. Todo el peso de su cuerpo descansaba en aquel momento sobre un solo pie, escasa base para guardar el equilibrio. En aquel mismo instante, el recién llegado le dio un puñetazo certero en el rostro. La única pierna que sostenía a Smith se alejó violentamente del suelo, y todo su cuerpo se elevó en el aire para caer luego de espaldas y chocar con fuerza contra la nieve. Entonces, el intruso se volvió al gentío y les gritó a todos:

-¡Cobardes! ¡Brutos!

También él parecía loco de ira... aunque su furiosa indignación era de cuerdo. Sus ojos grises, metálicos, como de acero, relampagueaban al mirar a la multitud. Smith volvió a ponerse en pie y se le acercó casi sollozando cobardemente. El otro se quedó perplejo un instante. No sabía hasta dónde llegaba la cobardía de Smith, y lo que creyó era que venía a luchar contra él. Así pues, gritándole «¡Bruto! ¡Fiera!», volvió a tenderlo en el suelo de un segundo puñetazo en plena cara. El Hermoso Smith comprendió entonces que el sitio en que se hallaba más seguro era el mismo en que cayó sobre la nieve; allí se quedó inmóvil, renunciando ya a todo esfuerzo por levantarse.

-Ven, Matt, ayúdame -dijo el recién llegado al conductor del trineo, que le había seguido hasta el centro de la pista.

Ambos hombres se inclinaron sobre los perros. Matt cogió a *Colmillo Blanco,* preparándose a tirar de él en cuanto *Cherokee* soltara a su presa. Para hacerle abrir la boca al dogo, el más joven le tenía cogidas las quijadas esforzándose en separarlas.

Pero era una empresa vana. Mientras forcejeaba, estirando unas veces y retorciendo otras, iba repitiendo furiosamente: «¡Brutos! ¡Bestias!».

La multitud comenzaba ya a rebelarse con indómito impulso contra el intruso, y algunos censuraban a gritos que se hubiera interrumpido su diversión; pero enmudecieron en cuanto el joven levantó la cabeza y clavó sus indignados ojos en ellos.

-¡Condenadas fieras! -exclamó al fin con rabia, y sin añadir más, volvió a su tarea.

-Es inútil, señor Scott; así no se las abrirá usted nunca -observó al cabo de un rato Matt.

Ambos hombres se detuvieron y examinaron a los dos perros, que parecían clavados uno a otro.

-Y no sangra mucho -afirmó Matt-. Aún está a medio camino.

-Sí, pero en el momento menos pensado se nos queda entre las manos -contestó Scott-. ¡Fíjate! ¿Has visto? Ya ha aflojado un poco el otro.

La excitación del joven y su temor de no poder salvar a *Colmillo Blanco* iban en aumento. Golpeó furiosamente la cabeza de *Cherokee* repetidas veces; pero el perro no despegaba las mandíbulas. Solo movió la cola indicando que comprendía lo que significaban aquellos golpes, pero que él estaba en su derecho a resistirse y que no hacía más que cumplir con su deber.

-Pero ¿no hay nadie que quiera ayudar? -gritó desesperadamente Scott a la muchedumbre.

Nadie contestó. Al contrario, comenzaron a aclamarle sarcásticamente y a darle burlones consejos.

-Tendrá usted que emplear una palanca -observó a su vez Matt.

El otro sacó el revólver de la funda que llevaba sobre la cadera y se esforzó en meter el cañón entre las quijadas del dogo. Empujó con toda su fuerza una y otra vez hasta el punto de que se oía chirriar el acero contra los acerados dientes. Ambos hombres estaban arrodillados con el cuerpo inclinado sobre los perros. Entonces, Tim Keenan se adelantó dirigiéndose a la pista. Se paró junto a Scott y lo tocó en el hombro, diciéndole con aire amenazador:

-No le rompa usted los dientes, caballero.

-Pues entonces lo que le romperé será la cabeza -replicó Scott continuando su tarea de empujar el cañón del revólver para hacerlo servir de cuña.

-Le he dicho a usted que no le rompa los dientes -repitió, con expresión más amenazadora aún que antes, el jugador.

Pero si creyó intimidarle con bravatas, se llevó un chasco. Scott continuó tranquilamente, aunque le dirigió la mirada con frialdad y le preguntó:

-¿Es su perro?

El jugador contestó con una especie de gruñido.

-Pues entonces -añadió el otro-, venga usted aquí y oblíguelo a soltar la presa.

-Bueno, forastero -balbuceó su interlocutor de un modo que resultaba irritante-; pero he de confesar que no lo hice en mi vida con mis propias manos y que ignoro el procedimiento.

-Pues entonces apártese -fue la respuesta-, y no me moleste más. Estoy ocupado.

Tim Keenan se quedó allí mirando; pero Scott no le hizo ya el menor caso. Había logrado introducir el cañón entre las quijadas, por un lado, y forcejeaba para hacerlo salir por el lado opuesto. Una vez conseguido, fue apalancando suavemente y con cuidado hasta abrir poco a poco las cerradas mandíbulas, mientras Matt aprovechaba los momentos oportunos para ir retirando el magullado y herido cuello de *Colmillo Blanco.*

-Esté usted preparado para retirar a su perro -le ordenó secamente Scott al dueño de *Cherokee.*

El jugador obedeció y se agachó, asiendo fuertemente al animal.

-¡Ahora! -gritó Scott, con una presión final sobre la palanca.

Los perros fueron separados, aunque el dogo se resistió vigorosamente a ello.

-Lléveselo -mandó Scott, y Tim Keenan arrastró a *Cherokee* hacia la multitud, confundiéndose con ella.

Colmillo Blanco intentó repetidas veces incorporarse, sin lograrlo. Al fin, pudo ponerse en pie, pero la debilidad de sus piernas le impidió sostenerse y, desfallecido, volvió a caer sobre la nieve. Tenía medio cerrados los ojos, de apariencia vítrea; abiertas las mandíbulas, y entre ellas asomaba la lengua, enlodada y colgante. Daba la sensación de que había sido estrangulado. Matt lo examinó cuidadosamente.

-Casi ha acabado con él -dijo-, pero aún respira. Smith, que se había levantado ya del suelo, se acercó para mirar a *Colmillo Blanco.*

-Matt, ¿cuánto vale un buen perro de trineo? -preguntó Scott.

El interrogado, de rodillas aún en la nieve e inclinado sobre el animal, estuvo calculando un momento.

-Trescientos dólares -contestó.

Y ¿cuánto podría darse por uno que estuviera en el estado de este? -preguntó Scott tocando con el pie a *Colmillo Blanco.*

-La mitad de ese precio.

Entonces Scott se volvió hacia Smith.

-¿Lo has oído, fiera? Te voy a quitar tu perro, y voy a darte por él ciento cincuenta dólares.

Abrió la cartera que llevaba y contó los billetes. Smith se echó las manos a la espalda y se negó a tomar el dinero que le ofrecían.

-No lo vendo -dijo.

-¡Ah, sí! Tú lo vendes -afirmó el otro-. Porque yo lo compro. Ahí tienes tu dinero. El perro es mío.

Smith, con las manos atrás aún, fue retrocediendo.

Scott se precipitó hacia él de un salto con la intención de darle un puñetazo.

-Estoy en mi derecho -dijo el monstruo casi llorando.

-No tienes ningún derecho ya a seguir en posesión de ese perro -fue la contestación-. ¿Vas a tomar ese dinero o quieres que vuelva a pegarte?

-Bueno, lo tomo -dijo Smith con la precipitación propia del miedo-. Pero conste que es porque me obligan -añadió-. El perro es mío y no voy a dejármelo robar. Todo hombre tiene sus derechos.

-Perfectamente -replicó Scott, entregándole los billetes-. Todo hombre tiene sus derechos; pero tú no eres un hombre: tú eres una bestia.

-Espere usted que vuelva yo a Dawson -insistió Smith con amenazadora expresión-. Ya cuidaré de que le apliquen la ley.

-Si llegas a abrir la boca en cuanto vuelvas a Dawson, te hago arrojar de la ciudad..., ¿entiendes?

Smith replicó con un gruñido.

-¿Entiendes? -repitió el otro con voz de trueno y súbitamente enfurecido.

-Sí -contestó de malos modos Smith, pero ya en clara retirada.

-¿Sí y qué más?

-Sí, caballero -añadió Smith con dureza, de mala gana.

-¡Cuidado, que va a morderte! -gritó alguien entonces, y una explosión de carcajadas celebró la gracia.

Scott le volvió la espalda y se dirigió adonde estaba el conductor del trineo, para ayudarle en el cuidado de *Colmillo Blanco.*

Algunos de los hombres se marcharon ya; pero otros continuaron allí de mirones, formando grupos y charlando. A uno de esos grupos se acercó Tim Keenan.

-¿Quién es ese tío? -preguntó.

-Weedon Scott -contestó alguien.

-Y ¿quién diablos es Weedon Scott? -insistió el jugador.

-¡Oh!, es un as de oros... Es uno de esos técnicos que tienen en las minas. Está a partir un piñón con todos los gordos. Si quieres ahorrarte quebraderos de cabeza, procura estar bien con él y a cierta distancia; ese es mi consejo. Tiene a todas las autoridades en el bolsillo. El intendente* de las minas es íntimo amigo suyo.

-Ya me figuraba yo que era alguien -observó el jugador-. Por eso desde el principio me guardé bien de ponerle la mano encima.

V

El indomable

Es inútil…, no hay que esperar nada –tuvo que confesar Weedon Scott.

Se sentó en el umbral de su choza y miró de hito al conductor del trineo, que contestó encogiendo los hombros, tan desesperanzado como él.

Ambos miraron a *Colmillo Blanco,* que, sujeto por la cadena que él mismo mantenía siempre tirante, gruñía ferozmente, con todo el pelaje erizado, intentando arrojarse sobre los perros del trineo. Después de las duras lecciones de Matt, dadas garrote en mano, estos habían aprendido ya que debían dejar tranquilo al nuevo compañero, y estaban echados a cierta distancia de él, como si se hubieran olvidado hasta de su existencia.

-No es más que un lobo, y no hay modo posible de domarlo -afirmó Weedon Scott.

-Según... No estoy muy seguro de eso -objetó Matt-. Es posible que haya en él mucho de perro. Pero hay algo de lo que sí estoy completamente seguro, y de ahí no me saca nadie.

Hizo aquí el hombre una pausa y, mirando hacia el monte -el Moosehide-, como si con él compartiera el secreto, movió afirmativamente la cabeza.

-Bueno, hombre, no seas tan avaro de palabras -exclamó Scott, después de esperar un rato a que el otro continuara-. A ver si revientas de una vez. ¿Qué es? ¿De qué se trata?

El conductor del trineo señaló a *Colmillo Blanco* con un movimiento hacia atrás del pulgar.

-Lobo o perro, para el caso es lo mismo; a este lo han domado ya antes de ahora.

-¡Que no, hombre!

-Le digo a usted que sí, y que lo han enganchado al tiro. Mire usted aquí; fíjese: ¿ve usted esas señales que le cruzan el pecho?

-Tienes razón, Matt. Fue perro de trineo antes de que se apoderara de él Smith.

-Y no hay ningún motivo importante para que no vuelva a serlo ahora.

-¿Crees tú? -le preguntó anhelosamente Scott. Pero perdida otra vez la incipiente esperanza, añadió moviendo con lentitud la cabeza-: Ha pasado dos semanas con nosotros, y si antes era salvaje, ahora lo es más.

-Dele usted ocasión de manifestarse tal cual es -le aconsejó Matt-. Suéltelo, para ver qué hace.

Su interlocutor lo miró con aire incrédulo.

-Sí -continuó Matt-, ya sé que usted lo intentó, pero sin proveerse de una buena tranca.

A ver, pruébalo, pues.

Matt cogió un garrote y se dirigió hacia el encadenado animal. *Colmillo Blanco* fijó los ojos en el palo como un león enjaulado mira al látigo del domador.

-Fíjese en que no aparta la vista del garrote -observó Matt-. Buena señal. No es tonto. No será tan loco que se atreva a tocarme mientras vea que estoy bien pertrechado.

A medida que el hombre acercaba la mano a su cuello, el perro gruñía más, se le erizaban los pelos y se agachaba. Pero al mismo tiempo que miraba aquella mano, no perdía de vista el palo que enarbolaba la otra amenazadoramente. Matt desató la cadena del collar y retrocedió unos pasos.

Parecía que *Colmillo Blanco* no comprendía que realmente se hallaba libre. Habían transcurrido muchos meses desde el día en que Smith había entrado en posesión de él. Durante todo ese tiempo, no pudo gozar ni de un momento de libertad, excepto cuando se le soltaba para luchar contra otros perros. Pero después volvía inmediatamente a verse aprisionado.

No supo qué hacer con su libertad. Tal vez los dioses le preparaban una nueva diablura. Comenzó a andar lenta y recelosamente, dispuesto a resistir cualquier ataque. La situación, sin precedentes para él, le parecía embarazosa. Tomó de momento el partido de alejarse de aquellos dos dioses que lo estaban observando, escabulléndose hacia un rincón de la choza. No ocurrió nada nuevo. Era evidente que el animal se

sentía perplejo, y volvió junto al sitio que ocupaba antes, se quedó parado a una docena de pasos de distancia y miró fijamente a los dos hombres.

-¿No se escapará? -preguntó el dueño. Matt se encogió de hombros.

-Hay que arriesgarse -dijo-. El único modo de encontrar las cosas es buscándolas.

-¡Pobre animal! -murmuró con acento de lástima Scott-. Lo que necesita es que alguien lo trate con cariño -continuó, mientras andaba de un lado a otro de la choza.

Sacó un pedazo de carne y se lo arrojó a *Colmillo Blanco.* Este dio un salto, apartándose de la carne, y desde lejos la observó con recelo.

-¡Eh, *Mayor,* deja eso! -gritó amenazadoramente Matt demasiado tarde ya. *Mayor,* uno de los perros, se había arrojado de un salto sobre el trozo destinado al otro. En el mismo instante de hincarle el diente, este último saltó también sobre él, mordiéndolo y derribándolo. Aunque Matt acudió muy pronto, *Colmillo Blanco* fue más rápido. *Mayor* se puso en pie, bamboleándose; pero la sangre que salía a borbotones de su herida en el cuello enrojeció la nieve de su alrededor.

-El castigo ha sido cruel, pero bien empleado le está -dijo precipitadamente Scott.

Pero Matt ya tenía un pie en el aire para darle con la punta a *Colmillo Blanco.* Otro salto de este, el brillo fugaz de unos dientes blanquísimos y una brusca exclamación. El animal, gruñendo furiosamente, retrocedía unos cuantos metros, mientras Matt se agachaba examinando su pierna.

-Me ha cogido de lleno -dijo señalando las desgarradas ropas y la sangre que empezaba a correr de la herida.

-Ya te advertí que el caso no tenía remedio, Matt -observó Scott con aire descorazonado-. Me he convencido de ello mil veces, y no quería pensarlo. Pero hemos llegado al final. Esto es lo único que hay que hacer.

Y mientras hablaba, echó mano al revólver, como de mala gana, abrió el cilindro y examinó su contenido para mayor seguridad.

-Mire usted, señor Scott -objetó Matt-. Ese perro ha vivido siempre en un verdadero infierno. No era de esperar que de pronto se convirtiera en un ángel de bondad. Dele usted tiempo y veremos si cambia.

-Fíjate en cómo está *Mayor* -replicó el otro.

El conductor del trineo examinó el perro herido. Se había desplomado sobre la nieve, en el charco que formaba su sangre, y daba las últimas boqueadas.

-Bien empleado le está. Usted mismo lo ha dicho, señor Scott. Quiso robarle la carne y lo ha pagado con la vida. No cabía esperar otra cosa. Ni dos cominos daría yo por un perro que no supiera defender su propia comida.

-Pero mírate a ti mismo, Matt. Lo de menos son los perros. Hay que ponerle a esto un límite.

-Pues bien empleado me está a mí también -arguyó tercamente Matt-. ¿Por qué le di una patada? Usted mismo me dijo que estaba bien lo que hizo. Pues entonces, claro está que yo no tenía derecho a pegarle.

-Matarlo sería hacerle un favor -insistió Scott-. Es indomable.

-Bueno, mire usted, señor Scott; déle al infeliz la oportunidad que no ha tenido aún. Le digo a usted que ha salido del infierno, y esta es la primera vez que se ve libre. Dele usted tiempo de mostrar lo que realmente es, y si entonces falla... lo mataré yo mismo, ¡vaya...!

-Bien sabe Dios que no quisiera matarlo ni que lo matara nadie -contestó Scott, volviendo el revólver a la funda-. Lo dejaremos, pues, libre, y a ver si tratándolo bien conseguimos algo. Y vamos a empezar desde ahora.

Se dirigió hacia *Colmillo Blanco y* comenzó a hablarle con voz suave y cariñosas palabras.

-Más vale que tenga usted preparado un garrote -le advirtió Matt.

Scott movió negativamente la cabeza y continuó intentando ganarse la confianza del perro.

Colmillo Blanco se mostraba receloso. Algún daño lo amenazaba, seguro.

Acababa de matar al perro de aquel dios; había mordido, además, al que tenía por compañero, y después de esto, ¿qué podía esperar más que algún terrible castigo? Pero no se intimidaba por ello: seguía indomable. Con los pelos erizados, le enseñaba los dientes a Scott, ojo alerta y todo su cuerpo preparado para cualquier asechanza. El dios no llevaba garrote, y por eso el animal le permitió que se acercara bastante. Le vio adelantar una mano, que gradualmente iba bajando sobre su cabeza. *Colmillo Blanco* se encogió, muy excitado, y se agachó. Indudablemente creía ver en aquel gesto un daño para él, una traición o cosa semejante. Ya sabía de lo que eran capaces las manos de los dioses, conocía su maestría para el mal. Por otra parte, nunca le había gustado que lo tocaran. Gruñó más amenazadoramente, se agachó más, pero la mano siguió bajando a pesar de ello. No quería morderla, y estuvo aguantando aquel anuncio de peligro hasta que el instinto resurgió en él, dominándolo por completo con su ansia insaciable de vida.

Weedon Scott creía que tendría tiempo de retirar rápidamente la mano, pero no fue así, y una vez más tuvo que convencerse de la estupenda celeridad de *Colmillo Blanco,* que le clavó los dientes con la presteza de una serpiente.

El herido lanzó un grito de dolor y de sorpresa, mientras apretaba la desgarrada mano con la otra. Casi al mismo tiempo, Matt lanzó un terrible juramento y acudió de un salto en su auxilio. *Colmillo Blanco,* muy agachado, con la misma excitación de antes, mostrando los dientes y lanzando amenazadoras miradas, retrocedió, apartándose a un lado. Ahora sí que podía esperar una paliza descomunal, peor que las de Smith.

-¿Qué vas a hacer? -gritó de pronto Scott.

Matt corrió como un rayo hacia el interior de la choza y enseguida salió de ella rifle en mano.

-Nada -contestó lentamente, con una calma que no era más que fingida-. No voy a hacer más que cumplir mi promesa. Me parece que ha llegado ya la hora de que lo mate, como dije.

-¡No, no lo matarás!

-¿Que no? Ahora verá usted.

Igual que Matt había salido en defensa del perro cuando fue él el mordido, lo defendió ahora Scott.

-Dijiste que le diéramos tiempo para que pudiera cambiar. Pues bien: dáselo. No hemos hecho más que empezar, y no podemos darlo todo tan pronto por terminado. Esta vez soy yo quien tengo que decir que me está bien empleado. Y ¡mira, miralo ahora!

Colmillo Blanco, junto a una esquina de la choza a diez o doce metros de distancia, gruñía, con una mala intención capaz de helarle la sangre a cualquiera, no precisamente a Scott, sino al conductor del trineo.

-¡Vaya, está visto que no van a acabarse nunca las sorpresas! -exclamó el último con expresión de asombro.

-Mira si es inteligente -añadió con precipitación Scott-. Sabe tan bien como tú lo que son las armas de fuego: posee inteligencia, y hay que ayudarlo. Levanta el rifle.

-Bueno, conforme -contestó Matt, dejando el arma junto a un montón de leña. Un momento después exclamaba-: Pero ¡fíjese ahora!

Colmillo Blanco se había apaciguado y no gruñía en absoluto.

-Esto vale la pena estudiarlo. Observe usted lo que hace -añadió nuestro hombre.

Volvió a coger el rifle, y el perro comenzó a ladrar de nuevo. Lo abandonó, apartándose algo, y los encogidos labios del animal fueron cerrándose hasta ocultar sus amenazadores dientes.

Ahora vamos a ver..., por probar solamente.

Empuñó el rifle y comenzó a levantarlo lentamente como para apoyar la culata en el hombro. Inmediatamente resonaron los gruñidos, que fueron aumentando a medida que el arma se acercaba a la posición de apuntar. Pero un momento antes de que llegara a ella, el animal saltó de lado y se ocultó detrás de la esquina de la choza. Matt se quedó mirando por encima del cañón al vacío espacio en donde antes estaba *Colmillo Blanco.*

Bajando entonces el arma con aire solemne, dio media vuelta y miró a su amo.

-Tiene usted mucha razón, señor Scott. Ese perro es demasiado inteligente para que lo matemos.

VI

El maestro del amor

Al ver *Colmillo Blanco* que Weedon Scott se le acercaba, se le erizó el pelo y comenzó a gruñir como indicando que no sufriría con paciencia el castigo. Habían transcurrido veinticuatro horas desde que desgarró la mano que aparecía ahora vendada y en cabestrillo. Lo habían acostumbrado en pasados tiempos a aplazarle a veces el castigo, y creía que ahora iba a ocurrir lo mismo. ¿Cómo hubiera podido ser de otro modo? Había cometido lo que para él resultaba un sacrilegio al hundir los dientes en la sagrada carne

de un dios, y nada menos que de un dios blanco. Según el orden natural de las cosas y tratándose de un dios, algo terrible debía de ocurrirle.

El dios se sentó a algunos palmos de distancia de él. El animal no vio nada peligroso en ello. Cuando los dioses castigaban, lo hacían de pie. Además, no llevaba garrote, látigo ni arma alguna, y él estaba libre, no había atadura que lo aprisionara. Le sería fácil huir mientras el otro se levantaba. Entretanto, lo mejor era esperar y ver lo que ocurría.

El dios permaneció quieto, sin producir el menor movimiento, y los gruñidos del perro fueron bajando de tono hasta cesar completamente. Entonces el dios habló, y esto hizo que volviera a alarmarse el animal; pero el hombre siguió hablando lenta, tranquilamente, sin hacer el menor movimiento hostil. Por algún tiempo resonaron juntos las palabras del uno y los gruñidos del otro, estableciéndose una especie de correspondencia entre el ritmo de aquellas y el de estos. Pero la conversación del dios parecía interminable. Le estuvo hablando a *Colmillo Blanco* como nadie le había hablado nunca, suavemente, como si su voz no fuera más que un calmante, con tan amable acento que llegó a impresionar al animal. A pesar suyo y contra todos los impulsos que lo aguijoneaban, adquirió confianza en aquel dios. Sentía una impresión de seguridad que venía a desmentir toda su experiencia adquirida en el trato con los hombres.

Después de largo rato, el dios se levantó y se metió en la choza. *Colmillo Blanco* estuvo observándolo con escudriñadora mirada, y además con cierta aprensión cuando lo vio salir de nuevo. No llevaba látigo, ni garrote, ni arma alguna, ni siquiera escondía detrás de la espalda la mano que le quedaba sana, ocultando algo en ella. Se sentó como antes, en el mismo sitio, y le alargó un trocito de carne. El perro enderezó las orejas y examinó la oferta receloso, no perdiendo de vista la carne ni al dios, en guardia contra cualquier movimiento hostil, con todo el cuerpo en tensión y dispuesto a apartarse de un salto en cuanto el hombre hiciera el más mínimo movimiento extraño.

Pero el castigo no llegó. El dios solo le acercó el trozo de carne al hocico. Y en esta no parecía que hubiera nada sospechoso. A pesar de ello, el animal aún recelaba, y aunque el hombre le ofrecía el alimento con repetidos movimientos de la mano, no quería cogerlo. Los dioses se pasaban de listos, y ¿quién sabe lo que habría ocultado en aquella carne, de apariencia inofensiva? Otras veces, especialmente al tratar con las mujeres de los indios, había comprobado la desastrosa relación que existía entre aquellos ofrecimientos y el castigo inmediato.

Al fin, el dios arrojó la carne sobre la nieve, a los pies de *Colmillo Blanco*. Él la olfateó con cuidado, pero sin mirarla, porque no separaba la vista del dios. Sin embargo, no pasó nada. Lo que sucedía era que el dios le ofrecía ahora otro pedazo. Se negó nuevamente a tomarlo de su mano, y de nuevo lo hizo desde el suelo. La escena se repitió varias veces. Pero llegó un momento en que el dios se negó a arrojarlo, lo conservó fuertemente apretado en la mano y se lo ofreció con gestos y ademanes cariñosos.

La carne era excelente y *Colmillo Blanco* sentía hambre. Poco a poco, se acercó con infinitas precauciones. Al fin decidió comérsela. No apartó los ojos del dios ni un momento. Adelantó la cabeza con las orejas aplastadas contra el cuello y los pelos erizados como si formaran una cresta. Gruñía veladamente como indicando que con él no se jugaba. Comió la carne, no obstante, y no ocurrió nada. Sería que el castigo quedaba aplazado.

Se relamió y esperó. El dios seguía hablando. Había en su voz algo amable..., algo a lo que el animal no estaba acostumbrado. Y en él surgieron sentimientos que no había experimentado nunca. Sentía cierta vaga satisfacción, como si alguien hubiera colmado una de sus más hondas necesidades, como si en su existencia acabara de llenarse un vacío. Pero luego volvieron a aparecer el aguijón de su instinto y las enseñanzas del pasado. La astucia de los dioses era infinita y solían valerse de los más recónditos medios para alcanzar sus fines.

¡Ah! ¡Ya se lo figuraba él! Ahí estaba lo que temía: la mano del dios, hábil para todo lo que pudiera hacer daño, que, tendida hacia él, descendía sobre su cabeza. Pero el dios continuaba hablando. Su voz era dulce, suave, y, en contraste con aquella amenazadora mano, inspiraba confianza. En *Colmillo Blanco* luchaban entonces los más opuestos sentimientos y ciegos impulsos. Parecía que iba a estallar por efecto de aquella terrible lucha contra las fuerzas opuestas que intentaban dominarlo.

Optó por una transacción entré ellos. Gruñó bajando las orejas, todo él se erizó, pero ni mordió ni se apartó de un salto. La mano descendió, cada vez más cerca, y llegó a tocar las puntas de los tiesos pelos. El animal se encogió. La mano siguió bajando y finalmente se apoyó. Más encogido que nunca, tembloroso, *Colmillo Blanco* logró, sin embargo, mantenerse quieto; pero aquella mano que se atrevía a tocarlo era todo un tormento. Iba contra todos sus instintos. No era posible que en un solo día él lograra olvidar todo el daño que le habían causado las manos de los hombres. Pero eso era la voluntad del dios y se esforzó en someterse a ella.

La mano se levantaba y volvía a bajar dando suaves golpecitos. Eran caricias. Así continuó un rato; pero cada vez que la mano se elevaba, el pelo se levantaba, y cada vez que descendía, se agachaban las orejas y resonaba un gruñido gutural, cavernoso, repetido una y otra vez como insistente advertencia. Era un modo de expresar que estaba dispuesto a vengar cualquier daño que pudieran causarle, porque era imposible que él supiera cuánto llegaría a apreciar el oculto motivo de lo que el dios estaba haciendo. De un momento a otro, aquella voz suave, que inspiraba confianza, podía convertirse en tempestuosa, prorrumpiendo en gritos y juramentos; aquella mano que tan dulcemente acariciaba se trocaría, tal vez, en durísima al asirlo para castigarlo.

Pero aquel cambio no se producía ni en la voz ni en los movimientos, que nada tenían de hostiles. *Colmillo Blanco* se hallaba flotando entre opuestos impulsos. Era una situación desagradable para sus instintos, porque se oponía al libre ejercicio de su voluntad. Y sin embargo, físicamente, lo que le ocurría le resultaba grato. Los suaves golpecitos fueron sustituidos por otra forma de caricia: ahora le restregaba suavemente la base de las orejas. El placer fue en aumento. Sin embargo, aún seguía desconfiando, siempre en guardia, en espera de imaginarios daños, sufriendo unas veces y gozando otras, según la impresión de cada momento.

-¡Pues, señor, que me ahorquen si lo entiendo! -exclamó Matt, que acababa de salir de la choza con la camisa arremangada y sosteniendo un barreño de agua sucia. Se quedó inmóvil en el momento en que se disponía a vaciarlo, ante el inesperado espectáculo de ver a Weedon Scott acariciando a *Colmillo Blanco.* En cuanto oyó aquella voz que venía a interrumpir el silencio, el perro saltó hacia atrás, gruñendo furiosamente al intruso.

Matt miró a su amo con marcadas muestras de desaprobación.

-Si supiera que no se iba a ofender, señor Scott, y pudiese decir todo lo que siento..., me atrevería a llamarle loco de remate, y se lo estaría llamando no una, sino cien mil veces.

Weedon Scott sonrió con aire de superioridad, se levantó y se acercó más a *Colmillo Blanco*. Volvió a hablar para amansarlo, y luego alargó lentamente la mano y la dejó descansar sobre su cabeza, reanudando las caricias y los suaves golpecitos. El animal lo soportó pacientemente, con los ojos fijos en aquel otro hombre que se había quedado inmóvil en la puerta de la choza.

-Usted será un técnico de los mejores...; bueno..., eso ya lo sabemos... -decía el conductor del trineo como hablando consigo mismo-; pero se dejó usted perder la mejor ocasión que podía presentarse en su vida al no escapar de su casa cuando era chiquillo para ingresar en una compañía de circo y convertirse en domador.

Colmillo Blanco gruñó al oír la voz del hombre; pero esta vez no se apartó de la mano que le acariciaba, lenta y prolongadamente, la cabeza y parte del cuello.

Para él, aquello era ya el principio del fin, la terminación de su antigua vida, de aquella que significaba el reinado del odio. Alboreaba otra nueva, incomprensiblemente hermosa, que requería mucho pensar e ilimitada paciencia por parte de Scott, y que para *Colmillo Blanco* suponía nada menos que una revolución total. Tendría que hacer caso omiso de todos sus impulsos, ponerse en contradicción con toda la experiencia adquirida.

En su vida anterior, actuar como lo estaba haciendo ahora hubiera sido inaudito. En una palabra: ahora tenía que orientarse en un mundo nuevo mucho más vasto que el que conoció al abandonar los bosques y aceptar a Castor Gris como dueño y señor. Entonces no era más que un cachorro, maleable, sin forma, apto para que se la fueran dando las circunstancias. Ahora todo resultaba bien distinto.

Se había endurecido hasta convertirse en un lobo de pelea fiero, implacable, incapaz de sentir amor ni de inspirarlo. Y ahora debía cambiar. Eso suponía un flujo de todo su ser, precisamente cuando había perdido ya la maleabilidad de la juventud; cuando sus fibras eran duras, nudosas; cuando la urdimbre y la calidad del tejido habían hecho de él algo recio, de diamantina impenetrabilidad; cuando su corteza espiritual era un hierro, y todos sus instintos y apreciaciones habían cristalizado en normas de conducta, en recelos, antipatías y deseos.

Y sin embargo, en esta nueva orientación, la misma mano de las circunstancias se apoderaba de él oprimiéndolo, aguijoneándolo, ablandando su dureza y plasmándolo de nuevo, para darle más hermosa forma. Weedon Scott era en realidad aquella mano. Había sabido llegar a las raíces de su naturaleza y despertar en ella fuerzas que dormían, que habían ido languideciendo hasta casi morir. Una de estas fuerzas era el amor, que venía a sustituir a aquellas simpatías de su más alto sentir en sus relaciones con los hombres.

Pero ese amor no fue cosa de un día. Empezó siendo mera simpatía y luego fue desarrollándose lentamente. *Colmillo Blanco* no escapó, aunque lo tuvieran en libertad, porque le gustaba aquel nuevo dios. El animal prefería la vida que él le proporcionaba a la otra de cuando Smith lo tenía enjaulado. Su destino era tener un dios, un hombre que fuera su dueño y señor. El sello de su servidumbre quedó grabado en él desde el primer día en que volvió la espalda al bosque y llegó arrastrándose hasta los pies de Castor Gris para recibir el castigo que esperaba. Y luego la impresión se renovó, fijándose para

siempre, cuando regresó por segunda vez a la vida salvaje, una vez terminada la época del hambre, y halló provisión de pescado en la aldea de su mismo amo.

Así fue como, por necesitar un dios y por defender que este fuera Weedon Scott y no Smith, *Colmillo Blanco* se quedó allí. En prueba de que le rendía vasallaje, se encargó de vigilar la propiedad de su amo. Rondaba alrededor de la choza mientras dormían los perros del trineo, cuando fue agredido a garrotazos por el primer hombre que fue a visitarla de noche. Y Scott tuvo que acudir en su auxilio. Pero pronto aprendió a distinguir entre los ladrones y la gente honrada, a apreciar en todo su valor lo que indicaba el modo de andar de las personas. Al hombre que llegaba con paso firme, decidido y resonante y se dirigía en línea recta a la puerta de la choza, lo dejaba tranquilo..., aunque se quedara vigilándolo hasta que la puerta se abría y era admitido por el amo. Pero con el que llegaba callada y suavemente, dando rodeos, vigilante y cauteloso, con evidente deseo de que nadie se enterara..., con ese sí que no mostraba la menor indulgencia *Colmillo Blanco, y* pronto le obligaba a marcharse deprisa e ignominiosamente.

Weedon Scott se había impuesto el deber de redimir al animal, o, mejor dicho, de redimir a la humanidad del pecado de maldad que había cometido contra *Colmillo Blanco.* Era cuestión de principios y de conciencia. Le parecía que todos los daños que le habían causado constituían una deuda que era preciso pagar. Por esto se empeñó en mostrarse particularmente amable y bondadoso con el que la fama consideraba como un lobo luchador, y no dejaba transcurrir un solo día sin acariciarlo un buen rato.

Receloso y hostil al principio, al perro acabó por gustarle que lo trataran así. Pero hubo algo de lo que nunca supo curarse: su costumbre de gruñir. Desde que empezaban las caricias hasta que terminaban, esos gruñidos eran incesantes. Sin embargo, existía en ellos cierta nota nueva que cualquier persona extraña no hubiera sabido apreciar, creyendo que aún se manifestaba en él el primitivo salvajismo atroz y horrible de siempre. Pero la garganta del animal estaba tan endurecida, tan acostumbrada a emitir aquellos feroces sonidos, desde el primero que intentó producir cuando cachorro para manifestar su enojo, que le era ahora imposible suavizarlo para expresar toda la dulzura de sus nuevos sentimientos. A pesar de todo, al oído, a la simpatía, mejor dicho, de Weedon Scott no se le escapaba aquella nota perdida, casi ahogada en un mar de fiereza: la nota que no era más que indicación ligerísima de su contenido, un gozoso zumbido interior que solo él podía oír. Con el paso de los días se aceleró la evolución de la simpatía hacia el amor. El mismo *Colmillo Blanco* comenzó a percatarse del cambio, aunque no supiese de un modo consciente lo que era amor. Sentía un vacío en todo su ser, un hambriento, doloroso, vivísimo anhelo que lo inquietaba, y que únicamente colmaba con la caricia del dios o con su sola presencia. En tales momentos, el amor resultaba para él un placer, una refinada y penetrante satisfacción. Pero en cuanto se alejaba de su dios, el dolor y la inquietud volvían, el vacío aparecía de nuevo como una opresión, y el hambre le mordía de nuevo incesantemente.

Colmillo Blanco estaba en el momento crítico del que anda buscándose a sí mismo. A pesar de hallarse ya en plena madurez y de lo rígido de aquel salvaje molde que le hizo ser tal cual era, se verificaba en su naturaleza una extraña expansión. Brotaban en él raros sentimientos e involuntarios impulsos. Sus antiguas normas de conducta evolucionaban. En su pasado gustaba de cuanto suponía bienestar y ausencia de todo dolor o molestia, y

detestaba lo contrario. Sus actos se ajustaban a aquellos gustos. Ahora había cambiado todo. Su nuevo modo de sentir lo llevaba con frecuencia a escoger la incomodidad y el dolor como homenaje a su dios. Así, en las primeras horas de la mañana, en vez de andar merodeando o de echarse en algún abrigado rincón, esperaba durante horas en el poco agradable umbral de la choza la aparición de su divinidad. Por la noche, cuando esta regresaba, se apresuraba a abandonar el hoyo que había cavado en la nieve para dormir. Dejaba el calor de su refugio solo para recibir la amistosa caricia de su amo, acompañada de suaves palabras. Hasta de la carne se olvidaba para estar con él y acompañarle a la ciudad.

Sus gustos, sus caprichos, habían cedido el sitio al amor. Y este amor era en él como la sonda que descendió hasta lo más profundo de su ser, hasta lugares que antes parecían insondables. El pago estaba en relación con lo que recibía. Aquel era un dios de verdad, un dios todo amor, todo luz tibia y confortante, y bajo la influencia de esa luz se expandía toda su naturaleza, como se abre al sol un cerrado capullo.

Pero *Colmillo Blanco* era poco amigo de demostrar lo que sentía; demasiado maduro y endurecido para adoptar nuevos modos de expansión; demasiado sereno, equilibrado y solitario; demasiado esquivo, encerrado en sí mismo y gruñón. No había sabido nunca lo que era ladrar, y no era ya cosa de que lo aprendiera ahora para dar la bienvenida a su amo cuando le viera llegar. Ni molestaba nunca ni se le podía tachar de que fuera indiscretamente expresivo en la manifestación de su amor. Ni siquiera salía al encuentro de su dios cuando este se acercaba. Lo esperaba a distancia; pero lo esperaba, no se movía nunca. Su amor tenía algo de adoración muda. Lo expresaba con la fijeza de sus ojos y con aquel constante seguir con la mirada todos los movimientos de su dios. Y a veces, cuando su dios lo miraba a él y le dirigía la palabra, se traslucía en su porte inquieto el embarazo causado por la lucha entre su amor y la incapacidad física para demostrarlo.

En muchas cosas aprendió a adaptarse a su nuevo género de vida. Se le enseñó a no meterse con los otros perros de su amo; pero no sin que antes, como afirmación del impulso dominante de su naturaleza, les demostrara por medio de la violencia su superioridad y les exigiera el reconocimiento de su jefatura. Hecho esto, halló pocas dificultades en sus relaciones con ellos. Se apartaban sin inconveniente cuando él iba y venía, y su voluntad era respetada.

De parecido modo llegó a tolerar la presencia de Matt, a quien consideraba como algo qué pertenecía a su amo. Scott le daba la comida pocas veces: el que estaba encargado de ello era Matt; pero *Colmillo Blanco* adivinaba que lo que comía era de su amo, y que el otro lo alimentaba solo por delegación suya.

Matt fue quien trató de engancharlo al trineo y hacerle tirar de él con los demás perros; pero fracasó en su tentativa. Fue preciso que le sustituyera el mismo Weedon Scott y le hiciera comprender que su voluntad era que se dejase guiar por Matt, lo mismo que hacían los otros perros.

Los trineos de Klondike y los de Mackenzie no eran iguales, y distinto era también el modo de colocar el tiro, que aquí no tenía la forma de abanico. Tiraban los perros en fila uno detrás de otro, y con doble tirante, siendo el que hacía de guión un verdadero guía. Era el más apto y fuerte de todos ellos, aquel a quien prestaban obediencia y temían. Que *Colmillo Blanco* llegara a conquistar pronto ese puesto era inevitable. Él no era capaz de

contentarse con menos, y bien se lo demostró a Matt con las mil dificultades y molestias que le ocasionó mientras estuvo ocupando un lugar inferior. Él mismo fue el que al fin se colocó al frente, y Matt tuvo que reconocer que lo merecía, una vez probado. Trabajaba, pues, de día arrastrando el trineo; pero no por ello dejó de seguir siendo el guardián de la propiedad de su amo por la noche, con lo que siempre estaba ocupado. Su fidelidad y vigilancia lo convirtieron en el mejor de todos los perros de Scott.

-Reviento si no lo digo, pero ¡qué listo fue usted, señor Scott -exclamó un día Matt-, cuando le compró por aquel precio el perro a Smith! Tras arrearle un buen par de puñetazos en la cara, encima le engañó, con perdón sea dicho.

Los ojos grises de Weedon Scott brillaron con recrudecida ira ante el recuerdo del monstruo, y se limitó a murmurar con voz ronca:

-¡Qué mala bestia!

Hacia fines de la primavera le ocurrió a *Colmillo Blanco* algo que lo apenó en extremo. Sin aviso previo, desapareció su maestro de amor, aunque, bien mirado, sí fue todo un aviso la preparación de su equipaje. Solo más tarde relacionó ambas cosas, al recordar que esta había precedido a la ausencia. Esperó una noche, como de costumbre, el regreso de su amo a la choza.

Había transcurrido ya la mitad de la noche cuando el helado viento lo obligó a buscar refugio detrás de la choza. Allí se quedó soñoliento, pero vigilante, para percibir, en cuanto se iniciara, el ruido de las pisadas que tan bien conocía. Apenas habían pasado dos horas cuando su ansiedad, que iba en aumento, lo impulsó a abandonar aquel sitio para ir a acurrucarse en el frío umbral de la parte anterior, donde se sentó y siguió esperando.

El amo no llegó. La puerta se abrió por la mañana y de la choza salió Matt. *Colmillo Blanco* lo observó con mirada pensativa. No había modo de que pudiera averiguar lo que él quería saber. Pasaron días, y nunca llegaba el dueño. El pobre animal, que no sabía lo que era estar enfermo, lo estuvo entonces, y tanto que Matt se vio obligado, al fin, a meterlo dentro de la choza. Además, el buen hombre dedicó una posdata a hablar de él, en la carta que escribió a Scott.

Al llegar la misiva a sus manos, Scott se encontró con las siguientes palabras: «Ese condenado lobo no quiere trabajar. Tampoco quiere comer. No le quedan ya ni fuerzas para nada. No hay perro que no se atreva con él. No sería extraño que se muriera de tristeza, creo yo».

Lo que decía Matt era exacto. *Colmillo Blanco* no comía ya, había perdido su antiguo vigor y hasta se dejaba morder por cualquier perro de los del trineo, en vez de ser él el que se impusiera. En la choza estaba siempre echado cerca de la estufa, sin demostrar el menor interés por la comida, por Matt o por su propia vida. Que el conductor del trineo le hablara con amabilidad o a gritos y entre maldiciones, le era indiferente: no hacía más que volver los tristes ojos hacia el hombre y dejar caer luego la cabeza sobre las patas delanteras, en su acostumbrada posición.

De pronto, una noche, mientras Matt leía, moviendo los labios y pronunciando a media voz las palabras, se quedó mudo de sorpresa al oír un apagado quejido de *Colmillo Blanco.* Se había levantado, con las orejas enderezadas en dirección a la puerta, y escuchaba con toda la atención de que era capaz. Un momento después, Matt oyó pasos.

Se abrió la puerta y Weedon Scott entró en la choza. Los dos hombres se estrecharon las manos y Scott enseguida buscó algo con la mirada. -¿Dónde está el lobo? -preguntó.

Entonces lo vio en pie en el mismo sitio en que había estado antes echado: junto a la estufa. No se había lanzado hacia su amo alegremente, como suelen hacerlo los perros. Allí estaba, en pie, observaba y esperaba.

-¡Por vida de ...! ¡Mire usted cómo mueve la cola! -exclamó Matt.

Scott avanzó hacia el animal, al mismo tiempo que lo llamaba. *Colmillo Blanco* se le acercó, no de un brinco, pero sí rápidamente. Pareció despertar de su ensimismamiento; pero al hallarse junto a su amo, su mirada adquirió una expresión rara. Algo, todo un inefable mundo de sentimientos, acudió como una súbita luz a sus ojos y brilló en ellos con vivo fulgor.

-¡A mí nunca me ha mirado de ese modo mientras ha estado usted fuera! -dijo el conductor. Weedon Scott no oía nada. En cuclillas, cara a cara con el animal, lo acariciaba cariñosamente, le restregaba con suavidad las orejas, el cuello y los lomos, y daba en ellos amistosos golpecitos, que eran contestados con gruñidos de satisfacción, más pronunciados que nunca.

Pero esto no fue lo único. *Colmillo Blanco* pudo, por fin, expresar el gran amor que sentía hacia Scott. Adelantó de repente la cabeza y la metió forcejeando bajo el sobaco de su amo. Y allí, aprisionada voluntariamente, oculta a la vista, con la sola excepción de las orejas, muda ya, sin gruñidos, continuó forcejeando suavemente, dando ligeras hocicadas y colocándose mejor.

Los dos hombres se miraron. A Scott le brillaban los ojos de alegría.

-¡Dios...! -exclamó Matt con una voz en la que se revelaba el más profundo asombro. Un momento después, sobreponiéndose a la sorpresa, añadió-: ¡Siempre dije que este lobo era en realidad un perro...! ¡A la vista está!

Con el regreso de su maestro de amor, *Colmillo Blanco* no tardó en recobrar todo lo perdido. Pasó un día y dos noches en la choza; pero luego salió fuera de ella. Como los perros del trineo se habían olvidado ya de las antiguas proezas de su compañero y solo recordaban su reciente temporada de debilidad de enfermo, en cuanto lo vieron traspasar el umbral, se le arrojaron encima.

-¡Buena se ha armado! -murmuró jovialmente Matt desde la puerta, donde se había quedado contemplándolo-. ¡Ánimo, lobo! ¡Así! ¡Duro con ellos! ¡Duro, y que vuelvan otra vez! -gritó.

Pero *Colmillo Blanco* no necesitaba que nadie lo azuzara. Para recobrar todo su ánimo, le bastaba el regreso de su maestro de amor. La vida resurgía en él espléndida, indomable. Peleaba por puro placer, hallando en la lucha un medio para expresar lo mucho que sentía y que de otro modo hubiera quedado sin adecuada manifestación. Solo había un final posible: toda la jauría se dispersó, ignominiosamente derrotada, y solo volvió a reunirse por la noche. Regresaron a la choza uno a uno muy humildes, muy mansos y serviles, prestando homenaje a *Colmillo Blanco.*

Tras aprender aquel acto cariñoso de colocar la cabeza en el sobaco de su amo, el perro lo repitió con frecuencia. Era como su última palabra, la que marcaba su límite supremo

de expresión. Siempre se había manifestado muy celoso de conservar bien libre la cabeza. No le gustaba que nadie se la tocara por miedo a que tras el contacto se ocultara algún daño o la temida trampa; y, sin embargo, con su maestro de amor, ocultaba la cabeza voluntariamente, se entregaba desarmado, con completa confianza, como si le dijera: «En tus manos me pongo: cúmplase en mí tu voluntad».

Una noche, poco después del regreso de Scott, estaban este y Matt jugando a las cartas un rato antes de acostarse, cuando oyeron fuera de la choza un grito, seguido de continuo gruñir. Se miraron y se pusieron en pie de un salto.

-El lobo ha pescado a alguien -dijo Matt.

Nuevos gritos de terror y de angustia les hicieron apresurar el paso.

-¡Trae la luz! ¡Pronto! -ordenó Scott al salir corriendo. Matt le siguió llevando la lámpara, y a su luz vieron a un hombre tendido de espaldas en la nieve. Tenía los brazos cruzados sobre el rostro y el cuello para protegerse contra los terribles dientes de *Colmillo Blanco*. *Y* en verdad que había motivo para ello, porque el animal estaba furioso, buscando, con toda mala intención, el punto más vulnerable. Del hombro a la muñeca, las mangas del traje, las de la azul camisa de lana y las de la camiseta estaban hechas jirones, y entre estos corría la sangre de los desgarrados brazos.

Desde el primer instante, los dos hombres vieron este espectáculo, y un momento después, Weedon Scott había cogido por el cuello al animal y lo había apartado a viva fuerza. Este se resistió y gruñó, pero sin intentar morder; y ante la orden enérgica y terminante de su amo, no tardó en apaciguarse a medias.

Matt ayudó al caído a levantarse. Al hacerlo, descubrió que se trataba de Smith. El conductor del trineo soltó inmediatamente el cuerpo con movimiento parecido al del que se ha quemado los dedos al coger un ascua. Smith parpadeó un poco, deslumbrado por la lámpara, y miró en torno suyo. Vio a *Colmillo Blanco* y en su cara se reflejó el más profundo terror.

En aquel mismo momento, Matt se percató de que sobre la nieve había dos objetos. Acercó más la lámpara y se los indicó con el pie a su amo para que fijara en ellos la atención. Eran una cadena de acero y una gruesa tranca.

Weedon Scott los vio y se limitó a mover la cabeza en señal de asentimiento. Ni una palabra interrumpió el silencio. Entonces Matt le puso una mano a Smith en el hombro y lo miró cara a cara, como preguntándole con qué derecho se había presentado allí de aquel modo. No hacía falta que hablara. Smith dio media vuelta y se marchó.

Entretanto, el maestro de amor acariciaba a *Colmillo Blan*co y le decía:

-Quería robarte, ¿eh? ¡Y tú no lo has permitido! ¡Bueno, bueno! Se equivocó, ¿verdad?

-Lo que debió de creer era que había caído en las garras de mil diablos a la vez -comentó burlonamente el conductor del trineo.

Colmillo Blanco, excitadísimo aún y con los pelos erizados, gruñía obstinadamente; pero poco a poco los gruñidos fueron bajando de tono y ya no quedó en su garganta más que un ronco sonido que parecía lejano, aunque persistente.

QUINTO PARTE

DOMESTICADO

I

El largo viaje

Colmillo Blanco sentía en el aire mismo que respiraba que algo malo iba a ocurrir. Comprendía que el peligro era inminente, aun antes de hacerse tangible y de adquirir caracteres de evidencia. Estaba convencido de que iba a operarse un cambio calamitoso para él. Había llegado a ese convencimiento a través de la observación de sus propios dioses. Las intenciones de estos llegaron a revelarse más claramente de lo que ellos creían. El perro lobo, sin moverse del umbral de la choza, como un fantasma, sabía cuanto se preparaba en su interior e incluso en el cerebro de sus habitantes.

-¡Oiga usted, haga el favor de fijarse! -exclamó una noche Matt mientras los dos hombres estaban cenando. Weedon Scott se puso a escuchar con la mayor atención. A través de la cerrada puerta se oía un sordo y ansioso lamento semejante al mal reprimido sollozo que, al fin, estalla; y enseguida el prolongado resuello que acompaña al obstinado olfateo. *Colmillo Blanco* quería asegurarse de que su dios estaba aún dentro de la choza, y no había desaparecido por los aires como por arte de encantamiento.

-Me parece que este lobo le está espiando a usted los pasos -observó el conductor del trineo.

Scott miró a su compañero con ojos que casi disculpaban el hecho y lo veían con gusto, aunque las palabras vinieron luego a desmentir aquella impresión.

-¿Y qué diablos voy a hacer yo en California con un lobo? -preguntó.

-Pues eso es lo mismo que yo digo -replicó Matt-. ¿Qué diablos va usted a hacer allí con él?

Pero a Scott no pareció satisfacerle aquella réplica, que dejaba adivinar que el otro daba ya la cosa por resuelta. -Los perros de los blancos no podrían luchar contra él -continuó-. Los mataría a la primera arremetida y me arruinaría con las indemnizaciones que me vería obligado a pagar. Y seguro que las autoridades se apoderarían de él y lo matarían.

-Sí, ya sé que es un asesino de los más peligrosos -dijo por todo comentario Matt.

Su amo le miró receloso de lo que estuviera pensando. -No, no convendría -dijo, dando la cuestión por terminada.

-No, decididamente, no convendría -repitió el otro-. ¡Claro! Se vería usted obligado a ponerle un hombre para que lo cuidara y vigilara constantemente.

Se calmó la sospecha que Scott empezaba a sentir, y alegremente asintió a las palabras de su compañero. Durante el rato de silencio que siguió continuaron oyéndose aquellos sordos quejidos y aquel prolongado resuello, allá afuera, a través de la puerta cerrada.

-No, la verdad es que ese demonio de animal está encariñado con usted -observó Matt.

El otro le clavó la mirada con repentino enojo.

-¡Mal rayo..., hombre...! ¡Si sabré yo lo que conviene hacer o no!

-No, si estoy conforme con lo que usted dice, solo que... -Bien..., ¿solo qué? -interrumpió Scott con brusquedad. -Solo que... -comenzó a decir suavemente el conductor del trineo; pero luego continuó con súbito cambio de expresión en que era patente su mal humor-: Bueno, no hay necesidad de que usted se incomode así por esto... A juzgar por sus actos, bien podría uno creer que usted mismo no sabe lo que quiere.

Scott se quedó un rato en silencio, discutiendo interiormente consigo mismo, y luego acabó por decir, con aire más amable:

-Tienes razón, Matt. Yo mismo no sé lo que quiero; y eso es lo que me pone malhumorado -tras una pausa, añadió-: Sería sencillamente ridículo que me llevara el perro conmigo.

-Sí, señor, tiene usted razón -contestó Matt. Pero por segunda vez la respuesta no dejó satisfecho a su amo. Poco después, Matt añadió con ingenua expresión-: Lo que no me entra en la cabeza es cómo demonios sabe él que usted se marcha.

-Eso está por encima de nuestras facultades -respondió Scott con aire de tristeza.

Llegó el día en que, a través de la entreabierta puerta de la choza, *Colmillo Blanco vio* colocada en el suelo la fatal maleta y a su maestro de amor, muy atareado, llenándola. En la choza todo eran idas y venidas, y su plácida atmósfera de antes parecía cambiada por otra saturada de inquietud, de perturbación. Allí estaba la indudable evidencia de lo que él había presentido y que ahora podía razonar. Su dios se preparaba para otra huida. Y como la primera vez no lo había llevado consigo, también ahora era de suponer que iba a dejarlo abandonado.

Aquella noche resonó por excepción en la choza su prolongado aullido de lobo. Ya de cachorro había aullado cuando volvió de la selva a la aldea y vio que esta había desaparecido y no quedaba de ella más que señales de donde habían estado las viviendas. Ahora también levantó el hocico hacia las frías e indiferentes estrellas y les contó su pena.

En el interior de la choza acababan de acostarse los dos hombres.

-Ya ha vuelto hoy a quedarse sin comer -observó Matt desde su camastro.

Se oyó desde el de Scott una especie de gruñido, al mismo tiempo que las mantas eran agitadas con fuerza.

A juzgar por lo que hizo la otra vez que se marchó usted, no me extrañaría que esta se muriese.

Las mantas volvieron a agitarse movidas con gran irritación.

-¡Hombre, cállate! -gritó Scott en medio de la oscuridad de la habitación-. Cuando empiezas dale que dale, eres peor que una mujer.

-Tiene usted razón -y el otro se quedó dudando de si con aquella respuesta se burlaba de él o no.

Al día siguiente, la ansiedad y la inquietud de *Colmillo Blanco* eran más pronunciadas que nunca. Espiaba constantemente los pasos de su amo cada vez que lo veía salir de la choza, y no se apartaba del umbral cuando aquel permanecía en el interior. Como la puerta quedaba abierta, le era fácil atisbar lo que ocurría con el equipaje que estaba en el suelo. A la maleta habían añadido dos sacos de lona y un baúl, y en el portamantas, Matt enrollaba el abrigo de pieles de su amo, protegido por algunas mantas. *Colmillo Blanco lo* contempló todo gimoteando.

Más tarde llegaron dos indios a la choza. Los observó muy de cerca mientras cargaban la mayor parte del equipaje y salían acompañados de Matt, que llevaba la ropa de cama y la maleta. Todos se fueron cuesta abajo. Pero *Colmillo Blanco* no los siguió. El amo estaba aún en la choza. Al poco rato regresó Matt. Scott se dirigió hacia la puerta e hizo entrar al perro.

-¡Pobrecillo! -le dijo cariñosamente, acariciándole las orejas y la espalda-. Me voy de viaje, amigo, un largo viaje..., y tú no puedes seguirme. Anda, despídete de mí con un gruñido, muy largo, muy largo: el último.

Pero *Colmillo Blanco* no gruñó. Tras una pensativa y escrudiñadora mirada, metió con fuerza la cabeza bajo el sobaco de su amo y la dejó allí escondida.

-¡La sirena! -gritó Matt, aludiendo al ronco sonido que se elevaba desde el vapor preparado para zarpar en el río Yukón-. Tendrá usted que darse prisa. No se olvide de cerrar bien la puerta delantera. Yo saldré por la de atrás. ¡Pronto!

Se oyeron dos portazos a la vez y Weedon Scott se quedó esperando a que Matt se uniera a él en la fachada anterior de la choza. Dentro de esta resonaban tímidos gemidos parecidos a sollozos humanos. Luego, prolongados, hondos resuellos, acompañados de persistente olfateo.

-Cuídalo bien, Matt -recomendó Scott, mientras ambos descendían la cuesta-. Escríbeme cómo está y todo lo que hace.

-Descuide usted. Pero ¡oiga! ¡Fíjese!

Ambos hombres se pararon. *Colmillo Blanco* aullaba como aúllan los perros cuando se les acaba de morir el amo. Expresaba así a voces su inmensa desgracia, y su lamento se elevaba desgarrador, para venir luego a morir con una queja más suave, pero vibrante y tristísima, y elevarse de nuevo en penetrante grito.

El Aurora era el primer vapor que salía de allí aquel año rumbo al exterior del país, y sus cubiertas se hallaban atiborradas de viajeros; unos, buscadores de oro arruinados; otros, aventureros perpetuos, a quienes sonreía entonces la prosperidad; pero todos impulsados por el loco afán de marcharse, lo mismo que lo habían sentido antes por llegar y dirigirse al interior. En la pasarela, Scott se despedía de Matt, que se preparaba para volver a tierra. Al estrecharle la mano, sintió que esta se le quedaba como yerta en la suya, mientras el hombre miraba hacia atrás fijamente, sobre un punto determinado. Scott

se volvió para ver qué era lo que llamaba su atención, y vio sentado sobre las patas traseras, en la cubierta a algunos pasos de distancia, a *Colmillo Blanco,* que no apartaba sus ojos de él.

El conductor del trineo juró entre dientes con asombro. Scott se quedó mudo y no hizo más que mirar.

-¿Cerró usted bien la puerta delantera? -preguntó Matt. El otro hizo una seña afirmativa.

-Y tú, ¿cerraste la de atrás? -preguntó a su vez.

-Ya puede usted suponer que sí -fue la respuesta, dada con caluroso apresuramiento.

Colmillo Blanco, con las orejas muy gachas, como pidiendo perdón, continuó en el mismo sitio, sin intentar acercarse a los dos hombres.

-Tendré que llevármelo a tierra -dijo Matt, dando unos pasos hacia el animal, pero este huyó de él. Entonces el hombre lo persiguió, y el perro se metió entre las piernas de algunos de los que estaban agrupados sobre cubierta. Con mil hábiles vueltas y revueltas, fue huyendo de su perseguidor, burlando todos sus esfuerzos para apoderarse de él.

Pero en cuanto habló el maestro de amor, *Colmillo Blanco* se fue directamente y con la mayor obediencia hacia donde él estaba.

-No quiere que le toquen estas manos que le han estado dando la comida tanto tiempo -dijo con resentimiento el conductor del trineo-, pero sí las de usted, que no se la han dado nunca desde los primeros días en que se hicieron amigos. ¡Que el diablo me lleve si entiendo cómo ha logrado saber que el amo es usted!

Scott, que había estado acariciando al animal, se agachó para observar y señalarle al otro unas cortaduras que se notaban en el hocico del perro y un gran chirlo* entre los ojos. Matt se arrodilló, y le pasó la mano por el vientre.

-En lo que no pensamos poco ni mucho fue en la ventana -dijo-. Mírelo, está como si lo hubieran llenado de heridas con un escoplo*. Está claro que se tiró de un brinco contra los cristales y pasó al otro lado como si no los hubiera. Pero Weedon Scott no prestaba ya atención a las palabras de su acompañante, sino que, embebido en sus propios pensamientos, buscaba una rápida solución. Resonó por última vez el silbido que anunciaba la salida del vapor, y numerosos hombres corrían ya por la pasarela para volver a tierra. Matt se quitó el recio pañuelo que llevaba anudado al cuello con intención de atarlo en el de *Colmillo Blanco,* pero Scott le cogió la mano para impedírselo.

Adiós, amigo Matt. Del lobo no hay necesidad que me hables en tus cartas. He cambiado de...

-¿Que...? -interrumpió, asombrado, el otro-. Pero ¿quiere usted decir que...?

-Eso mismo. Ahí tienes tu pañuelo; no hace falta. Soy yo quien al escribirte te daré informes de él en las cartas.

Matt se quedó parado en mitad del tablón que conducía a tierra.

-¡No podrá resistir aquel clima! -le gritó a su amo-. ¡A no ser -añadió- que lo esquile en cuanto llegue el calor! Retiraron desde el barco el tablón y el Aurora se apartó de la

orilla, mientras Scott se despedía de Matt agitando la mano. Se volvió luego y se inclinó sobre *Colmillo Blanco,* que estaba en pie a su lado.

-Y ahora gruñe, condenado, gruñe por fin -le dijo, mientras le acariciaba la cabeza y las orejas, que se estremecían de júbilo.

II

En las tierras del sur

Cuando *Colmillo Blanco* desembarcó en San Francisco de California, se quedó estupefacto. Por instinto estaba ya profundamente grabada en él la idea de que el poder iba siempre asociado a la divinidad; pero nunca los hombres blancos le habían parecido dioses tan maravillosos como ahora que andaba por las resbaladizas aceras de la ciudad. Las chozas construidas con leñas, que le eran conocidas, habían sido reemplazadas por enormes edificios; las calles estaban llenas de peligros..., carros, enormes carromatos, automóviles, caballos de tiro que le parecían colosales, monstruosos tranvías eléctricos y vehículos de todas clases que pasaban silbando, rugiendo, rechinando, con amenazadores gritos, parecidos a los de los linces que él había conocido en los bosques septentrionales.

Detrás de aquellas manifestaciones estaba el inmenso poderío del hombre, que lo regía, lo regulaba todo, quedando siempre patente su gran dominio de la materia. Era sencilla mente colosal, estupendo. *Colmillo Blanco* estaba asombrado. Llegó a apoderarse de él el miedo. En sus tiempos de cachorro había sentido su pequeñez y debilidad al llegar por primera vez desde el bosque a la aldea de Castor Gris, y ahora, en pleno vigor y en plena conciencia de su propia fuerza, volvía a sentirse pequeño, insignificante, débil. ¡Y aquellos dioses eran tantos! Su bullicio llegaba a marearlo; aquel tremendo e interminable correr de todas las cosas lo ensordecía. Entonces sintió como nunca su dependencia del hombre, su sujeción al maestro de amor, al cual seguía, pisándole los talones, sin perderle de vista un momento, fuera lo que fuese lo que ocurriera. Pero aquello para *Colmillo Blanco* no iba a ser más que una visión pasajera, una especie de pesadilla que luego lo perseguiría en sus sueños como algo terrible y sin existencia real. De pronto, su amo lo metió en un furgón de equipaje y lo ató con una cadena a una esquina del mismo, entre un montón de baúles y maletas.

Un musculoso dios arrojaba los bártulos a uno y otro lado, los arrastraba desde la puerta para formar los montones, o tiraba después con gran estrépito por la misma puerta para que los recogieran otros dioses que los estaban esperando.

Y en tal sitio, en aquel infierno de equipajes, *Colmillo Blanco* fue abandonado por su amo, o cuando menos, así lo creyó él, hasta que descubrió por el olfato que junto a él se hallaban también los sacos de lona que pertenecían a su dueño, y entonces se dedicó a guardarlos celosamente.

Ya deseaba que viniera usted -gruñó el dios que mandaba en el furgón, cuando una hora más tarde Weedon Scott se presentó en la puerta del mismo-. Ese perro de usted no me deja poner ni un dedo sobre su equipaje.

Colmillo Blanco salió del furgón. Estaba vivamente sorprendido. Aquella ciudad le parecía un aposento más que una casa, y cuando entró allí, la ciudad se extendía a su alrededor. Ahora, durante el intervalo que mediaba entre la entrada y la salida, la ciudad había desaparecido. No sentía ya aquel sordo rugir. Sus oídos estaban tranquilos. Tenían delante el campo, el campo sonriente, chorreando luz, perezoso, en plena quietud. Pero poco tiempo le quedó para maravillarse de aquella transformación. La aceptó como aceptaba todos los hechos, todas las inexplicables manifestaciones de los dioses. Así hacían ellos las cosas.

Había un carruaje esperando. Vio cómo un hombre y una mujer se acercaban a su amo. La mujer le echó a Scott los brazos al cuello..., lo que, sin duda, constituía un acto hostil. Un momento después, Scott se desprendió de aquellos brazos y se colocó al lado de *Colmillo Blanco,* que estaba hecho una furia, gruñendo amenazadoramente.

-No temas, mamá -decía Scott, mientras tenía cogido al animal y trataba de aplacarlo-. Se ha figurado que ibas a hacerme algún daño y no quería permitirlo. Nada, nada, no temas. Pronto comprenderá y se irá acostumbrando.

-¿Y entretanto se me permitirá querer a mi hijo y demostrárselo solo cuando no esté delante el perro? -dijo ella riendo para disimular el susto que se reflejaba en la palidez de su rostro. La mujer miró a *Colmillo Blanco,* que respondió a la mirada gruñendo con maligna intención y los pelos erizados.

-Tendrá que aprender cuál es su deber, y ahora mismo voy a enseñárselo, sin más tardanza -replicó Scott.

Le habló con dulzura al perro hasta que lo vio ya aplacado, y entonces, con enérgico tono, le ordenó:

-¡Échate! ¡Échate enseguida! ¡Quieto!

Esta era una de las cosas que le había enseñado su amo, y el perro obedeció, aunque de mala gana y con aspecto sombrío.

Ahora ven, mamá.

Scott abrió los brazos para estrecharla, aunque sin quitarle los ojos de encima a *Colmillo Blanco.*

-¡Quieto! ¡Échate! ¡Échate!

El animal, con los pelos tiesos aún, pero silencioso, medio incorporado porque su primer impulso fue el de levantarse, se echó de nuevo y se quedó contemplando la repetición de aquel acto, según él, hostil. Pero no vio que le ocasionara ningún daño a su amo, como tampoco el beso que el hombre forastero le dio después a Scott. Entonces el equipaje fue trasladado al coche, los dioses forasteros y el maestro de amor se acomodaron en él y partieron. *Colmillo Blanco* comenzó a trotar detrás, con aire vigilante, a uno y otro lado de los caballos, a los cuales parecía advertir, con el expresivo erizamiento de los pelos y con todo su porte, que cuidaran de que no le ocurriera el menor daño a aquel amo suyo que tan suavemente llevaban ellos de un sitio a otro. A los quince minutos, el carruaje traspasaba la entrada de piedra de una cerca, y continuó por un paseo de frondosos nogales cuyas copas se entrelazaban formando un arco. A cada lado, a lo lejos, se veían extensos prados cuya verde alfombra interrumpían de cuando en cuando

enormes robles; pero más cerca, contrastando con el tierno verdor de las bien cuidadas praderas, se destacaban secos henares*, tostados por el sol hasta darles oscuros y dorados reflejos, mientras que en el fondo del paisaje se divisaban colinas con tierras de pastos en la cumbre. Sobre una suave ondulación del prado se elevaba una casa de anchos y hondos pórticos y de innumerables ventanas.

Colmillo Blanco tuvo poco tiempo para admirar todo esto tranquilamente. Apenas acababa de entrar el carruaje en aquellos terrenos cuando se vio acometido por un perro de ganado, de ojos vivos y hocico puntiagudo, que por lo visto tenía derecho a mostrarse muy indignado por su presencia en aquel lugar. Su amo fue a interponerse entre los dos, obligándolos a separarse. *Colmillo Blanco* no gruñó siquiera, como advertencia, sino que se preparó para arremeter contra el otro perro en silencio y con mortífera intención. Pero el ataque no llegó a realizarse del todo. A medio embestir, se paró torpe y bruscamente, clavando en el suelo las patas posteriores: tan grande era su repentino deseo de evitar todo contacto con el animal que antes pensaba atacar. Era una perra, y la ley de su raza establecía entre ambos, para tales casos, una barrera infranqueable. Toda transgresión hubiera sido contraria a sus naturales instintos.

Pero a la perra distaba mucho de ocurrirle lo mismo. Precisamente por ser hembra, carecía de aquel instinto, y por otra parte, por pertenecer a la casta de los que guardan ganado, su miedo instintivo a los animales salvajes, y en especial a los lobos, era vivísimo. Para ella, *Colmillo Blanco* no era más que un lobo, el acostumbrado merodeador que iba siempre en busca de los rebaños desde los tiempos en que a los corderos se les puso por primera vez como guardianes a alguno de los más remotos antecesores que ella pudiera tener. Por esto, mientras él se contenía para no embestirla y evitar hasta el contacto, la perra se le echaba encima mordiéndolo. Se le escapó un gruñido involuntario al sentir la herida; pero, aparte de eso, no hizo más, no demostró deseos de devolver el daño. Retrocedió con las patas muy tiesas dominándose, e intentó hacer un rodeo para pasarle delante. Lo intentó repetidas veces y acudiendo a todos sus hábiles recursos; pero sin resultado. Siempre se la encontraba dispuesta a cerrarle el paso.

¡Collie! ¡Ven aquí! -le gritó el forastero.

-Déjala, papá -dijo riendo Weedon Scott-. Así aprende el otro. Y como es tanto lo que tiene que aprender, no le hará ningún daño empezar desde ahora. Ya se irá acostumbrando pronto.

El carruaje siguió adelante y *Collie* continuaba cerrando el paso a *Colmillo Blanco.* Este trató de adelantar describiendo un gran círculo a través del prado, pero ella describió también otro más corto y volvió a salirle al encuentro, siempre delante de él y enseñándole los afilados y brillantes dientes. Repitió el perro la operación en sentido opuesto y se dirigió a otro prado, pero volvió a ocurrir lo mismo.

El coche se llevaba a su amo. *Colmillo Blanco* lograba atisbarlo de cuando en cuando, hasta que desaparecía entre los árboles. La situación era desesperada. Trató de describir otro círculo, y ella lo siguió, corriendo a toda velocidad. Y entonces él, parándose de pronto, se le echó encima. Empleó aquella treta que ya era costumbre para él: hombro contra hombro, la empujó con todas sus fuerzas. La perra no solo fue derribada, sino que, impulsada por la misma velocidad con que corría, rodó por el suelo. A ratos de espaldas,

a ratos de lado, luchaba por detenerse, clavando las uñas en la arena y chillando rabiosamente para expresar su herida dignidad, su indignación.

Colmillo Blanco no perdió un momento. El camino estaba despejado y eso era lo único que se había propuesto lograr. Corrió, pues, pero detrás de él fue la perra, sin dejar de alborotar ni un instante. Iban ahora en línea recta y, si aquello se convertía en carrera tendida, *Colmillo Blanco* era un maestro que podía darle a ella lecciones. La perra corría como una loca, con todo el esfuerzo de que era capaz y que gastaba rabiosamente en cada salto que daba, mientras que el otro parecía deslizarse tan solo suavemente, en silencio, cada vez más lejos, con naturalidad, sin fatiga, como un espectro que resbalaba blandamente por el suelo.

Al rodear la casa para dirigirse a la puerta de la cochera, se encontró con el carruaje; que acababa de pararse y del cual se apeó el amo. En aquel momento, y mientras corría aún a toda velocidad, sintió de pronto que le atacaban por un lado. Era un galgo que se arrojaba sobre él. *Colmillo Blanco* intentó hacer frente al ataque; pero el mismo impulso que llevaba y el tener demasiado cerca al galgo se lo impidió, recibiendo el golpe en un flanco con tal fuerza y tan inesperadamente que fue arrojado al suelo y por él rodó. Se levantó hecho una furia, con las orejas aplastadas contra el cuello, los labios torcidos y la nariz arrugada. Sus dientes chocaron al cerrarse su boca sin lograr hacer presa en la parte baja y más blanda del cuello del galgo.

El amo acudió corriendo, pero ¡estaba tan lejos...! Y fue nada menos que *Collie* la que salvó la vida del galgo. Antes de que *Colmillo Blanco* pudiera darle a este la dentellada que significaría su muerte, y precisamente en el instante de atacar, se presentó *Collie,* que, rabiosa por haber sido burlada y vencida, llegó como un huracán.

Su ¯dignidad ofendida, su justa ira y el odio instintivo a aquellos salvajes ladrones que procedían de los bosques, la dominaban. Se arrojó sobre *Colmillo Blanco* y este rodó de nuevo por el suelo.

Un momento después llegó el amo, que con una mano cogió a su perro dominándolo, mientras el padre de Scott se llevaba de allí a los demás.

-¡Vaya, que para un pobre lobo solitario de la región ártica, la recepción no ha podido ser más calurosa! -dijo

Weedon Scott, mientras aplacaba a *Colmillo Blanco* acariciándolo-. Hasta ahora, en toda su vida, solo una vez habían logrado derribarlo, y en cuanto llega aquí, lo derriban dos veces en el espacio de medio minuto.

El coche se había alejado ya y otros raros dioses salieron de la casa. Algunos se quedaron a respetuosa distancia de Scott; pero dos, que eran mujeres, perpetraron de nuevo aquel acto hostil de echarle los brazos al cuello para estrecharlo en ellos. De todos modos, el perro comenzaba ya a tolerar aquello porque a su dueño no le hacía ningún daño, y los ruidos que en semejante ocasión producían los dioses nada tenían de amenazadores. También parecía que querían acercarse a él; pero con un gruñido los mantuvo a distancia, y las palabras de advertencia que les dirigió su amo acabaron de convencerlos. Entonces el animal se recostó contra las piernas de Scott y este le dio suaves golpecitos en la cabeza.

Bajo la orden de: «¡Dick, échate!», el galgo había ido a echarse junto a uno de los pórticos que se elevaban sobre la escalinata de la casa; pero aún gruñía y no dejaba de vigilar malhumorado al intruso. *A Collie* la había tomado por su cuenta una de aquellas mujeres. La tenía abrazada por el cuello y la acariciaba sin cesar; pero *Collie* no acababa de entender aquello y gimoteaba inquieta, tomando como un insulto la presencia de aquel lobo, cosa que no podía atribuir más que a una equivocación de sus amos.

Después, todos los dioses se dirigieron a la escalera para entrar en la casa. *Colmillo Blanco los* siguió, pegado materialmente a su dueño y señor. *Dick* le gruñó desde el pórtico, y él correspondió del mismo modo desde los escalones.

-Llevaos dentro a *Collie* y dejad que los otros dos salden cuentas a su gusto. Después se harán amigos.

-Entonces será preciso que, para demostrar su amistad, *Colmillo Blanco* presida el entierro de *Dick* -dijo riendo Weedon Scott.

El otro Scott, el padre, miró con aire incrédulo primero al perro forastero y luego al suyo, y por fin a su hijo.

-¿Quieres decir con eso...?

-Sí, eso mismo..., que puedes dar por muerto a *Dick* dentro de un minuto... o a lo sumo dentro de dos. Entonces el joven se volvió hacia *Colmillo Blanco y* le dijo: -Ven, lobo, vente conmigo. Eres tú el que tendrás que quedarte dentro de la casa.

Con las patas muy tiesas y la cola en alto, el animal fue subiendo la escalera y cruzó el pórtico, sin apartar sus ojos de *Dick* para estar prevenido contra cualquier ataque, y preparado también para no dejarse asustar por nada de lo que hubiera dentro de la casa. Pero no le ocurrió nada que le pareciera pavoroso, a pesar de estarlo observando y escudriñando todo. Entonces se tendió con un gruñido de satisfacción a los pies de su amo. Sin embargo, continuó alerta, dispuesto a saltar contra cualquiera de las terribles trampas que allí debían de esconderse. Si era preciso, arriesgaría su vida en la defensa.

III

Las posesiones del dios

La naturaleza de *Colmillo Blanco* lo predisponía a adaptarse a todo, pero además, al estar acostumbrado a los cambios de residencia, comprendía la importancia y necesidad de la adaptación. Allí en Sierra Vista, que era el nombre de la posesión del juez Scott, pronto empezó a sentirse como en su propia casa. No tuvo ya que volver a pelearse seriamente con los otros perros. Estos sabían mucho más que él acerca de los usos y costumbres de los dioses en aquellas tierras del sur, y a sus ojos, el intruso adquirió extraordinaria importancia al ver que acompañaba a los amos en el interior de la casa. Por más lobo que fuera, y aunque el caso fuera una excepción, los dioses acababan de autorizar su presencia allí, y a los perros no les tocaba más que aprobar lo hecho por los dueños.

Dick se resistió algo al principio; pero hubiera acabado por ser excelente amigo de *Colmillo Blanco* si este no hubiera sido siempre tan opuesto a hacer amigos. Lo único que

él les pedía a los otros perros era que lo dejaran tranquilo, que no se metieran con él. Toda su vida había sido un solitario, y esto era lo que deseaba seguir siendo. Los avances de *Dick* para él eran una molestia, y pronto procuró mantenerlo a distancia. En el norte había aprendido que los perros del amo debían ser respetados, y no olvidó ahora la lección que le enseñaron; pero una cosa era esto y otra que él perdiera la libertad de vivir encerrado en sí mismo. Y así hizo caso omiso de *Dick* hasta que el pobre animal, que no tenía mal fondo, acabó por mirarlo con la misma indiferencia con que miraría una de las estacas clavadas en la pared del establo.

No ocurría lo mismo con *Collie.* Esta lo aceptaba porque así lo mandaban los dioses; pero no le parecía que fuera ello razón suficiente para dejarlo en paz. Todos los crímenes cometidos por los de la casta de *Colmillo Blanco* clamaban venganza, y ni en un día ni en toda una generación podían olvidarse las innumerables víctimas que siempre habían causado a los rebaños. Aguijoneada por la antipatía que sentía por el intruso, ya que no podía atacarlo directamente, delante de los dioses, se dedicaba a hacerle la vida desagradable por todos los medios que estaban a su alcance. Entre ambos existía una antigua, hereditaria rivalidad, y ya se encargaba ella de recordársela continuamente.

Aprovechándose, pues, de los privilegios de su sexo, la perra no perdía ocasión de molestarlo e, incluso, de maltratarlo. Por un lado, el instinto le impedía devolver los ataques; pero, por otro, la insistencia de estos era tal que resultaba imposible no hacerle el menor caso. Cuando *Collie* arremetía contra él, le volvía generalmente la espalda, que su abundante pelaje protegía contra los dientes de su enemiga, y se alejaba muy tieso y majestuoso; pero cuando los ataques arreciaban demasiado, no tenía más remedio que apartarse describiendo círculos, en los que solo le presentaba un lado del pecho, mientras mantenía la cabeza vuelta hacia el otro lado, mostrando en la cara y en los ojos una expresión que indicaba que su paciencia tenía un límite. Alguna vez, sin embargo, un mordisco dirigido a sus cuartos traseros le hacía acelerar el paso de un modo que carecía en absoluto de majestad; pero por lo general lograba conservar su aire digno, casi solemne. Procuraba demostrar que, para él, era como si la perra no existiera, apartándose de donde ella estaba. En cuanto la veía o la oía venir, se levantaba y se marchaba.

Eran muchas las cosas que Colmillo *Blanco* tenía que aprender. La vida en las tierras del norte resultaba de una sencillez extrema, comparada con las complicaciones de Sierra Vista. En primer lugar, tuvo que enterarse de todo lo relativo a la familia de su amo. En cierto modo contaba para ello con precedentes que le facilitaban el trabajo. Así como Mit-sah y Kloo-kooch pertenecían a Castor Gris y partían con él la comida, la lumbre y las mantas, también en Sierra Vista todos los moradores de la casa pertenecían a su maestro de amor.

Pero había varias diferencias. Sierra Vista resultaba muy superior a la choza de Castor Gris. Las personas que aquí vivían eran muchas: el juez Scott y su mujer; dos hermanas del dueño, llamadas Beth y Mary; la esposa del mismo, Alicia, y los dos hijos del matrimonio, Weedon y Maud, chiquillos de cuatro y seis años, respectivamente. Así no había modo de que alguien le explicara a él quiénes eran tales personas y los lazos de familia que las unían. Sin embargo, se formó la idea de que todos ellos pertenecían a su amo. Luego, por mil detalles: el estudio de sus actos, palabras y hasta entonaciones de voz, fue aprendiendo lentamente los grados de intimidad y de cariño que los unían a todos con su amo, y de acuerdo con esta especie de escala que él adivinó, los trató de una

manera o de otra. Lo que su dueño y señor apreciaba, lo apreciaba él también; lo que él quería, lo quería el perro, que se convirtió en su celoso guardián.

Siempre le habían sido antipáticos los chiquillos: los odiaba, y sus manos le inspiraban miedo. Frescos estaban aún en su memoria los recuerdos de las tiranías y crueldades que de ellos tuvo que sufrir en las aldeas indias. Cuando Weedon y Maud se le acercaron por primera vez, les gruñó, en son de advertencia, y los miró con maligna expresión. Un coscorrón que recibió de su amo al mismo tiempo que le reñía enérgicamente, le obligó a permitir que lo acariciaran, aunque siguió gruñendo a media voz durante el rato que sintió encima sus manos. Después observó que su amo parecía quererlos mucho, tanto al niño como a la niña. Con esto bastó, y no hubo ya necesidad de golpes ni de regaños para que se dejara tocar y acariciar por ellos.

Sin embargo, nunca se mostró muy efusivo en sus afectos. Toleró honradamente que los niños de su amo hicieran de él lo que quisieran; pero sometiéndose a ello como se somete uno por necesidad a una dolorosa operación. Cuando ya no podía resistirlo más, se levantaba de donde estuviera echado y se marchaba con aire firme y decidido. Pero hasta esto fue cambiando con el tiempo, y al fin acabaron por gustarle los chiquillos, aunque se mantuviera en su reserva. No corría a su encuentro, ni se marchaba al verlos: sencillamente, los esperaba cuando hacia él se dirigían. Y mucho más tarde pudo notarse también que sus ojos se iluminaban de júbilo al verlos acercarse, y que los buscaba con la mirada, con curiosa expresión de tristeza, al ver que lo abandonaban para ir a jugar.

Todo fue solo cuestión de tiempo. Después de los niños, quien le merecía mayor consideración a *Colmillo Blanco* era el juez Scott. Dos razones tenía probablemente para ello: la primera, que resultaba evidente el alto aprecio con que su amo lo trataba, y la segunda, que el hombre era poco comunicativo, sobrio en la expresión de sus afectos. Al animal le gustaba echarse a sus pies, en el amplio pórtico, cuando él leía el periódico, dirigiéndole de cuando en cuando una mirada o alguna palabra, pruebas poco molestas de que se fijaba en él, de que reconocía su existencia y veía con gusto su presencia allí. Pero solo ocurría mientras el verdadero amo del perro no andaba por aquellos lugares. En cuanto el dueño aparecía, para *Colmillo Blanco* dejaban de existir todos los demás seres.

El animal permitía a los individuos de la familia que lo acariciaran y mimasen; pero nunca tuvo para ellos lo que reservaba únicamente para su amo: aquel ronquido especial con que recibía sus caricias y aquel modo de apretarse acurrucado contra él, con expresión de total abandono y sumisión, de absoluta confianza. La verdad era que para *Colmillo Blanco los* distintos miembros de la familia eran solo posesiones de su maestro de amor.

También entre aquella familia y los criados de la casa él había establecido desde el principio ciertas diferencias. Los últimos le tenían miedo, y lo único que hacía era limitarse a no atacarlos, y esto porque reconocía que formaban igualmente parte de las posesiones de su amo. Entre *Colmillo Blanco y* los sirvientes de la casa no existía más que una especie de neutralidad. Ellos cocinaban para el amo, lavaban los platos y se dedicaban a otros menesteres semejantes, como le había visto hacer a Matt en el Klondike.

Fuera de la casa, aún había más que aprender que en su interior. Las posesiones de su amo eran vastas y complejas, pero tenían sus lindes y barreras. El terreno acababa donde

empezaba la carretera pública. Al otro lado estaban las calles y los paseos, y aun dentro de ciertos espacios acotados existían pertenencias de otros dueños. Innumerables leyes regían aquel conjunto y determinaban la conducta que se debía seguir, aunque, como él ignoraba el lenguaje de aquellos dioses, solo por la experiencia podía ir aprendiendo cuanto necesitaba. Lo que hacía, pues, era dejarse llevar por sus propios impulsos, hasta que se encontraba con que estaban en pugna con la ley. A las pocas veces de ocurrirle lo mismo, ya había comprendido en qué consistía la ley, y en lo sucesivo procuraba observarla.

Pero su más poderoso medio educativo era el puño de su amo o el tono de censura que adoptaba su voz. Precisamente por el amor que le tenía, un simple coscorrón que provenía de él le dolía más que las mayores palizas que había recibido de Castor Gris o de Smith. Aquellas solo afectaban a su cuerpo, mientras que su espíritu continuaba indomable, espléndidamente independiente. El coscorrón de su amo actual resultaba ligero para dolerle físicamente; sin embargo, ahondaba más, pues llegaba a entristecerle el espíritu al ser la clara manifestación de que desaprobaba su conducta. Sin embargo, Scott necesitaba llegar a esto raras veces. Le bastaba con un grito, un regaño. Por él comprendía *Colmillo Blanco lo* que debía hacer o evitar, y esta era la norma de todos sus actos.

En las tierras del norte, el único animal domesticado que tenían los hombres era el perro. Los demás vivían en los bosques, en estado salvaje, y cuando no resultaban demasiado formidables para luchar con ellos, se consideraban como legítima presa de los perros. *Colmillo Blanco* los había cazado durante toda su vida para procurarse carne, y no le entraba en la cabeza que fuera tan distinto en las tierras del sur. Pero de ello tuvo que convencerse muy pronto en su nueva residencia del valle de Santa Clara*. Vagando por los alrededores de la casa en las primeras horas de cierta mañana, tropezó con una gallina que se había escapado del corral. Su natural impulso fue comérsela. Un par de saltos, una dentellada, el ronco alarido de la víctima, y esta se hallaba entre sus fauces. La encontró tan rica, tan gorda y tierna, que se relamió ante tan exquisito bocado.

Algunas horas más tarde tropezó con otra que andaba perdida cerca de los establos. Uno de los mozos de caballos acudió corriendo para protegerla, y como no sabía con quién tenía que habérselas, no llevaba consigo más arma contundente que el ligero látigo del calesín*. Al primer trallazo que recibió, *Colmillo Blanco* abandonó la gallina para arrojarse contra el hombre. Tal vez un buen garrote hubiera logrado dominarlo, pero no aquello. En silencio, de un salto y sin hacer el menor caso del segundo latigazo, arremetió contra el cuello del intruso, que retrocedió gritando, tiró el látigo y apenas tuvo tiempo de parar el golpe con los brazos. La consecuencia fue tan tremendo desgarro en uno de ellos, que dejaba el hueso al descubierto.

El hombre se quedó paralizado de dolor y de espanto. Lo que más le atemorizó y le imposibilitó para la defensa fue aquel modo de atacar en silencio. Protegiéndose aún el cuello y la cara con los brazos, a pesar de la herida, trató de irse retirando hacia el granero; pero mal lo hubiera pasado si entonces no hubiera aparecido en escena Collie, que ya le había salvado la vida a *Dick y* ahora se la salvó al criado. Hecha una fiera, se arrojó contra *Colmillo Blanco.* Había acertado en sus sospechas, que de sobra quedaban ahora justificadas, demostrando el grave error cometido por los dioses: ya había aparecido ahora el lobo merodeador y asesino que acaba de cometer otro de sus crímenes.

El hombre huyó hacia el interior de los establos, y *Colmillo Blanco* retrocedió ante los dientes de *Collie,* presentándole solo un hombro o describiendo círculos y más círculos. Pero *Collie* no cejaba en su empeño de castigar duramente a su enemigo. Cada vez más excitada, lo persiguió de tal modo que, al fin, lo obligó a prescindir de toda dignidad y a declararse en franca huida a través de los campos.

Así aprenderá a no meterse con las gallinas -dijo el amo al enterarse de todo-. Pero no puedo castigarlo, para que le sirva de lección, hasta que lo coja en el momento de repetir la falta.

Y la oportunidad llegó dos noches después, en escala mucho mayor de lo que podía suponer el amo. *Colmillo Blanco* había observado atentamente los lugares en que se criaban las aves de corral y las costumbres de estas. Una noche, cuando las aves estaban encaramadas ya para dormir, el animal trepó por un gran montón de leña que los criados acababan de dejar cerca. Desde allí saltó al techo de uno de los gallineros, pasó al otro lado del caballete y se dejó caer dentro del corral. Un momento después comenzaba una descomunal matanza en el gallinero.

A la mañana siguiente, cuando el amo apareció en el pórtico de la casa, cincuenta gallinas, ejemplares escogidos de las mejores razas italianas, yacían puestas en fila por el mismo criado de antes. Scott silbó ligeramente al verlo. El tono fue primero de sorpresa, luego de admiración. Su mirada tropezó con *Colmillo Blanco,* pero no había en él ni la menor señal de que se hallara avergonzado o temeroso. Al contrario: parecía orgulloso de su hazaña, como si hubiera realizado algo meritorio. No tenía ni la menor idea de haber cometido una falta. El amo apretó los labios al considerar lo difícil y desagradable del caso, y comenzó a hablar con dureza al inconsciente culpable, sin que en su voz se notara más que el divino enojo del que se hallaba poseído. Al mismo tiempo, restregó el hocico del animal contra las gallinas muertas y lo golpeó seria y concienzudamente.

Colmillo Blanco no volvió a entrar a saco en ningún gallinero. La ley lo prohibía y a costa suya había tenido que aprenderlo. Para completar la lección, el amo lo llevó a los corrales. El primer impulso del perro, al ver vivas a las aves, fue el echárseles encima; pero la voz del amo lo detuvo. La operación se repitió varias veces durante media hora, y así fue como comprendió que, cuando las viera, debía hacer caso omiso de ellas, como si no existieran.

-Perro que se acostumbra a matar gallinas, perro perdido: no hay quien le cure el vicio -dijo sentenciosamente el juez Scott, mientras su hijo le contaba, a la hora del almuerzo, la lección que le había dado a *Colmillo Blanco*-. Una vez han probado la sangre fresca... -continuó. Y sin completar la frase, movió la cabeza con aire de desconfianza.

Pero Weedon Scott disentía totalmente.

-¿Sabes lo que vamos a hacer para que te convenzas de que estás equivocado? -le dijo a su padre con aire de cariñoso reto-. Pues voy a encerrar al perro en el gallinero toda la tarde.

-¡Pero hombre, piensa en las pobres gallinas! -objetó el juez.

-Y aún añadiré más -continuó su hijo-: por cada gallina que mate, te pagaré un dólar en moneda de oro antigua.

-Pero papá también deberá hacer algo en caso de que pierda -dijo Beth interviniendo.

Su hermana apoyó la idea, que aprobaron a coro alegremente cuantos se sentaban a la mesa. El juez Scott asintió, y después de pensarlo un rato, propuso a su hijo:

-Pues bien: si antes de llegar la noche, *Colmillo Blanco* no ha producido el menor daño a ninguna de las aves de los corrales, por cada diez minutos que haya pasado el animal encerrado allí, quedaré obligado a decir grave y sentenciosamente, ni mas ni menos que si estuviera ejerciendo de juez en el tribunal: *«Colmillo Blanco,* eres mucho más listo de lo que yo creía».

Los distintos miembros de la familia se escondieron para contemplar la escena, deseosos de ver lo que ocurría. Pero se llevaron un chasco. El perro fue encerrado con las gallinas; y en cuanto su amo lo dejó solo, se echó y se quedó dormido, levantándose únicamente una vez para buscar agua con la que calmar su sed. En cuanto a las gallinas, para él como si no existieran. A eso de las cuatro de la tarde, cansado de estar allí, saltó al techo del gallinero, de una carrera y un gran brinco, y desde allí al suelo, fuera del lugar cercado, y se dirigió con grave paso hacia la casa. Ya había aprendido a respetar la nueva ley, nueva al menos para él. Y en el pórtico, ante toda la familia reunida y muy regocijada, el juez Scott dijo dieciséis veces seguidas:

-*Colmillo Blanco,* eres mucho más listo de lo que yo creía.

Pero eran tantas las leyes nuevas que debía aprender, que el pobre perro a veces se veía perdido. Tampoco podía tocar a las gallinas que pertenecían a otros dioses distintos de aquellos, y no solo esto, sino ni siquiera a los gatos, conejos y pavos.

Después de todo, lo más sencillo hubiera sido decir que no podía tocar ni a un solo ser viviente. Hasta en los mismos pastizales* podía revolotear frente a su hocico una codorniz sin que él se atreviera a causarle el menor daño, aunque temblara de deseos de comérsela. Así lo querían los dioses, sin duda, y él cumplía.

A todo esto, un día, en aquellos mismos terrenos situados cerca de la parte posterior de la casa, vio a *Dick* corriendo detrás de una liebre. El propio dueño lo estaba mirando y no intervino para prohibírselo, sino que, al contrario, hasta azuzó a *Colmillo Blanco* para que lo imitara. Así aprendió que las liebres sí que podían cazarse. Al fin acabó de comprender la esencia de la ley. Entre él y todos los animales domésticos no podían existir hostilidades. Si no era posible que hubiera una amistad completa, por lo menos debían conservar una prudente neutralidad. Pero los demás animales, como las ardillas, las codornices, los conejos silvestres y las liebres, formaban parte de la vida salvaje, no habían prestado obediencia nunca al hombre, y eran legítima presa para cualquier perro. Los que los hombres protegían eran los otros, los domésticos, que nadie podía matar más que ellos. Se reservaban celosamente el derecho de vida y muerte sobre sus vasallos.

La vida resultaba muy complicada en el valle de Santa Clara, comparada con la sencillez de la de los países del norte. Y lo principal que la nueva vida exigía era un gran dominio de sí mismo, el saberse contener..., equilibrio que tenía toda la suavidad del más delicado plumón y la dureza y rigidez del acero, al mismo tiempo. Ofrecía aquella vida mil facetas distintas, y a todas ellas debía acomodarse *Colmillo Blanco;* como cuando iba a la ciudad, a San José, y corría detrás del carruaje o vagaba perezosamente por las calles, matando el tiempo mientras el coche se había parado. Aquel vivir era una honda y

variada corriente que actuaba constantemente sobre sus sentidos, exigiéndole la instantánea adaptación a lo inesperado y, desde luego, la supresión de todos sus naturales impulsos.

Veía, por ejemplo, carnicerías llenas de carne colgada que le hubiera sido muy fácil alcanzar. No debía tocarla. En las casas que visitaba el amo tenían gatos, que tampoco podía tocar. Y por todas partes se veían perros, que aunque le gruñeran debía respetar. Luego, en las aceras, donde pasaba la gente muy apiñada, había infinidad de personas a quienes él llamaba la atención y que se paraban a mirarlo, señalándolo con el dedo, examinándolo y, lo que era peor, atreviéndose a acariciarlo. Tenía que soportarlo todo, hasta aquellos peligrosos contactos de manos desconocidas. No solo aprendió a hacerlo, sino que también llegó a perder su aire torpe y reservado, y ya que la gente se mostraba con él condescendiente, les correspondía con parecida y altiva condescendencia. Por otra parte, algo había en su aspecto que no convidaba a grandes familiaridades. Unos suaves golpecitos en la cabeza y nada más: después, todos pasaban de largo, satisfechos de su propio atrevimiento.

Pero no todo eran facilidades para él. Al correr detrás del carruaje, en las afueras de San José, se encontraba a lo mejor con pilluelos que solían recibirlo a pedradas, y sabía perfectamente que no podía devolver el ataque persiguiéndolos. Se veía obligado a violentar su natural instinto de conservación y así lo hacía, porque gradualmente se volvía manso, se iba dejando domar y haciéndose apto para la civilización.

Sin embargo, no le satisfacía mucho todo esto. Aunque careciendo de ideas abstractas acerca de lo justo y de lo injusto, aquel mismo sentido de equidad que es propio de la vida le hacía sentir más o menos vagamente la injusticia de que no le permitieran defenderse de los que lo apedreaban. Se olvidaba de que en aquella especie de contrato que existía entre los dioses y él, estos estaban obligados a cuidarlo y defenderlo. Así, cuando un día el amo saltó del carruaje y la emprendió a latigazos con los pilluelos y ya no se repitió más la pedrea, comprendió lo que aquello significaba, y entonces quedó satisfecho.

Le ocurrió otro caso parecido. Junto a una posada del camino que conducía a la ciudad, vagaban siempre tres perros, que solían salirle al encuentro furiosamente cada vez que pasaba. Sabiendo que para *Colmillo Blanco* las luchas eran a muerte, su amo no cesaba de enseñarle a no reñir con otros perros, y el animal había aprendido tan bien la lección, que aquel ataque, tantas veces repetido, lo ponía en violentísima situación. Después de la primera arremetida, los tres perros siempre eran mantenidos a distancia por los amenazadores gruñidos del atacado; pero rápidamente lo seguían detrás del carruaje, ladrando y buscándole pendencia. Tuvo que sufrir esto durante algún tiempo, con no poco regocijo de los hombres de la posada. Llegó un día en que los perros le azuzaron abiertamente. Entonces el amo paró el carruaje.

-¡A ellos! -le gritó a *Colmillo Blanco.*

Pero este parecía no dar crédito a lo que oía. Miró a su amo primero y luego a los perros. Y nuevamente dirigió una mirada interrogativa a su amo.

Su dueño movió la cabeza afirmativamente y añadió:

-Sí, hombre, sí..., ¡a ellos! Anda..., cómetelos.

El animal no dudó ya ni un momento. Se volvió rápidamente, y de un salto se plantó en medio de sus enemigos. Los tres le hicieron frente. Se alzó una tempestad de ladridos y de furiosos gruñidos, en medio de la cual chasqueaban continuamente los dientes y se veían rodar los cuerpos confundidos. Pronto la polvareda que se armó en la carretera formó una nube que velaba a los combatientes; pero al cabo de algunos minutos, dos de los perros mordían el polvo y el tercero se declaraba en franca huida, saltando una zanja, atravesando una cerca y metiéndose luego a todo correr por un campo. *Colmillo Blanco lo* siguió, deslizándose sobre el suelo con la suavidad y la increíble rapidez de los lobos, silencioso, firme, decidido, y en el centro de aquel mismo campo derribó al perro, lo arrastró y lo dejó sin vida.

Con la muerte de los tres se acabaron para *Colmillo Blanco* las molestias que los demás pudieran ocasionarle. Corrió la voz de lo ocurrido por todo el país y desde entonces tuvieron los hombres buen cuidado de que sus respectivos perros dejaran tranquilo al lobo de pelea, como lo llamaban.

IV

La voz de la raza

Transcurrieron los meses. Abundaba la comida en las tierras del sur y el trabajo era escaso, con lo que *Colmillo Blanco* engordaba y la vida le parecía próspera y agradable. Aquello no solo era el sur geográficamente hablando, sino la vida meridional con todo lo que ella trae consigo. La amabilidad de aquella gente era como un sol que lo confortaba con su suave calor, y a su influjo se sentía como una flor plantada en rica tierra. Y sin embargo, continuó siendo diferente a los demás perros. Mejor que ellos, que nunca conocieron otra clase de vida distinta de aquella, había aprendido lo que consideraba ser la ley del país, y la observaba con más rigurosa exactitud aún; pero todavía le quedaban vestigios de cierta oculta ferocidad, como si la vida salvaje se prolongara en su interior y el lobo no estuviera en él mas que dormido. No era en sus relaciones con los otros perros como un camarada más. Había vivido siempre solo con respecto a los de su raza, y solitario seguiría viviendo. Ya desde cachorro, por culpa de la persecución de *Lip-Lip* y sus compañeros, y después en las luchas a las que lo había obligado Smith, adquirió una aversión invencible hacia los perros. El curso natural de su vida se había desviado, y apartándose de los de su raza, se acercó a los hombres.

Por otra parte, no había un perro entre los de aquellas tierras que no lo mirara con recelo. Despertaba en ellos su instintivo miedo de todo lo que constituía la vida salvaje, y siempre lo recibían con gruñidos o ladrándole y manifestándole su constante enemistad de beligerantes. Él, por otra parte, aprendió que ni siquiera era necesario que hiciese uso de los dientes para habérselas con ellos. Resultaba de parecida eficacia mostrárselos encogiendo los labios, pues raro era que esta sola amenaza no bastara para detenerlos en plena arremetida y obligarlos a quedarse sentados sobre las patas traseras.

Pero había un tormento que le agriaba la vida a *Colmillo Blanco:* era *Collie.* No lo dejaba en paz ni un momento. Ella no se acomodaba a las prescripciones de la ley con tanta facilidad como él. No valían los constantes esfuerzos del amo para que ambos se

reconciliaran. Ante él mismo se gruñían áspera y nerviosamente. La perra nunca le perdonó el incidente que dio por resultado la matanza de gallinas, persistiendo en creer que su intención no podía ser peor, que debía ser castigado, y a tal creencia se ajustaban sus actos. Así llegó a ser para él una verdadera calamidad. Lo perseguía como un policía por las dependencias de la casa y hasta en los campos. Bastaba con que el pobre se atreviera a mirar curiosamente a un palomo o una gallina, para que armara ella un alboroto con sus indignados y rabiosos ladridos. El procedimiento que mejores resultados le dio al perseguido, ante tamaña insistencia, fue el hacer caso omiso de la perra, echarse con la cabeza entre las patas delanteras y fingirse dormido. Esto la dejaba tan perpleja que se callaba muy pronto.

A excepción de las dificultades con *Collie,* todo lo demás iba perfectamente para *Colmillo Blanco.* Sabía dominarse, había conseguido cierto sereno equilibrio en sus actos y conocía a fondo los mandatos de la ley. Se hizo grave, sosegado y filosóficamente tolerante. No vivía ya en un medio hostil en el que lo amenazaban constantemente los peligros, la perspectiva de algún daño o de la muerte. Con el tiempo, lo desconocido, aquel fantasma terrorífico que anunciaba males inminentes, se había desvanecido. La vida era ahora cómoda. Se deslizaba suavemente, sin tropezar con escollos.

Una cosa echaba de menos, sin darse cuenta de ello: la nieve. De haber sido capaz de formular sus ideas, hubiera dicho de aquel clima que era un verano que se prolongaba más de lo debido; pero lo único que en realidad le faltaba a él allí, de un modo vago, inconsciente, era la nieve. Durante el calor del verano, cuando el sol llegaba a molestarlo, sentía cierta vaga nostalgia, cierto anhelo, de las tierras del norte. No le producía esto, sin embargo, otro efecto que el ponerlo inquieto, agitado, sin saber lo que le pasaba.

Colmillo Blanco nunca había sido muy comunicativo. Aparte de su costumbre de arrimarse al amo, apretándose contra su cuerpo, o de poner una nota especial y culminante en un gruñido, no tenía otro modo de expresar su cariño. Siempre le había impresionado grandemente la risa de los hombres, que lo enloquecía, lo sacaba de tino de puro encolerizado; pero cuando el que se reía de él era su amo, que lo hacía bondadosamente, sin mala intención, solo como un juego, entonces él no era capaz de enojarse, sino que se quedaba desconcertado, confundido. Por un lado sentía el aguijón de la rabia, que también conocía; pero por otro sentía amor.

Era un resentimiento que luchaba con el anterior a brazo partido y refrenaba su ira. Pero algo tenía que hacer él. Al principio optó por mantenerse muy digno y serio, y el amo se reía aún más entonces. Exageró su seriedad, y el otro exageró la risa hasta un punto que daba ya al traste con todo esfuerzo para mantener la gravedad. Entonces se separaron un tanto sus quijadas, se le encogieron un poco los labios, y una expresión burlona, que tenía más de cariñosa que de regocijada, apareció en sus ojos. El animal acababa de aprender a sonreír.

De parecido modo aprendió también a juguetear con su dueño, a dejar que este lo derribara y lo hiciera rodar por el suelo, convirtiéndolo después en víctima de innumerables bromas. En justa correspondencia, él se fingía entonces presa de una cólera terrible. Gruñía y, con los pelos erizados, lanzaba al aire dentelladas que parecían manifestar la más maligna intención. Pero de ahí no pasó nunca, no olvidando ni por un momento con quién fingía pelearse. Al fin, cuando más arreciaban los golpes, los

simulados mordiscos y los gruñidos, amo y perro se separaban de pronto y se quedaban mirando simulando estar indignados y furiosos. Y entonces, repentinamente también, como si surgiera el sol sobre un mar tempestuoso, comenzaba la risa de ambos. Al final, el amo le lanzaba los brazos al cuello a *Colmillo Blanco,* mientras este entonaba con sus especiales gruñidos lo que para él era un canto de amor, lo que constituía la felicidad de la nueva era de su vida.

Lo que el amo hacía no se atrevió nunca a realizarlo nadie más. *Colmillo Blanco* no se lo hubiera permitido. Si lo intentaba alguien, él se quedaba muy digno y reservado, y su gruñido amenazador era claro anuncio de que la cosa iría esta vez de veras. Que él le permitiera a su dueño tales libertades no significaba que estuviera dispuesto a convertirse en un perro vulgar que ponía instintivamente su cariño en todos, o que iba a convertirse en una propiedad común para que con él jugaran y bromeasen. En su corazón no cabían tantos, sino solo uno, y se negaba en redondo a tal rebajamiento de su dignidad o de su amor.

Su amo solía dar grandes paseos a caballo, y acompañarlo era uno de los principales deberes de su nueva vida. En las tierras del norte le había rendido vasallaje siendo el guión de su trineo; pero en las del sur, ni los trineos existían, ni era costumbre que los perros sirvieran para el transporte de mercancías. No le quedaba, pues, otro medio de mostrar su absoluta sumisión que adaptarse a las nuevas costumbres y correr en compañía del caballo del amo. Resultaba incansable en esta tarea. Su marcha, como la de un lobo, era suave, sin esfuerzo ni fatiga, y después de recorrer ochenta kilómetros, era capaz de adelantar gallardamente al mismo caballo.

Guarda relación con estas excursiones el modo en que practicó *Colmillo Blanco* otra nueva forma de expresión, digna de anotarse aquí porque solo la usó en tal sentido dos veces en su vida. La primera fue cuando el amo trataba de enseñarle a un brioso potro de pura sangre cómo había que abrir y volver a cerrar las puertas del cercado, sin que para esto tuviera él que desmontarse. Innumerables veces había acercado al caballo a la puerta, esforzándose en obligarlo a cerrarla, y el animal se asustaba cada vez, reculaba y luego salía de estampida. Por momentos iba aumentando su excitación y azoramiento. Al retroceder, el amo le hundía las espuelas, forzándolo a bajar al suelo las levantadas manos; pero entonces comenzaba a cocear furiosamente. *Colmillo Blanco lo* contemplaba con creciente ansiedad, hasta que, no pudiendo ya contenerse más, saltó frente al potro, se encaró con él y le ladró con aire amenazador.

Aunque intentó ladrar otras veces y su dueño siempre lo alentaba a ello, no lo logró más que en una ocasión, y aun entonces no estaba presente el amo. Una carrera a través de uno de los pastizales; una liebre que salta de pronto bajo las mismas patas del caballo; la violenta parada en seco de este, arrojando al jinete por las orejas y ocasionándole la rotura de una pierna, fueron la causa de que volviera a oírse aquel ladrido excepcional. Al ver a su amo en el suelo, *Colmillo Blanco* saltó como una fiera al cuello del potro; pero le apartó de allí la enérgica voz del amo.

-¡A casa! ¡Vete a casa! -le gritó cerciorado de la gravedad del daño sufrido.

El perro no tenía las menores ganas de dejarle allí abandonado. Scott pensó escribir algunas palabras en un papel y mandarlas; pero no encontró ni papel ni lápiz en ninguno de sus bolsillos. De nuevo le repitió la orden al animal.

Este le miró fijamente, pensativo, y partió; pero para volver enseguida, gimoteando suavemente. El amo le habló con cariño, aunque seria y firmemente; él enderezó las orejas y le escuchó con dolorosa y sostenida atención.

-Sí, sí, tienes que ir a casa... enseguida. Anda... a casa... y diles lo que me ha ocurrido. Tienes que ir, lobo, lobo mío..., no hay más remedio... Anda de una vez..., ¡a casa!

Conocía *Colmillo Blanco* aquella palabra, «casa», tantas veces repetida, y aunque no entendiera lo demás que pronunció el amo, comprendió perfectamente cuál era su voluntad. Se volvió, pues, y, aunque de mala gana, se dirigió al trote hacia donde lo mandaban. Pero de pronto se paró indeciso mirando hacia atrás.

-¡A casa! -volvió a ordenarle con dureza Scott, y esta vez sí que obedeció sin más dudas.

La familia estaba en el pórtico, tomando el fresco de la tarde, cuando llegó Colmillo *Blanco* jadeante y cubierto de polvo.

-Weedon ya está de vuelta -dijo la madre de Scott. Los niños recibieron al perro con gritos de alegría y corrieron a su encuentro. Él los evitó y se metió bajo el pórtico; pero lo acorralaron allí entre una mecedora y la barandilla. El animal gruñó y trató de abrirse paso. La madre de los niños miró hacia el grupo, temerosa.

-La verdad es que me pone nerviosa cada vez que lo veo así entre ellos -confesó-; y siempre estoy temiendo que se les eche encima algún día, cuando menos lo pensemos.

Colmillo Blanco gruñó furiosamente y saltó desde el rincón en que lo tenían cercado, derribando con el salto al niño y a la niña, a quienes llamó enseguida su madre, acariciándolos y ordenándoles que dejaran tranquilo al animal.

A un lobo hay que tratarlo siempre como lo que es -observó sentenciosamente el juez Scott-. No es de fiar. -Pero si este sólo es un lobo a medias... -objetó Beth, saliendo así indirectamente en defensa de su hermano ausente. -Tú no sabes de esto más que Weedon -replicó el juez-. Y él sólo supone que es cruzado de lobo y perra; pero como él mismo te dirá, no lo sabe de un modo positivo. Y en cuanto a su aspecto...

La frase quedó sin terminar. *Colmillo Blanco* acababa de encararse con él, gruñéndole con furia.

-¡Anda! ¡Échate ahí! -le ordenó el juez Scott.

Pero el animal se volvió hacia la esposa de su maestro de amor, a la que hizo lanzar un chillido de miedo al ver que le cogía la falda entre los dientes y tiraba de ella hasta desgarrar la frágil tela. Entonces la atención de los presentes se concentró en el animal. No gruñía ya, sino que los miraba a todos fijamente en pie con la cabeza enhiesta.

Su garganta se agitaba con espasmódicos movimientos, pero sin emitir sonido alguno, mientras todo su cuerpo parecía luchar convulso intentando comunicarle de algún modo algo que no sabía cómo expresar, pero que era preciso que entendieran.

-¿No será esto un principio de rabia? -observó temerosa la madre de Weedon-. Le tengo dicho que este clima es demasiado caluroso para traer aquí un animal de las regiones polares.

-Lo que yo creo es que quiere hablar -afirmó resueltamente Beth.

Y en aquel mismo momento, *Colmillo Blanco* halló el lenguaje que buscaba y comenzó a ladrar con verdaderas ansias. Algo malo le ha ocurrido a Weedon -dijo su esposa con aire de seguridad.

Al verlos a todos de pie, el animal bajó la escalera corriendo volviéndose a cada momento para mirarlos e indicarles que lo siguieran. Era la segunda y última vez en su vida que ladraba, y había conseguido hacerse entender.

Desde aquel día, los habitantes de Sierra Vista lo quisieron mucho más, y hasta el criado a quien él había herido en un brazo confesaba sin inconveniente que, fuera o no lobo, resultaba un perro muy listo. Aferrado a su opinión, el juez Scott se empeñaba en probar a todos, sin complacer ni convencer a nadie, que efectivamente el animal era un lobo, aduciendo en su apoyo medidas y descripciones tomadas de una enciclopedia y de algunos libros de historia natural.

Los días se sucedían bañando con un torrente de luz solar el valle de Santa Clara. Pero a medida que se acortaban y llegaba el segundo invierno pasado por *Colmillo Blanco* en las tierras del sur, este hizo un raro descubrimiento. Los dientes de *Collie* no parecían ya tan afilados como antes. En sus mordiscos había algo de jugueteo cariñoso que los hacía inofensivos. Se olvidó de que la perra le había amargado la vida innumerables veces, y cuando se empeñó en jugar con él, coqueteando, contestó con tal solemnidad, aunque se esforzara en aparentar lo contrario, que no logró más que ponerse en ridículo.

Un día, a ella se le ocurrió conducirlo, a carrera tendida, a través de unas praderas situadas detrás de la casa, hacia los bosques vecinos. El amo había escogido aquella tarde para dar un paseo a caballo, y *Colmillo Blanco lo* sabía perfectamente, puesto que el caballo esperaba, ensillado, en la puerta. *Colmillo Blanco* dudó un momento. Pero existía en él algo más profundo que la ley que había aprendido; más que las costumbres a que estaba ya amoldado; más que su propio amor al amo y que su voluntad de vivir. Por eso, cuando *Collie* le dio un ligero mordisco y echó a correr enseguida, se volvió y la siguió. El amo paseó solo aquel día, y entre los bosques, uno al lado del otro, corrieron *Colmillo Blanco y Collie,* como la madre del primero, *Kiche,* y el *Tuerto* habían corrido años atrás por los silenciosos bosques de las tierras del norte.

V

El lobo durmiente

Por aquella época, los periódicos dedicaban columnas a un reo, convicto y confeso, que acababa de fugarse de la cárcel de San Quintín*. Era un hombre feroz, malo por naturaleza y por el influjo del medio social en que había vivido. La sociedad tiene la mano dura, y aquel malvado era ejemplo vivo de cómo esa mano modela a las criaturas. Esta resultó una fiera... Fiera humana, es verdad; pero de tal calibre que debería clasificarse entre los animales carnívoros.

En la prisión ya demostró aquel hombre que era incorregible. Ni el castigo pudo dominarlo. Luchando, era capaz de dejarse matar sin pronunciar una sola queja, aunque

estuviera loco furioso; pero fuera de la lucha, la vida le parecía imposible si alguien se veía con derecho a pegarle. Cuanto más se rebelaba, más duro era el trato que recibía, lo que solo conseguía aumentar su fiereza. Ni los palos ni el hambre podían con él, y por muy equivocado que el procedimiento fuera, a él se había visto sometido desde su más tierna niñez. Ahora ya era tarde para cambiar.

Durante la tercera condena que sufría en la cárcel, se encontró Jim Hall, que este era su nombre, con un guardián de tal brutalidad que superaba la suya propia. El prisionero fue tratado por él con la mayor injusticia y crueldad, acusándolo de faltas que no cometía, desacreditándolo aún más de lo que estaba y haciéndolo objeto de constante persecución. La única diferencia que existía entre aquellos dos hombres era que el guardián llevaba un manojo de llaves y un revólver, mientras que Jim Hall no contaba más que con manos y dientes para clavárselos en el cuello a su mortal enemigo, o para arrojarse contra él de un salto, igual que hubiera hecho un animal salvaje que acabara de salir de la selva.

Después de esto, trasladaron a Jim Hall a la celda de aislamiento, que tenía el suelo, las paredes y el techo de hierro. Allí permaneció tres años, durante los cuales no salió de su encierro ni una sola vez, sin ver nunca el cielo ni la luz del sol. De día, la claridad era allí como el crepúsculo; de noche reinaban las tinieblas y el silencio. Una tumba de hierro, en fin, donde el hombre estaba sepultado en vida. Ni un rostro humano: nadie con quien cruzar la palabra. Cuando le arrojaban el alimento, lo recibía con un gruñido semejante al de un animal salvaje. Su odio era inmenso. Se pasaba días y noches enteras vociferando insultos contra el universo durante semanas y meses, devorando su rabia en la oscura soledad. Era un hombre y un monstruo al mismo tiempo, tan horrible que en él la realidad superaba a los más espeluznantes engendros de la fantasía.

Una noche, el preso se fugó. De imposible calificaron el hecho los empleados superiores de la cárcel; pero la celda estaba vacía y en el umbral de la misma yacía el cuerpo de uno de los guardias. Los cadáveres de otros dos marcaban el rastro seguido por el fugitivo a través de la prisión, hasta llegar a los muros exteriores, y en ninguno de ellos había señales de que la muerte hubiera sido causada por arma alguna. El criminal solo usó las manos, para evitar todo ruido.

Luego se apoderó de las armas de los asesinos y, convertido en un arsenal viviente, huyó al monte, donde fue perseguido por todo el poder organizado de la sociedad. Se puso precio a su cabeza, ofreciendo por ella una fuerte suma de oro, y avaros campesinos salieron en su busca con simples escopetas de caza. Con su sangre pensaban cancelar la hipoteca pendiente o reunir lo necesario para poder educar a sus hijos en buenos colegios. El espíritu de ciudadanía llevó a otros a coger su rifle y lanzarse en seguimiento del fugitivo, mientras jaurías enteras se dedicaban a descubrir las huellas de sus ensangrentados pies. Y los otros sabuesos ventores*, los agentes de policía secreta, no abandonaban un momento su rastro, no dando paz al teléfono, al telégrafo o a los trenes especiales.

A veces daban con él, y los perseguidores le hacían frente, portándose como héroes o huyendo ignominiosamente a través de las cercas de alambre espinoso. Eso causaba la hilaridad de los otros ciudadanos menos emprendedores que leían tranquilamente las noticias en un periódico a la hora del desayuno. Tras estos encuentros, se llevaban a las

ciudades a los muertos y heridos, y pronto iban a ocupar su sitio otros hombres ansiosos de tomar parte también en aquella especie de caza.

De pronto, Jim Hall desapareció. Los sabuesos perdieron su rastro por completo. Inocentes propietarios de ranchos, en apartados valles, fueron detenidos como sospechosos por grupos de hombres armados que los obligaban a identificar su personalidad y a dar cuenta de sus actos. Corrían las noticias. Más de una docena de codiciosos campesinos que soñaban con la recompensa ofrecida aseguraron haber hallado los restos de Jim Hall en barrancos o laderas.

Entretanto, los periódicos se leían en Sierra Vista no solo con interés, sino con verdadera ansiedad. El pánico se había apoderado de las mujeres de la casa, y aunque el juez Scott se reía desdeñosamente de sus temores, carecía en absoluto de razón para ello. Precisamente él había actuado como juez en el último tribunal que sentenció a Jim Hall. Y allí, en plena vista de la causa, ante todo el público, el acusado pronunció a gritos su amenaza de que llegaría el día en que le haría pagar muy caro al juez la sentencia que acababa de dictar.

Por única vez en su vida, la razón estaba de parte de Jim Hall. Era inocente: el fallo había sido injusto. Se trataba de uno de aquellos casos en que las amañadas declaraciones hacían parecer culpable al que no lo era. Y como este resultaba reincidente, por pesar ya contra él dos condenas anteriores, el juez Scott le impuso la pena de cincuenta años de presidio.

El juez no podía ser omnisciente*, y así ignoraba que él era la primera víctima que había caído en las redes de aquel complot, que las declaraciones eran falsas, y que Jim Hall no había cometido el crimen de que se le acusaba. Y, por otra parte, Hall tampoco sabía que el juez había pecado puramente por ignorancia, y no por mala voluntad. Lo que él creía firmemente era que había hecho aquella tremenda injusticia a conciencia. Por ello, al oír el fallo y con el odio que ya le inspiraba la sociedad, se levantó y estuvo allí vociferando insultos y amenazas hasta que media docena de sus uniformados enemigos lo arrastraron fuera de la sala del tribunal. Para él, el juez Scott era la clave de toda aquella inmensa injusticia, y contra este se concentraron toda su rabia y su sed de venganza. Fue a que le enterraran en vida..., pero se escapó.

Para *Colmillo Blanco,* todo aquello no existía; pero lo que sí existía era un secreto entre él y la esposa del amo. Todas las noches, después de que los habitantes de Sierra Vista se acostaran, ella se levantaba y le abría la puerta a *Colmillo Blanco* para que entrara a dormir en el gran vestíbulo de la casa. Pero como estaba acordado que el animal debía dormir fuera y no dentro de las habitaciones, por no considerarse estas sitio apropiado, todas las mañanas, en las primeras horas, la señora bajaba secretamente y volvía a sacar al perro, antes de que los demás estuvieran despiertos.

En una de esas noches, mientras todos dormían, *Colmillo Blanco* se despertó, pero se quedó echado, completamente inmóvil. Y comenzó a olfatear, a ventear más bien, percatándose de que en el aire le llegaba el anuncio de la presencia de un dios forastero. Y más aún: oyó rumores producidos por sus movimientos. El animal no prorrumpió en furiosos ladridos, como hubiera hecho otro perro en su caso. No era su modo de proceder. El dios forastero andaba suave, cautelosamente; pero con mayor suavidad aún comenzó a andar *Colmillo Blan*co, libre del roce que en el otro producían contra la carne los

vestidos. Así, en silencio, fue siguiéndolo. Estaba acostumbrado a cazar en los bosques animales de exagerada timidez a los que el menor ruido azoraba, y por ello sabía todo el valor que la sorpresa tiene en la caza al acecho.

El dios forastero se paró al pie de la gran escalera de la casa y estuvo escuchando un rato, mientras *Colmillo Blanco,* inmóvil como un muerto, lo acechaba y esperaba. La escalera conducía a las habitaciones del maestro de amor y de sus seres más queridos. Con los pelos erizados, *Colmillo Blanco* seguía esperando. El dios forastero levantó un pie. Iba a comenzar a subir la escalera.

Aquel fue el momento escogido por el animal para el ataque. No hubo aviso preliminar, no hubo gruñido alguno que anunciara la acción. Se levantó tan alto como era y de un salto se dejó caer sobre la espalda de aquel dios forastero. Le clavó las garras en los hombros y los colmillos en el cogote. Se quedó allí aferrado un momento, el tiempo suficiente para arrastrar con su peso a su víctima, haciéndola caer de espaldas. Luego, se desprendió de un salto, y mientras el hombre hacía esfuerzos para incorporarse, volvió a clavarle los dientes furiosamente.

Todo Sierra Vista despertó entonces, presa de la mayor alarma. El ruido que subía de la parte baja de la casa era tan descomunal que parecía que veinte personas a la vez sostenían allí una lucha a muerte. Se oyeron disparos de revólver, un grito humano lleno de horror y de angustia, terribles gruñidos y, encima de todo, estrépito de muebles que caían y cristales que se rompían.

Pero por grande que fuera el alboroto, terminó enseguida, casi a los tres minutos de haber empezado. En lo alto de la escalera se había reunido toda la gente de la casa, que, asustada, oyó de pronto allá abajo, en aquel tenebroso abismo, un ronco y gutural ruido, una especie de confuso burbujeo, que a veces se hacía agudo hasta parecer un silbido. Pero también esto fue calmándose poco a poco hasta disiparse por completo.

Y luego ya solo subió desde las hondas tinieblas el fatigoso resuello de una persona que respiraba con gran dificultad. Weedon Scott apretó un botón eléctrico, y la escalera y el vestíbulo se inundaron de luz. Entonces, él y el juez Scott bajaron cautelosamente, revólver en mano. La precaución resultó innecesaria. *Colmillo Blanco* había hecho ya todo lo que se podía hacer. En medio de aquel desorden de muebles caídos y destrozados, casi de lado y ocultando su rostro con un brazo, había un hombre tendido en el suelo. Weedon Scott se agachó sobre él, apartó el brazo y descubrió una horrible herida que atravesaba el cuello hasta la garganta. Era la causa de la muerte del hombre.

-¡Jim Hall! -exclamó el juez Scott, y padre e hijo se miraron significativamente.

Entonces se fijaron en *Colmillo Blanco.* También él yacía tendido de lado. Tenía los ojos casi cerrados. Se esforzó en levantar ligeramente los párpados para mirarlos cuando se inclinaron sobre él, al mismo tiempo que procuraba agitar la cola, pero solo logró imprimirle un tembloroso movimiento. Weedon Scott lo acarició y él correspondió con un sordo gruñido de agradecimiento. Pero el gruñido era débil y pronto cesó. Sus párpados se cerraron por completo y todo su cuerpo quedó inmóvil, como aplastado contra el suelo.

-De esta no sale, ¡pobre animal! -dijo entre dientes el amo.

-Eso lo veremos -replicó el juez, dirigiéndose hacia el teléfono.

El cirujano que acudió a examinar al perro, después de dedicarle hora y media, se vio obligado a decir:

-Francamente: de mil probabilidades no hay más que una en su favor.

La luz del alba entraba ya por las ventanas, haciendo palidecer la de las lámparas eléctricas. Con la sola excepción de los niños, toda la familia se hallaba en torno al cirujano para oír su diagnóstico:

-Una de las piernas posteriores, rota -continuó-. Tres costillas, rotas también, y una de ellas ha perforado los pulmones. La pérdida de sangre ha sido tal, que poca le queda ya en el cuerpo. Es muy probable que existan lesiones internas. Seguramente el hombre debe haberle saltado encima, pateándolo. Esto sin contar los tres balazos que le han atravesado el cuerpo y cuyos orificios son patentes. Decir que de mil probabilidades tiene una en su favor es mostrarse incluso demasiado optimista. Más justo sería, en realidad, elevar las mil a diez mil.

-Pero esa única probabilidad que tenga no hay que dejarla perder -exclamó el juez Scott-. Cueste lo que cueste, que le apliquen rayos X, que se haga todo lo posible para salvarlo. Tú, Weedon, telegrafía a San Francisco para que venga el doctor Nichols. Y usted, doctor, no se ofenda, y hágase cargo de que nuestro único deseo es no desperdiciar ni un medio de los que puedan contribuir a salvarle la vida.

El cirujano sonrió con indulgencia.

-Claro que sí, y me hago cargo perfectamente. Bien merece el animal que se le cuide y mime todo lo posible. La verdad es que hay que hacer por él lo que se haría por una persona, por un niño que estuviera enfermo. Y no se olviden de lo que les he indicado acerca de la temperatura. A las diez estaré de vuelta.

Cuidaron a *Colmillo Blanco* con esmero. El juez Scott sugirió la idea de que se le buscara una enfermera especial; pero las muchachas la rechazaron con indignación y ellas mismas se convirtieron en sus enfermeras. Con todo ello, aquella remotísima probabilidad de que se salvara llegó a ser realidad, a pesar del fallo pesimista del cirujano. La equivocación por parte del cirujano era, sin embargo, naturalísima. Estaba acostumbrado a operar a los endebles hijos de la civilización, a seres humanos que vivían bajo techo y confortablemente, desde innumerables generaciones. No pensó en que Colmillo *Blanco* venía directamente de la vida salvaje, donde los débiles mueren pronto y donde se vive a la intemperie. Ni en sus padres, ni en ninguno de sus antepasados, había el menor signo de debilidad. Una constitución de hierro y la recia vitalidad propia de las selvas caracterizaban a aquel paciente inesperado, que se agarraba a la vida con todas sus fuerzas, con aquella misma tenacidad que en los primitivos tiempos de la humanidad fue patrimonio de todas las criaturas.

Convertido verdaderamente en un prisionero, privado hasta de los movimientos por impedírselo vendas y tablillas, la enfermedad de *Colmillo Blanco* fue alargándose durante se manas enteras. Dormía mucho y soñaba continuamente, desfilando por su memoria toda una procesión de visiones de la tierra del norte, todos los fantasmas del pasado que volvían a aparecérsele ahora. Una vez más creyó vivir en el cubil con *Kiche;* arrastrarse temblando hasta Castor Gris para demostrarle su sumisión, y huir de *Lip-Lip* y de toda aquella loca jauría de cachorros que lo perseguían.

Volvió a correr, en medio de un inmenso silencio, buscando la carne viva que debía alimentarlo durante los meses del hambre, y también como guión del trineo, mientras detrás de él restallaban los látigos de Mit-sah y de Castor Gris, y resonaban los gritos de *«¡Ra! ¡Raa!»* al llegar el tiro a un paso demasiado estrecho que lo obligaba a apiñarse, como un abanico que se cierra para poder pasar... Vivió de nuevo aquellos terribles días del Hermoso Smith, con sus feroces luchas. En aquellos momentos se le oía gemir en sueños, y los que lo contemplaban decían que tenía pesadillas.

Pero una de ellas en especial solía atormentarlo: se le aparecían unos monstruosos y estridentes automóviles eléctricos que para él eran como colosales linces armando un terrible griterío. Él estaba oculto en un matorral acechando el momento en que cierta ardilla se alejaría del árbol en que se refugiaba y se atrevería a corretear por el suelo. Pues bien: en el momento en que iba a saltarle encima, la veía transformarse en un automóvil eléctrico, amenazador, horrible, que se elevaba por encima de él como una montaña, chillando, rechinando y escupiendo fuego contra él. Lo mismo ocurría cuando retaba al halcón para que descendiera del espacio. Descendía, en efecto, pero al arrojarse contra él, se convertía también en aquel automóvil eléctrico que tenía el don de la ubicuidad. O bien *Colmillo Blanco* se hallaba en la jaula en que lo tenía aprisionado Smith. Fuera de la jaula se agrupaban multitud de hombres, y él sabía que la lucha iba a empezar. Fijos los ojos en la puerta, esperaba que entrara su enemigo, y de repente el que aparecía era aquel horroroso automóvil. Mil veces se repitió lo mismo, y cada vez el terror que aquello le producía era indescriptible. Al fin llegó el día en que le quitaron las últimas vendas y tablillas. Para los de la casa fue como un día de gala. Todo Sierra Vista se había congregado en torno al perro. El amo le restregó las orejas cariñosamente y él le correspondió con aquella nota especial que ponía en el gruñido con que expresaba su amor. La esposa del amo le llamó *lobo bendito* y el nombre les pareció muy bien a las mujeres de la casa, que lo adoptaron para designarlo.

Trató de incorporarse y, tras repetidos esfuerzos, dio con su cuerpo en el suelo por efecto de la gran debilidad. Había estado echado tanto tiempo que sus músculos se hallaban entumecidos y sin fuerza, lo que le hizo sentirse avergonzado, como si fuera aquella una falta en el servicio que los dioses le habían encomendado. Esta misma impresión le hizo realizar nuevos y heroicos esfuerzos para levantarse, hasta que al fin lo logró. Se quedó en pie, balanceándose y cabeceando.

-¡Pobrecillo! ¡Bendito lobo! -exclamaron a coro las mujeres.

El juez Scott las miró con aire de triunfo.

-Vosotras mismas lo habéis dicho: lobo -observó-. Lo que yo afirmé siempre que era. De haber sido un perro como los demás, nunca hubiera hecho lo que hizo. Lobo y bien lobo es.

-Sí, nuestro bendito lobo -le corrigió su esposa. -Bueno, está bien. Pues así le llamaremos en adelante.

-Va a tener que aprender de nuevo a andar -dijo el cirujano-. Lo mejor será que le hagamos empezar desde ahora. No ha de hacerle ningún daño. Llévenlo ustedes fuera de la casa.

Y lo llevaron a pasear al aire libre. Fue más mimado y atendido que un rey, con toda Sierra Vista para cuidarlo. Tan débil se hallaba, que en cuanto llegó al prado, se tendió sobre la hierba y descansó un rato.

Luego, aquella especie de procesión se reanudó. Con el uso se restableció la circulación de la sangre de los músculos del animal y *Colmillo Blanco* recuperó su fuerza. Llegaron hasta donde estaban los establos y se encontraron a *Collie* echada con media docena de cachorrillos que jugueteaban al sol.

Colmillo Blanco contempló aquel espectáculo con ojos sorprendidos. *Collie* le gruñó para advertirle que no se acercara, y él se quedó a cierta distancia. Entonces el amo le acercó, empujándolo con el pie, uno de los cachorros, que se revolcó por el suelo. Con los pelos erizados, él miró recelosamente; pero el amo lo tranquilizó, haciéndole comprender que no había nada que temer. Pero *Collie,* a la que las mujeres mantenían fuertemente abrazada, volvió a gruñir para manifestar que ella no consentiría que se propasara.

El cachorro seguía revolcándose frente a él. El convaleciente animal enderezó las orejas y lo contempló curiosamente. Entonces ambos acercaron el hocico hasta tocarse, y *Colmillo Blanco* sintió que la tibia lengüecita del cachorro le lamía la mejilla. Sin saber por qué, él también sacó la lengua y en justa correspondencia le lamió igualmente la cara.

La escena fue acogida por los dioses con gritos de júbilo y aplausos. Sorprendido el animal, los miró a todos perplejo. Después volvió a sentir una invencible debilidad, se echó, enderezó de nuevo las orejas, ladeó algo la cabeza y se quedó contemplando al cachorrillo. A ellos se acercaron también los demás hermanos, andando y revolcándose, no sin que *Collie* se mostrara profundamente disgustada al verlo.

Colmillo Blanco permitió que todos los cachorros se le subieran encima, gateando y dando tumbos. Al principio, y entre los regocijados aplausos de los dioses, demostró algo de su antigua reserva y ensimismamiento, como si hallara la situación un tanto embarazosa. Sin embargo, pronto se disiparon su embarazo y su torpeza, a medida que los cachorros insistían en sus grotescos jugueteos y se tomaban libertades con él. Al fin, se tendió con abandono todo lo largo que era, con los ojos medio cerrados. Y dormitó al sol.

GLOSARIO

A

ACERICO: Bolsita de tela rellena de un material blando que se usa para clavar en ella alfileres y agujas.

ALCE: Mamífero rumiante parecido al ciervo pero con mayor corpulencia, que tiene el cuello corto, cabeza grande, hocico muy grande, pelaje oscuro, y unos cuernos muy desarrollados en forma de pala con los bordes muy recortados; anta.

ANTA: Mamífero rumiante parecido al ciervo pero con mayor corpulencia, que tiene el cuello corto, cabeza grande, hocico muy grande, pelaje oscuro, y unos cuernos muy desarrollados en forma de pala con los bordes muy recortados. De la piel de las antas se obtiene el ante; alce.

B

BAHÍA DE HUDSON: Gran mar interior de Canadá, entre las provincias de Quebec, Ontario, Manitoba y territorios del noroeste.

BELFO: En un caballo o en otros animales, cada uno de sus labios.

C

CALESÍN: Carruaje ligero, de cuatro ruedas y dos asientos, del cual tiraba una sola caballería.

CANALETE: Remo con la pala ancha en uno o en cada uno de sus extremos y que no se apoya en la barca para remar.

CÁRCEL DE SAN QUINTIN: Primera cárcel de máxima seguridad americana, situada en California.

CARIBÚ: Mamífero parecido al reno, de orejas cortas, pelo suave y cuernos ramificados, que vive principalmente en zonas del norte del continente americano.

CELADA: En una armadura, pieza que cubría y protegía la cabeza.

CHIRLO: Herida alargada en el rostro.

CÍRCULO POLAR ÁRTICO: Círculo menor del hemisferio boreal que se considera en la esfera celeste paralelo al ecuador y que pasa por los polos de la elíptica.

COMADREJA: Mamífero carnívoro, de cabeza pequeña, patas cortas de uñas muy afiladas, de pelaje pardo por el tomo y blanco por el vientre, y que se mueve con gran agilidad y rapidez.

D

DAWSON: Ciudad de Canadá, situada en el territorio del Yukón, famosa por sus minas de oro.

DOGO: Perro que se caracteriza por su gran tamaño y por tener el pelaje oscuro o blanco con manchas negras; gran danés.

DUCTILIDAD: Blandura de carácter o tendencia a conformarse fácilmente con todo y a ceder a La voluntad de otros.

E

EPITAFIO: Texto o inscripción dedicados a un difunto y que generalmente se ponen sobre su sepulcro.

ESCOPLO: Herramienta formada por una barra de hierro acerada terminada por un corte oblicuo y generalmente unida a un mango de madera que se utiliza para hacer cortes en la madera o para labrar la piedra.

F

FACTORÍA: Fábrica o complejo industrial.

H

HENAR: Terreno plantado de heno.

HIRSUTO: Referido al peto, que es duro y áspero; híspido.

I

INTENDENTE: En una colectividad, persona encargada del abastecimiento.

J

JAEZ: Adorno que se pone a las caballerías, especialmente referido a las cintas con las que se trenzan las crines.

K

KLONDIKE: Río y distrito de Canadá en el territorio del Yukón. Se une a este territorio cerca de Dawson City.

L

LABRADOR: Península de América del Norte, en Canadá, limitada al norte por el estrecho de Hudson, al sur por el Atlántico y al oeste por la bahía de Hudson. Está casi deshabitada, pero es rica en minerales.

LIBRA: En el sistema anglosajón, unidad básica de peso que equivale aproximadamente a 453,6 gramos.

M

MACKENZIE: Río de Canadá que riega el distrito que lleva su nombre.

MITÓN: Guante de punto que deja al descubierto los dedos.

MURRIA: Tristeza que produce melancolía.

MUSGAÑO: Pequeño mamífero insectívoro, semejante a un ratón, pero con el hocico largo y puntiagudo.

N

NARRIA: Cajón o escalera de carro, utilizada para llevar arrastrando cosas de gran peso.

O

OMNISCIENTE: Que posee conocimiento de todas las cosas reales o posibles: omnisapiente.

P

PALMO: Unidad de Longitud que equivale aproximadamente a 20 centímetros; cuarta.

PALÚDICA: De[paludismo (enfermedad caracterizada por fiebres altas o intermitentes, transmitida por la picadura del mosquito anófetes hembra), o relacionada con esta enfermedad.

PASTIZAL: Terrenos de pasto abundante.

PERDIGÓN: Pollo o cría de la perdiz.

PINOCHA: Hoja de pino.

PULGADA: En el sistema anglosajón, unidad de longitud que equivale aproximadamente a 2,5 centímetros.

PULPEJO: En la palma de la mano, parte carnosa y blanda, especialmente de la que sale el dedo pulgar.

Q

QUIJADA: Cada una de las dos mandíbulas de un vertebrado que tiene dientes.

QUININA: Sustancia vegetal, amarga y de color blanco, que se extrae de la corteza del quino y que tiene la propiedad de disminuir la fiebre.

R

RAIGÓN: Raíz de las muelas y los dientes.

REDAÑO: Repliegue membranoso del peritoneo que une el intestino con la pared del abdomen.

RENUEVO: Ramo tierno que echan un árbol o una planta después de haber sido podados o cortados.

RIBAZO: Terreno con una pendiente pronunciada, especialmente el que divide dos fincas que están a distinto nivel.

S

SEÑUELO: Lo que sirve para atraer a alguien o convencerlo de algo con engaño.

SEPTENTRIONAL: En astronomía o geografía, del septentrión o del norte; boreal.

SOTAVENTO: En una embarcación, lado o dirección opuestos al lado por donde viene el viento.

T

TIERRAS BOREALES: Tierras situadas en la región boreal, es decir, septentrional.

TRAÍLLA: Pareja de perros de caza atados con una correa.

TRALLAZO: Golpe violento.

V

VALLE DE SANTA CLARA: En Santa Clara, ciudad del Estado de California, al sur de San Francisco.

VAPOR: Barco que navega movido por una o varias máquinas de vapor.

VENTOR: Animal que, guiado por su olfato y el viento, busca un rastro o huye del cazador.

VERDERON: Pájaro cantor parecido al gorrión que tiene el plumaje gris con manchas verdosas en las alas y en la base de la cola.

W

WASAM WABISCA IP PIT TAH. ¡Mirad! ¡Qué blancos tiene los colmillos!

Y

YUGULAR: Cada una de las dos venas que hay a un lado y a otro del cuello.

YUKÓN: Río de América del Norte, que nace en Canadá, pasa por Dawson, penetra en Alaska y desemboca en el mar de Bering. Da nombre a un territorio de Canadá.